

MÁS ALLÁ DEL PARTIDO

Título original:

AU-DELÁ
DU PARTI

Evolution du concept
de “parti” depuis Marx

Traductor

Emilio Madrid Expósito

La aparición de este texto en español es posible por cortesía de la asociación

Les Amis de Spartacus
8, impasse Crozatier
75012 Paris

ADVERTENCIA A LOS LECTORES

El texto publicado en este número es el producto de un trabajo colectivo llevado a cabo durante tres años en el seno del grupo “Por una Intervención Comunista” (revista “Joven Topo”). Previsto originalmente para ser la primera parte de una obra más extensa sobre el tema de la organización de los revolucionarios, no por ello deja de constituir un Todo que se lee por sí mismo, independientemente de la continuación, que por el momento queda inacabada.

Como consecuencia de la disolución del P.I.C. (noviembre de 1981), los miembros que habían abandonado este grupo seis meses antes y que desde entonces publican el periódico “Revolución Social”, asumen la continuidad política de este texto y agradecen vivamente a los Cuadernos Spartacus que le aseguren su publicación. Sin embargo, para

respetar el carácter colectivo de la elaboración del texto, hemos decidido, de acuerdo con René Lefeuve, asignarle un seudónimo a guisa de firma.

Revolución Social (marzo de 1982).

Colectivo Junius

MÁS ALLÁ DEL PARTIDO

Evolución del concepto de “partido” desde Marx

SPARTACUS René Lefeuve

ÍNDICE

Prefacio.....

Introducción.....

Concepto “marxista”.

Concepto “socialdemócrata”.....

1. La Socialdemocracia en vida de Marx o... “los entresijos del Partido proletario en Alemania”..
2. La Socialdemocracia después de Marx o...“la gran fuerza tranquila del Partido proletario”.....
3. Nota sobre el anarquismo (adjunta al concepto “socialdemócrata”).....
4. Concepto “leninista” y emparentados: “trotskista”, “bordiguista”.....
 1. De Kautsky a Lenin: una continuidad socialdemócrata.....
 2. El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin.....
 3. La continuidad socialdemócrata “corregida y aumentada” por Lenin o... la concepción “marxista-leninista” del Partido.....
 4. Trotsky: de la crítica del partido Bolchevique a su apología.....
 5. Bordiga y la “Izquierda italiana”: del abstencionismo al leninismo de izquierda, después al ultra-leninismo.....

Concepto “ultra-izquierda”.....

1. En los orígenes del concepto “ultra-izquierda” (Rosa Luxemburgo).....

2. El desarrollo del concepto “ultra-izquierda”.....
3. Del concepto “ultra-izquierda” al consejismo: la evolución de Anton Pannekoek.....

Sobre la Organización.....

El funcionamiento de la organización y el compromiso militante.....
 La prueba de los hechos tras la 2ª guerra mundial...

**Ni en dioses, reyes ni tribunales
 Está el supremo salvador.
 Nosotros mismos realicemos
 El esfuerzo redentor.**

La Internacional (letra de E. Pottier, música de P. Degeyter)

PREFACIO

Organización del proletariado y papel de las minorías revolucionarias

A propósito de esta edición española, que conserva el título de la obra publicada en 1982 por las ediciones Spartacus (8, impasse Crozatier, 75012, Paris, France): **Au-delà du Parti (Más allá del Partido)**, es necesario aportar – veinte años después – algunas explicaciones indispensables para facilitar su lectura.

I-Historia

En Francia, bajo la influencia de la huelga general de Mayo-Junio de 1968 y de los movimientos proletarios que tuvieron lugar en varios países europeos (Italia, Polonia, Inglaterra, Portugal, España...), surgió un grupo de revolucionarios que se mantuvo entre febrero de 1974 y diciembre de 1981. Se llamaba “Pour une Intervention Communiste” (P.I.C.) (Por una Intervención Comunista) y publicaba una revista trimestral titulada “Jeune Taupe” (Joven Topo) (en total aparecieron 38 números). Preocupado por la actividad en el terreno de las luchas, este grupo emprendió una reflexión a propósito de la organización esforzándose en extraer lecciones de las experiencias del pasado. Considerándose como un producto de los enfrentamientos de clase, quería ser un factor activo en los movimientos presentes y futuros contribuyendo, en la lucha de clases, a la conciencia revolucionaria. Rechazaba al mismo tiempo la concepción leninista del Partido, que considera que éste aporta la conciencia desde “el exterior” del proletariado, y la de los consejistas, que negaban la necesidad del papel de las minorías revolucionarias.

Poco a poco se dio cuenta de que esta tarea teórica era inmensa, pues había que remontarse hasta Marx para clarificar la situación. Después de haber establecido un plan general de estudios, dividido en cuatro grandes partes, sus militantes se pusieron al trabajo, sin pretender, como otros, ser “el esqueleto del futuro Partido comunista” al que las demás

minorías no tendrían más que adherirse. Cada uno se repartió la redacción teniendo en cuenta sus motivaciones y sus eventuales investigaciones anteriores. Una vez escritos, todos los textos debían someterse a la lectura y al debate colectivo. Un compañero elaboró la primera parte, la cual llevaba el título de **Evolución del concepto de Partido desde Marx** y, tras discutirla, otro añadió una nota de tres páginas sobre el anarquismo. Las otras partes, inacabadas, se quedaron en el estado de borradores y solamente dos artículos “Sobre la Organización” fueron publicados en la revista como aportaciones preparatorias a la tercera parte: **Perspectivas organizativas actuales**.

El P.I.C. fue arrastrado por la tormenta del movimiento social en Polonia (agosto de 1980-diciembre de 1981) que desembocó en diferentes interpretaciones, y después en divergencias de análisis que se cristalizaron en tendencias y, finalmente, en una escisión (mayo de 1981). Después de unos meses y tras dos números adicionales de “Jeune Taupe” (37 y 38), los mayoritarios decidieron disolver el grupo. Mientras tanto, los escisionistas habían creado otro grupo, “Volonté Communiste”, que publicó 17 números de un periódico mensual titulado “Révolution Sociale”. Fueron estos los que propusieron a las ediciones Spartacus publicar la primera parte, con el título de **Au-delà du Parti** y con el seudónimo del “Collectif Junius” a guisa de firma, para respetar la elaboración colectiva de la obra (la advertencia a los lectores).

II-Composición de la edición española

Después de este prefacio, el lector encontrará la traducción de la primera parte: **Evolución del concepto de Partido desde Marx**, que había sido publicado por las ediciones Spartacus con el título **Más allá del Partido**.

A continuación, descubrirá como añadidos, en relación con la edición francesa, los artículos titulados “Sobre la Organización” y aparecidos en los números 35 y 36 de la revista “Jeune Taupe”. Estos artículos debían tener su sitio en el marco de la tercera parte: **Perspectivas organizativas actuales** (Cf. el plan general de la obra).

Esperamos que todo esto aportará ya elementos de respuesta teórica al problema vital de la organización revolucionaria del proletariado. Desgraciadamente, es difícil encarar – al menos en un próximo futuro – la prosecución de los trabajos emprendidos, que colmaría las carencias y acabaría la totalidad del proyecto inicial, como consecuencia de la disolución de los sucesivos grupos que lo animaban y por la dispersión de sus miembros. Sin embargo, como este problema de la organización no ha pasado a segundo lugar en nuestras preocupaciones, vamos a intentar poner en claro los puntos que parecen esenciales y que están desarrollados a lo largo de esta edición española realizada por el compañero Emilio, a quien estamos agradecidos. Efectivamente, tanto en el plano de la organización del proletariado como en el del papel de las minorías revolucionarias, se pueden extraer críticas importantes *sobre lo que no hay que hacer*, a la luz de las concepciones erróneas del marxismo, de la socialdemocracia, del bolchevismo, del anarquismo y también de la ultra izquierda (es decir, de las diferentes variedades de izquierdas comunistas: luxemburguismo, bordiguismo, consejismo). Más allá de las críticas, se podrían también poner de relieve algunos postes indicativos *de lo que convendría hacer* para que la organización del proletariado sea independiente de la ideología dominante y sea portadora de una conciencia de clase de la inmensa mayoría de los explotados y, por tanto, eficaz para destruir de arriba abajo, revolucionariamente, todo el aparato capitalista (Estados, fronteras, ley del valor, mercancías, dinero...).

III-Una organización producida por el movimiento revolucionario del proletariado

Toda la experiencia histórica y el análisis que se deriva de ella demuestran claramente que la organización del proletariado, es decir, la organización unitaria de clase, *no puede ser construida previamente al movimiento revolucionario...* Si no, se convierte en un “partido de masas” que intenta enrolar a los proletarios para objetivos reformistas (el programa llamado mínimo) y contrarrevolucionarios a largo plazo (ideología del programa llamado máximo). En este papel antiproletario se han distinguido especialmente el Partido Social-Demócrata alemán y la II Internacional antes de 1914 (arrastrando al proletariado mundial a la primera carnicería imperialista), después el Partido Social-Demócrata Ruso-Bolchevique (Mayoritarios) que se autoproclamaba “Comunista” y la III Internacional a partir de 1917-1919 (arrastrando al proletariado mundial a la contrarrevolución de los años 1920-1930 y a la segunda carnicería imperialista). Recordemos que el delegado del Partido Comunista Alemán-Liga Espartaco, Eberlein, había recibido el mandato de votar *contra* la fundación de la III Internacional si ésta debía tener su sede en Moscú y correr así el riesgo de estar bajo la férula de los bolcheviques-leninistas (De hecho, cuando Eberlein llegó a la capital rusa, la Comuna de Berlín y los espartaquistas habían sido masacrados por los socialdemócratas y su “perro sanguinario” Noske, y prefirió únicamente *abstenerse* pues la dirección de su Partido estaba decapitada: Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht asesinados a sangre fría después de haber sido capturados el 15 de enero de 1919, Leo Jogiches en la clandestinidad entre enero y marzo de 1919 y después encarcelado y liquidado en su celda).

Por el contrario, resulta que la organización unitaria de clase más bien *es un producto de la actividad del movimiento revolucionario*, que se estructura en la lucha general y que así puede convertirse en un factor activo para la destrucción del sistema capitalista y de sus diferentes Estados. De hecho, la organización del proletariado nace “espontáneamente del suelo de la sociedad moderna”, como había teorizado Carlos Marx desde mediados del siglo XIX y como lo ha demostrado la práctica histórica a través del surgimiento *espontáneo* de los Consejos Obreros en Rusia (“Soviets” de 1905 y después en 1917-18), en Alemania (“Räte” de 1918-19, después Uniones), etc. Así, desde 1904, en relación con el **¿Qué hacer?** de Lenin, Rosa Luxemburgo tenía razón cuando escribía en su texto **Problemas de organización de la Social-Democracia Rusa**, publicado a la vez en “La Iskra” y en “La Neue Zeit”: “Finalmente, se ve aparecer en escena un niño todavía más “legítimo” del proceso histórico: el movimiento obrero ruso; por primera vez en la historia rusa, echa con éxito las bases de la formación de una verdadera voluntad popular. Pero he aquí que el yo del revolucionario ruso se apresura a dar una voltereta sobre su cabeza y, una vez más, se proclama dirigente todopoderoso de la historia, esta vez en la persona de su alteza el Comité central del movimiento obrero social-demócrata. El hábil acróbata ni siquiera se da cuenta de que el único “sujeto” al que incumbe hoy el papel del dirigente es el “yo” colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho a cometer ella misma faltas y aprender por sí misma la dialéctica de la historia. Y finalmente, digámoslo sin rodeos: los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, históricamente, infinitamente más fecundos y preciados que la infalibilidad del mejor “Comité central” (ver selección de textos recogidos bajo el título “Marxisme contre Dictature” por Lucien Laurat, ediciones Spartacus, serie B, nº 55). Un año más tarde, la primera revolución rusa confirmaba plenamente sus afirmaciones, pues mientras los Soviets representaban el movimiento de auto-organización del proletariado, el partido bolchevique permanecía aislado, fuera de estos organismos de masas, no comprendiendo que había que actuar en su interior. Sólo León Trotsky, que no

se adherirá al partido sino en 1917, reconoció la importancia histórica de este acontecimiento y, por lo demás, fue elegido presidente del Soviet de Petrogrado.

Aunque Carlos Marx haya llamado a esta organización del proletariado surgida del movimiento espontáneo de masas por el nombre de Partido político, la continuación de los acontecimientos revolucionarios ha probado desgraciadamente *que la noción de Partido, con su aparato burocrático y jerárquico, tendía a sustituir a la de los Consejos Obreros, vaciándolos de su contenido unitario de clase*. A este respecto, el levantamiento de los marinos de Cronstadt en 1921, contra los dictados de la dictadura bolchevique, fue ejemplar. Efectivamente, respondiendo a Trotsky – convertido en mariscal de campo del “ejército rojo” – que quería matarlos a todos “como a perdices” (!), los insurrectos pusieron delante una consigna reveladora y simbólica: **“¡Todo el poder a los Soviets y no al Partido!”**. Denunciaron el intento de transformar definitivamente *la dictadura del proletariado* ejercida por la organización unitaria de clase en *dictadura sobre el proletariado* querida por el Partido. Contrariamente a la expresión proletaria de la Comuna de París, citada por Marx como “ejemplo” de la dictadura del proletariado, la toma del poder por los bolcheviques (represión de los social-revolucionarios de izquierda y de los anarquistas desde 1918; eslogan: “Un solo Partido en el poder y los otros en prisión”) se identificaba con una conquista del Estado y no con “la destrucción de la máquina estatal de arriba abajo” (ver Marx: “La guerra civil en Francia”). En el lugar de una burguesía privada, los burócratas del Partido bolchevique – desde la época de Lenin – fueron los gestores del capitalismo de Estado que se instalaba en Rusia y que Stalin designaría después como “socialismo en un solo país”, acabando así el proceso de contrarrevolución destinado a embaucar a los proletarios del mundo entero. Por otro lado, extrayendo también las lecciones de la revolución alemana, Otto Rühle escribió un texto titulado: **¡La Revolución no es un asunto de Partido!** (ver “La Izquierda alemana: textos del KAPD, de la AAUD, de la AAU-E y de la KAI (1920-1922)”, suplemento al nº 2 de la revista “Invariance”, año V, serie 2, 1973). Criticó al KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán) que, sin embargo, pretendía no ser un Partido “en el sentido tradicional del término” por sus lazos con las Uniones obreras, y preconizó la organización unitaria del proletariado reclamando la disolución inmediata del Partido como órgano separado de la clase en su conjunto. Más tarde, en 1946, Anton Pannekoek intentó hacer un análisis completo en su obra: “los Consejos Obreros” (ver ediciones Spartacus, tomos I y II).

IV-Papel de las minorías revolucionarias

El movimiento histórico del proletariado en lucha contra el capitalismo mundial, *por tanto, del proletariado revolucionario* (según la célebre fórmula de Marx: “¡El proletariado es revolucionario o no es nada!”), produce asimismo en el interior de su organización unitaria diversas minorías revolucionarias que corresponden a los distintos grados de su conciencia de clase. Pueden constituirse en otras tantas organizaciones minoritarias cuya tarea será contribuir, en la lucha de clases, a esta conciencia unitaria **antes de disolverse en el marco de la organización de conjunto del proletariado**. Ninguna de estas minorías podrá pretender ser el Partido de vanguardia (el “Partido histórico”, según la tradición marxista), único capaz de detentar “la” verdad, “el” programa, es decir, “toda” la conciencia, la que se trataría, de alguna manera, de introducir “desde el exterior” en un movimiento proletario considerado como incapaz de superar una conciencia trade-unionista, es decir, sindicalista (ver la concepción de Lenin expresada en **¿Qué hacer?** que atribuye a revolucionarios “profesionales” el papel de dirigentes de un proletariado considerado “infantil”). Muy al contrario, estas minorías no deben asumir un

papel cualquiera de “dirección política” (tipo partido bolchevique), de “dirección espiritual” (tipo KAPD) u otro, substituyendo para esto al proletariado, sino intentar fundirse poco a poco en la organización unitaria de clase en función del alejamiento del peligro contrarrevolucionario y de la realización del comunismo integral (extensión de la revolución mundial, destrucción de los Estados y de las fronteras, abolición del salariado, del dinero y de las clases sociales...).

Actualmente, en este comienzo del siglo veintiuno, la relación de fuerzas está a favor del capitalismo a pesar de la crisis económica que mina este sistema a escala internacional y aun si los proletarios, cada vez más numerosos (asalariados, precarios, parados...), tienen potencialidades de acción ofensiva a pesar de las campañas ideológicas de todo género, de la machaconería mediática a ultranza, de la amenaza terrorista, de la intensiva propaganda de guerra, etc. Por eso, las tareas de las minorías existentes en el mundo (grupos políticos, círculos y redes de discusión...) son múltiples. Está el intercambio de informaciones, de correspondencias, de traducciones, de publicaciones (revistas, periódicos...), pero también la organización de encuentros, de debates, etc., todo esto es indispensable. Pero lo más importante sigue siendo la elaboración teórica ante los cambios profundos en la evolución del sistema capitalista y ante una realidad que ha desmentido la mayor parte de las perspectivas antiguas. Este trabajo permitirá intervenir mejor en el movimiento revolucionario proletario futuro y contribuir a una conciencia de clase más clara.

Como decía Paul Mattick en un artículo titulado **Los Grupos Comunistas de Consejos** y publicado en “The Social Frontier” (nº 45, mayo de 1939):

“Lejos de pretender actuar para los obreros, se consideran miembros de la clase obrera que han tomado conciencia de la tendencia del capitalismo a declinar e intentan coordinar en esta perspectiva las actividades de los trabajadores. Tienen conciencia igualmente de no ser más que grupos de propaganda capaces, ciertamente, de proponer vías y medios de acción, pero de ninguna manera emprender estas acciones “en interés de la clase”. Esto, a quien corresponde hacerlo es a la clase misma. En cierto sentido, las funciones de los grupos se ligan a sus perspectivas, pero en el presente, los grupos intentan basarse únicamente en las necesidades actuales de los trabajadores. En toda ocasión, se esfuerzan en estimular la iniciativa y la acción autónoma de los obreros” (texto publicado en la selección “Integración capitalista y ruptura obrera”, EDI, 1972).

El dogmatismo de las sectas es la muerte. Sólo un método crítico basado en la no-separación entre la teoría y la práctica mantiene la vida.

Guy Sabatier, octubre de 2002

INTRODUCCIÓN

La crítica del concepto de Partido, incluso por parte de los consejistas y de las diversas variantes de modernistas (situacionistas, asociacionistas, autónomos de todo pelaje...), elude situar claramente los orígenes del carácter erróneo de este concepto **en las tesis de Marx mismo**. Peor aún, cree poder oponer la teoría del “Partido proletario” de éste a todas aquéllas que, partiendo de la Socialdemocracia y del leninismo, han asimilado el Partido a la representación del proletariado, a la encarnación de su conciencia de clase, a la garantía de su realización del comunismo comprendido como un “Programa Histórico” y, por tanto, cuando ha “conquistado el poder político”, a un Estado “transitorio” encargado de asegurar las condiciones de esta realización ¡(Dictadura del Partido)!

Sobre la cuestión nacional y sobre el análisis del proceso revolucionario en Rusia, Rosa Luxemburgo no dudó en abandonar lo que ella llamaba las “viejas ideas” de Marx y de Engels. Para nosotros, revolucionarios que sacamos las lecciones de la contrarrevolución mundial que se ha desarrollado a partir de Octubre de 1917, se trata de hacer lo mismo a propósito de las concepciones de los “padres fundadores” acerca del Partido. Nuestro método crítico no tiene nada que ver con un supuesto “anti-autoritarismo” u otro “apoliticismo” que ponen por delante los anarquistas para condenar a Marx, mientras que sus propios teóricos, a imagen de Bakunin, han desarrollado y puesto en práctica concepciones de la organización revolucionaria y de sus relaciones con el conjunto del proletariado ¡que prefiguran en muchos puntos el leninismo!

Nuestro método es el de Marx, el materialismo histórico y dialéctico, que aplicamos a las propias tesis de él mismo y, o, de Engels **emitidas en un período bien preciso** (después del Manifiesto del Partido Comunista de 1848, segunda mitad del siglo XIX) **y que por eso mismo tienen los límites de éste**. En cierta medida, Marx ya no debe ser simplemente un “crítico del marxismo” sino también un crítico... ¡de Marx!

*“...La “conquista del poder político” es la trampa absoluta, el suicidio del movimiento obrero. Por ambigua que haya sido la herencia de Marx, queda, no obstante, una instrucción: la auto-emancipación obrera no puede ser más que **social** y el medio para ello no es la conquista y la transformación del Estado, sino el abandono y la destrucción de todo poder político. Sólo la **conquista del poder social**, cuya vía han abierto las escasas experiencias del socialismo de los Consejos, puede volver a dar un sentido y un alma al movimiento obrero.”*

(Maximilien Rubel, “De Marx al bolchevismo: partidos y consejos”. Argumentos, VI, nº25-26, 1962)

CONCEPTO “MARXISTA”

Incluso si sus formulaciones sobre el problema de la organización del proletariado no son numerosas, Marx enunciará siempre claramente, aún después de la experiencia de la Comuna de París, una concepción bien precisa a este respecto. En efecto, para él, la constitución del proletariado en clase revolucionaria no puede sino pasar **por la formación de un Partido político**:

“Esta organización de los proletarios en clase, y por tanto en partido político, es destruida constantemente por la competencia de los obreros entre sí. Pero renace sin cesar, cada vez más fuerte, más sólida, más poderosa.”

(Manifiesto del Partido Comunista, 1848)

*“En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado **no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto**, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del Partido político es **indispensable** para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases.”*

(Artículo 7-a, incorporado a los estatutos de la 1ª Internacional por decisión del Congreso de la Haya, 1872)

(Subrayado por nosotros)

En esta concepción de Marx hay que distinguir lo que es justo de lo que es falso en relación con el fin real del movimiento proletario formulado por él mismo aquí arriba: la abolición de las clases.

a) Necesidad de una fase política

Crítica de los utopistas, de los economistas, de los anarquistas

En Marx, lo que es profundamente justo es la visión de una fase política por la que debe pasar el movimiento social de la clase obrera. Esta fase se caracteriza por la lucha del proletariado contra el Estado capitalista, debiendo desembocar en la destrucción completa de éste y la instauración de una “dictadura del proletariado” para impedir toda tentativa de recuperación del poder por la burguesía. De clase económica definida sociológicamente por y para el capital, el proletariado se convierte así en una clase política capaz de actuar por y para sí misma. De clase que no poseía nada en el capitalismo y que estaba despojada de su “ser” propio (¡alienación total, pues “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante!”) el proletariado se transforma en una clase consciente y armada de un proyecto revolucionario gracias a su movimiento de enfrentamiento violento con el sistema capitalista. Por esta razón se comprende mejor una de las fórmulas clave de Marx: ¡“*El proletariado es revolucionario o no es nada*”! Al revés de las antiguas clases explotadas (por ejemplo, la burguesía bajo el feudalismo), la clase obrera no puede hacer depender su acción política de un poder económico ya instalado en el corazón del viejo sistema, no puede más que afirmarse primero políticamente, de modo autónomo, para poder no arreglar, sino destruir el orden social existente: abolición del salariado y de la producción mercantil y, por tanto, de las clases.

En esta visión está contenida una crítica de las diferentes corrientes que se expresan en el siglo XIX en el interior del movimiento obrero y que teorizan a su manera los objetivos y los medios de éste para llegar a emanciparse. En efecto, Marx dirige sus ataques tanto contra los utopistas que *“no perciben, por parte del proletariado, ninguna espontaneidad histórica, ningún movimiento político que le sea propio”*, pues *“el proletariado existe para ellos únicamente bajo el aspecto de la clase que más sufre”*, como contra los economistas del tipo Proudhon que *“quieren que los obreros permanezcan en la sociedad tal cual ésta está formada y tal como ellos la han consignado y sellado en sus manuales”* pues *“...no ven en la miseria más que la miseria, sin ver en ella el lado revolucionario, subversivo, que derrocará la sociedad antigua.”*

(Miseria de la Filosofía, 1847)

La crítica de Marx apunta igualmente a los anarquistas que, como las otras corrientes, rechazan la fase política y reducen al proletariado a **una simple clase para el capital**, es decir, que no busca mejorar su suerte más que en el marco del sistema existente (tema de la autogestión). Los califica como *“apóstoles del abstencionismo político”* pues para ellos, la clase obrera *“bajo ningún pretexto (...) debe emprender una acción política, porque llevar la lucha contra el Estado es reconocer el Estado, ¡y es contrario a los principios eternos!”*

(Del indiferentismo en materia política, 1873)

Esencialmente en su crítica fundamental de Proudhon, *Miseria de la Filosofía*, es donde Marx desarrolla la dialéctica del paso, para el proletariado, de una clase económica a una clase política, por tanto revolucionaria:

“Las condiciones económicas habían transformado primero la masa del país en trabajadores. La dominación del capital creó a esta masa una situación común, intereses comunes. De este modo, esta masa es ya una clase frente al capital, pero todavía no para sí misma. En la lucha, de la que sólo hemos señalado algunas fases, esta masa se reúne, se constituye en clase para sí misma. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política”;

“¿Quiere esto decir que después de la caída de la sociedad antigua habrá una nueva dominación de clase, que se resume en un nuevo poder político? No. La condición de la liberación de la clase trabajadora es la abolición de toda clase...La clase trabajadora substituirá, en el curso de su desarrollo, la antigua sociedad civil por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y ya no habrá poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente el resumen oficial del antagonismo en la sociedad civil. Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clase contra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, es una revolución total. Por lo demás, ¿hay que asombrarse de que una sociedad basada en la oposición entre las clases desemboque en la contradicción brutal, en un choque cuerpo a cuerpo como último desenlace? No digáis que el movimiento social excluye el movimiento político. Jamás hay movimiento político que no sea social al mismo tiempo. Sólo en un orden de cosas en que ya no haya clases y antagonismo de clases las evoluciones sociales dejarán de ser revoluciones políticas”.

Marx había bosquejado antes esta dialéctica de la transformación del proletariado y su visión del proceso revolucionario con ocasión de su crítica **contra el idealismo hegeliano** de su colaborador Arnold Ruge en el único número de los *“Anales franco-alemanes”* (febrero de 1844):

“Tanto es una paráfrasis y una absurdidad hablar de revolución social con alma política, cuanto es justo hablar de una revolución política con un alma social. La revolución misma, es decir, el derrocamiento del poder existente y la disolución de las relaciones sociales antiguas, es un acto político: el socialismo no puede realizarse sin

revolución. Tiene necesidad de este acto político en la medida en que debe destruir y disolver. Sin embargo, el socialismo rechaza el envoltorio político allí donde comienza su actividad organizadora, allí donde prosigue su fin propio, allí donde manifiesta su alma.”

(Notas críticas relativas al artículo “El rey de Prusia y la reforma social, por un prusiano” aparecidas en agosto de 1844 en el “Vorwärts - ¡Adelante! – de París; “un prusiano” era el seudónimo con el que escribía A. Ruge en este periódico).

b) Límites de esta fase política debidos a las condiciones económico-políticas del siglo XIX Concepto del “Partido proletario” en el proceso democrático

Se pueden juzgar todos los límites de esta fase política concebida por Marx cuando, por ejemplo, define el momento en que la lucha obrera se convierte en política, del modo siguiente:

*“Para convertirse en político, un movimiento debe oponer a las clases dominantes los obreros que actúan como clase para hacerles ceder por medio de una **presión desde el exterior**. Así, la agitación es puramente económica cuando los obreros intentan, por medio de huelgas, etc. en una sola fábrica o incluso en una sola rama de la industria, conseguir de los capitalistas privados una reducción del tiempo de trabajo; en cambio, es política cuando arrancan por la fuerza una ley que fija en ocho horas la jornada de trabajo, etc. De todos los movimientos económicos aislados de los obreros que son, pues, necesarios, y el prelude y la condición del movimiento más general, se desarrolla por todas partes un movimiento político, o dicho de otra manera, un movimiento de clase, **con vistas a realizar sus intereses bajo una forma general que tenga fuerza de coacción para la sociedad entera**. Estos movimientos suponen una cierta organización previa al mismo tiempo que son, a su vez, un medio de desarrollar esta organización.”*

(Carta a Bolte, 23 de noviembre de 1871)

De este modo, para Marx, la superación de la lucha puramente económica (formación de sindicatos) para convertirse en lucha política se traduce ante todo en la constitución de un **Partido del proletariado**, distinto e independiente de los otros partidos formados por las clases poseedoras. Las tareas políticas de este Partido apuntan a arreglar el sistema capitalista en un sentido favorable a los intereses de los obreros, y después a “conquistar el poder”. Este Partido corresponde, pues, al juego político del siglo XIX, que es favorable a una cierta extensión del proceso democrático propio del capital en su fase ascendente. Por eso mismo, sitúa enteramente la fase política del proletariado organizándose en clase en el interior del marco del sistema. Esto significa **la separación total** de esta fase con respecto al fin social (abolición de las clases) contenido en el proceso revolucionario propio del proletariado, ¡fin cuya realización es rechazada para el futuro!

Marx había tomado la fórmula según la cual el proletariado se organiza en clase constituyéndose en Partido, de la socialista utópica Flora Tristán, a la que Engels defiende de los ataques de Edgar Bauer en *La Sagrada Familia*, o Crítica de la crítica crítica, en 1845 (“La Unión obrera de Flora Tristán”). Y es en el último capítulo de *Miseria de la Filosofía* (“Las huelgas y las coaliciones de los obreros”), donde la precisa:

“En Inglaterra no se han contentado con coaliciones parciales, que no tenían otro fin que una huelga pasajera y que desaparecían con ella. Se han formado coaliciones permanentes, sindicatos que sirven a los obreros de valladar en sus luchas contra los empresarios. Y en estos momentos, todos estos sindicatos locales encuentran un punto de unión en la Asociación Nacional de Oficios Unidos, cuyo comité central está en Londres, y que cuenta ya con 80.000 miembros. La formación de estas huelgas, coaliciones, sindicatos, marchó simultáneamente con las luchas políticas de los obreros, que constituyen ahora un gran partido político bajo el nombre de Cartistas.”

A tener en cuenta que Engels hace la reseña de este paso al Partido político en su obra *“La situación de la clase trabajadora en Inglaterra”*.

Lo que es falso en la concepción de Marx se revela que es **su asimilación del movimiento político de la clase obrera a la formación y a la acción de un Partido proletario**.

¿Cuáles son las causas de su error?

Marx ha teorizado las condiciones económico-políticas del siglo XIX **como que son favorables a la revolución proletaria**, pues sobre la base de la terminación del proceso democrático burgués, y haciendo esta revolución “permanente”, a sus ojos era posible ir a la sociedad sin clases, al comunismo.

Su concepto de “Partido proletario” es **el producto de su separación entre fase política y fin social**.

Las condiciones económico-políticas del siglo XIX se caracterizaban por:

- El desarrollo económico del capitalismo entre sus crisis cíclicas (período ascendente), lo que conllevó el crecimiento de los sindicatos que permitía a la clase obrera beneficiarse de las ventajas que el sistema podía conceder (reformismo);

- El desarrollo del Estado democrático que respondía a las necesidades del Libre cambio y del “boom” económico, lo que desembocó en la constitución de los “Partidos obreros” para hacer presión sobre la legislación capitalista con el fin de mejorar la suerte de la clase obrera (reivindicaciones democráticas, parlamenta- rismo).

Esta separación Sindicatos/Partidos sancionaba las dificultades del proletariado para concebirse como otra cosa que una clase en sí, es decir, como una clase económica/política en el interior del sistema.

El proyecto de Marx de hacer pasar al proletariado de una clase para el capital a una clase para sí misma reposaba **sobre la existencia de una fracción comunista en el seno de los partidos obreros**: *“Los comunistas no forman un partido distinto opuesto a los otros partidos obreros”* (“El Manifiesto del Partido comunista”). Para él, el proceso revolucionario consistía primeramente en una extensión de la democracia económica y política: *“El fin inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos obreros: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado”*(idem). Más allá de una dominación política de los sindicatos (correas de transmisión) y de la práctica parlamentaria (adecuación de la legislación), se trataba, pues, para el Partido proletario (Partidos obreros más fracción comunista) de apoderarse del poder político de la sociedad capitalista tal como estaba **para después transformarla**. La fase política era separada del fin social, pues se situaba en otro terreno, el terreno capitalista. Para Marx no había ruptura entre la democracia burguesa y la realización del comunismo, sino una cierta continuidad: la fase política representaba de alguna manera la bisagra entre las dos, pues una vez conquistado el poder, **la garantía de la transformación social ulterior era la existencia de una fracción comunista en el Partido Proletario**: *“Prácticamente, los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a todas las otras”* (idem).

Así, esta Fracción tenía entre sus manos la posibilidad de realizar el comunismo gracias a la instauración del Estado de la Dictadura del Partido proletario y a **la aplicación de su programa máximo** con relación a los programas mínimos de los partidos obreros (¡transformación del Partido proletario en Partido comunista!). Extrayendo las lecciones de los acontecimientos revolucionarios de Francia y de Alemania en 1848-49, Marx y Engels teorizan lo que llaman “la revolución permanente”:

“Cuanto más lejos lleguen ciertos individuos o ciertas fracciones, más suya harán una parte de estas reivindicaciones; y las raras personas que vean, en lo que precede, su

propio programa, se figurarán haber establecido así el máximo de lo que se puede reclamar de la revolución. Pero estas reivindicaciones no pueden bastar de ningún modo al partido del proletariado. Mientras que los pequeños-burgueses democráticos quieren terminar la revolución lo más rápido y después de haber conseguido como máximo la realización de las reivindicaciones arriba citadas, es de nuestro interés y es nuestro deber hacer la revolución permanente, hasta que todas las clases más o menos poseedoras hayan sido desalojadas del poder, que el proletariado haya conquistado el poder público y que, no sólo en un país, sino en todos los países principales del mundo, la asociación de los proletarios haya hecho bastantes progresos para suprimir en estos países la competencia entre los proletarios y concentrar en las manos de los proletarios al menos las fuerzas productivas decisivas. Para nosotros, no se trata de la transformación de la propiedad privada, sino únicamente de su aniquilamiento; no se trata de enmascarar los antagonismos de clase, sino de suprimir las clases; no de mejorar la sociedad existente, sino de fundar una nueva.”

(“Mensaje del Consejo central a la Liga, marzo de 1850)

A pesar del “credo final” de este pasaje sobre el comunismo y a pesar de la insistencia de Marx a propósito del carácter independiente del Partido proletario, la acción política de éste **se ancla, de salida, en el proceso democrático burgués**. Hay necesidad de terminar la dinámica de las revoluciones capitalistas en Europa contra los restos de feudalismo y se establece, por tanto, una continuidad con el extremismo jacobino encarnado por Babeuf y los Iguales en 1796: *“La revolución francesa no es más que la precursora de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.”* (El Manifiesto de los Iguales, Sylvain Maréchal). Las posiciones de Marx y de Engels frente a Rusia (liquidación del zarismo gracias a una revolución burguesa) y frente a las luchas de liberación nacional (por ejemplo, el apoyo a la independencia de Polonia) se comprenden así perfectamente en ligazón con su visión general del proceso revolucionario en el curso del siglo XIX: ¡anudamiento de las fases democrática y proletaria!

“Como en Francia en 1793, la realización de la centralización más rigurosa es hoy, en Alemania, la tarea del partido verdaderamente revolucionario”;

“Forzar a los demócratas a intervenir en tantos puntos como sea posible, en la organización social existente, a perturbar su marcha regular, a comprometerse ellos mismos, a concentrar en las manos del Estado el máximo de fuerzas productivas, de medios de transporte, de fábricas, de ferrocarriles, etc.”

(“Mensaje del Consejo central a la Liga”)

Engels había formulado ya este anudamiento (apoyo a la burguesía revolucionaria o realización de las tareas democráticas substituyéndola) en artículos sobre “Los movimientos de 1847”:

“El movimiento democrático tiende, en última instancia, en todos los países civilizados a la dominación política del proletariado. Presupone, pues, que ya existe un proletariado, una burguesía en el poder, una industria que ha engendrado al proletariado y ha llevado a la burguesía al poder.”

(14 de noviembre de 1847)

Una vez más, más allá de la maduración de las condiciones objetivas (determinismo económico y social), la garantía del paso a una revolución social después de la fase política descansaba únicamente en la aplicación del “credo comunista” existente como teoría radical en el Partido proletario.

Lejos de asumir este paso, el Partido proletario en el poder (socialdemocracia, después bolchevismo) será el principal obstáculo para toda revolución comunista. En efecto, identificándose con el Estado y favoreciendo la concentración del capital, aparecerá como un instrumento de racionalización del sistema y, por tanto, de la superexplotación del

proletariado. Engels había presentido el peligro de la integración eventual del Partido, pero por el sesgo de las reivindicaciones salariales y **no por el de las tareas democráticas:**

“Si se tiene como partido obrero a las Cámaras sindicales (en francés en el texto) y a las asociaciones de huelga que luchan exclusivamente, como los sindicatos ingleses, por un salario elevado y una reducción del tiempo de trabajo, pero, por otro lado, se burlan del movimiento, se forma en realidad un partido para la conservación del salario, y no para su abolición.”

(Carta a Bernstein, 28 de noviembre de 1882)

Sobre la base del proceso democrático burgués, contrariamente a la visión de Marx y de Engels, la única permanencia no es la de una revolución proletaria que desembocaría en el comunismo sino la de una adecuación del capital por la integración de buen grado (ilusiones) o por la fuerza (represiones) del movimiento proletario. La dualidad Partidos/Sindicatos fue (¡y sigue siendo!) uno de los vehículos esenciales para propagar las ilusiones y, por tanto, mantener al proletariado como clase económica/ política en el interior del sistema (reivindicaciones salariales y democráticas). La represión de junio de 1848 en Francia (masacre de los obreros por las tropas de Cavaignac) fue el símbolo **del antagonismo fundamental entre democracia burguesa y comunismo**. Marx y Engels no extrajeron de ello más lecciones que la necesidad de la existencia y la independencia política del Partido proletario para hacer la revolución permanente y vencer a la burguesía conquistando el poder. La experiencia de la Comuna de París iba a llevarles a sacar otras lecciones y a modificar algo sus posiciones anteriores.

Después del golpe de Estado de 1851 en Francia (cf. el dieciocho Brumario de Luis Napoleón Bonaparte), Marx y Engels habían teorizado el desplazamiento a Alemania del centro vital de la lucha de clases, en ligazón con Inglaterra, considerada como el epicentro de la revolución mundial a pesar del escollo de la cuestión irlandesa (la sede de la AIT se encontraba en Londres desde 1864). A pesar del peligro de las pretensiones hegemónicas del canciller de Prusia, Bismarck, ellos contaban con el empuje de las ideas democráticas y republicanas a través de las tentativas de realizar la unidad alemana. Con el mismo título que la autocracia rusa y que el imperio austríaco, el Segundo Imperio se les aparecía en Europa como un cerrojo complementario que impedía el desarrollo del proceso revolucionario. Contra las guerras que ellos llamaban “dinásticas” (por ejemplo, Napoleón III intentando extender las fronteras del imperio francés aplastando los movimientos democráticos), apoyaban, pues, en nombre del proletariado, las guerras llamadas “defensivas” pues se situaban en la perspectiva de la independencia nacional. Es lo que hicieron en septiembre de 1870 cuando Napoleón III declaró la guerra a Alemania:

“La clase obrera alemana ha dado resueltamente su apoyo a la guerra, que no podía impedir, como a una guerra por la independencia alemana y la liberación de Alemania y de Europa de la pesadilla del Segundo Imperio. Son los obreros alemanes unidos a los trabajadores del campo los que, dejando tras sí a sus familias medio muertas de hambre, han suministrado los nervios y los músculos de ejércitos heroicos. Diezmados por las batallas en el exterior, serán diezmados de nuevo en su país por la miseria.”

(Segundo Mensaje del Consejo General de la AIT sobre la guerra franco-prusiana, Londres, 9 de septiembre de 1870)

Así, en un primer momento, como esta guerra había desembocado en el restablecimiento de la República en Francia, a pesar de la imposibilidad para la clase obrera alemana de impedir los fines anexionistas de su burguesía (Alsacia-Lorena), Marx y Engels recomiendan al proletariado francés **no lanzarse a la insurrección y esperar que la república se consolide, aprovechando el tiempo para construir su organización de clase:**

“La clase obrera francesa se encuentra, pues, colocada en circunstancias extremadamente difíciles. Todo intento de derrocar al nuevo gobierno, cuando el enemigo golpea casi a las puertas de París, sería una locura desesperada. Los obreros franceses deben cumplir con su deber de ciudadanos; pero al mismo tiempo no deben dejarse arrastrar por los recuerdos nacionales de 1792, como los campesinos franceses se dejaron engañar por los recuerdos nacionales del primer Imperio. No deben comenzar otra vez el pasado, sino edificar el futuro. Que calma y resueltamente aprovechen la libertad republicana para proceder metódicamente a su propia organización de clase. Esto los dotará de un vigor nuevo, de fuerzas hercúleas para la regeneración de Francia y para nuestra tarea común, la emancipación del trabajo. De su energía y de su sensatez depende la suerte de la república.” (ídem)

Tras el sitio y la capitulación de París, la insurrección de los obreros al rehusar dejarse desarmar (18 de marzo de 1871) y que proclamaron la Comuna diez días más tarde, **iba a quitarle la razón** a los análisis precedentes de Marx y de Engels sobre la prioridad absoluta del proceso democrático. Este movimiento, eminentemente social, **iba a barrer** todas sus previsiones de independencia nacional progresista en el tablero de los Estados e Imperios europeos. El desarrollo económico del capital haría el resto, de ahí el abandono de su tesis sobre Polonia por parte de Rosa Luxemburgo (cf. “El desarrollo industrial de Polonia”, 1898). En 1891, para el 20 aniversario de la Comuna, a pesar de sus intentos por justificar la rectitud de los análisis del Consejo General de la AIT en los dos primeros Mensajes (23 de julio y 9 de septiembre de 1870), Engels puso el acento en el carácter social de la Comuna:

“Así, a partir del 18 de marzo apareció muy claro y puro el carácter de clase del movimiento parisino que hasta entonces había relegado a segundo plano la lucha contra la invasión extranjera. En la Comuna no ocupaban asiento casi nada más que obreros o representantes reconocidos de los obreros; sus decisiones tenían igualmente un carácter netamente proletario.”

(Introducción a la Guerra civil en Francia)

El 30 de mayo de 1871, dos días después de que los últimos combatientes de la Comuna hubiesen sido masacrados en las pendientes de Belleville por las tropas versallesas, Marx había sacado por su cuenta la lección principal y fundamental de este movimiento social:

“...La clase obrera no puede contentarse con tomar el aparato del Estado tal cual y hacerlo funcionar por su propia cuenta.”

(Mensaje del Consejo general de la AIT, titulado “La guerra civil en Francia”, 1871)

Marx pasaba, pues, de una visión de “conquista del poder político” por el proletariado a la de una necesaria “destrucción de la máquina burocrática y militar” (“Carta a Kugelmann”, 12 de abril de 1871). Concedía tal importancia a esta modificación de su concepción anterior, que lo precisó en el *Prefacio a una reedición del Manifiesto del Partido comunista* el 24 de junio de 1872:

“...En muchos aspectos, hoy habría que modificar estos pasajes. Ante los inmensos progresos de la gran industria en el curso de estos últimos veinticinco años, y del desarrollo paralelo de la organización del Partido de la clase obrera; ante las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero, después y sobre todo de la Comuna de París, donde por primera vez el proletariado ha podido tener entre sus manos el poder político durante dos meses, este programa ha perdido, en algunas partes, su actualidad. La Comuna ha demostrado sobre todo que la clase obrera no podía tomar simplemente posesión de la máquina del Estado tal cual y utilizarla para sus propios fines.”

Sin embargo, a pesar de la experiencia de la Comuna de París se reafirma la necesidad, para el proletariado, de constituir un Partido para actuar como clase (cf. el artículo 7-a, incorporado a los estatutos de la 1ª Internacional por decisión del Congreso de la Haya, 1872, cita al principio del capítulo). Marx y Engels persisten en esta concepción porque su análisis de la transición política del capitalismo al comunismo, por tanto, de la dictadura del proletariado, sigue estando empañada por una cierta idea de la **coexistencia entre un Estado y la dominación de clase del proletariado**, o, en otros casos, por la pura y simple **identificación entre los dos**:

“...En realidad, el Estado no es nada más que un aparato para oprimir una clase por otra, y esto, tanto en la república democrática como en la monarquía; lo menos que se puede decir de él es que es un mal que hereda el proletariado vencedor en la lucha por la dominación de clase y del que, al igual que la Comuna, no podrá librarse de cercenar enseguida al máximo los lados más dañinos, hasta que una generación crecida en condiciones sociales nuevas y libres se encuentre en estado de deshacerse de todo este baratillo del Estado.”

(Engels, “Introducción a la Guerra civil en Francia, 1891)

“Enseguida se presenta esta cuestión: ¿qué trans-formación sufrirá el Estado en una sociedad comunista? Dicho de otro modo: ¿qué funciones, análogas a las funciones actuales del Estado, se mantendrán en aquélla? Esta pregunta solo puede tener respuesta de la ciencia, y por más que se acople de mil maneras la palabra Pueblo con la palabra Estado, no se hará avanzar el problema un solo milímetro. Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A lo que corresponde un período de transición política en que el Estado no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado”

(Marx, “Crítica del proyecto de programa de Gotha”, 1875)

Una vez más, la teorización de la separación entre la fase política y el fin social, por tanto, de la continuidad de ciertas funciones de la sociedad de clases y del capitalismo a través de la fase política (=al Estado), incluso si Engels proponía “reemplazar en todas partes la expresión Estado por “Gemeinwesen”, un viejo vocablo alemán cuyo sentido equivale al de comuna en francés” (Carta a Bebel, 18-28 de marzo de 1875), es lo que hace deducirse, para Marx y Engels, la necesidad de un Partido proletario capaz de asumir estas funciones (= Estado de la Dictadura del Partido) para **a continuación** aplicar su programa histórico (realización del comunismo, que conlleva la extinción del Estado).

La afirmación de la necesidad de una fase política llevará a Marx y Engels a romper totalmente con los anarquistas, a los que el apoliticismo arrastrará, por su parte, hacia el sindicalismo “revolucionario” o anarco-sindicalismo (Congreso de La Haya, 1872). Pero los límites de su concepción de esta fase política les llevarán, después de este Congreso y después de la disolución de la AIT (¡traslado de su sede a Nueva York!), **a hacer la cama a la socialdemocracia alemana y consortes** (II Internacional), no sólo por compromiso con el lasalleísmo (insuficiencias de las críticas del programa de Gotha, fusión de las “marxistas” de Eisenach en 1869 con los lasalleanos) sino también por incapacidad de los sucesores inmediatos para no ser otra cosa que “discípulos”, en primer lugar Engels, que en lugar de ejercer el método crítico, lo transformó en una ideología bajo el nombre de “marxismo” (Cf. “La Leyenda de Marx o Engels fundador”, Maximilien Rubel, Estudios de marxología, Cuadernos del ISEA, serie S, nº 15, dic. de 1972). Estos límites explican igualmente el modo burocrático (medidas administrativas, relatos anecdóticos, etc.) en que fueron excluidos Bakunin y los otros miembros de la Alianza de la Democracia Socialista en el Congreso de La Haya. La ausencia de todo debate real que habría podido suscitar el Consejo general a propósito de las divergencias, especialmente del problema de la fase política, indica efectivamente la influencia de dichos límites en la formación y después en

la evolución entre 1864 y 1872 de la AIT, que algunos intentan presentar hoy **como diferente de lo que fueron los partidos políticos después** (nuestras críticas de Marx, lo repetimos, no son una defensa velada de los bakuninistas, ¡que utilizaron igualmente por su parte toda una serie de “procedimientos organizativos” para intentar hacerse con el poder en la AIT!) (1).

Defendiendo la tesis de que para Marx es diferente el principio de la Asociación del de la constitución del proletariado en Partido político, C. Berger escribe, criticando a Glucksmann: *“Las debilidades de Marx no están, por lo demás, allí donde las busca. Se le puede reprochar haber huido ante las dificultades del movimiento asociacionista – lo que quiso ser la Asociación Internacional de los Trabajadores – y, en compensación, haberse inclinado hacia la forma “partido de masas”. Lo cual favorecía a la socialdemocracia, de la que era, no obstante, muy crítico y excluía a los anarquistas, que sin embargo estaban más próximos.”* (cf. “Autopsia de la “Nueva filosofía”, revista Spartacus n ° 10 julio-agosto de 1978). En realidad, a pesar de una diferencia esencial concerniente a la no-hegemonía del Partido comunista (los “marxistas” del Consejo general)

(1) (Revelación sobre los objetivos anarquistas en la AIT... ¡por un anarquista!):

“Nosotros queríamos, por una acción consciente, imprimir al movimiento obrero la dirección que nos parece mejor, contra aquéllos que creen en el milagro del automatismo y en las virtudes de la masa trabajadora... Nosotros, que en la Internacional éramos designados con el nombre de bakuninistas y éramos miembros de la Alianza, gritábamos muy fuerte contra Marx y los marxistas porque intentaban hacer triunfar en la Internacional su programa particular; pero, dejando aparte la lealtad de los medios empleados y sobre los cuales es inútil ahora insistir, nosotros hacíamos como ellos, es decir, que intentábamos servirnos de la Internacional para alcanzar nuestros fines de partido” (cf. Malatesta, “Volontà”, 1914)

frente a los otros Partidos obreros (proudhonianos, blanquistas, bakuninistas...) hasta la Comuna de París, la AIT fue ciertamente el prototipo del Partido proletario de masas tal como lo concebía Marx después de la disolución de la Liga de los Comunistas. En la II Internacional, las ideas de Marx fueron dominantes bajo la forma socialdemócrata, especialmente alemana:

“La Comuna fue la tumba del viejo socialismo específicamente francés. Pero al mismo tiempo fue la cuna del comunismo internacional, nuevo para Francia.” (Engels, octubre de 1884). Además, la AIT tendía a ser una organización de masas **previa** a la lucha general del proletariado para realizar la constitución de éste en clase; es, por lo demás, lo que reconoce C. Berger en su lenguaje esotérico:

“El Partido de los “Comunistas” se propone favorecer este movimiento por la asociación, es decir, organizar el movimiento real contra todos los partidos de igual apariencia y del salariado. Estos partidos de igual apariencia, defendiendo exclusivamente los intereses más inmediatos (globales y jerarquizados) de la clase obrera en general, o bien los intereses particulares y frecuentemente divergentes de las diferentes capas obreras jerarquizadas, obran, pues, a fin de cuentas, para el orden del salariado, sea burgués u obrero (bajo el vocablo de “democrático”). La perspectiva trazada por Marx exige mantener las asociaciones obreras más allá de la lucha, reunir estas asociaciones entre sí y exteriorizar su contenido inconsciente, pero real, de revuelta contra la opresión salarial y de recomposición de la existencia. Y en los hechos, la gran actividad de Marx y de Engels consiste en crear este “movimiento obrero real” de la asociación.”

(“Marx, la Asociación, el Anti-Lenin, hacia la abolición del salariado”, Ed. Payot, 1974)

Asociación y Partido político, dos fórmulas que designan de hecho, en Marx, ¡el mismo proyecto de organización del proletariado!

c) Contradicción entre la concepción del Partido como organización previa al movimiento proletario y la del Partido en tanto que organización producida por este movimiento

Más allá de la necesidad del Partido, hay en Marx una contradicción sobre la manera como se constituirá este Partido en ligazón con el movimiento del proletariado.

Tan pronto se afirma el hecho de que el Partido debe ser **una organización construida previamente al movimiento**, no siendo éste entonces más que el medio para desarrollarla. Es, por ejemplo, lo que se afirmaba en la carta de Marx a Bolte: *“Estos movimientos suponen una cierta organización previa, al mismo tiempo que son, a su vez, un medio de desarrollar esta organización.”* (cf. el extracto citado precedentemente). Y lo más frecuentemente en la práctica Marx, en tanto que militante, se esforzó en impulsar una organización-Partido **antes** del movimiento de conjunto de la clase obrera. Fue el caso, como vimos más arriba, de la Liga de los Comunistas (1847-1852) y sobre todo, de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864-1872). Así, la necesidad política para el proletariado de constituir un Partido podría resumirse en la fórmula “el Partido es la clase” puesto que, para Marx, la organización previa debe representar, al desarrollarse, a los trabajadores en su conjunto (Partido de masas).

Pero igualmente se afirma lo contrario, a saber, que el Partido es **una organización producida por el movimiento:**

“El Partido no es, pues, una organización creada artificial y arbitrariamente. Nace espontáneamente del suelo de la sociedad moderna.” (Carta de Marx a Freiligrath, 29 de febrero de 1860)

“La AIT no es hija ni de una secta ni de una teoría. Es el producto espontáneo del movimiento proletario, engendrado a su vez por las tendencias naturales e irreprimibles de la sociedad moderna.” (Informe del Consejo General al Congreso de Bruselas, 1868)

Hay, pues, preeminencia del movimiento real, práctico, sobre toda organización previa que, o bien se revela superada y debe ponerse en tela de juicio, o bien se ha convertido en un verdadero obstáculo y por tanto debe disolverse:

“La acción internacional de las clases obreras no depende de ninguna manera de la existencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Ésta fue sólo el primer intento para dotar a esta acción de un órgano central, intento que, por el impulso que ha dado, ha tenido consecuencias duraderas, pero que bajo su primera forma histórica, no podía sobrevivir mucho tiempo a la caída de la Comuna de París.” (Marx, Crítica del proyecto de Programa de Gotha)

“El movimiento internacional del proletariado americano y europeo ha llegado a ser en estos momentos tan potente, que no sólo su forma primera y estrecha (la Liga Secreta), sino también su segunda forma, infinitamente más vasta (la Asociación pública internacional de los Trabajadores) se le ha convertido en un obstáculo, y el simple sentimiento de solidaridad, basado en la comprensión de una misma situación de clase, basta para crear y mantener, entre los trabajadores de todos los países y lenguas, un solo y mismo gran partido del proletariado.” (Engels, “Algunas palabras sobre la historia de los Comunistas”, 1885)

El proletariado no crea el Partido, en tanto que órgano político, más que en su lucha general y, en consecuencia, no tiene por vocación ir a unirse en masa a una organización previa cualquiera. Aquí, la fórmula es la inversa de la precedente: ¡“La clase es el Partido”!

Un componente de la corriente leninista, la izquierda italiana (bordiguismo), ha intentado teorizar esta contradicción de Marx para armonizar la “dialéctica del Partido”. Así, la organización previa sería una especie de Partido **formal**, mientras que la tendencia del movimiento de la clase a constituirse en organización política en el curso de la lucha representaría el Partido **histórico**. El resultado de esta teorización es que el Partido formal puede equivocarse y ser un obstáculo para el desarrollo del Partido histórico, lo que desemboca entonces en el desprendimiento de una Fracción comunista que es la única capaz de interpretar válidamente la tendencia histórica contra la esclerosis del Partido formal. La jugada está hecha: ¡el Partido proletario (movimiento de la clase y Fracción) es repuesto en los raíles y podrá cumplir su papel! Observemos que hay asimismo en la corriente consejista, en la persona de Maximilien Rubel, un intento semejante para resolver la contradicción de Marx: de un lado, la organización previa se define como el Partido **obrero**, es decir, de manera **sociológica**, por otro, la que es producida por el movimiento histórico realiza el Partido **proletario**, “que trasciende de alguna manera las condiciones de la sociedad establecida”, es decir, que no puede “identificarse con una organización real sometida a las servidumbres de la alienación política”. Pero este concepto **ético** (¡magia de las palabras!) del Partido proletario hace intervenir, como en el caso de los bordiguistas, una Fracción comunista que sabrá hacer de este Partido un “excitador e instrumento de la espontaneidad proletaria” y no un “órgano de la colaboración entre las clases (“Observaciones sobre el concepto de Partido proletario en Marx”, Revista francesa de sociología, II, nº 3, julio-septiembre de 1961).

En las situaciones en que el movimiento histórico de la clase obrera dejó de estar a la orden del día, Marx actuará siempre para “adormecer” las organizaciones que habían existido previamente y que no habían tenido influencia determinante en los movimientos revolucionarios (1848, La Comuna):

- Después de 1852, desarrollo del capitalismo e integración del proletariado, de ahí la disolución de la Liga de los Comunistas;
- Después de 1872, contrarrevolución en Europa tras la derrota de los comuneros y traslado consiguiente de la sede de la AIT a Nueva York, prefigurando su extinción en 1876.

En estas mismas épocas, Marx criticará todos los intentos de mantenimiento de organizaciones oficiales o institucionalizadas y rehusará someterse a cualesquiera directivas de Partidos obreros existentes, en estos términos:

“Nuestro mandato de representación del partido proletario, no lo tenemos más que de nosotros mismos, pero ha sido refrendado por el odio exclusivo y general que nos han declarado todas las fracciones del viejo mundo y todos los partidos.”

(Carta de Marx a Engels, 18 de mayo de 1859)

Además, en ciertos casos, Marx preferirá igualmente consagrarse a un trabajo de reflexión y de elaboración teórica antes que participar en deliberaciones organizativas. Así, en 1866, cuando estaba en plan de continuar y profundizar sus investigaciones para hacer el análisis económico más completo posible del sistema capitalista (trabajos sobre “El Capital”), rehusará, a pesar de las conminaciones de sus allegados, acudir al congreso de la AIT que se celebraba en Ginebra. Se explica en estos términos: *“Yo creo que por mi obra, yo hago mucho más por la clase obrera que todo lo que yo podría hacer personalmente en un congreso cualquiera.”* (Carta de Marx a Kugelmann, 23 de agosto de 1866).

Para no dejar nada en la sombra, hay que hacer notar que esta preferencia de Marx, además de privilegiar la teoría con relación a los problemas de organización en este momento preciso, se situaba también en el marco de la polémica con los proudhonianos, cuyo obrerismo dominaba la AIT y les hacía despreciar la aportación de los no-manuales a la lucha del proletariado.

Con frecuencia, pues, Marx adoptó la línea de conducta que consistía en permanecer al margen, ya sea de una agitación sustitutiva de tipo blanquista cuando el movimiento de conjunto de la clase obrera no se manifestaba y quedaba integrado en el capitalismo, ya sea incluso de los debates reformistas del Partido de masas cuando las condiciones de reanudación de la lucha de clases habían permitido, sin embargo, la formación de éste. Como dice M. Rubel (cf. “El Partido proletario” en “Marx, crítico del marxismo”, ed. Payot, p. 190):

“A partir de ahí, se comprende que Marx haya podido hablar, en su correspondencia y en algunas manifestaciones públicas, de “nuestro partido”, mientras que ninguna organización oficial ligaba a los amigos agrupados en el “partido Marx”. Este grupo político no tenía estatutos, pero tenía un credo, el comunismo, y Marx estaba llamado a darle cimientos teóricos.”

d) El “Partido Marx”, o la concepción elitista del Partido Comunista

En Marx, si hay una idea positiva, es ciertamente aquélla que, de modo contradictorio con otras afirmaciones, lo lleva a formular la imposibilidad de una organización revolucionaria de masas fuera de los períodos de enfrentamiento abierto del conjunto del proletariado con el sistema. Esto será recogido más tarde por Rosa Luxemburgo en sus críticas a la social-democracia y a la II Internacional a la luz de la experiencia rusa de 1905. El Partido histórico es concebido, por tanto, como un producto espontáneo de las luchas obreras en el curso del proceso revolucionario (de hecho, ¿serán los Consejos obreros los que aparecerán como **expresión política y unitaria** del proletariado, aboliendo por ahí mismo la división entre partidos y sindicatos correspondiente a las condiciones anteriores!). Pero a la espera de los períodos clave en que se puede formar el Partido, la conciencia de lo que será el Partido Histórico, de alguna manera **práctico**, se encarna en una “secta-laboratorio” que conserva (tema bordiguista de la Invariación) o que readapta (enriquece), - esto depende de los textos a los que uno se refiera - el Programa comunista. En efecto, Marx y su “grupo” (Engels...) se erigen en la élite detentora de la teoría que el movimiento práctico realizará: ¡ellos son el Partido Histórico en el plano **teórico**! Al decir Marx: “Cuando la teoría se apodera de las masas, se convierte en una fuerza material”, en realidad esto no está muy alejado de la fórmula de Lasalle sobre “la alianza entre la ciencia y el proletariado”... ni siquiera de lo que escribirán a continuación Kautsky y Lenin sobre “la conciencia introducida desde el exterior de la lucha de clases en el proletariado”. Así, M. Rubel constata al final de su texto “El Partido proletario” (ya citado):

“Queda para el análisis sociológico el mostrar en qué se distingue, o no, una concepción semejante de la elección carismática de la idea que Marx se hacía de las sectas políticas.”

Hay efectivamente diferencias importantes entre lo que han podido decir Marx-Engels y, por ejemplo, Kautsky con su visión **ideológica**, por tanto burguesa, de la teoría:

“Inglaterra les dio la mayor parte de la documentación económica que utilizaron, y la filosofía alemana el mejor método para deducir de aquélla el objetivo de la evolución social contemporánea; la Revolución francesa les demostró de la manera más clara la necesidad de conquistar el poder, y especialmente el poder político para llegar al fin. De esta manera crearon el socialismo científico moderno por la fusión de todo lo que el pensamiento inglés, el pensamiento francés y el pensamiento alemán tenían de grande y de fértil.”

(cf. “Las tres fuentes del marxismo”, ed. Spartacus, serie B, nº 78, p. 21) (2)

Estas diferencias se apoyan esencialmente en el determinismo que reconocían Marx-Engels al **movimiento real** del proletariado con relación a las producciones intelectuales. Las luchas de clase de los años 1840 les habían ayudado a desembarazarse no sólo del idealismo

(2) Remitirse a los dos textos que siguen a este escrito: “Ideología y lucha de clases” de P. Guillaume y “El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin” de J. Barrot.

hegeliano, sino también del materialismo burgués que mantenía el dualismo entre pensamiento y acción (cf. “Las Tesis sobre Feuerbach”, 1845):

“Las concepciones teóricas de los comunistas no se basan de ningún modo en ideas, principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. Sólo son la expresión general de las condiciones reales de una lucha de clase existente, de un movimiento histórico que se desarrolla ante nuestros ojos” (El Manifiesto del Partido comunista, 1848)

“Ellos deducen la idea mediante “estudios continuados” que no dejan el menor rastro. “La hacen penetrar después en el seno de nuestras organizaciones obreras”. Para ellos, la clase obrera es una materia bruta, un caos que, para tomar forma, necesita del soplo de su Espíritu Santo.”

(cf. “Las pretendidas escisiones en la Inter-nacional”, 1872, ed. Spartacus: “Textos sobre la Organización”, serie B, nº 36, p.89)

Antes de esta crítica de los manejos de la Alianza bakuninista, Marx-Engels se habían diferenciado **en el mismo texto** de las posiciones de las sectas utopistas mostrando la distinción entre la AIT y estas últimas:

*“En realidad, los estatutos de la Internacional no conocen más que simples sociedades “obreras” que persiguen todas el mismo fin y aceptan todas el mismo programa, el cual se limita a trazar los grandes rasgos del movimiento proletario y **deja su elaboración teórica al impulso dado por las necesidades de la lucha práctica**, y al intercambio de ideas que se hace en las secciones, que admiten indistintamente todas las convicciones socialistas en sus órganos y sus congresos”* (subrayado por nosotros).

Como último ejemplo de estas diferencias, se puede citar este pasaje de la “Carta Circular de Marx-Engels a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros dirigentes del Partido socialdemócrata alemán” en septiembre de 1879, a propósito del abandono de los principios revolucionarios del proletariado por exiliados de este Partido (entre ellos Bernstein) como consecuencia de una “ley de excepción” de Bismarck contra los socialistas:

“En cuanto a nosotros, después de todo nuestro pasado, sólo nos queda un camino abierto. Hemos señalado desde hace casi cuarenta años la lucha de clases como el motor más decisivo de la historia y hemos designado especialmente la lucha social entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la revolución social moderna. Por tanto, de ninguna manera podemos asociarnos a gentes que quisieran recortar del movimiento esta lucha de clases. Con ocasión de la creación de la Internacional, formulamos la divisa de nuestro combate: la emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma. Consecuentemente, no podemos hacer ruta común con gentes que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para liberarse ellos mismos, y que deben ser liberados desde arriba, es decir, por grandes y pequeños burgueses filántropos. Si el nuevo órgano del Partido toma una actitud que corresponde a la opinión de estos señores (c. H. Schramm, C. Höcchberg y E. Bernstein), se hace burgués y no proletario, sólo nos queda, por penoso que nos resulte, declararnos públicamente en contra y romper con la solidaridad gracias a la cual hemos representado al Partido alemán cara al extranjero”(!)

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, que hacen que para Marx-Engels, al contrario que para Kautsky-Lenin, el socialismo no nace en el cerebro de los intelectuales sino que proviene de las necesidades prácticas de la lucha obrera frente a la crisis del capitalismo, **se establece una separación, en su concepción, entre la interpretación teórica (conciencia) del movimiento real y la práctica de este movimiento.** Esto se comprueba perfectamente cuando, en el plano organizativo, Marx-Engels plantean la cuestión a propósito de lo que distingue el papel de los comunistas del de los otros partidos obreros en el conjunto del Partido proletario (la clase obrera en movimiento). En efecto, responden así a esta cuestión:

“Teóricamente, tienen la ventaja, sobre el resto del proletariado, de una inteligencia clara de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario”

(cf. “El Manifiesto del Partido Comunista”)

Las condiciones, la marcha, los fines... Todo está trazado, este “resto del proletariado” que no tiene “la ventaja de una inteligencia clara” no tiene, pues, ¡ningún aporte teórico, al menos fundamental! Es, en cierta medida, un ciego que debe dejarse guiar por aquéllos, los comunistas, que poseen el programa de la A a la Z:

“Prácticamente los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a todas las otras” (ídem)

El proceso revolucionario no sería, de hecho, otra cosa que la realización práctica de una teoría detentada por una fracción particular, la de los comunistas, pues:

“Representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.”

Por ahí mismo, no hay **movimiento comunista** propiamente dicho. Para Marx-Engels, el comunismo es un programa del que es portador el Partido, este “Partido comunista” que aporta la luz al Partido proletario, es decir, al movimiento histórico de la clase obrera.

Así, en Marx-Engels, existía la concepción de no ser **sino** los intérpretes de la realidad, pero de ser sus intérpretes **privilegiados**, a imagen de los sabios que observan los fenómenos y extraen sus leyes generales:

*“De la misma manera que los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, de igual modo los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no está lo suficientemente desarrollado para constituirse en clase, y por consiguiente, la lucha misma del proletariado con la burguesía no tiene todavía un carácter político y las fuerzas productivas no se han desarrollado todavía lo suficiente en el seno de la burguesía misma para dejar entrever las condiciones materiales necesarias para la liberación del proletariado y para la formación de una sociedad nueva, estos teóricos no son más que utopistas que, para remediar las necesidades de las clases oprimidas, improvisan sistemas y corren tras una ciencia regeneradora. Pero, a medida que la historia avanza y con ella la lucha del proletariado se perfila más netamente, ya no tienen necesidad de buscar la ciencia en su espíritu, sólo tienen que darse cuenta de lo que pasa ante sus ojos y **convertirse en su órgano.** Mientras buscan la ciencia y no construyen más que sistemas, mientras están en los comienzos de la lucha, sólo ven en la miseria la miseria, sin ver en ella el lado revolucionario, subversivo, que derrocará la sociedad antigua. A partir este momento, la ciencia producida por el movimiento histórico, y **asociándose a él con pleno conocimiento de causa**, ha dejado de ser doctrinaria, se ha convertido en revolucionaria.”*

(Marx, “Miseria de la Filosofía”, 1847)

(subrayado por nosotros)

Por lo demás, es Engels quien institucionalizará la fórmula del “socialismo científico” en oposición al “socialismo utópico”. Con este género de pretensiones teóricas

y su asimilación a una verdadera “ciencia del proletariado”, iban a borrarse poco a poco ante el **dogma** y el **elitismo** que le es inherente, por un lado, el valor de las experiencias sociales sucesivas mismas que permiten la superación y el enriquecimiento constante de las posiciones teóricas precedentes (¡nada de conocimientos definitivos, ni de “hilo histórico” o de “continuidad orgánica”!), y por el otro, la relativización necesaria de toda aportación teórica de una fracción particular en función precisamente de las experiencias del movimiento en su conjunto frente a las condiciones objetivas cambiantes. Como la Metafísica en el cristianismo o la Razón entre los filósofos del siglo XVIII, ¡el “socialismo científico” iba a convertirse en la piedra angular de una nueva religión llamada “marxismo” y de su iglesia: los partidos políticos bautizados como “socialistas” o “comunistas”!

En consecuencia, se puede constatar una vez más el peso negativo de la revolución francesa en la conciencia de Marx-Engels. Tras la separación entre teoría y práctica que desembocará en la ideologización, está la separación entre tareas políticas y tareas sociales para el proceso proletario que está calcado, en su primera fase (política), sobre el proceso burgués en función de las condiciones objetivas del siglo XIX:

“Su propia lucha contra la burguesía no podrá comenzar más que el día del triunfo de la burguesía.” (Marx a Kugelmann, Carta del 23-2-1865);

“En todos los países civilizados, la democracia tiene como resultado necesario la dominación política del proletariado, condición de todas las medidas comunistas” (Engels).

A pesar de las lecciones extraídas de la experiencia de la Comuna de París, la fórmula clave del “Manifiesto del Partido comunista”: conquista del poder político a través del proceso democrático, se desarrollará con el Partido socialdemócrata alemán que, dicho sea de paso, siempre rehusó integrarse en la AIT a pesar de las conminaciones de Marx-Engels. La separación fase política/fase social hará aparecer completamente la concepción y la puesta en práctica del Partido Comunista-Jacobino, un partido de especialistas de la política, de revolucionarios profesionales, de teóricos del proletariado. Para Marx-Engels, el partido portador de la teoría elaborada por los comunistas, por tanto mediador (Luckacs) entre ésta y la práctica, era un intérprete, ciertamente privilegiado, y un revelador del movimiento proletario, pero aparecía igualmente como **un producto de la espontaneidad revolucionaria de la clase obrera**. Para la socialdemocracia y el bolchevismo, el Partido construido previamente al movimiento revolucionario se convertirá en el introductor de una conciencia ideológica en el proletariado, considerado únicamente como ¡sindicalista! A continuación, los temas bordiguistas de la Invariación de la teoría, de continuidad orgánica así como de centralismo orgánico en el plano del funcionamiento organizativo, acabarán de momificar toda interpretación de la realidad por su delirio elitista, de programa, en una palabra, mesiánico sobre el comunismo, concebido enteramente como una ideología a aplicar:

“Haciendo un salto por encima de todo el ciclo, el comunismo es el conocimiento de un plan de vida para la especie. Es decir, para la especie humana.”

(Cf. “Propiedad y capital”, en “Prometeo”, serie II, P. 125).

Para terminar este análisis del concepto “marxista”, ofrecemos una cita de Engels que confirmará una vez más que, a pesar de muchos errores debidos a las condiciones de su época, tanto éste como Marx no cayeron completamente en la ideología, al utilizar el método materialista, histórico y dialéctico. La contradicción es fuente de toda vida social y continuará siéndolo, **incluso en el comunismo**:

“M. Heinzen se imagina que el comunismo es cierta doctrina que partiría de un principio teórico determinado, el núcleo, del que se sacarían consecuencias ulteriores. M. Heinzen se equivoca mucho. El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento; no

parte de principios, sino de hechos. Los comunistas tienen por supuesto no tal o cual filosofía, sino toda la historia pasada y especialmente sus resultados efectivos actuales en los países civilizados. El comunismo es el producto de la gran industria y de sus consecuencias, de la edificación del mercado mundial, de la competencia sin trabas que le corresponde, de las crisis comerciales cada vez más potentes y universales y que se han convertido ya en perfectas crisis del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital, de la lucha entre proletariado y burguesía que se deriva de ello. El comunismo, en la medida en que es teórico, es la expresión teórica de las condiciones de liberación del proletariado.”

CONCEPTO “SOCIALDEMÓCRATA”

En todo su desarrollo histórico, la Social-democracia iba a **abandonar** los aspectos positivos que Marx había podido extraer gracias a la aplicación de su método: principalmente la concepción de una organización revolucionaria de masas que nace como **producto** del movimiento espontáneo del proletariado en períodos de crisis del capitalismo y de enfrentamiento abierto de los trabajadores con este sistema de explotación; pero también la de una organización que juega un **papel activo** en la destrucción del Estado y, por ahí mismo, se inscribe en un proceso de no-separación entre las tareas políticas y directamente sociales de la revolución proletaria (cf. las lecciones de la Comuna de París).

Únicamente las fracciones de izquierda de la S-D, ya en profunda ruptura teórica con ésta antes de 1914 (Rosa Luxemburgo, Anton Pannekoek...), y después el conjunto de la corriente llamada “ultra-izquierda” (aparte la izquierda italiana o bordiguismo), restablecerán **la preeminencia del movimiento real** en el plano de la formación de la organización revolucionaria de masas, pero mantendrán, con matices (ver el análisis en los capítulos posteriores), la noción de “Partido”, de su papel privilegiado y, por tanto, de la separación entre fase política y movimiento social. Es el surgimiento revolucionario del proletariado mismo en la escena histórica (1905, después 1917-23) el que se encontrará en la raíz de la ruptura y, después, de la radicalización creciente de estas diversas corrientes.

Muy al contrario, la S-D iba a **amplificar** todos los aspectos negativos de Marx debidos a los límites impuestos a su teoría por el desarrollo económico-democrático del sistema capitalista en la segunda mitad del siglo XIX, pero también por sus tácticas elaboradas y aplicadas, especialmente en la Alemania prusiana. De la concepción del Partido como intérprete privilegiado y revelador teórico de la espontaneidad revolucionaria del proletariado, se iba a operar el deslizamiento hasta la concepción del Partido como **introducción de la conciencia socialista** en un proletariado que no podía ser más que “sindicalista”. De este modo quedaba realizada la separación perfectamente estanca entre la teoría y la práctica: el Partido S-D, única mediación posible, **guardaba el programa máximo** (es decir, conservaba ideológicamente el contenido político, y después social, de una revolución comunista aplazada a las calendas griegas) **mientras que aplicaba el programa mínimo** (a saber, el arreglo del capitalismo por la puesta en marcha de “reformas obreras”).

Se había alcanzado un punto sin retorno en la negación de todas las capacidades revolucionarias propias del movimiento real del proletariado. El resto podía continuar: en adelante sólo contaba la fase política democrática; el Partido concebido como una organización de masas, construida previamente a todo movimiento de la clase obrera, el cual no era percibido sino como un simple medio de desarrollar más este tipo de organización, no tenía por “fin último” más que **la conquista del poder político** (incluso,

cada vez más, por la vía del sufragio universal) y, por tanto, **la gestión del Estado capitalista**.

En la historiografía oficial de lo que se llama “el movimiento obrero”, según las interpretaciones de tipo tradicional (izquierda: PS, PC) o izquierdista (¡comprendidas las corrientes de ultra-izquierda de hoy!), continúa existiendo, en referencia a la explicación de las relaciones entre Marx y la S-D, un intento por asegurar una “filiación histórica” entre los dos, ¡aun intentando “limpiar” más o menos al primero de los “pecados reformistas” de la segunda! Es obligado reconocer que si hay filiación, es la del “marxismo”, a saber, de una **ideología** (más tarde, de una **religión de Estado**: URSS, China...) que ya no tenía nada en común con el método original de Marx al señalar el antagonismo fundamental entre la burguesía y el proletariado. Esta ideología no sólo desarrolló los errores teóricos de Marx debidos a las condiciones del siglo XIX, sin intentar evidentemente analizar los cambios que se estaban operando en éstas (extensión del capital por la afirmación de sus tendencias imperialistas a escala planetaria desde 1880: primeros efectos de la crisis económica en Europa en esta época que desembocarían en un reparto colonial del mundo y en las rivalidades inter-imperialistas salidas de éste, ¡como en Fachoda en 1898 entre Inglaterra y Francia!), sino que también convirtió en un dogma intocable el análisis general del sistema elaborado por Marx en el libro I del “Capital” (Crítica de la economía política), utilizando sus manuscritos inacabados para construir la concepción “abstracta” de un sistema funcionando aislado. (cf. los libros II, III y IV redactados por Engels y Kautsky). Ahora bien, incluso si el mercado mundial no estaba aún completamente constituido y, a mayor abundamiento, saturado, las tendencias imperialistas existían desde el origen del capitalismo. En efecto, este sistema basado en la competencia no pudo desarrollarse históricamente más que arruinando los vestigios de los modos de producción anteriores y, por tanto, **exteriores** a su propia esfera de funcionamiento económico (producción-circulación de las mercancías entre capitalistas o destinadas a la venta a los asalariados). Como lo puso en evidencia Rosa Luxemburgo en “La Acumulación del capital” (1913), es la necesidad de realizar toda su plusvalía en dinero, condición sine qua non para asegurar una reproducción ampliada sin cesar, la que impone al capitalismo encontrar compradores **solventes** fuera de su propia esfera.

La burguesía ha sido revolucionaria histórica-mente, pues ha permitido un desarrollo de las fuerzas productivas netamente superior al de los sistemas precedentes, pero lo ha sido ante todo **desde el punto de vista del capital**, del cual ella era producto y cuya dominación real permitió. Así, el proletariado no ha tenido derecho nada más que a migajas, más o menos substanciales en función de los períodos y de sus luchas, abandonadas por esta clase dominante que contribuye al movimiento del capital. Su papel, por su lugar antagónico al de la burguesía en las relaciones de producción, no podía ser **desde el principio** más que luchar de modo intransigente contra ella, soporte principal, con el Estado, de la explotación capitalista. La clase obrera no tenía que colaborar con una cualquiera de las fuerzas burguesas, ni siquiera la más democrática, ni intentar sustituirlas para “acelerar la Historia” (!) en el caso en que fuesen vacilantes, incluso francamente claudicantes, para liquidar los regímenes del pasado (los restos del feudalismo).

Por los límites de su concepción sobre la fase política que debía seguir el proletariado y por las tácticas aplicadas a este efecto (revolución “permanente”, partido proletario, etc.), Marx, aún en vida, y Engels después, iban a contribuir grandemente a hacer **la cama a la social-democracia**, la alemana especialmente y en primer lugar.

1. La Socialdemocracia en vida de Marx o... “los entresijos del Partido proletario en Alemania”

“En todos estos escritos, yo no me califico jamás de socialdemócrata, sino de comunista. Para Marx, como para mí, es absolutamente imposible emplear una expresión tan elástica para designar nuestra concepción.” Engels, 1894. Prefacio al folleto del “Volksstaat”, órgano de los eisenachianos de 1871 a 1875)

“¡Todo lo que sé, es que yo no soy marxista!” (Marx, declaración relatada por Engels en una carta a P. Lafargue del 27 de agosto de 1890)

Como quieren acreditar estas citas, parece que, antes de la fusión con los lasalleanos de la Asociación general de los obreros alemanes (AGOA) en el congreso de Gotha en 1875, Marx y Engels habían tenido una política clara, es decir, comunista, frente a las corrientes socialdemócratas y, en particular, frente a sus “partidarios” del “Partido obrero social demócrata”, fundado en Eisenach en 1869. ¡Pero lo que intenta mantener la intelligentsia de los “expertos marxistas” acerca de la evolución del “movimiento obrero” pertenece una vez más al campo de la interpretación embaucadora! En efecto, más allá de algunas declaraciones a posteriori destinadas a intentar justificarse, los “Padres fundadores” han dado su caución **en los hechos** (a pesar de la existencia de críticas “privadas” por el rodeo de su correspondencia dirigida a los “jefes”) a la política de los “marxistas alemanes”, primero en la AGOA de 1863 a 1869, después con el Partido de Eisenach de 1869 a 1875, y finalmente a través del partido “unificado” posterior a 1875, política que era, desde el principio, de naturaleza socialdemócrata. Esto permite relativizar las demasiado famosas “concesiones” al lasalleanismo en el “Programa de Gotha”, al cual se atribuye tradicionalmente la paternidad de todas las “desviaciones”: reformismo, legalismo, revisionismo... ¿Por qué? Porque, constatando la ausencia de una burguesía revolucionaria en Alemania después de 1848, cuando este país abordaba objetivamente la fase necesaria de su “revolución política burguesa” (como Inglaterra en 1646 y Francia en 1789), son Marx y Engels en persona los que elaboraron **una táctica política ya enteramente socialdemócrata para el proletariado alemán**. A sus ojos, éste debía llevar a cabo las tareas democráticas en lugar de la burguesía - los grandes barones de la industria y de las finanzas - los cuales, incapaces de afirmarse en el plano político, se habían aliado con el semi-feudalismo encarnado por los grandes propietarios terratenientes de Prusia y su portavoz, el hidalguelo Bismarck. Ya antes de 1848 Marx había producido – en un estilo hinchado de metáforas – una verdadera “ensalada ideológica” que anunciaba la elaboración posterior de esta táctica:

“Si se compara la mediocridad fría y anodina de la literatura política alemana con los comienzos literarios inmensos y brillantes de los obreros alemanes, si se comparan estas botas de gigante del niño proletario con los zapatos de enano ya desgastados de la burguesía alemana, no se puede más que vaticinar una figura atlética a la cenicienta alemana.

Salta a los ojos que el proletariado alemán es el teórico del proletariado europeo, de la misma manera que el proletariado inglés es su economista y el proletariado francés su político. Alemania tiene una vocación tan clásica por la revolución social, que es incapaz de una revolución política.” (Marx, Notas críticas relativas al artículo “El rey de Prusia y la reforma social”, Vorwärts, 7 de agosto de 1844).

Más tarde, Engels saludaría, más prosaicamente, las acciones del proletariado alemán cuando, sobrepasando a su burguesía, contribuía a la realización de las tareas democráticas por medio de organizaciones que se reclamaban de él:

“La acción social y práctica del proletariado ha seguido el ritmo del desarrollo industrial desde 1848. El papel que los obreros alemanes juegan hoy en sus sindicatos, cooperativas, organizaciones y reuniones políticas, en las elecciones y en el llamado Reichstag, demuestra ya por sí mismo qué transformación ha sufrido de modo

imperceptible Alemania en estos últimos veinte años. Es un honor para los obreros alemanes haber conseguido enviar al parlamento obreros y representantes de los obreros, mientras que ni los franceses ni los ingleses lo han logrado todavía.” (Engels, Prefacio de 1870 a “La Guerra campesina”).

En una nota a propósito de este texto y de la táctica puesta en marcha en Alemania en el siglo XIX por Marx-Engels, R. Dangeville – como bordiguista consecuente... ¡entre otros! – establece claramente el lazo que hará de Lenin el continuador de semejante táctica en Rusia a principios del siglo XX:

“¡La historia de Alemania ha sido, pues, de alguna manera el laboratorio en que se elaboraron las soluciones válidas para todos los países del mundo! (a saber, los países atrasados, pues la revolución burguesa todavía no había tenido lugar en ellos). Así, el estudio de las condiciones de Alemania a partir de 1848 y de la táctica política elaborada por Marx-Engels permitió a Lenin establecer, desde 1905, las “Dos tácticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática” en Rusia. Definiendo magistralmente lo que en las condiciones materiales “atrasadas” imponía una política no comunista, sino socialdemócrata, Lenin preconizó, en ausencia de una burguesía revolucionaria, tomar la cabeza de la revolución desde el principio del proceso – la fase burguesa – para conducirlo hasta su término – el socialismo...” (R. Dangeville. cf. “La socialdemocracia alemana”, UGE 10/18, p. 342-43). De este libro, muy bien documentado, como, por otro lado, los cuatro tomos sobre “El Partido de Clase” (Pequeña colección Maspéro), hemos sacado un gran número de citas que contradicen las concepciones defendidas por su autor, en lugar, como él cree, ¡¡¡de apoyarlas!!!

Tratándose de hacer pasar su táctica a la práctica, hacía falta que Marx pudiese contar con un Partido de masas en Alemania. Como esto representa un período clave en el **deslizamiento** que iba a operarse entre el concepto “marxista” y el concepto “socialdemócrata” del Partido, vamos a estudiarlo en el detalle de los acontecimientos organizativos que se sucedieron.

a) Los comienzos de la Asociación General de los Obreros Alemanes (AGOA):

Después del período de reacción que siguió a los movimientos obreros de finales de los años 1840 en Alemania (por ejemplo, el proceso de Colonia) y la disolución de la Liga de los Comunistas, se creó la Asociación General de los Obreros Alemanes en 1863 en Leipzig bajo la dirección de Fernando Lasalle y de sus discípulos. (1)

(1) Desde hacía varios años, Marx mantenía correspondencia con Lasalle, que igualmente le había hecho una visita en

Tras la desavenencia con Lasalle, inmediatamente posterior a la visita infructuosa de éste a Londres (julio de 1862), Marx fue apartado de la formación de esta organización. Pero tras la muerte de su “Guía” (Lasalle sucumbió por las heridas recibidas en un duelo con un rival amoroso a finales de agosto de 1864), la AGOA buscó un sucesor para tomar la dirección. Wilhelm Liebknecht, uno de los futuros dirigentes del Partido de Eisenach, y después de la S-D unificada, solicitó entonces varias veces a Marx que se hiciese elegir a la presidencia de ésta diciendo que Bernhard Becker (designado como sucesor en el testamento de Lasalle) lo había incitado a ser candidato. Marx, que acababa de ponerse a la cabeza de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), tomó la posición siguiente:

“Me han llegado varias cartas, especialmente de Berlín, para preguntarme si quería aceptar la presidencia (de la Asociación General de los Obreros Alemanes). He respondido que me era imposible, porque se me prohíbe por el momento todavía

establecerme en Prusia. Sin embargo, tendría como una buena demostración de partido, a la vez contra el gobierno prusiano y contra la burguesía, que el congreso obrero me eligiese, después de lo cual yo declararí, en una respuesta pública, por qué no estoy en condiciones de aceptar esta proposición.” (Carta de Marx a Karl Klings, 4 de octubre de 1864; este correspondiente había quedado ligado a algunos antiguos

Londres. Para clarificar las relaciones que tuvieron con el fundador de la AGOA, Engels quiso publicar esta correspondencia. Fue Frantz Mehring el que llevó el proyecto a cabo haciendo aparecer las “Cartas de Fernando Lasalle a Karl Marx y Frédéric Engels” (1902). A consultar la obra reciente: “Correspondencia Marx-Lasalle, 1848-1864” (PUF, 1977). miembros de la Liga de los Comunistas que permanecieron en Alemania tras la disolución de ésta).

En definitiva, como estaba previsto, fue el mencionado Becker el que fue “elegido” a la presidencia de la AGOA. A través de este episodio, se muestra que si Marx no se hacía ilusiones acerca de la eficacia de una especie de plebiscito oficial para modificar la orientación lasalleana de la Asociación, no descuidaba, sin embargo, su alcance simbólico para intentar utilizarlo desde el punto de vista de su táctica política. Pero más fundamentalmente, se apoyaba sobre lo que ha sido anteriormente definido como el “Partido histórico” (o “Partido Marx”), es decir, sobre la concepción elitista de una fracción comunista dirigiendo teóricamente el “Partido formal”, a saber, el Partido proletario que existía desde hacía poco con una vocación internacionalista (AIT):

“La Asociación Internacional me quita muchísimo tiempo, dado que, de hecho, estoy a la cabeza de este asunto.” (Carta de Marx a Engels, 13 de marzo de 1865).

Así, aun continuando en busca de la adhesión de la AGOA a la I Internacional, Marx no perdió de vista las necesidades de la lucha teórica contra las ideas de “San Fernando Lasalle”. Sin embargo, poco a poco las hizo pasar a **segundo plano** para asegurarse tácticamente el concurso de una “base obrera” en Alemania frente a aquéllos que él llamaba sus “adversarios”, es decir, los emigrados franceses e italianos en Londres, que representaban la influencia ampliamente mayoritaria de las teorías de Proudhon y, o, de Bakunin en estos dos países:

“Sin duda has constatado que Engels y yo mismo hemos aceptado colaborar en el “Sozial-Démokrat” (órgano de la AGOA) de Berlín. Sin embargo – dicho sea entre nosotros - o bien este periódico deja de poner por las nubes las ideas de Lasalle, o bien dejaremos de apoyarlo. Sin embargo, por el momento, los pobres diablos se debaten en grandes dificultades (...) Comprenderás que la adhesión de la Asociación General de los Obreros Alemanes sólo es útil para comenzar, frente a nuestros adversarios de aquí. Más tarde, habrá que dislocar todo este aparato que reposa sobre bases erróneas (...)” (Carta de Marx a Carl Siebel, 21 de enero de 1865).

La construcción de una organización obrera de masas, previamente a todo movimiento de enfrentamiento general con el capitalismo, era, pues, necesaria en Alemania **antes** de que el Partido-Marx pudiese imponer sus concepciones de grado o por la fuerza, como, por lo demás, hacía: ¡del “lo que distingue a los comunistas de los otros partidos obreros” (Manifiesto del Partido comunista de 1848) a la eliminación burocrática de los llamados “adversarios” (congreso de La Haya, 1872)!

El 1er congreso de la AIT no se celebró, como estaba previsto, en Bruselas en 1865 sino en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866. Bajo la presión de los jefes lasalleanos, especialmente del nuevo presidente de la AGOA: J-B. Von Schweitzer, la adhesión de ésta a la Internacional no se realizó. A continuación, a causa de la evolución económico-política en Alemania (luchas reivindicativas de los obreros contra la agravación de su explotación debida a una industrialización creciente, aceleración de la unidad territorial y estatal a partir de la victoria del ejército prusiano sobre Austria en Sadowa en 1866), **la**

lucha de influencia entre “marxistas” y lasalleanos se intensificó en el seno de la AGOA. La oposición se cristalizó en torno a la cuestión de la creación de sindicatos obreros frente al poder patronal en la industria. Para no perder su influencia sobre las masas, los dirigentes lasalleanos abandonaron tácticamente la herencia principal de su “Maestro”: las cooperativas obreras impulsadas con la ayuda del Estado. Así, en el congreso de Hamburgo de la AGOA (final de agosto de 1868), para intentar contrarrestar la política sindical de los “marxistas” que se elaboró definitivamente en el congreso de la Asociación de las sociedades obreras alemanas (Nuremberg, 5/7 septiembre de 1868) y en presencia del delegado de la AIT: Eccarius, antiguo miembro de la Liga de los Comunistas, J.B. Von Schweitzer llegó incluso a proponer la celebración de un Congreso sindical en Berlín. Chocó con una mayoría de irreductibles que, no comprendiendo su táctica oportunista, querían mantener el programa lasalleano de las cooperativas obreras y tuvo que amenazar con dimitir para imponer su propuesta. La AGOA tomó también otras decisiones que se acercaban a las tesis de la AIT y rindió homenaje al “Capital” como si fuese la “biblia de la clase obrera militante” (!). Utilizando, entre otros, el pretexto de un “complot internacional”, la policía de Leipzig ordenó unos días más tarde (16 de septiembre de 1868) la disolución de la AGOA y el cierre de su sección berlinesa. Creyendo en la posibilidad de una colaboración real de J. B. Von Schweitzer en el sentido de la táctica política social-demócrata que él preconizaba para Alemania y esperando, por tanto, una unidad con sus partidarios, Marx escribió a éste en respuesta a varias cartas “calurosas”, una de las cuales le había invitado a asistir al congreso de Hamburgo:

“Estimado señor,

(...) Reconozco absolutamente la inteligencia y la energía con las cuales actúa usted en el movimiento obrero. Jamás he ocultado esta opinión a cualquiera de mis amigos. Allí donde debo expresarme públicamente – en el Consejo de la Asociación Internacional de los Trabajadores y en la Asociación de los comunistas alemanes de Londres – siempre os he tratado como a un hombre de nuestro partido, y jamás he soltado una palabra sobre nuestros puntos de divergencia. Y sin embargo, estos puntos de divergencia existen (sigue una exposición de éstas) (...) No obstante, cualesquiera que sean los errores de organización, quizá se podría eliminarlos en mayor o menor medida actuando racionalmente. Como secretario de la Internacional, estoy dispuesto a asegurar la mediación entre usted y la mayoría de Nuremberg, que se ha afiliado directamente a la Internacional; bien entendido, pretendo actuar sobre una base racional. En este sentido, he escrito a Leipzig (a Wilhelm Liebknecht). No desconozco las dificultades de su posición, y no olvido jamás que cada uno de nosotros depende más de las circunstancias exteriores que de su voluntad.

Le prometo, en todo caso, ser imparcial, como es mi deber. Pero no puedo prometerle que un día no sea llevado a criticar abiertamente las supersticiones lasalleanas, como en otros tiempos lo he hecho con los proudhonianos. Entonces aclararé mis posiciones personales, dictadas absolutamente por el interés del movimiento obrero.” (Carta de Marx a J.B. Von Schweitzer, 13 de octubre de 1868)

Para construir una organización de masas, Marx tenía que mezclarse en la “batalla de los jefes”, lo quisiese o no. En efecto, el apoyo de la AIT a elementos tales como W. Liebknecht o A. Bebel, que constituían una verdadera fracción tanto dentro como fuera de la AGOA, planteaba de una manera aguda la cuestión de **la dirección** de lo que debía ser el Partido proletario en Alemania. Cuando se lee la carta siguiente dirigida a Engels algún tiempo antes de la enviada a Von Schweitzer, salta una vez más a la vista la contradicción entre las dos concepciones de Marx sobre la formación del Partido. Aquí pone el acento **en el movimiento propio de la clase obrera**, fuera de los manejos de los aparatos y de sus jefes, ya sean lasalleanos o incluso “marxistas”:

“No creo que Schweitzer haya tenido el presentimiento del golpe que acaba de golpearlo. Si éste hubiese sido el caso, no habría glorificado con tanto ardor las virtudes de una “organización que va al paso”. Creo que es la Internacional la que ha empujado al gobierno prusiano a tomar esta medida (la disolución de la AGOA). Lo que explica la carta “tan cálidamente fraternal” que Schweitzer me ha dirigido, es simplemente que, tras la decisión de Nuremberg, temía que yo tomase públicamente partido por Liebknecht, contra él. Después del congreso de Hamburgo – el buen hombre me había escrito que tuviese a bien acudir allí a “recoger los laureles tan merecidos” – tal polémica habría sido peligrosa para él. Lo que es más necesario para la clase obrera alemana es que deje de actuar con la autorización previa de sus altas autoridades. Una raza educada tan burocráticamente debe seguir un curso completo de formación política actuando únicamente por su iniciativa. Por lo demás, se beneficia de una ventaja absoluta: ella comienza el movimiento en las condiciones de madurez de una época mucho más avanzada que los obreros ingleses y, por el hecho de la situación alemana, los obreros tienen un espíritu generalizador sólidamente anclado en ellos.” (Carta de Marx a Engels, 26 de septiembre de 1868)

La actitud “imparcial” que quería tomar Marx para favorecer la unidad no tuvo sino una existencia efímera: tres semanas después de la disolución, J. B. Von Schweitzer reconstituyó la AGOA con el mismo nombre en Berlín, afirmando en los nuevos estatutos que quería actuar **estrictamente en el marco de la legislación prusiana**. Comprometiéndose en una colaboración abierta con Bismarck, cuya política de unificación alemana bajo la férula prusiana apoyó, se dedicó a la caza de los elementos “marxistas”. Éstos, tras haber intentado preservar la unidad aislando a J.B. Von Schweitzer, se vieron obligados a la ruptura. En una declaración pública del 18 de febrero de 1869, W. Liebknecht había proclamado:

“Estoy dispuesto a enfrentarme al Señor Von Schweitzer en una reunión pública y aportar la prueba de que él – sea por dinero, sea por inclinación – intenta embaucar sistemáticamente a la organización del Partido obrero desde el final de 1864 y le hace el juego al cesarismo bismarckiano. Y, además, probaré que yo mismo y mis amigos no hemos descuidado ningún medio para promover la unidad del partido y que el Señor Von Schweitzer ha hecho fracasar hasta ahora nuestros esfuerzos en este sentido.”

Unos meses más tarde, los “marxistas” se escindían y fundaban en Eisenach el Partido obrero socialdemócrata (7/9 de agosto de 1869).

b) El “Partido de Eisenach” (1869-1875)

En su “Prefacio de 1875 a la Guerra de los Campesinos”, Engels bosqueja un cuadro de la evolución de la situación en Alemania desde 1869-70 (fecha de su precedente “Prefacio”, ver cita más arriba). Subraya la importancia del desarrollo industrial y de las reformas en el sentido de la burguesía, pero pone de nuevo en evidencia el rechazo de ésta a ejercer su propio poder político para acelerar y acabar las tareas democráticas. Frente al gobierno de los junkers prusianos, la táctica política socialdemócrata continúa consistiendo, pues, ¡en impulsar al proletariado para que asuma estas tareas **en el lugar de la burguesía!** Con este fin, Engels comienza a desarrollar mitos (“socialismo científico” concebido como continuador de la filosofía clásica alemana) que serán amplificados más tarde por él mismo, después por Karl Kautsky en la época en que éste se habrá convertido en el “centro ortodoxo” de la S-D:

“Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los del resto de Europa. Primeramente, forman parte del pueblo más teórico de Europa y han conservado el sentido teórico que ha desaparecido completamente en las supuestas clases cultas de

Alemania. Si anteriormente no hubiese habido la filosofía alemana, especialmente la de Hegel, jamás hubiese habido, sin duda, socialismo científico alemán, el único socialismo científico que jamás ha existido. Sin el sentido teórico que está difundido entre los obreros, este socialismo científico jamás habría pasado a este punto en su carne y en su sangre. Y se comprende la ventaja infinita que constituye esto, cuando se sabe que, de una parte, es la indiferencia respecto a toda teoría una de las causas fundamentales del poco progreso que registra el movimiento obrero inglés a pesar de la excelente organización de sus diversos sindicatos, y de otra, el desorden y la confusión sembrados en la teoría por el proudhonismo – bajo la forma que tenía en sus comienzos entre los franceses y belgas, y bajo su forma caricaturesca que le ha dado después Bakunin entre los españoles y los italianos – los que obstaculizan el movimiento en los países latinos.” (cf. “Prefacio de 1875 a...”).

Además, Engels preconiza formas de lucha y de agitación (papel de los jefes, introducción de la “ciencia socialista” en el proletariado, construcción de la organización de masas bajo el aspecto Partido/ Sindicatos, participación electoral creciente...) que, a pesar de la nota “internacionalista” colocada al final del párrafo, ¡no harán más que desarrollarse hasta 1914! La ideología de la S-D como Gran Partido “Obrero” **Burgués**, único capaz de eliminar los restos de feudalismo haciendo participar al proletariado en el desarrollo de su capitalismo nacional, estaba ya más que en germen en el pasaje que sigue (la S-D iba a jugar el papel del partido de oposición de su majestad en espera de “conquistar el poder”, lo que tendrá lugar en noviembre de 1918):

“Especialmente será deber de los jefes apropiarse cada vez más las armas teóricas, liberarse cada vez más de la influencia de las frases tradicionales, que pertenecen a concepciones anticuadas del mundo, y jamás olvidar que el socialismo, después que se ha convertido en una ciencia, pide ser tratado como una ciencia, es decir, estudiado. Será importante, después, difundir con un celo acrecentado entre las masas obreras los análisis teóricos cada vez más claros así adquiridos, y consolidar cada vez más poderosamente la organización del partido y de los sindicatos.

Aunque los sufragios socialistas expresados en enero representan ya un ejército bastante grande, todavía están muy lejos de constituir la mayoría de la clase obrera alemana; y por muy alentadores que sean los éxitos de la propaganda entre las poblaciones rurales, aún queda muchísimo por hacer, precisamente en este terreno. No se trata, pues, de relajar el combate, sino por el contrario arrancar al enemigo una ciudad, una circunscripción electoral tras otra. Sin embargo, ante todo se trata de mantener el verdadero espíritu internacional que no admite ningún chovinismo patriótico y que saluda con alegría todo nuevo progreso del movimiento proletario, de cualquier nación que provenga.! (Cf. Prefacio...”).

Durante este período, en este contexto económico-social, Marx-Engels habían pensado que la escisión respecto al sectarismo lasalleano de la AGOA traería una clarificación favorable a la aplicación de su táctica política socialdemócrata. Con el “Partido de Eisenach”, creían haber encontrado finalmente el Partido proletario adecuado para Alemania y que podría actuar como sección de la AIT. A pesar de un cierto número de satisfacciones (por ejemplo, durante la guerra franco-alemana) y un apoyo **público**, jamás desmentido, a este Partido, debieron, no obstante, desengañarse rápidamente con relación a su ausencia de rigor y de coherencia en la realización de su política general; lo cual expresaron de una manera **privada** por el rodeo de una importante correspondencia dirigida a los principales jefes del Partido (hay que señalar, por lo demás, que varias de estas cartas, especialmente aquéllas en que Marx-Engels eran más acerbos cara a sus dirigentes, ¡se han perdido, como por casualidad!).

El Partido obrero socialdemócrata vio la luz en el Congreso de Eisenach durante el verano de 1869: hubo 263 delegados enviados por 200 secciones de Alemania, de Austria y de Suiza. Fue Bebel quien, en compañía de W. Liebknecht, W. Bracke y A. Gieb, elaboró su proyecto de programa inspirándose en el preámbulo de los estatutos de la AIT escrito por Marx. El texto dejó lugar para las influencias lasalleana y liberal de manera que permitiesen la adhesión de una gran parte de los miembros del “Partido popular sajón”, salido a su vez de ciertos elementos del “Partido popular alemán” que había existido entre 1863 y 1866 en oposición a la política de hegemonía prusiana. Fue adoptado por el Congreso después de algunas modificaciones secundarias.

En el momento en que debía celebrarse el congreso de la AIT en Maguncia en 1870 para intentar reforzar la influencia de la Internacional en Alemania (por tanto, la del “Partido-Marx”), estalló la guerra entre Prusia y Francia, provocada por Napoleón III. Durante este conflicto, el Partido obrero socialdemócrata se acomodó prácticamente a las instrucciones de Marx-Engels: apoyo a la “guerra defensiva” por la independencia alemana contra el bonapartismo reaccionario (cf. citas en la 1ª parte: A) concepto “marxista”), petición de “garantías” al gobierno de Bismarck como la de que, si resultaba vencedor militarmente, no saciaría sus intenciones de dominación y de anexión (Alsacia-Lorena):

“A su vez, se adelantan y reclaman ahora “garantías”: garantía de que sus inmensos sacrificios no se han hecho en balde, garantía de que han conquistado la libertad, garantía de que la victoria sobre los ejércitos bonapartistas no se convertirá, como en 1815, en una derrota del pueblo alemán; y como primera garantía, reclaman una paz honorable para Francia y el reconocimiento de la República francesa.

El Comité Central del Partido obrero social-demócrata alemán lanzó un manifiesto el 5 de septiembre (en cuya base se encuentra la carta-instrucción de Marx a este C.C.) insistiendo enérgicamente sobre estas garantías.

- Protestamos, dice, contra la anexión de Alsacia y de Lorena. Y tenemos conciencia de que hablamos en nombre de la clase obrera alemana. Por el interés común de Francia y Alemania, por el interés de la paz y la libertad, por el interés de la civilización occidental contra la barbarie oriental, los obreros alemanes no tolerarán la anexión de Alsacia y Lorena sin decir palabra... Permaneceremos fielmente al lado de nuestros camaradas obreros de todos los países por la causa común internacional del proletariado.

Desgraciadamente, no podemos contar con su éxito inmediato. Si los obreros franceses no han podido, en plena paz, parar al agresor, ¿tienen los obreros alemanes más posibilidades de parar al vencedor en medio del ruido de las armas? El Manifiesto de los obreros alemanes pide que Luis Bonaparte sea entregado como criminal de derecho común a la República Francesa. Sus gobernantes, por el contrario, hacen ya todos los esfuerzos para volver a instalarlo en las Tullerías como el hombre más apropiado para arruinar a Francia. Sea como sea, la historia mostrará que la clase obrera alemana no está hecha de una materia tan maleable como la burguesía alemana. Cumplirá con su deber.” (Segundo Mensaje del Consejo General de la AIT sobre la guerra franco-alemana, Londres, 9 de septiembre de 1870).

Se puede medir así toda la nocividad de la “política de ajedrez” llevada por Marx (ver sus otros desarrollos en la II parte). Consiste, hablando en nombre del proletariado (substitutismo del Partido), en encadenar a éste a los intereses del desarrollo nacional de cada burguesía (extensión de la democracia contra los restos de feudalismo), y después exigir (!) – sin tener los medios para imponer su punto de vista (negación de la preocupación de preservar la independencia política del proletariado en el marco del proceso burgués) – que los gobiernos cumplan sus promesas democráticas y no sus voluntades imperialistas.

Sin embargo, después de haber dicho que toda tentativa de la clase obrera para derrocar al nuevo gobierno de Francia sería “una locura desesperada” y que valía más que se aprovechara “de la libertad republicana para proceder metódicamente a (su) propia organización de clase” (Segundo Mensaje... ídem), Marx sabrá dar el giro necesario para apoyar el movimiento espontáneo de los trabajadores que desembocará en la Comuna de París, y de esta experiencia sacará las lecciones **más positivas** para el conjunto del movimiento obrero, pues estarán en **perfecta contradicción** con la táctica política socialdemócrata que se había esforzado en hacer pasar en los hechos. Esta táctica estaba basada en la confianza en las virtudes atribuidas al crecimiento objetivo del capital y en la denuncia prioritaria de las teorías anarquistas:

“Si los prusianos salen victoriosos, la centralización del poder del Estado será útil a la centralización de la clase obrera alemana.”

“La preponderancia, en el teatro del mundo, del proletariado alemán sobre el proletariado francés sería al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon” (citas de una Carta de Marx a Engels, 20 de julio de 1870; precedía, pues, al desencadenamiento del conflicto y a los dos primeros Mensajes del CG de la AIT).

El Partido de Eisenach siguió grosso modo este giro y A. Bebel hizo un discurso en este sentido:

“Todo el proletariado europeo y todos aquéllos que tienen algún sentimiento por la libertad y la independencia, tienen los ojos fijos en París... Si París es aplastado momentáneamente, os recuerdo entonces que la lucha de París no ha sido más que una pequeña escaramuza de avanzadilla, que la gran batalla nos espera todavía en Europa, y que el grito de guerra del proletariado parisino: “¡Guerra a los Palacios, paz en las chozas. Muerte a la miseria y a la ociosidad!”, se convertirá en el grito de alistamiento de todo el proletariado de Europa.” (Intervención en el Reichstag, 25 de mayo de 1871).

Pero durante todo el año siguiente, Marx-Engels se lamentaron de la no-adhesión del Partido alemán a la Internacional y del silencio de los dirigentes socialdemócratas a este propósito, especialmente de W. Liebknecht, que aseguraba las relaciones con el extranjero. Por eso Engels escribió a este último:

¿Qué relaciones piensa mantener el Comité de Hamburgo con la Internacional? Debemos aclarar esta cuestión ahora y rápidamente, a fin de que Alemania pueda estar representada convenientemente en el Congreso. Tengo que rogarte que nos digas por fin claramente cómo se presenta la Internacional entre vosotros.

1) ¿Cuántas tarjetas, a cuántos adherentes y dónde, habéis distribuido aproximadamente? ¡Las 208 calculadas por Fink no son todo, sin embargo!

2) El Partido Obrero Social-Demócrata, ¿quiere hacerse representar en el congreso? En caso afirmativo, ¿cómo piensa previamente ponerse en regla a fin de que sus mandatos no puedan ser contestados en el congreso? Para esto hace falta:

I. que declare, no sólo simbólicamente, sino también real y expresamente, su adhesión a la Internacional como rama alemana”,

II. que pague, como tal, su cotización antes del congreso. La cosa se pone seria, y debemos saber en dónde nos encontramos, en caso contrario nos obligaríais a actuar por nuestra propia cuenta, considerando que el Partido obrero socialdemócrata es extraño a la Internacional y se comporta respecto de ella como una organización neutra. No podemos admitir que, por motivos que ignoramos pero que no pueden ser más que mezquinos, se deje de representar a los obreros alemanes en el congreso o que se sabotee su representación. Os rogamos nos respondáis rápida y claramente sobre estos puntos...” (Carta de Engels a Wilhelm Liebknecht, 22 de mayo de 1872).

Adolph Hepner, representante del Partido de Eisenach, participó en el congreso de La Haya (2-7 de septiembre de 1872) que desembocó en la exclusión de los “adversarios”

bakuninistas de la AIT (2): ¡los que eran sospechosos de haber participado en las actividades secretas de la Alianza de la Democracia socialista! Pero no por esto las cosas se hicieron más claras en las relaciones entre la Internacional y el Partido alemán. Por un lado, Adolph Hepner, al igual que otros dirigentes social-demócratas (A. Bebel, W. Liebkecht) fue víctima de la represión del gobierno bismarckiano, que prohibía las relaciones internacionales: condenado a un mes de prisión, las autoridades lo expulsaron después de Leipzig (primavera de 1873) y debió instalarse en Breslau, al otro lado de Alemania; Bebel y Liebkecht habían sido condenados ya a dos años de presidio en marzo de 1872 y después, en el curso del nuevo proceso por insulto al emperador, Bebel cargó con 9 meses más de prisión y fue desposeído de su mandato parlamentario (Liebkecht permaneció encerrado hasta el 15 de abril de 1874 y Bebel hasta el 1º de abril de 1875). Por otro lado, pues la represión no podía explicar todas las carencias organizativas del Partido en sus relaciones con la AIT, la influencia del lasalleísmo se había hecho mayoritaria en

(2) Ver el anejo sobre las concepciones organizativas de la corriente anarquista a continuación de esta parte consagrada al concepto “socialdemócrata”.

el seno del Partido de Eisenach mismo. En efecto, desde 1871, su comité ejecutivo había sido trasladado a Hamburgo y elementos abiertamente pro-lasalleanos como Geib o Yorck, tenían su control. Entre 1872 y 1873, el problema de saber qué posición tomar respecto de la AGOA trajo constantes enfrentamientos en los debates en el seno del Partido eisenachiano. En el congreso de Maguncia (sept. de 1872), Geiser había atacado violentamente la política anti-lasalleana del “Volkstaat” y exigido el cese inmediato de la polémica contra el “Neuer Sozial-demokrat”. Este congreso reconoció que la AGOA era “la única aliada natural del partido socialista obrero, y el congreso encargó entonces al comité que intentase otra vez encontrar una vía de colaboración de principio con la Asociación general de los obreros alemanes.” En consecuencia, la redacción del “Volkstaat” recibió la orden “de parar inmediatamente toda polémica contra la AGOA y sus dirigentes”. A continuación, Yorck acentuó de tal manera la política de compromiso con los lasalleanos que **Hepner escribió a Engels el 11 de abril de 1873:**

“Yorck es de un lasalleísmo tan limitado que odia todo lo que no se asemeja al “Neuer Sozial-demokrat”... Liebkecht, por su “tolerancia condescendiente”, que lo más frecuentemente está fuera de lugar, no es el menos responsable del hecho que Yorck emerja hasta este punto. Ahora bien, cuando hablo de ello a Liebkecht, pretende que veo fantasmas, que la cosa no es tan grave. Pero en realidad, es como yo digo.”

Liebkecht y Bebel, que habían concluido la “paz” con los lasalleanos enfocando cada vez más la fusión con la AGOA, se esforzaban efectivamente en distender la atmósfera e intentaron disuadir a Marx-Engels de que interviniesen en los “asuntos internos” del Partido alemán a través de la AIT:

“Os es imposible a distancia juzgar verdadera-mente nuestras condiciones, y Hepner carece tanto de sentido práctico... La influencia de Yorck es insignificante, es todo menos peligroso, de igual manera que el lasalleísmo no está difundido en absoluto en el partido. Si hay que tomar precauciones es únicamente a causa de los numerosos obreros honrados, pero extraviados, los cuales estarán con seguridad a nuestro lado si se actúa con destreza... Espero que después de estas desavenencias, no dudaréis en proseguir vuestra colaboración con el “Volkstaat”. Nada sería peor que retiraros.” (Carta de Bebel).

Marx-Engels no se retiraron y continuaron criticando de manera **privada** a sus partidarios en el interior del Partido de Eisenach. Preocupados por preservar la influencia del Partido histórico (¡la AIT “depurada” tras el congreso de La Haya!) en todas las

organizaciones de masas de cada país, en primer lugar Alemania, los incitaron a resistir a los llamamientos a la unidad de las sirenas lasalleanas. Pero, mientras que Engels hizo publicar un artículo titulado “Noticias de la Internacional” (“Volkstaat”, 2 de agosto de 1873) para proseguir en Alemania la crítica de la corriente anarquista (para complacer a la AGOA, los eisenachianos habían interrumpido toda polémica con los bakuninistas), no continuó habiendo **polémica pública contra las teorías de Lasalle:**

“Marx no puede atacar a Lasalle mientras no esté acabada la traducción francesa del Capital (hacia finales de julio), y todavía tendrá necesidad de reposo, pues se ha agotado mucho.” (Carta de Engels a Bebel, 20 de junio de 1873)

El tema de la unidad hizo su camino y la perspectiva de fusión fue negociada por los elementos pro-lasalleanos del Partido de Eisenach, y después con el apoyo activo de Liebknecht, y en menor medida de Bebel, cuando fueron liberados. Así, el “Volkstaat” y el “Neuer Sozial-demokrat” publicaron simultáneamente, el 7 de marzo de 1875, un llamamiento a todos los social- demócratas de Alemania, así como un proyecto de programa y de estatutos comunes elaborados en una pre-conferencia celebrada los días 4 y 15 de febrero de 1875 entre eisenachianos y lasalleanos.

El congreso de unificación tuvo lugar los días 22-27 de mayo de 1875.

c) El Partido Social-Demócrata “Unificado” o... ¿de la Crítica al Padrinazgo!

Marx y Engels fueron mantenidos conscientemente en la ignorancia de los preparativos de fusión por W. Liebknecht. Es lo que se deduce de una **carta de Engels a Bebel** (18-28 de marzo de 1875) en la cual su autor, puesto ante la evidencia de la fusión por la publicación del proyecto de programa, hace una crítica rápida de éste en cinco puntos y declara:

“...Me detengo, aunque cada palabra, o casi, es criticable en este programa sin savia ni vigor. Es tan cierto, que en el caso de que fuese adoptado, Marx y yo no podríamos reconocer jamás como nuestro este nuevo partido, si se erige sobre tal base; estaríamos obligados a reflexionar muy seriamente sobre la actitud a tomar, públicamente también, frente a él. Pensad que en el extranjero se nos tiene por responsables de todas las declaraciones y acciones del Partido obrero social-demócrata alemán. Bakunin, por ejemplo, nos imputa en su “Estado y anarquía” cada palabra inconsiderada que Liebknecht ha podido decir o escribir desde la creación del “Demokratisches Wochenblatt”. Se imaginan que dirigimos todo el movimiento desde Londres, cuando vosotros sabéis, tan bien como yo, que prácticamente jamás hemos intervenido en los asuntos internos del partido, y cuando lo hemos hecho, sólo ha sido para evitar que se cometiese una metedura de pata, siempre de orden teórico, o para que se corrija si es posible. Comprendéis bien que este programa marca un giro, que podría muy fácilmente obligarnos a declinar toda responsabilidad con respecto al partido que lo ha hecho suyo.

“En general, el programa oficial de un partido importa menos que su práctica. Sin embargo, un nuevo programa es siempre como una bandera que se pone en público, y según la cual se juzga a este partido. No debería, por tanto, ser de ninguna manera un retroceso con relación al precedente, en este caso, el de Eisenach. Y después hay que reflexionar también en la impresión que este programa causará en los obreros de los otros países, y en lo que pensarán viendo a todo el proletariado socialista de Alemania doblar así la rodilla ante el lasalleanismo...”

La advertencia proferida aquí por Engels parece perfectamente clara: el Partido histórico amenaza con no salir fiador de los manejos del Partido proletario en Alemania, e

incluso tomar **públicamente** una posición crítica respecto a él. El final de la misma carta condena especialmente el comportamiento de Liebknecht:

“... (Yo) me he contentado con escribir brevemente a Liebknecht. No puedo perdonarle que no nos haya escrito una sola palabra de todo este asunto hasta que ha sido demasiado tarde (mientras que Ramm y otros creían que nos había tenido al corriente escrupulosamente). Por lo demás, es así como actúa siempre, de ahí la cantidad de correspondencia desagradable que Marx y yo hemos tenido con él. Sin embargo, esto supera los límites esta vez, y estamos firmemente decididos a no marchar ya...”

El dirigente socialdemócrata respondió de modo oportunista, como de costumbre, diciendo que la fusión, incluso con “lagunas” en el programa, **favorecería una clarificación ulterior (!)**:

“Las lagunas del programa a las que tu aludes existen indudablemente, y de entrada nosotros mismos las conocemos muy bien. Pero eran inevitables en la conferencia si no se quería que se rompiesen las negociaciones con vistas a la fusión. Los lasalleanos acababan de tener una reunión de su comité director y llegaron ligados por mandato imperativo sobre los pocos puntos más criticables. Debimos ceder ante ellos, tanto más cuanto que no había la menor duda para ninguno de nosotros (e incluso, de entre ellos) que la fusión significaría la muerte del lasalleanismo.” (Carta de W. Liebknecht a Engels, 21 de abril de 1875).

Marx decidió entonces entrar en la arena y libró en cierta medida **“el último combate” del Partido histórico**. Al escribir una carta a W. Bracke, uno de sus partidarios más seguros, le adjuntó las “Glosas marginales al programa de fusión”, más comúnmente llamadas “Crítica del programa de Gotha”, para darlas a conocer a la dirección del Partido de Eisenach. Pero no se hacía muchas ilusiones sobre su eficacia sabiendo que los socialdemócratas maniobrarían para escamotear sus observaciones críticas y no las utilizarían para modificar el programa en cuestión (cf. la nota bene de la carta a Bracke). De hecho, el “Vorwärts” (periódico del Partido “Unificado”) no hizo pública la crítica de Marx al programa de Gotha más que **dieciséis años más tarde** (suplemento del 1º y 3 de febrero de 1891). Además, esto se hizo omitiendo la Introducción de Engels que, contra los manejos de W. Liebknecht al utilizar personalmente – es decir, sin citarla expresamente – la crítica de Marx en la perspectiva de la elaboración de un nuevo programa (el que será adoptado en Erfurt los días 14-20 de octubre de 1891), quería que una tal publicación sirviese de base de discusión **general** para la preparación del Congreso. Para confirmar la lucidez de Marx, así como la suya propia sobre las razones de la política del silencio seguida por el Partido obrero socialdemócrata con vistas a la fusión de 1875, he aquí lo que escribió Engels a Bebel el 1º de mayo de 1891:

“¿Cuál era la situación entonces? Sabíamos tan bien como la “Frankfurter Zeitung” del 9 de marzo de 1875, por ejemplo, que he encontrado, que el asunto estaba zanjado desde el momento en que los que habían sido encargados por el partido para establecer el programa habían aceptado el proyecto (del programa de Gotha). Teniendo conciencia de ello, Marx escribió su texto para salvar su alma, sin ninguna esperanza de éxito: como se sabe, acabó su documento, que desde entonces ya no era más que un testimonio, por la fórmula: Dixi et salvavi animam meam (hablé y salvé mi alma).”

En cuanto a Marx, ya disminuido por la enfermedad, indicaba al enviar sus Glosas Marginales:

*“Tened la amabilidad de poner en conocimiento de Geib Auer, Bebel y Liebknecht las glosas marginales al programa de fusión adjuntas, después de haberlas leído. **Nota bene:** el manuscrito debe volver a vuestras manos, a fin de que quede a mi disposición si fuese necesario. Estoy sobrecargado de trabajo y obligado a sobrepasar ampliamente lo que me autoriza el médico. Por eso no he sentido ningún “placer” al escribir este prolijo*

papel. Sin embargo, era necesario a fin de que las posiciones que yo `podría ser llevado a tomar a continuación no sean mal interpretadas por los amigos del partido a los que va destinada esta comunicación.

Después del congreso de fusión, Engels y yo publicaremos una breve declaración en la que diremos que no tenemos absolutamente nada en común con este programa de principios y que guardamos nuestras distancias respecto de él.

Es tanto más indispensable cuanto que en el extranjero se sostiene la idea, cuidadosamente explotada por los enemigos del partido, aunque sea perfectamente equivocada, de que nosotros dirigimos en secreto desde Londres el movimiento del partido de Eisenach. Así, en una obra en ruso recientemente aparecida, Bakunin, por ejemplo, me atribuye la responsabilidad no sólo de todos los programas, etc., de este partido, sino también de cada hecho y gesto de Liebknecht desde su colaboración con el partido popular.

Aparte de esto, es mi deber no reconocer, aunque sólo fuese por un silencio diplomático, un programa que estoy convencido de que es absolutamente condenable y desmoralizador para el partido.

Todo paso adelante del movimiento real vale más que una docena de programas. Si, por las circunstancias presentes, no se pudiese ir más allá del programa de Eisenach, habría que contentarse simplemente con concluir un acuerdo para la acción contra el enemigo común. Por el contrario, si se elabora un programa de principios (que es mejor aplazarlo para un momento en que una larga actividad común haya preparado el terreno para él), es para poner jalones que señalen a los ojos del mundo entero en qué nivel se encuentra el movimiento del partido.

Los jefes de los lasalleanos han venido a nosotros bajo la presión de los acontecimientos. Si de entrada se les hubiese hecho saber que no se aceptaría ningún regateo sobre los principios, habrían tenido que contentarse con un programa de acción o un plan de organización para actuar en común. En lugar de esto, se les permite llegar armados con mandatos cuya fuerza obligatoria reconoce uno mismo y se pone uno así a merced de gentes que tienen necesidad de nosotros. Para coronarlo todo, celebran un nuevo congreso antes del congreso de compromiso, mientras que nuestro propio partido tiene el suyo post festum. Se ha intentado manifiestamente de este modo escamotear toda crítica y no dar a nuestro partido el tiempo para reflexionar. Se sabe que el solo hecho de la unidad satisface a los obreros, pero se equivoca uno si se piensa que este éxito del momento no es pagado demasiado caro.

Por lo demás, este programa no vale nada, incluso haciendo abstracción de la canonización de los artículos de fe lasalleanos.” (Carta de Marx a W. Bracke, 5 de mayo de 1875).

Ante una carta así y leyendo el texto de la “Crítica del programa de Gotha” (3), uno espera al menos, tras el congreso de fusión, **una toma de posición pública** de Marx y de Engels en el sentido de una denuncia del programa “de compromiso” y de una actitud distante respecto del Partido “Unificado”. Y esto, tanto más cuanto que el “comité director” estaba compuesto mayormente por lasalleanos en relación con los ex-eisenachianos. Efectivamente, hacía mucho tiempo que la lucha político-

------(3) Cf. “Programas socialistas”: Crítica de los proyectos de Gotha y de Erfurt, programa del Partido obrero francés (1880), Prólogo de Bracke; Ediciones Spartacus, nº 42, serie B.

teórica contra las posiciones de los anarquistas, y la de Bakunin en particular, no sólo había tomado un carácter abiertamente público, sino que también había desembocado en su exclusión de la 1ª Internacional (¡además, de modo muy burocrático!). Ahora bien, no hubo ninguna declaración de este género y no se publicó ninguna obra detallada, no

obstante anunciada (cf. anteriormente la carta a J.B. Von Schweitzer), contra las teorías de Lasalle mientras que las de Proudhon, por ejemplo, habían sufrido -¡muy justamente! – un ataque en regla (cf. “Miseria de la filosofía”). Las obras de crítica del lasalleísmo (W. Bracke en 1873, B. Becker en 1874) habían sido, por lo demás, puestas en el Índice de la literatura del Partido por el comité de Hamburgo.

Muy al contrario. Por un lado, Marx continuó emitiendo opiniones desfavorables al Partido alemán en **su correspondencia privada**, por ejemplo, en una carta a Fr. A Sorge (ex-secretario de la AIT en Nueva York y antiguo miembro de la Liga de los Comunistas), el 19 de octubre de 1877:

“En Alemania, un espíritu podrido gana a nuestro partido, no tanto en las masas como entre los dirigentes (los que provienen de las clases superiores y de las filas “obreras”). El compromiso con los lasalleanos ha conducido igualmente a un compromiso con mediocridades, en Berlín con Dühring y sus “admiradores”, y en otras partes con toda una banda de estudiantes y de doctores superinteligentes que quieren dar al socialismo un giro “superior, ideal”, dicho de otro modo, substituir la base materialista (que reclama un estudio serio y objetivo si se quiere operar a partir de ella) por sus divinidades de la Justicia, de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad...”

Pero por otro lado, reconoció **oficial y públicamente** al partido formal existente en Alemania como al partido proletario que él apoyaba políticamente, reafirmando que debía asumir las tareas democráticas en lugar de la burguesía gracias al “peso teórico” del proletariado de este país y dando al mismo tiempo una especie de absolución a Lasalle sobre las concepciones y las intenciones originales de éste con respecto al fin del movimiento obrero(!):

“Pregunta: ¿Cómo explica usted el crecimiento rápido del partido socialista en Alemania?”

- Marx: El actual partido socialista ha nacido tarde. Los socialistas alemanes no se han entretenido con los sistemas utópicos que tuvieron un cierto peso en Francia y en Inglaterra. Los Alemanes se inclinan más que otros pueblos por la teorización, y han sacado conclusiones prácticas de la experiencia anterior de los otros. No debe usted olvidar que para Alemania, contrariamente a otros países, el capitalismo es algo completamente nuevo. Ha puesto a la orden del día cuestiones que ya estaban prácticamente olvidadas en Francia y en Inglaterra. Las nuevas fuerzas políticas a las que habían sido sometidas los pueblos de estos países, se encontraron en Alemania frente a una clase obrera que estaba ya impregnada de teorías socialistas. Por esto pudieron los obreros constituirse ya en un partido político autónomo cuando apenas nacía el sistema de la industria moderna. Tuvieron sus propios representantes en el parlamento. No había partido de oposición contra la política del gobierno, y este papel cayó en el partido obrero. Querer describir aquí la historia del partido nos llevaría demasiado lejos. Pero debo decirle esto: si, contrariamente a la americana y a la inglesa, la burguesía alemana no estuviese integrada por los cobardes más grandes, habría debido llevar ya una política de oposición contra el gobierno.

Pregunta: ¿Cuántos lasalleanos hay en las filas de la Internacional?

- Marx: Los lasalleanos no están organizados en partido. Naturalmente, entre nosotros hay creyentes de esta tendencia. Anteriormente, Lasalle había aplicado ya nuestros principios generales. Cuando comenzó su agitación después del período de reacción consiguiente a 1848, creyó que podría reanimar de la mejor manera al movimiento obrero recomendando la formación de cooperativas obreras de producción. Su intención era agujonear a los obreros para empujarlos a la acción. No consideraba esto sino como un simple medio para alcanzar el verdadero fin del movimiento. Tengo

cartas suyas en este sentido.” (Entrevista de Karl Marx en el “Chicago Tribune”, 5 de enero de 1879).

De la misma manera, poco a poco, Engels se puso a otorgar una patente “proletaria” al nuevo Partido “Unificado”. Así, desde el 12 de octubre de 1875, en una carta a Bebel, terminaba diciendo:

“Vosotros, sin embargo, tenéis perfectamente razón al decir que todo este asunto nos servirá de lección y que puede incluso dar buenos resultados en ciertas circunstancias. La fusión en sí es un gran paso, a condición de que se sostenga dos años, pero no cabe duda que se podría haber conseguido a mejor precio.”

Dos años más tarde, saludará la eficacia del Partido de Gotha en el plano electoral:

“Las elecciones nos proveen el medio de contarnos; el día de las elecciones, los batallones que pasan en revista podemos decir que constituyen el cuerpo de batalla del socialismo alemán. El efecto moral, tanto sobre el partido socialista que constata con alegría sus progresos, como sobre los obreros que son todavía indiferentes, e incluso sobre nuestros enemigos, es enorme. Es una buena cosa cometer cada tres años el pecado mortal de ir a votar. Esos señores abstencionistas dirán lo que quieran; sólo un hecho tal como las elecciones del 10 de enero vale más que todas las frases “revolucionarias.”” (La Plebe, 26 de febrero de 1877).

Más allá de la persistencia de ciertas críticas en su correspondencia, ¿cómo se puede explicar **la opción política** de Marx y de Engels que les condujo en definitiva a dar su garantía pública (el único acto que tiene importancia en relación con el movimiento social real) a un Partido al que casi habían condenado cuando la fusión de 1875? ¿¿¿Cómo comprender que un Partido histórico, tan intransigente desde el “Manifiesto” frente a todas las debilidades de las diversas fuerzas teóricas y formales del Partido proletario (los otros Partidos obreros que precedieron a la AIT y después se incorporaron a ella en su mayoría), ponga finalmente la rodilla en tierra ante una expresión organizativa de cuyos principios renegaba desde el comienzo???

Hay varias razones:

- Unas son **coyunturales**, por tanto **secundarias**, como por ejemplo el hecho subrayado por Engels de que el programa del nuevo Partido permanecería bien “ignorado”, bien “interpretado en un sentido comunista”:

“Por fortuna, el programa ha tenido una suerte mejor de lo que merecía. Obreros, burgueses y pequeño-burgueses creen leer en él lo que efectivamente debería figurar en él, pero no figura, y a nadie, en los diversos campos, se le ha ocurrido examinar a la luz del día el verdadero contenido de esas frases maravillosas. Es lo que ha permitido que guardáramos silencio sobre este programa.” (Carta a W. Bracke, 11 de octubre de 1875).

*“En lugar de esto, esos asnos de periodistas burgueses han tomado este programa completamente en serio, y han leído en él lo que no había, interpretándolo incluso como comunista. Los obreros parecen hacer lo mismo. Es **esta circunstancia la única** que nos ha permitido a Marx y a mí no desolidarizarnos públicamente de este programa: mientras que nuestros adversarios, y también los obreros, presten nuestras intenciones a este programa, podremos callarnos.”* (Carta a Bebel, 12 de octubre de 1875, ya citada en otro pasaje).

Aun siendo secundarias, estas razones son testimonio de la visión **políticastra**, y por tanto **burguesa**, que mantenía Engels sobre el movimiento obrero: los trabajadores son incapaces de tener una conciencia clara de las cosas, ¡el Partido puede, pues, manipularlos a su antojo!

- Otras son **teóricas**, por tanto **fundamentales**.

Marx estableció una separación entre movimiento político y fin social, entre lo que llama programa mínimo y programa máximo; ésta toma forma, entre otras cosas, a través de las particularidades de cada país, por consiguiente hay programas **nacionales**:

“Pregunta: Pero, ¿no consideran los socialistas, en general, la transferencia de los medios de trabajo a propiedad común de la sociedad como el gran fin de su movimiento?”

- Marx: Ciertamente, nosotros decimos que ése será el resultado del movimiento. Pero es una cuestión de tiempo, de educación y de desarrollo de las formas sociales superiores.

Pregunta: Este programa, ¿es válido, sin duda, para Alemania y uno o dos países más?

- Marx: Si usted quisiera sacar conclusiones sólo de este programa, desconocería la actividad del movimiento. Varios puntos de este programa no tienen significado fuera de Alemania. España, Rusia, Inglaterra y América tienen sus propios programas, que en cada caso corresponden a sus dificultades particulares. Su única analogía es la comunidad de su objetivo final.” (cf. Entrevista en el “Chicago Tribune”, ya citada).

Esta separación y este reconocimiento de programas “nacionales” **van a la par con la liquidación de la AIT**. En efecto, tras el congreso de La Haya, la Internacional ha sido reducida a la porción conveniente y el traslado de su sede a Nueva York ha significado ni más ni menos que una orientación hacia su disolución a corto plazo. Marx y Engels teorizan entonces el carácter “superfluo” de una organización internacional. Si de esta manera se recupera el lado positivo de su contradicción, que les empuja a confiar en el movimiento real contra toda organización previa, ello no disimula menos en lo sucesivo, visto el cambio de las condiciones objetivas en Alemania, la confianza depositada en las formas organizativas de tipo nacional y que cada vez tienen un contenido mínimo, al nivel de la aplicación de los principios:

“Pregunta: Pero su “Asociación Internacional”, ¿no dirige el movimiento?”

- Marx: La Internacional tenía su utilidad, pero pasó su época, ya no existe hoy. Ha existido y ha dirigido el movimiento. Se ha convertido en superflua a causa del desarrollo del movimiento socialista en el curso de estos últimos años. En los diferentes países se han fundado periódicos, que se intercambian mutuamente. Es la única ligazón que los partidos de los diferentes países mantienen entre sí. La Internacional había sido creada, en primer lugar, para reunir a los obreros y mostrarles cuán útil es poner en marcha una organización entre las diferentes nacionalidades. Los intereses de los diversos partidos en los diferentes países no se parecen...” (cf. Entrevista... ídem).

Marx había expresado ya una concepción semejante al hacer remontar a la caída de la Comuna de París la ineluctabilidad de la desaparición de la AIT (cf. Crítica del Programa de Gotha, cita en la 1ª parte: a) concepto “marxista”). Engels la recuperará más tarde bajo el régimen de la ley antisocialista promulgada por Bismarck... aun persistiendo, incluso con críticas, en apoyar la acción, a la vez clandestina y parlamentaria, del Partido Unificado y cuatro años antes de fundar la II Internacional (!):

“Hoy, el proletariado alemán no necesita organización oficial, ni pública, ni secreta; la unión simple y natural de compañeros que pertenecen a la misma clase social y profesan las mismas ideas basta, sin estatutos ni comités directores ni resoluciones u otras formas tangibles, para conmover a todo el Imperio alemán...” (cf. Algunas palabras sobre la historia de la Liga de los Comunistas; 1885, ver continuación de esta cita en la 1ª parte).

Frente al desarrollo del capital, se había operado un deslizamiento. Renegando del principio del antagonismo fundamental entre burguesía y proletariado (cf. El Manifiesto), la táctica política socialdemócrata elaborada por Marx y Engels no podía sino desembocar en privilegiar las luchas inmediatas en el terreno de las tareas democráticas. Así la contradicción organizativa se resolvía en un sentido bien preciso: había que apoyar las

organizaciones de masas que se habían creado previamente a todo enfrentamiento social, para llevar prioritariamente a término los objetivos reformistas. La conquista de la democracia, después la toma del poder político, concebidos originalmente como preludios a la realización del objetivo final, el socialismo, se habían convertido en fines en sí mismos y no ya simplemente en fases dentro del proceso de “revolución permanente”. Los límites de Marx y de Engels sobre la concepción de una fase política se transformaban, pues, en errores **por la separación, teorizada y experimentada en Alemania, entre fase y objetivo social.**

A medida que el movimiento obrero se inscribía en el proceso burgués, la lucha por los principios era relegada cada vez más a segundo plano o conservaba un carácter privado y elitista, es decir, solamente accesible a los “jefes” (cf. las cartas circulares y los textos críticos de Marx y Engels dirigidos exclusivamente a los dirigentes de la S-D alemana). El “credo comunista” tomaba aires de una especie de ideal lejano, de “paraíso en el futuro” (los famosos “mañanas que cantan”) por el hecho mismo de que las luchas se organizaban en el ámbito inmediato y en el contexto de cada nación, contribuyendo así a la concentración del capital y al fortalecimiento del Estado bajo la capa de la atribución de las libertades formales (derecho de voto para todos, libertades de reunión, de prensa, etc.). Sólo quedaba entonces al Partido histórico **encarnarse** en los Partidos proletarios que llevaban efectivamente las tareas democráticas en los diferentes países. Y el que se mostraba más eficaz en esta perspectiva, ¿no era, visto el “papel teórico predominante” reservado a su proletariado, el Partido alemán... a pesar de todas sus imperfecciones?

La ley antisocialista de Bismarck, abriendo un nuevo período, debía, por lo demás, a los ojos de Marx y de Engels, contribuir a borrar estas imperfecciones forzando al Partido a tomar un curso “revolucionario”, lo que significaba: evitar una “sublevación popular” (sobre todo, ¡nada de “Comuna” en Alemania!) y permitir un proceso burgués “radical”... es decir, **dirigido por el Partido proletario** (la S-D unificada).

En efecto, el 11 de mayo y el 2 de junio de 1878, el emperador Guillermo fue víctima de atentados, el segundo de los cuales por el anarquista Eduard Nobiling. Bismarck se aprovechó para atribuirlos a la socialdemocracia, acusada de predicar la toma del poder por la violencia. Después de un primer rechazo, el canciller alemán consiguió hacer votar su ley antisocialista el 19 de octubre de 1878, habiendo disuelto entretanto el Reichstag y podido así conseguir una mayoría dócil.

A propósito de esta política de Bismarck, Marx declaró:

“...A fin de llevar sus exacciones a su manera, ha suscitado el espectro del socialismo, y ha hecho todo lo que estaba en su poder para provocar un levantamiento popular.

Pregunta: ¿Recibe usted regularmente informes de Berlín?

- Marx: Sí, estoy muy bien informado por mis amigos. Berlín está perfectamente tranquilo, y Bismarck está decepcionado. Ha expulsado a 48 dirigentes, entre ellos los diputados Hasselmann y Fritzsche, así como a Rackow, Baumann y Auer de la Freie Presse. Estos hombres han exhortado a los obreros berlineses a la calma, y Bismarck lo sabía. No ignoraba tampoco que 75.000 obreros están próximos a morir de hambre en Berlín. Tenía la firme esperanza de que una vez los dirigentes estuviesen alejados, los obreros llegarían a pelearse, lo que hubiese dado la señal para un baño de sangre...” (cf. Entrevista... ídem).

Y sobre los efectos de esta política respecto del Partido, diría:

“De hecho, Liebknecht, después de haber hecho una enorme metedura de pata transigiendo con los lasalleanos, ha abierto las puertas de par en par a la mitad de la humanidad y ha preparado así, a pesar suyo, en el partido una desmoralización que no

pudo ser evitada más que gracias a la ley antisocialista.” (Carta a F. A. Sorge, 19 de septiembre de 1879).

Engels había formulado esto de un modo todavía más “optimista”:

“En Alemania, se acabó de una vez por todas la vieja agitación indolente, marcada de vez en cuando por una pena de seis semanas a diez meses de prisión. Cualquiera que sea el resultado del estado de cosas impuesto hoy, se puede decir ya que el nuevo movimiento parte de una base más o menos revolucionaria y por tanto debe tener un carácter mucho más resuelto que en el primer período del movimiento que hay detrás de nosotros. La fraseología sobre la posibilidad de alcanzar pacíficamente el fin se hará inútil, tú ya no puedes ser tomado en serio. Poniendo fin a estas declamaciones y arrojando el movimiento a la vía revolucionaria, Bismarck nos ha hecho un enorme servicio, que compensa ampliamente el ligero daño que nos causa frenando nuestra agitación.” (Carta a J.Ph. Becker, 1 de julio de 1879) (4).

Sin embargo, la ley antisocialista estuvo lejos de allanar todas las dificultades para imponer este curso

(4)J.Ph. Becker había organizado el Partido alemán a partir de Ginebra cuando la fundación de la AIT y se había opuesto después a los eisenachianos sobre el problema de la dirección del Partido (no hay que confundir a este comunicante con el Bernhard Becker del que hemos hablado anteriormente como sucesor de F. Lasalle).

“revolucionario” al Partido proletario. Muy al contrario, Marx-Engels chocaron, por un lado, con los elementos burgueses “no radicales” a propósito de la táctica a seguir en la ilegalidad (especialmente sobre el problema de la creación de un órgano clandestino del Partido), y por otro, con la fracción parlamentaria a causa de la prosecución de su trabajo legal, al precio de todos los compromisos con Bismarck. Marx libró entonces **personalmente** sus últimos combates.

El órgano central del Partido Social-Demócrata, el “Vorwärts”, había sido prohibido y los dirigentes decidieron la publicación de un periódico ilegal: el “Sozialdemokrat”. Se entabló entonces una lucha por el control de la redacción entre Marx-Engels, por un lado, que querían imponer su hombre de confianza residente en París, y por el otro, los elementos “filisteos pequeño-burgueses” (términos empleados por Marx-Engels) que habían emigrado a Suiza y que se beneficiaban del apoyo de los dirigentes que se habían quedado en Alemania (los de Leipzig: Liebknecht, Bebel... y toda la fracción parlamentaria). Tres de estos elementos: Höchberg, Bernstein y Schramm, hicieron aparecer en Zurich, en agosto de 1879, el primer número de un periódico que contenía un artículo titulado “Retrospectiva del movimiento socialista en Alemania”, en el que exponían su programa “revisionista” destinado a hacer el Partido proletario menos “radical-burgués” (lucha contra el gobierno semifeudal, en el lugar de la burguesía) y, por tanto, más respetable a los ojos de la pequeña burguesía asustada por algunas de sus concepciones (ej. : la reivindicación de la violencia).

Marx y Engels dirigieron, como siempre en las situaciones difíciles, una carta-circular “únicamente para la circulación privada entre los jefes del Partido alemán” (Marx a Sorge, 19 de sept. de 1879). En este texto, condenaban las tesis de los de Zurich sobre la orientación futura del Partido y, según su costumbre política de gentes que se creen indispensables, lanzaban una advertencia a los dirigentes de Leipzig, pidiéndoles que excluyesen a estos elementos “pequeñoburgueses” **bajo pena de su ruptura pública, como “Padres Fundadores”, con el Partido alemán:**

“...Tal es el Programa de los tres censores de Zurich. No puede ser más claro, sobre todo para nosotros, que conocemos todas estas letanías desde 1848. Se trata de representantes de la pequeña burguesía que manifiestan su temor de que el proletariado,

arrastrado por la situación revolucionaria, “vaya demasiado lejos”. En lugar de la franca oposición política, buscan el compromiso general; en lugar de luchar contra el gobierno y la burguesía, intentan ganarlos a su causa por la persuasión; en lugar de resistir con un espíritu de Fronda a todas las violencias ejercidas desde arriba, se someten con humildad y confiesan que merecen ser castigados. Todos los conflictos necesarios históricamente se les aparecen como malentendidos, y toda discusión se acaba por la certeza de que todo el mundo, en el fondo, está de acuerdo. Se juega hoy al socialdemócrata como se jugaba al demócrata burgués en 1848. Igual que estos últimos consideraban la república democrática como algo muy lejano, nuestros socialdemócratas de hoy consideran el derrocamiento del orden capitalista como un objetivo lejano y, por consiguiente, como algo que no tiene absolutamente ninguna incidencia sobre la práctica política actual... (...)... No comprendemos que el Partido tolere más tiempo en su seno a los autores de este artículo. Si la dirección del Partido cayese más o menos en manos de esta clase de gente, el Partido perdería su carácter viril (sic) simplemente y, sin corte proletario, ya no existe.” (cf. Circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke, a propósito del “Sozialdemokrat” y de la táctica en la ilegalidad, según el borrador escrito a mitad de sept. de 1879; ver la continuación de esta cita en la 1ª parte, a) el concepto “marxista”).

A pesar de esto, los dirigentes de la S.-D impusieron el patrocinio de Höchberg sobre el “Sozialdemokrat”, que apareció en Suiza: la razón esencial era que este filántropo **proveía las finanzas** de dicho periódico (!). Una vez más, como en 1875 frente al Programa de Gotha, Marx y Engels no rompieron con el Partido. Mucho más, a partir del momento (1881) en que el “Sozialdemokrat” tomó una actitud “crítica” respecto de la fracción parlamentaria, por el giro de Bernstein, acabaron por colaborar en él.

A pesar de la proclamación de la ley antisocialista y la entrada en vigor del estado de sitio en varias ciudades, el partido S-D siempre tuvo elegidos en el Reichstag y su fracción parlamentaria continuó su trabajo legal, por un lado renegando de todos los principios “revolucionarios” que fuesen en el sentido de un radicalismo burgués (ej. : reformas gracias al sufragio universal, en lugar de conquista del poder político por la violencia), por otro, apoyando la política económica y colonial de Bismarck (votos de leyes tales como la del diputado Kayser a favor de fuertes tasas proteccionistas), es decir, contribuyendo al desarrollo del capital alemán y a la superexplotación del proletariado de este país, incluso por medio de la represión (medidas disciplinarias). Así, Liebknecht intervino en los debates en el Reichstag afirmando en sus discursos:

“Cae de su peso que nosotros nos atendremos a la ley, porque nuestro partido es ciertamente un partido de reforma en el sentido más riguroso del término, y no un partido que quiere hacer una revolución violenta, lo que, de todos modos, es un absurdo. Niego del modo más solemne que nuestros esfuerzos tiendan al derrocamiento violento del orden en vigor del Estado y de la sociedad.” (Extractos de la sesión del 17 de marzo de 1879).

“Protestamos contra la afirmación según la cual nosotros seríamos un partido revolucionario... La participación de nuestro partido en las elecciones es, por el contrario, un acto que demuestra que la socialdemocracia no es un partido revolucionario... A partir del momento en que un partido se coloca en la base de todo el orden legal, el derecho del sufragio universal, y testimonia así que está completamente dispuesto a colaborar en la legislación y en la administración de la comunidad, a partir de este momento ha proclamado que no es un partido revolucionario... He señalado hace poco que ya el simple hecho de la participación en las elecciones es una prueba de que la S-D no es un partido revolucionario, etc...” (Extractos de un discurso en la Dieta de Sajonia, 17 de febrero de 1880).

Engels criticó evidentemente este renegar y los compromisos de la fracción parlamentaria S-D con el gobierno de Bismarck:

“La tempestad que sumergió a los socialistas franceses después de la Comuna era, sin embargo, de una gravedad muy distinta a los clamores que se han elevado en torno al asunto Nobiling en Alemania. ¡Y con qué orgullo y qué seguridad han reaccionado los obreros franceses! No encontraréis en ellos tales debilidades y tales complacencias con el adversario. Cuando no podían expresarse libremente, se callaban, dejando a los filisteos que gritasen hasta la saciedad. No sabían que su hora llegaría pronto...” (Carta a Bebel, 14 de nov. De 1879).

Pero rehusó provocar una escisión para no debilitar, cortándola de la “base” de los electores del Partido, la fracción exterior que “conservaba los principios”: a saber, la redacción del “Sozialdemokrat” (!) que, en torno a Bernstein en Suiza, había evolucionado desde 1881 en la dirección del “Partido histórico” en el exilio de Londres. Incluso pretextó, en total contradicción con su “optimismo” anterior, que mientras durase la ley antisocialista, favorecería no un curso “revolucionario” para el Partido, sino el surgimiento de fuertes tendencias “oportunistas y derechistas” (!). Preocupado por preservar el control de la organización de masas en Alemania y asegurar su continuidad, expresaba claramente la necesidad de que las tesis del Partido Histórico se encarnasen cada vez más en el Partido Proletario y le dictasen su política:

“Después que los señores oportunistas llorones se han constituido literalmente en partido y disponen de la mayoría en la fracción parlamentaria, después que se han dado cuenta de la posición de fuerza que les procuraba la ley antisocialista y que la han utilizado, considero que es doblemente nuestro deber el defender hasta el final todas las posiciones de fuerza que tenemos, y sobre todo la posición clave del “Sozialdemokrat”.

Estos elementos viven gracias a la ley antisocialista. Si mañana hubiese debates libres, yo sería partidario de golpear enseguida, y entonces serían aplastados rápidamente. Pero mientras no haya debates libres, mientras dominen toda la prensa impresa en Alemania y su número (como mayoría de los “jefes”) les dé la posibilidad de explotar plenamente los chismes, las intrigas y la calumnia insidiosa, creo que debemos impedir todo lo que pudiese cargar a nuestra cuenta una ruptura, es decir, la responsabilidad de una escisión. Es la regla general en la lucha en el seno del partido mismo, y hoy es válida más que nunca. La escisión debe ser organizada de tal manera que nosotros continuemos siendo el viejo partido y ellos lo dejen o sean expulsados.” (Carta a Bernstein, 5 de junio de 1884).

2. La Social-Democracia después de Marx o...

“La gran fuerza tranquila del Partido Proletario”

Después de la desaparición de uno de sus dos miembros, el Partido Histórico en el exilio (Engels) se orientó hacia dos clases de actividades que él consideraba complementarias:

- **En el plano coyuntural**, continuó analizando la situación extasiándose cada vez más a propósito de la progresión electoral del Partido S-D, como había hecho siempre desde los primeros éxitos importantes de éste. En 1884 saludó la consolidación cuantitativa del Partido en el seno de la sociedad capitalista alemana como si fuese el preludio de la “victoria final” del proletariado: ¡la toma del poder político! Contra los compromisos de la fracción parlamentaria y sus efectos en el interior del Partido en el ámbito de los “principios” (especialmente sobre los “jefes”), buscaba un motivo de satisfacción en la ampliación de la base electoral (que se realizaba incluso gracias al aporte de los campesinos y de los pequeño-burgueses arruinados por los impuestos: votos de los

“descontentos”) para poder confirmar su visión del curso “revolucionario” impuesto por la ley antisocialista y las medidas del gobierno de Bismarck:

“Por primera vez en la historia, un partido obrero sólidamente agrupado, aparece (en Alemania) como una verdadera potencia política... Es una potencia cuya existencia e hinchazón son tan incomprensibles y misteriosas para los gobiernos y las viejas clases dominantes como el ascenso de la marea cristiana lo era para los poderes de la Roma decadente. Crece y desarrolla sus fuerzas tan segura e irresistiblemente como en otros tiempos el cristianismo, aunque la ecuación de su tasa de crecimiento, por tanto, el momento de su victoria final, puede ser calculada matemáticamente desde ahora.” (Carta de Engels a Kautsky, 8 de nov. de 1884).

Esta visión del “partido de masas” sitiando desde el interior la sociedad capitalista y subiendo inexorablemente al asalto del poder, la conservará hasta su muerte puesto que diez años más tarde, repetirá casi de la misma manera:

“En Alemania, las cosas se desarrollan de manera regular. Es un ejército bien organizado y bien disciplinado que cada día se hace más grande y avanza a paso firme, sin dejarse desviar de su objetivo. En Alemania se puede, por así decir, calcular por adelantado el día en que nuestro partido será el único en disposición de tomar el poder en sus manos.” (Carta de Engels a Pablo Iglesias, fundador del Partido socialista en España, 26 de marzo de 1894).

Mientras tanto, en efecto, la Social-Democracia había obtenido 1.427.323 votos (20 escaños en el Reichstag) en las elecciones generales del 20 de febrero de 1890. El 1º de marzo (segunda vuelta) obtuvo 15 escaños más con el 19,7% de los votos. Sus sufragios se habían duplicado prácticamente con relación a las elecciones de 1887; la S-D se había convertido en el partido más poderoso de Alemania.

Con las grandes huelgas en el Ruhr que tuvieron lugar en la misma época, estas elecciones provocaron la abolición de la ley antisocialista, la caída de Bismarck y el nombramiento del canciller Leo von Caprivi por el nuevo emperador Guillermo II. Se abrió un período de “legalidad burguesa” y no ya de “dictadura bonapartista”, aun cuando los feudales conservaban todavía sus privilegios. El reformismo del Partido S-D (programa mínimo) iba a desarrollarse de la misma manera que el “cretinismo democrático” de su fracción parlamentaria:

“Lejos de nosotros la idea de querer provocar una revolución violenta; ya hemos subrayado que, ante la evolución técnica así como económica de hoy, sería insensato, incluso absurdo, pensar en combates de calles o de barricadas y semejantes revoluciones.” (Declaración del diputado Grillenberger en el Reichstag, 27 de febrero de 1892, no desmentida por el conjunto de la fracción parlamentaria S-D y por el comité central del partido).

Ante la apertura de un “nuevo período” consecutivo al avance electoral de 1890 y después, a la abolición de la ley antisocialista, Engels, cuya previsión de exclusión de los diputados S-D más oportunistas no se verificaba en absoluto, había recomendado a su vez, tácticamente, la “prudencia” y la “responsabilidad”, pues el Partido tenía todavía que desarrollarse numérica y electoralmente:

“Aquí comparto tu opinión: necesitamos mostrarnos, por el momento, tan pacíficos y legalistas como sea posible, y debemos evitar todo pretexto de choque...” (Carta a W. Liebknecht, 9 de marzo de 1890).

Reducía, pues la lucha contra el oportunismo al nivel de los principios abstractos, es decir, al terreno de las polémicas en torno a los discursos y textos (paso ideológico que prefiguraba el “marxismo ortodoxo” de Kautsky), esperando el momento decisivo en que el partido sería ultra-mayoritario para tomar el poder político, si fuese necesario, utilizando la violencia:

“... Sin embargo, considero fuera de lugar tus filípicas contra la violencia bajo todas sus formas y en todas las circunstancias.” (misma carta).

“Aún estamos muy lejos de poder sostener una lucha abierta y tenemos la obligación, ante Europa entera y América, de no sufrir ninguna derrota, sino de vencer, cuando llegue el momento, en la primera gran batalla. A esta consideración yo subordino toda otra.” (Carta a P. Lafargue, 31 de enero de 1891).

- **En el plano teórico**, después del “último combate” de Marx en 1875, Engels libró algunos combates de retaguardia del Partido histórico. Mientras contribuía a doblegar la oposición de los “jóvenes” que apoyaban las acciones obreras radicales contra la colaboración de la fracción parlamentaria con el gobierno (esta oposición llamó, por ejemplo, en Berlín a los obreros a que dejaran el trabajo el 1º de mayo de 1890, a pesar de las directivas anti-huelga del partido S-D), se propuso, en efecto, dar a la organización formal un programa más “marxista” que el de 1875. Así, en la perspectiva de un próximo congreso, hizo publicar la Crítica de Marx que hasta entonces había permanecido “confidencial”. (ver anteriormente). Después, tras el rechazo del programa oficial presentado por el comité central (elaborado en gran parte por Liebknecht-Bebel), del que había hecho una “Crítica” que no fue, a su vez, publicada sino diez años más tarde (1901) y “enterrada” por Kautsky en las páginas de la “Neue Zeit” (órgano teórico), apoyó a los que redactaron el “nuevo programa” **sobre la base de sus consejos**: Kautsky para la parte teórica, Bernstein para la política (reivindicaciones prácticas).

Este congreso se celebró en Erfurt desde el 14 al 20 de octubre de 1891 con 230 delegados. Adoptó el “nuevo programa” y excluyó a los portavoces de los “jóvenes” (Wilhelm Werner y Carl Widlberger), que rehusaron someterse a las resoluciones del congreso. Por el contrario, la fracción más oportunista del momento, la de Vollmar, que sostenía que la “Triple-alianza” (pacto militar entre Alemania, Austria-Hungría e Italia) era un “instrumento de paz” (!) **y que en caso de guerra con Rusia, la S-D debía colaborar con el gobierno** (¡¡¡la política de agosto de 1914 era ya anunciada!!!), permaneció en el Partido sometiéndose.

Antes, Engels, para encarnar más el Partido histórico, había puesto sobre los raíles **una II Internacional** que era una aglomeración de partidos socialistas de varios países, basados en el modelo de la S-D alemana, es decir, de carácter **nacional** y con vocación de **masas** por sus programas **mínimos** (reformismo) tanto como por sus actividades a través de los **sindicatos** (correos de transmisión) y las **elecciones** (constitución de una base electoral lo más amplia posible). Los “jefes parlamentarios” gobernaban cada uno de estos partidos, en armonía con los “doctrinarios” encargados de la conservación ideológica del programa **máximo** (“objetivo final”) cuando era posible, si no, contra éstos, procediendo a un **revisiónismo** (adaptación de los principios: ¡“el movimiento lo es todo, el fin no es nada”!). Esta II Internacional fue fundada al final del congreso obrero socialista internacional que se celebró en París del 14 al 20 de julio de 1889 (asistieron a él 400 delegados llegados de 22 países de Europa y América). Pero sólo dos años más tarde pudo imponerse la dominación “marxista” a través del Partido alemán, en el congreso de Bruselas (16-22 de agosto de 1891). En efecto, los “posibilistas” franceses (P. Brousse), que se habían plantado desde el principio, en unión con la Federación S-D inglesa, como rivales para tomar la dirección de la nueva Internacional, rechazaron la invitación “unitaria” de este congreso, una mayoría del cual, por otro lado, rehusó el acceso a los anarquistas en el momento de las deliberaciones sobre el resultado del control de los mandatos. Engels pudo escribir entonces:

“Después de todo, el congreso ha sido un éxito brillante para nosotros: los broussistas han estado completamente ausentes, y las gentes de Hyndman (dirigente inglés favorable a los posibilistas) han debido renunciar a manifestar su oposición. Lo mejor es

que hayan dejado a los anarquistas fuera, como en el congreso de La Haya de 1872. Allí donde se paró la vieja Internacional, allí exactamente comienza la nueva, que es infinitamente más grande y abiertamente marxista.” (Carta a F-A. Sorge, 14 de sept. de 1891).

En este congreso hubo, no obstante, una “nota falsa”. Domela Nieuwenhuis (1), delegado holandés, pidió poner en pie un plan de “huelga militar” en previsión de una guerra, pues él criticaba las proclamaciones demasiado vagas de los dirigentes S-D de la II Internacional sobre la “huelga general de los obreros” para oponerse a un eventual conflicto capitalista. En el periódico “El Socialista” (12 de sept. de 1891), Engels reducía esta oposición a una manifestación de la “frase ruidosa”, como había hecho frente a los “jóvenes” y como hará después Lenin respecto de todas las oposiciones radicales en el seno del Partido bolchevique y de la III Internacional (2):

(1) Ver anejo sobre el anarquismo. A leer la obra “El Socialismo en peligro”, F. Domela Nieuwenhuis, presentado por J-Y. Bériou, Ed. Payot, colección Crítica de la política.

(2) Cf. “Tratado de Brest-Litovsk de 1918: frenazo a la revolución”, Ed. Spartacus, nº 77, serie B. “Las raíces de Octubre de 1917”, Ed. Spartacus nº 50, serie A.

“El incidente Domela Nieuwenhuis ha mostrado que los obreros europeos han superado definitivamente el período de la dominación de la frase ruidosa y que tienen conciencia de las responsabilidades que les incumben: es una clase constituida en partido de lucha, partido que cuenta con los hechos. Y los hechos toman un giro cada vez más revolucionario.”

Finalmente, para intentar difundir el “credo marxista” o “socialista científico” en el Partido S-D y “sus” masas, Engels se consagró a toda una serie de trabajos librescos. Después de textos críticos tales como el que va contra la influencia de las ideas de Dühring, acabó de redactar los libros II y III del Capital según los borradores de Marx y comenzó a hacerlos publicar. Después, para utilizar el período de difusión legal que se abrió para la prensa S-D tras la abolición de la ley antisocialista, emprendió la reedición (con nuevos prefacios) de obras “fundamentales” de Marx o de él mismo. Así, de marzo a abril de 1891 solamente, aparecieron en Alemania los textos siguientes: “La guerra civil en Francia”, “Trabajo asalariado y Capital”, “El socialismo científico y el socialismo utópico”. A pesar de todos sus esfuerzos, Engels no llegará jamás a eliminar una influencia particular: **la de las teorías de Lasalle**. La S-D alemana siempre continuará llamándose “el partido de Marx... y de Lasalle” y sus dos retratos adornarán todas las tribunas de los mítines que organice. Así, Kautsky escribió un artículo titulado “Nuestros Programas” (“Neue Zeit”, nº 21):

“La actitud frente a Lasalle es otra para Marx que para la S-D, cuya apreciación no es la de Marx... ¿Podríamos olvidar jamás a un hombre cuyas obras, para nosotros los antiguos del partido y también para la inmensa mayoría de los jóvenes, guiaron nuestros comienzos en el estudio del socialismo y alumbraron nuestros primeros entusiasmos por el socialismo? Nosotros leemos atentamente y meditamos todo lo que Marx ha dicho de su discípulo Lasalle, pero no debemos olvidar que Lasalle fue igualmente uno de nuestros maestros y uno de nuestros mejores combatientes.”

La reedición de las “Luchas de clases en Francia de 1848-50” fue la ocasión para Engels de escribir su último texto importante (1895). **Aceptó edulcorar varios de sus pasajes bajo la presión de los dirigentes del Partido S-D** que pusieron en la balanza la necesidad de hacer frente a las circunstancias: en efecto, después de cuatro años de “legalidad burguesa”, el gobierno alemán quería volver a la represión haciendo votar en el Reichstag una nueva ley antisocialista calificada de “proyecto antiseditioso” (finalmente, como la mayoría de los partidos burgueses no se resolvió a votarlo, fue rechazado el 11 de mayo de 1895). A continuación, las tendencias revisionistas, en particular Bernstein en su

libro “Las Premisas del socialismo”, utilizaron esta versión “desnaturalizada” para justificar sus tesis integralmente reformistas, legalistas y pacifistas. Sin embargo, la versión integral de Engels, incluso si restablece la necesidad del empleo de la violencia por la S-D para conquistar el poder político (¡lo que harán Lenin y los bolcheviques en octubre de 1917!), **no cambia nada en el fondo**. Así, Riazanov, comparando las dos versiones en “Bajo la bandera del marxismo” (1925), hace notar que en la página 21, Engels había añadido él mismo el pasaje siguiente en las pruebas:

“Desde hoy, podemos contar con dos millones y cuarto de electores. Si esto continúa así, conquistaremos de aquí a fin de siglo la mayor parte de las capas medias de la sociedad, pequeños-burgueses así como pequeños-campesinos, y crecemos hasta convertirnos en la potencia decisiva del país, ante la cual tendrán que inclinarse todas las otras potencias, quieran o no.”

Aun permaneciendo fiel en el plano de los principios a la concepción de la toma del poder por el Partido y gracias al uso de la violencia (“objetivo final”), había rematado **prácticamente**, a partir de la táctica S-D elaborada con Marx para ser aplicada en Alemania, **el deslizamiento operado entre concepto “marxista” y concepto “socialdemócrata” en el plano organizativo** (y evidentemente, programático). El Partido proletario era una organización de masas, construida previamente a todo enfrentamiento y que tenía un carácter ultra-nacional (tendía a representar a todas las capas del Capital-Trabajo en desarrollo... ¡aparte los grandes capitalistas!). La II Internacional no era más que una unión **ideológica** entre todos estos partidos que tenían intereses reales antagónicos puesto que cada uno encarnaba un verdadero “Estado en el Estado”... antes de convertirse en el Estado mismo, es decir, ¡el Partido-Estado! La separación entre programa mínimo y programa máximo era total: si el “objetivo final” aparecía lejano por el hecho del reformismo cotidiano (aplicación del programa mínimo) y por las tendencias a realizarlo gracias a la vía pacífica (sufragio universal), el “credo comunista” (fin social) había sido, a su vez, puesto bajo el apagavelas desde hacía mucho tiempo a través de la encarnación del Partido histórico en el Partido proletario:

“Uno o dos millones de sufragios obreros para un partido obrero de buena fe valen infinitamente más que cien mil sufragios para un programa doctrinalmente perfecto.” (Carta de Engels a Florence Kelley).

Engels ya no aplicaba el método vivo de Marx para analizar la relación Proletariado/Capital a través del desarrollo de éste. En lugar de llevar una política de intervención comunista en la lucha de clases rompiendo con todos los errores precedentes (como en 1848 y en 1871), llevó hasta el final la lógica de la línea táctica socialdemócrata:

- la fase política era concebida como la toma del poder estatal en el marco de una “revolución permanente” – se inscribía en el proceso democrático burgués – y no como una destrucción del estado;

- el Partido proletario era construido como una organización previa a todo movimiento, en el cual la fracción comunista (Partido histórico) era la élite que guardaba las llaves de la Historia y revelaba la conciencia socialista; definitivamente, ya no era la visión del Partido como organización revolucionaria de masas producida por la lucha del proletariado, es decir, que surge del movimiento real y espontáneo de la clase obrera contra el capital (aspectos pre-consejistas de la Comuna). A imagen de Marx después de 1871 y la disolución de la AIT, Engels habrá desarrollado una verdadera **ideología “marxista”** que calificará con el título pomposo de ¡“socialismo científico”! En adelante, quedaba excluido todo aporte revolucionario del movimiento real del proletariado: los intelectuales debían introducir desde el exterior la conciencia socialista salida de sus cerebros en un proletariado únicamente capaz de ser “sindicalista” pues, como dirá Kautsky, - recogido

por Lenin en “Qué hacer” – “socialismo y lucha de clase no se engendran el uno al otro” (!).

El Partido socialdemócrata alemán se había convertido en “la gran fuerza tranquila de los trabajadores” que, en 1914, entregará a la carnicería inter-imperialista al proletariado atado por sus cuidados al carro estatal.

En las partes que siguen sobre los conceptos leninistas y ultra-izquierda, tendremos ocasión de volver sobre lo que fue la S-D bajo el reino del “ortodoxo” Kautsky y del “revisionista” Bernstein.

NOTA SOBRE EL ANARQUISMO

Esta primera parte de “Sobre la Organización” está consagrada al concepto de Partido desde Marx. Es natural, pues, que trate esencialmente las teorías “marxistas”, dejando de lado las de las otras corrientes de lo que se ha convenido en llamar el movimiento obrero, en particular, el anarquismo. Las prácticas organizativas de éste serán ampliamente abordadas en la segunda parte, “Los Partidos en el banco de pruebas de los hechos”.

Por otro lado, las prácticas marxistas y anarquistas aparecen, a este respecto, con frecuencia muy próximas. Esto es manifiesto desde el enfrentamiento Marx-Bakunin en el seno de la AIT. Volveremos más tarde sobre lo que fue la realidad de la 1ª Internacional. Por el momento, nos contentaremos con citar a Malatesta que, en 1914, definía claramente el último período de la AIT:

“Nosotros, que en la Internacional éramos designados bajo el nombre de bakuninistas, y éramos miembros de la Alianza, gritábamos muy fuerte contra Marx y los marxistas porque intentaban hacer triunfar en la Internacional su programa particular; pero dejando aparte la lealtad de los medios empleados y sobre los que ahora es inútil insistir, nosotros hacíamos como ellos, es decir, que intentábamos servirnos de la Internacional para alcanzar nuestros objetivos de partido.”

Por lo demás, se puede observar que la utilización del término “partido” no es propia de Malatesta, sino que es una constante del anarquismo (en la “AIT anti-autoritaria” se hablará incluso del “partido democrático socialista de cada país”) y que, como entre los marxistas, su uso no es neutro. A esta concepción “de partido” está ligada una visión internacionalista de la organización, es decir, de un partido (o de una federación) constituido en el marco nacional, dicho de otro modo, en el marco de la organización capitalista.

Este marco organizativo es perfectamente lógico. Corresponde al terreno en el que se colocan los movimientos producidos por las ideologías anarquistas o marxistas: la construcción de una contra-sociedad (de un contra-Estado) en el interior del sistema capitalista, tendente a substituir a éste. Esta voluntad, que el movimiento anarquista no había podido realizar en la AIT, lo empujará a su extremo lógico a través del anarcosindicalismo y del sindicalismo “revolucionario”. De este modo, según Pelloutier, las Bolsas de trabajo tenían la ambición “de constituir en el Estado burgués un verdadero Estado socialista (económico y anárquico), de eliminar progresivamente las formas de acción, de producción y de consumo capitalistas por formas correspondientes comunistas”.

En la ideología anarquista, como en la ideología marxista, se encuentra un mismo fundamento. Lejos de considerarse como contribuciones parciales al movimiento del proletariado, las organizaciones correspondientes (partido, federación, sindicatos...) se consideran cada una como la expresión esencial de éste. De ahí se deriva una estrategia de

lucha por el poder en el interior del movimiento obrero, cuya consecuencia lógica es la separación creciente de la realidad de éste.

Para hacer pasar la conciencia, o la Idea, al interior de las masas, habrá que construir entonces una organización previa a la revolución pero que la encarna ya, estructuras intermediarias (sindicatos, cooperativas...) o pedagógicas (papel de la educación en la ideología libertaria). Si para los socialdemócratas el socialismo es concebido generalmente como producto de un proceso ineluctable, ligado a la concatenación progresiva (y progresista) de los diferentes modos de organización social, para los anarquistas es necesario que los hombres hayan comprendido lo que les aportaría la revolución, que la Idea Revolucionaria haya entrado en su cabeza.

En ambos casos es necesario que la vanguardia, los guías espirituales, estén listos previamente para las tareas que les incumbirán, iniciados para la gestión de la sociedad (capitalista, por supuesto), para el manejo de las organizaciones de masas...

Por esta razón, sin negar el interés ni las aportaciones parciales de estas expresiones del pasado (experiencias metodológicas, extracción de posiciones comunistas importantes...), es esencialmente a través de las rupturas que han engendrado como han sido, son y serán posibles nuevos avances.

En lo concerniente a F. Domela, es necesario referirse al libro ya señalado “El Socialismo en peligro”, y especialmente a la presentación de J-Y. Bériou: “Bosquejo biográfico sobre...” (p.11 a 26). El itinerario político-militante y los escritos de Nieuwenhuis merecerían un desarrollo más amplio que estas pocas líneas (lo que será hecho en la 2ª parte de este trabajo sobre la organización). En lo esencial, observemos que, de pastor en el origen, se adhirió a la Liga social-demócrata de Holanda después de haber roto con la religión en 1870; después, a partir de 1891, evolucionó hacia el anarquismo.

Durante su período socialdemócrata tuvo una correspondencia con Marx y escribió una traducción abreviada del Capital en holandés. Desarrollando una gran actividad tanto en los Países Bajos como a escala internacional, mantuvo relaciones con los jefes de la S-D alemana: Engels, W. Liebknecht, A. Bebel, mientras que el partido holandés llegó a ser influyente haciendo agitación para apoyar las luchas de masas. Nieuwenhuis fue elegido diputado en 1889 y propuso leyes reformadoras en el parlamento durante dos años.

Fue en el 2º congreso de la II Internacional (Bruselas, 1891) cuando comenzó su ruptura con la S-D y su paso al anarquismo. La discusión principal trató sobre los medios para evitar la guerra que amenazaba y él presentó efectivamente una moción que declaraba: “Los socialistas de todos los países responderán a la propuesta de una guerra con un llamamiento al pueblo para proclamar la huelga general”. Fue rechazada bajo la presión de los socialdemócratas alemanes que se refugiaron detrás de discursos “científicos” afirmando que, frente a los peligros de guerra, la única garantía de paz era el desarrollo de la fuerza de la II Internacional (avances electorales, dominio sobre los sindicatos...). En el 3er congreso (Zurich, 1893), Nieuwenhuis volvió a la carga y se opuso a Plejanov reiterando su proposición de huelga general asociada a una huelga militar (motín de los soldados). **Anti-militarista**, también se convirtió en **anti-parlamentarista**. En 1894, hizo aparecer el folleto que da título al libro citado anteriormente:

“Concretamos y llegamos a establecer la conclusión de que EL SOCIALISMO ESTÁ EN PELIGRO como consecuencia de la tendencia de la gran mayoría. Y este peligro es la influencia del capitalismo sobre el partido socialdemócrata. En efecto, el carácter menos revolucionario del partido en varios países proviene de la circunstancia que un número mucho más grande de adherentes del partido tienen algo que perder si llegase a producirse un cambio violento de la sociedad. He ahí por qué la socialdemocracia se muestra cada vez más moderada, prudente, práctica, diplomática (según ella, más astuta),

hasta el punto que se vuelve anémica a fuerza de astucia y se pone pálida hasta el extremo de que ya no se reconocerá. La socialdemocracia conseguirá todavía más votos, aunque el aumento no se haga tan rápido como lo sueñan Engels y Bebel - a este respecto, comparad las últimas y las penúltimas elecciones en Alemania – habrá más diputados, concejales y otros dignatarios socialistas; más periódicos, librerías e imprentas; en países como Bélgica y Dinamarca habrá más panaderías, farmacias, etc., cooperativas; Alemania contará con más comerciantes de cigarros, dueños de cervecería, etc.; en una palabra, un gran número de personas serán dependientes económicamente del futuro “desarrollo pacífico y tranquilo” del movimiento, es decir, que no se producirá ninguna sacudida revolucionaria que no sea un peligro para ellas. Y precisamente son los dirigentes del partido y como consecuencia de la disciplina, casi todopoderosa. Aquí igualmente son las condiciones económicas las que dirigen su política. Cuando se ve al partido alemán aprobado en casa por la prensa burguesa, que lo opone a los vulgares socialistas revolucionarios, esto da ya para reflexionar.”

Contra la exclusión definitiva de los anarquistas que había sido votada en el 4º congreso de la II Internacional (Londres, 1896), abandonó ruidosamente la sala en que se celebraba este congreso. Un año más tarde, rompió con la Liga socialdemócrata (SDB): la mayoría de los miembros le siguió y se transformó después en varios grupos anarquistas organizados en torno a publicaciones regionales.

F. D. Nieuwenhuis hizo aparecer “La Debacle del marxismo” (1900) mostrando que su denuncia de la ideología socialdemócrata estaba ligada a la crítica del marxismo. Así, luchó desde un punto de vista anarquista contra el parlamentarismo de Troelstra y del SADP (Partido S-D de los trabajadores), que había sido fundado sobre el modelo alemán – es decir, ortodoxo (!) – como consecuencia de una escisión, en 1894, de la SDB (el ala izquierda del SADP, alrededor de Gorter y Pannekoek comenzó, en la misma época, a denunciar el oportunismo de la dirección y publicó un órgano independiente, “De Tribune”, antes de escindirse en 1909; ver la parte sobre “El desarrollo del concepto “ultra-izquierda””).

Aun inmovilizándose en una propaganda por la ideología anarquista, Nieuwenhuis era opuesto a una organización estructurada y a todos los congresos. De este modo, no asistió al Congreso internacional anarquista de Amsterdam (1907) en que tuvo lugar la polémica entre Malatesta y Monatte sobre el sindicalismo. Su anarco-comunismo le condujo a llevar a cabo **una crítica del anarco-sindicalismo:**

“Yo soy anarquista ante todo, después sindicalista, pero creo que muchos son primero sindicalistas, después anarquistas. Hay una gran diferencia... El culto a los sindicatos es tan nocivo como el del Estado; existe, y amenaza con hacerse cada vez mayor. Verdaderamente parece que los hombres no puedan vivir sin divinidad: apenas han abatido una cuando surge otra. Si la divinidad de los socialdemócratas es el Estado, la divinidad de los socialistas parece ser el sindicato.” (Carta a Fritz Brupbacher, 1907).

Habiendo llevado una lucha incesante contra la guerra, fue uno de los pocos que no llamó al proletariado a la masacre imperialista en 1914. Contrariamente a la gran mayoría de los socialdemócratas y de los anarquistas, mantuvo una posición revolucionaria internacionalista antes de morir en 1919.

CONCEPTO “LENINISTA” Y EMPARENTADOS: “TROTSKISTA”, “BORDIGUISTA”

1. DE KAUTSKY A LENIN: UNA CONTINUIDAD SOCIALDEMÓCRATA

Las corrientes leninistas de toda clase se han esforzado siempre en reescribir la Historia construyendo el mito de un Lenin “puro y duro”, intransigente desde el principio frente a la socialdemocracia, tanto en relación con el “revisionismo” de Bernstein como con “la ortodoxia” de Kautsky.

Por un lado, su biblia de referencia es el folleto escrito por Lenin en octubre-noviembre de 1918: “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, en el que declara para comenzar su prefacio:

*“El folleto de Kautsky “La dictadura del proletariado”, aparecido recientemente en Viena (...), ofrece el ejemplo más sorprendente de la más completa y vergonzosa bancarrota de la II Internacional, de la cual hablan **desde hace tiempo** todos los socialistas honestos de todos los países. La cuestión de la revolución proletaria se inscribe hoy, prácticamente, en la orden del día en numerosos Estados. Analizar los sofismas de renegado y la abjuración total del marxismo en Kautsky es por tanto una necesidad.”*

Ahora bien, este “**desde hace tiempo**” (subrayado por nosotros) no hace remontar la crítica de Kautsky más que al comienzo de la guerra en 1914, como lo dice él mismo, Lenin, en las líneas que siguen al pasaje citado. Remite, por ejemplo, a los artículos escritos en “El Social Demócrata” y “El Comunista”, después reunidos en un volumen editado por el Soviet de Petrogrado: “Contra la corriente”, de G. Zinoviev y N. Lenin, 1918.

Por otro lado, su táctica consiste en acreditar la idea de que en la práctica, Lenin no soportaba la atmósfera en el seno de la socialdemocracia y que como militante preveía, mucho antes de 1914, “la quiebra de la II Internacional”. Así, ponen de relieve su acción en el Congreso de Stuttgart: presentación de una enmienda, con Rosa Luxemburgo y Martov, sobre las resoluciones presentadas por Bebel a propósito de la actitud de los socialistas en caso de guerra; enmienda que proclamaba el “deber socialista” si ésta llegaba a estallar: no sólo luchar contra ella, sino aprovecharse de ella para abatir el capitalismo.

Ahora bien, Lenin quedó satisfecho con las decisiones de este congreso socialdemócrata, que él calificó de gran victoria del marxismo revolucionario sobre el revisionismo (cf. actas del congreso redactadas por él mismo). Pensando que la II Internacional estaba consolidada definitivamente, privilegió entre sus actividades **la de su participación en el Buró Socialista Internacional**. Como dice el historiador Georges

Haupt en su presentación a la “Correspondencia entre Lenin y Camille Huysmans (1) 1905-1914” (ed. Mouton & co, 1963):

(1) Camille Huysmans, de origen flamenco, fue el secretario oficial del Buró Socialista Internacional (BSI) entre 1905-1922.

*“Lenin asistió a todas las reuniones del BSI entre 1908 y 1911, debiendo informar a los socialdemócratas rusos de su desarrollo exacto, así como de su aportación propia a sus trabajos: a este efecto, redactó actas detalladas para su propio periódico “Proletarij”. Más tarde, Zinoviev afirmó que Lenin iba a estas reuniones con el corazón en un puño y regresaba de ellas casi enfermo por el espectáculo al que asistía. Pero ¿qué crédito otorgar a estas afirmaciones que datan de después de 1919, cuando el Komintern vivía en una atmósfera de polémica permanente con la Internacional socialista? De hecho, todos los documentos, y especialmente las actas de estas reuniones (comprendidas las redactadas por Lenin mismo) desmienten categóricamente a Zinoviev. Pero la correspondencia con Huysmans proporciona hoy un testimonio nuevo. Muestra indiscutiblemente que hasta 1912, Lenin ostentaba un optimismo total y una confianza absoluta en el porvenir de la Internacional, **que se alineaba al lado de los que se proclamaban ligados a ella como a la autoridad moral suprema del socialismo mundial.** La existencia de opiniones, de corrientes y de tendencias múltiples en el seno de la Internacional, su libertad de expresión, son para él como para todos los dirigentes socialdemócratas cosa normal, natural. Lo que le separaba de la mayoría de los “marxistas ortodoxos” deseosos de encontrar una base de acercamiento entre los extremos, es la convicción de que el deber del marxismo revolucionario es combatir las tendencias revisionistas, aislarlas y ponerlas en minoría.*

A diferencia de la mayoría de los delegados de los grandes partidos (sobre todo, de Alemania y Austria), Lenin ve en el BSI el estado mayor del socialismo, y participar en sus trabajos significa para él participar en la dirección de la Internacional.

Que su presencia en la reunión del BSI haya ganado sobre cualquier otro compromiso, lo testimonia su carta a Huysmans del 1º de marzo de 1908: el rumor según el cual el BSI va a reunirse pronto le hace aplazar enseguida un viaje que proyectaba desde hacía ya mucho tiempo y que debía conducirle a Capri a casa de Gorki para encontrar allí a A. Bogdanov, miembro del Comité Central, líder de un grupo de intelectuales bolcheviques y cuyas ideas filosóficas él criticaba vivamente (2).”
(Subrayado por nosotros).

1. EL “RENEGADO” KAUTSKY Y SU DISCÍPULO LENIN (3)

Es divertido igualmente subrayar que la biblia de los leninistas sobre el capítulo de la organización sigue siendo el libro escrito por su “Maestro” en 1902 y titulado “¿Qué hacer?”. Ahora bien, es en este libro donde se verifica **más** la continuidad socialdemócrata entre Kautsky y Lenin. En efecto, cuando quiere explicar la relación entre la clase obrera y los revolucionarios, entre el movimiento práctico de las luchas de clase y la teoría socialista, el fundador del partido bolchevique se apresura a citar al “guardián de la ortodoxia marxista”, del cual aprecia su aportación fundamental:

“Todos los que hablan de “sobrestima de la ideología”, de exageración del papel del elemento consciente, etc., se figuran que el movimiento puramente

(2) Cf. la explicación de este conflicto Lenin/Bogdanov en el folleto del PIC: “Las raíces de octubre de 1917”.

(3) Tomamos este título de un texto de Jean Barrot aparecido en anejo a la edición de “Las tres fuentes del marxismo” de Karl Kautsky (Spartacus, serie B, nº 79).

obrero es capaz por sí mismo de elaborar y que elaborará para sí una ideología independiente, a condición solamente de que los obreros “arrebaten su suerte de manos de sus dirigentes”. Pero es un error profundo. Para completar lo que hemos dicho más arriba, traemos de nuevo las palabras, profundamente justas y significativas de Kautsky, a propósito del proyecto de nuevo programa del Partido socialdemócrata austríaco (Neue Zeit, 1901-1902):

*- “Muchos de nuestros críticos revisionistas imputan a Marx la afirmación de que el desarrollo económico y la lucha de clase, no sólo crean las condiciones de la producción socialista, sino que engendran directamente la **conciencia** (subrayado por K.K.) de su necesidad. Después, estos críticos objetan que Inglaterra, país con el desarrollo capitalista más avanzado, es la más extraña a esta conciencia. El proyecto de programa austríaco comparte también este punto de vista aparentemente marxista ortodoxo, que refuta el ejemplo de Inglaterra. El proyecto dice: “Cuanto más aumenta el proletariado como consecuencia del desarrollo capitalista, más se ve obligado a, y más posibilidad tiene de luchar contra el capitalismo. El proletariado llega a la conciencia” de la posibilidad y de la necesidad del socialismo. Como consecuencia, la conciencia socialista sería el resultado necesario, directo, de la lucha de clase proletaria. Esto es completamente falso. Como doctrina, el socialismo tiene evidentemente sus raíces en las relaciones económicas actuales, en la misma medida que la lucha de clase del proletariado; tanto como esta última, procede de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, engendradas por el capitalismo.*

*Pero el socialismo y la lucha de clase surgen y no se engendran el uno al otro; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista de hoy no puede surgir más que sobre la base de un profundo conocimiento científico. En efecto, la ciencia económica contemporánea es una condición de la producción socialista tanto como, por ejemplo, la técnica moderna y, a pesar de todo su deseo, el proletariado no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del desarrollo social contemporáneo. Ahora bien, el portador de la ciencia no es el proletariado, sino los **intelectuales burgueses** (subrayado por K.K.); en efecto, en el cerebro de ciertos individuos de esta categoría es donde ha nacido el socialismo contemporáneo, y es a través de ellos como ha sido comunicado a los proletarios más desarrollados intelectualmente, los cuales lo introducen después en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. Así pues, la conciencia socialista es un elemento importado, desde el exterior, a la lucha de clase del proletariado y no algo que surge espontáneamente de ella. Por esto el viejo programa de Heinfeld decía muy justamente que la tarea de la socialdemocracia es introducir en el proletariado (literalmente: llenar el proletariado) la conciencia de su situación y la conciencia de su misión. De ningún modo sería necesario hacerlo si esta conciencia emanase naturalmente de la lucha de clase. Ahora bien, el nuevo proyecto ha tomado esta tesis del antiguo programa y lo ha pegado a la tesis citada más arriba. Lo que ha interrumpido completamente el curso del pensamiento...” (fin de la cita de Kautsky por Lenin).” (Fin del extracto de “¿Qué hacer?”, subrayado por nosotros cuando no lo está por K.K.).*

Es cierto que en su **prefacio** a la colección “Doce años” (1907), Lenin tenderá a limitar el alcance de sus teorías de “¿Qué hacer?” sobre la organización de los revolucionarios profesionales en Partido de vanguardia. Las reducirá a una política coyuntural de la Iskra en lucha contra la influencia de los “economicistas”:

“¿Qué hacer? es un resumen de la táctica de la Iskra y de su política de organización durante los años 1901 y 1902. Exactamente un “resumen”, nada más, nada

menos. Basta tomarse el trabajo de estudiar la Iskra de los años 1901 y 1902 para convencerse plenamente de ello. Juzgar este resumen sin conocer y sin comprender la lucha de la Iskra contra “el economicismo” entonces preponderante es simplemente hablar por hablar”.

Pero a continuación será reafirmada la teoría **burguesa** de una conciencia ideológica calificada de “socialista” y que se trata de introducir desde el exterior en un proletariado únicamente “sindicalista”. En este sentido, Lenin y su fracción en el seno del POSDR, al continuar negando toda capacidad revolucionaria al movimiento propio del proletariado, no sacaron ninguna lección de la revolución de 1905 en Rusia. Por lo demás, no habían comprendido nada de los acontecimientos mismos, y en primer lugar, del significado de la aparición de los soviets como organización política de masas salida de la espontaneidad revolucionaria de la clase obrera.

Así, en 1913, Lenin desarrollará de nuevo esta concepción de la conciencia en “Las tres fuentes y las tres partes constitutivas del marxismo” repitiendo, lo más frecuentemente al pie de la letra, lo que Kautsky había escrito ya en su folleto titulado “Las tres fuentes del marxismo”, 1908, reproducción de una conferencia dada por éste en Bremen en 1907. Para el “renegado” y su discípulo el marxismo sería, originalmente, el producto de una doble síntesis enteramente intelectual: la de las ciencias naturales y psicológicas en primer lugar, la del pensamiento filosófico alemán, del pensamiento político francés y del pensamiento económico inglés en segundo lugar. Esta concepción que hace del marxismo (dicho de otro modo, de la conciencia socialdemócrata) un producto ideológico, es el resultado de todos los aspectos negativos propagados por Marx mismo respecto de la relación movimiento real/conciencia de clase. Sin embargo, es antinómica con el método que condujo a éste a criticar a la vez al idealismo y al materialismo vulgar (cf. Tesis sobre Feuerbach). En efecto, correctamente aplicado, el método de Marx no separa y, por tanto, no opone la conciencia (subjetividad) y la realidad (objetividad); por el contrario, las une a las dos como una **totalidad** a través de la actividad práctica-teórica (praxis) que las une. Para él, no se trata “de unir” el movimiento obrero y el socialismo, puesto que lo están naturalmente; no hay que hacer una “síntesis” entre la teoría y la práctica, pues éstas se traban como los momentos, las expresiones de un mismo movimiento real: **el de las luchas de clase del proletariado** (4).

Cuando Kautsky declara:

“La concepción materialista de la Historia marca una fecha memorable. Con ella comienza una nueva era de la ciencia, a pesar de todas las impugnaciones de los sabios burgueses. Marca una fecha no sólo en la lucha por la evolución social, sino en la política, en el mejor sentido de la palabra. Realizó, en efecto, la unión del movimiento obrero y el socialismo, creando así las condiciones más favorables a la lucha de clase proletaria.

(4) Se encuentra un estudio interesante sobre el método de Marx en el primer texto en anejo a la edición ya mencionada de Kautsky (cf. nota 3). Se titula “Ideología y lucha de clases”, de Pierre Guillaume.

El movimiento obrero y el socialismo de ninguna manera son idénticos por naturaleza...”

O cuando Lenin dice:

“Su doctrina (la de Marx) nació como la continuación directa e inmediata de la de los más grandes representantes de la filosofía, de la economía política y del socialismo... El marxismo es el sucesor natural de todo lo mejor que la humanidad ha creado en el siglo XIX en la filosofía alemana, en la economía política inglesa y en el socialismo francés.”

No hacen más que reforzar el sistema ideológico desarrollado por Engels bajo el nombre de “socialismo científico”. Esta visión de una “Ciencia” del socialismo que debe

transformar el mundo encarnándose en las masas, es propiamente **anti-dialéctica**. Se opone a la ruptura radical que Marx... y Engels (!) habían efectuado con respecto a su pasado filosófico común escribiendo “La Ideología alemana”, 1845-46 (5).

Por esto, cuando “rompió” con Kautsky a partir de 1914, Lenin no acusará a éste más que de “traición” hacia esta “continuidad socialdemócrata”, de la que él se hará defensor. Por esta razón lo tratará sólo de “renegado”, como lo explica muy justamente J. Barrot en su texto, del que hemos tomado el título:

“Si Lenin trata a Kautsky de renegado, es ciertamente porque considera que éste era antes un adepto de la verdadera fe, de la cual él se considera ahora el único defensor cualificado. Lejos de criticar el

(5) En su época, Marx y Engels no habían hecho publicar esta obra, que permaneció en estado de manuscrito y, por tanto, inédita hasta 1933. Lenin no tuvo conocimiento de ella cuando vivía... pero esto no quiere decir que si la hubiese leído, ¡se habría hecho por ello revolucionario!

“kautskismo”, que se muestra incapaz de identificar, Lenin se contenta de hecho con reprochar a su antiguo maestro que piense en traicionar su propia doctrina. Desde cualquier punto de vista, la ruptura de Lenin fue, a la vez, tardía y superficial”.

Al contrario de Rosa Luxemburgo, cuyas posiciones abordaremos en la parte siguiente, Lenin no hará un “regreso a Marx”, a aquél de 1848 y de 1871 (es decir, a aquel que aplicaba su propio método sin dejarse arrastrar por su concepto de “revolución permanente” y por sus tácticas de “política de tablero de ajedrez”, a saber, el apoyo a tal o cual burguesía para ayudar al desarrollo de las fuerzas productivas). Se contentará con predicar la aplicación, adaptada a las circunstancias, de una ideología: el marxismo, que fue propagado a medida que se desarrollaba la socialdemocracia internacional; dicho de otro modo, a medida de la integración progresiva del proletariado en el sistema capitalista **antes de 1914**. Se limitará a defender esta línea ideológica contra todas las “desviaciones”, sean “derechistas” (el revisionismo de Bernstein) o “centristas” (la ortodoxia de Kautsky). Enderezando el rumbo del navío en peligro, se presentó de hecho como el único y verdadero “ortodoxo”. Ya en “¿Qué hacer?” se refería a “Engels y la importancia de la lucha teórica” (uno de los subtítulos del capítulo I) diciendo:

“Sin teoría revolucionaria, nada de movimiento revolucionario. No se insistirá demasiado sobre esta idea en una época en que el entusiasmo por las formas más estrechas de la acción práctica va de la mano con la propaganda de moda del oportunismo”.

Y para apoyar sus afirmaciones, repetía una larga cita de Engels extraída de su “Prefacio de 1875 a la Guerra de los Campesinos”; cita ya utilizada por nosotros mismos en la parte precedente y de la cual ofrecemos de nuevo uno de los pasajes más característicos:

...”Especialmente será deber de los jefes instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, liberarse cada vez más de la influencia de las frases tradicionales de la antigua concepción del mundo, y jamás perder de vista que el socialismo, después que se ha convertido en una ciencia, requiere ser tratado como una ciencia, es decir, estudiado. Por tanto, será necesario redoblar el ardor para propagar entre las masas obreras la conciencia así adquirida y cada vez más lúcida, continuar consolidando más fuertemente la organización del Partido y la de los sindicatos” (...)

Pero sobre todo fue más tarde, después de la “ruptura” de 1914, cuando Lenin consagrará su sexto y último capítulo de “El Estado y la Revolución” (1917) a lo que llamará “el envilecimiento del marxismo por los oportunistas”, especialmente sobre “la cuestión de la actitud de la revolución proletaria hacia el Estado”. Es revelador que, para

mejor combatir a Kautsky, Lenin se vea obligado a servirse de un artículo de A. Pannekoek (6)

(6) Lenin utiliza sin vergüenza a aquéllos que habían comenzado un proceso de ruptura teórica con la S-D mucho antes de 1914 mientras que él mantenía su confianza en el BSI, como lo hemos subrayado al principio; después los rechaza cuando la coyuntura ha cambiado, a saber, cuando el partido bolchevique está en el poder: cf.: “El Izquierdismo, o la enfermedad infantil del Comunismo”, libro de 1920 en que critica las corrientes comunistas de izquierda, en primer lugar la izquierda germano-holandesa de la que Pannekoek formaba parte con H. Gorter, quien escribirá una “Respuesta a Lenin” (ed. Spartacus, serie B, nº 109). Ver la parte sobre el “concepto Ultra-Izquierda”.

titulado “La Acción de masas y la revolución” y aparecido en la “Neue Zeit” en 1912. He aquí cómo lo presenta:

“Pannekoek, adversario de Kautsky, era uno de los representantes de la tendencia “radical de izquierda” que contaba en sus filas a Rosa Luxemburgo, Karl Radek y otros más. Preconizando la táctica revolucionaria, estaban de acuerdo en reconocer que Kautsky adoptaba una posición “centrista”, desprovista de principios, y oscilaba entre el marxismo y el oportunismo. La justeza de esta apreciación ha sido demostrada plenamente por la guerra, cuando la tendencia llamada “de centro” (calificada equivocadamente de marxista) o “kautskista”, se ha revelado en toda su horrible indignidad.”

Sin embargo, el modo como se sirve de este artículo de Pannekoek es todavía más revelador **de su posición burguesa de “defensa del marxismo”** (!). En efecto, después de haberlo citado, Lenin declara:

“La fórmula con la que Pannekoek ha revestido su pensamiento adolece de graves defectos. Sin embargo, la idea es clara...”

Ahora bien, he aquí la cita utilizada:

*“La lucha del proletariado no es simplemente una lucha contra la burguesía **por** el poder del Estado; es una lucha **contra** el poder del Estado... La revolución proletaria consiste en aniquilar los instrumentos de la fuerza del Estado y en eliminarlos (Auflösung, literalmente: disolver) por los instrumentos de la fuerza del proletariado... La lucha no cesa más que en el momento en que se alcanza el resultado final, en el momento en que la organización del Estado es destruida completamente. La organización de la mayoría prueba su superioridad aniquilando la organización de la minoría dominante”.*

Está claro que Pannekoek vuelve aquí al Marx que sacaba las lecciones de la Comuna: destrucción de la máquina de Estado por una dictadura revolucionaria del proletariado que no instaura una nueva forma de Estado, aunque fuese “proletaria” (!).

Los “defectos muy graves” son los de Lenin, que critica el oportunismo de Kautsky (conquista del poder político sin destruir el aparato de Estado existente), con las lentes de la concepción socialdemócrata “ortodoxa” que ha **interpretado** las lecciones de Marx:

*“Marx nos enseña a evitar estos dos errores (nota: es decir, oportunista y anarquista): nos enseña a dar prueba de la audacia más grande en la destrucción total de la vieja máquina de Estado; por otro lado, nos enseña a plantear el problema de un modo concreto: la Comuna pudo, en algunas semanas, **comenzar** a construir una máquina de Estado **nueva**, proletaria, procediendo de tal y tal manera, tomando las medidas susodichas tendentes a asegurar una democracia más grande y a extirpar el burocratismo”.*

Y he ahí, astucia de la ideología, el Estado que había sido arrojado por la puerta, es introducido de nuevo por la ventana, adornado con los calificativos “nuevo”, “proletario”, etc.

La concepción “leninista” del Partido se deriva lógicamente de las concepciones de Lenin sobre la conciencia socialista y su introducción en el movimiento espontáneo de la clase obrera, así como de las que tiene sobre el marxismo y su defensa contra todos los envilecimientos.

3. LA CONTINUIDAD SOCIALDEMÓCRATA “CORREGIDA Y AUMENTADA” POR LENIN O... LA CONCEPCIÓN “MARXISTA-LENINIS-TA” DEL PARTIDO

Lenin iba a aplicar en la práctica, hasta sus últimas consecuencias, los aspectos negativos de Marx sobre la concepción organizativa que la S-D alemana había amplificado ya. Las condiciones particulares de la Rusia zarista contribuyeron a ello en primer lugar, y el peso del partido bolchevique una vez en el poder (fundación de la III Internacional, encarnación del “triunfo del marxismo”) hizo el resto.

Así, primero, como dice J. Barrot (texto ya citado):

*“Cae de su peso que esa unión tan deseada entre el movimiento obrero y el socialismo no podía realizarse de la misma manera en las condiciones alemanas y en las condiciones rusas. Pero es importante ver que las divergencias profundas del bolchevismo en el terreno organizativo no resultan de concepciones diferentes, sino únicamente de la aplicación de los **mismos principios** en situaciones políticas, económicas y sociales diferentes”.*

Adaptando la concepción socialdemócrata del Partido detentor de la conciencia a las condiciones de la Rusia del comienzo de siglo, Lenin refuerza el carácter **elitista** de este Partido. Desarrolla así las nociones de **revolucionarios profesionales**, de organización lo más **selectiva** y lo más **conspiradora** posible. Con este último punto, que justifica por las necesidades de la lucha clandestina frente a las amenazas de represión y de infiltración por parte de la policía zarista (la Okrana), Lenin se inspira en los métodos teorizados por A. Blanqui, en Francia, en el siglo XIX. He aquí lo que escribe respecto a estas tres nociones:

*“La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra la patronal y el gobierno. De igual modo (y por eso), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe ser necesariamente de **otro tipo** que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, primero, de la profesión; después, lo más amplia posible; finalmente, lo menos conspiradora posible (aquí y más adelante, no hablo más que de la Rusia autocrática, por supuesto). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y principalmente a hombres cuya profesión es la acción revolucionaria (por esta razón, al hablar de una organización **de revolucionarios**, yo pienso en los revolucionarios socialdemócratas)... Esta organización debe ser inevitablemente poco extendida y lo más clandestina posible.”* (¿Qué hacer?, capítulo IV: el diletantismo artesanal de los economicistas y la organización de los revolucionarios, subtítulo, la organización de los obreros y la organización de los revolucionarios).

Para organizar, encuadrar y dirigir las luchas obreras, Lenin pondrá el acento en el **funcionamiento del núcleo de estos revolucionarios profesionales**. La selección organizativa y el trabajo clandestino imponen disciplina, ultra-centralismo, anti-democratismo. La eficacia reclama ante todo decisiones **secretas** tomadas por una élite que no puede ser controlada, pues, por las masas que siguen y aplican sus consignas. Es todo lo que se ventila en la polémica contra las tendencias “economicistas” (Boris Kritchevski, Martynov) de “la Unión de los Social-Demócratas rusos en el extranjero” que publicaba el

periódico “Rabotcheie Dielo” (La Causa Obrera) y que criticaba el antidemocratismo de la Iskra:

*“¿Intentad un poco hacer que se sostenga este cuadro en el marco de nuestra autocracia! ¿Es concebible que, entre nosotros, todos aquéllos “que reconocen los principios del programa del partido y apoyan a este último en la medida de sus fuerzas”, controlen cada paso hecho por los revolucionarios clandestinos? ¿Que todo el mundo haga una elección entre estos últimos, mientras que el revolucionario está **obligado**, en interés del trabajo, a disimular quién es ante los nueve décimos de este “todo el mundo”? Si se reflexiona un poco en el verdadero sentido de las fórmulas grandilocuentes del Rabotcheie Dielo, se comprenderá que “el amplio democratismo” de la organización del partido, en las tinieblas de la autocracia, bajo el régimen de la selección practicada por los gendarmes, no es más que un **sonajero inútil y dañino**. Es un sonajero inútil pues, de hecho, ninguna organización revolucionaria ha aplicado jamás, y jamás podrá aplicar a pesar de toda su buena voluntad, un **amplio** democratismo. Es un sonajero dañino pues las tentativas de aplicar en la realidad el “principio de una amplia democracia” no hacen más que facilitar las amplias redadas de la policía y perpetuar el reino del diletantismo artesanal, desviar el pensamiento de los prácticos de su tarea seria, imperiosa, que es forjar su educación de revolucionarios profesionales, hacia la redacción de estatutos “burocráticos” detallados sobre los sistemas de elecciones. No es sino en el extranjero, donde frecuentemente se reúnen hombres que no tienen la posibilidad de hacer trabajo útil, práctico, donde ha podido desarrollarse, sobre todo en los pequeños grupos, esta manía de “jugar al democratismo”. (¿Qué hacer?, capítulo IV, ídem, subtítulo: la organización “conspiradora” y el “democratismo”).*

Esta polémica sobre el funcionamiento organizativo del Partido desembocó enseguida en el seno del POSDR en la “famosa” escisión de su II congreso, en Londres, entre bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios) en 1903. En ningún caso se trata de un debate de fondo que opondría dos concepciones diferentes sobre las relaciones de los revolucionarios y de su organización con la clase (7). ¡¡¡El problema es saber qué tipo de Partido, qué categoría de jefes (conspiradores o demócratas)dirigirán al proletariado ruso!!! A propósito de esta escisión, Lenin volvió sobre sus tesis de la organización expuestas en “¿Qué hacer?” y las desarrolló en “Un paso adelante, dos pasos atrás” en 1904. Insiste en la necesidad de la disciplina y del ultra-centralismo pues la organización del partido debe inspirarse en la de la fábrica capitalista que inculca estos “valores” a los obreros:

*“Esta fábrica que a algunos les parece un espantajo, y no otra cosa, es precisamente la forma superior de la cooperación capitalista que ha agrupado y disciplinado al proletariado, le ha enseñado la organización, le ha puesto a la cabeza de todas las otras categorías de la población laboriosa y explotada. Es **el marxismo, ideología del proletariado educado por el capitalismo** (nota de Joven T.: ¡sic!), el que ha enseñado y enseña a los intelectuales inconstantes la diferencia entre el lado explotador de la fábrica (disciplina basada en el temor a morir de hambre) y su lado organizador (disciplina basada en el trabajo en común que resulta de una técnica altamente desarrollada). La disciplina y la organización, que al intelectual burgués le cuesta tanto trabajo adquirir, son asimiladas muy fácilmente por el proletariado gracias precisamente a esta “escuela” de la fábrica. El miedo mortal a esta escuela, la incomprensión*

(7) Cf. el folleto del PIC: “Lecciones de la revolución rusa: las raíces de octubre 1917” (“Bolcheviques y mencheviques”, p. 23/27).

absoluta de su importancia como elemento de organización, caracterizan bien el modo de pensar que refleja las condiciones de existencia pequeñoburguesas, engendra ese aspecto del anarquismo que los socialdemócratas alemanes llaman Edelanarchimus, es decir, el anarquismo del señor “distinguido”, el anarquismo de gran señor, diría yo. Este anarquismo de gran señor es particularmente propio del nihilista ruso. La organización del partido le parece una monstruosa “fábrica”; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría se le antoja una “servidumbre” (cf. los folletines de Axelrod); la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central le hace dar alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en “engranajes y resortes” y ve una forma particularmente intolerable de esta transformación en la transformación de los redactores en colaboradores; el solo recuerdo de los estatutos de organización del Partido provoca en él una mueca de desprecio y la observación desdeñosa (dirigida a los “formalistas”) de que se podría pasar perfectamente sin estatutos” (cf. capítulo q) La Nueva Iskra, el oportunismo en materia de organización – subrayado por nosotros -.

En su texto “Problemas de organización en la S-D rusa”, (ver parte siguiente) Rosa Luxemburgo denunciará esta concepción del centralismo organizativo por estar impregnado del “espíritu estéril del vigilante nocturno” (!). Criticará igualmente la expresión de “Jacobino ligado indisolublemente a la organización del proletariado” que es utilizada por Lenin para calificar al “revolucionario” socialdemócrata (¡las comillas son nuestras!) y su relación con la clase obrera. Se puede ponderar cuán revelador de las posiciones burguesas de Lenin es este calificativo de “Jacobino”, ya que lo toma de la revolución francesa de 1789 y lo opone a sus adversarios, a los que trata de “Girondinos”.

Como dijimos a propósito de sus tesis sobre la conciencia socialista, la revolución de 1905 y la aparición de los soviets no modificarán **en nada** las tesis de Lenin y de su fracción bolchevique sobre la organización. Para convencerse de ello, basta leer el texto titulado: “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática” (julio de 1905) en el que Lenin se contenta con exponer sus divergencias tácticas con los mencheviques, ante un proceso analizado únicamente como desarrollándose en el terreno de la burguesía. Así, escribe en el “Prefacio”:

“Es cierto que la revolución nos instruirá, que instruirá a las masas populares. Pero de lo que se trata para un partido político comprometido en la lucha, es saber si nosotros sabremos enseñar algo a la revolución. ¿Sabremos aprovechar la justeza de nuestro pensamiento socialdemócrata, nuestra ligazón con el proletariado, única clase revolucionaria hasta el final, para marcar la revolución con un sello proletario, para llevarla a una victoria verdaderamente decisiva de hecho y no de palabra, para paralizar la inestabilidad, la ambigüedad y la perfidia de la burguesía democrática?”

El objetivo primordial del “marxismo-leninismo”, hijo natural de la S-D, está expresado aquí: El proletariado, bajo la dirección de “su” Partido, debe asumir las tareas democráticas en el lugar de la burguesía. Simplemente, teniendo en cuenta el peso del campesinado en Rusia, Lenin añade ésta a la clase obrera como aliada privilegiada y forja la consigna de “Dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado” (!).

Para imponer sus opciones organizativas, Lenin llevará entonces una ofensiva en dirección del BSI, en cuyo seno privilegiará sus actividades hasta 1914 (cf. el comienzo de nuestro análisis del concepto “leninista”). Intentó eliminar a Plejanov como representante del Partido S-D ruso ante el BSI para ocupar su lugar. Georges Haupt explica perfectamente las razones de ello:

“¿Cuáles son los motivos que han podido empujar a Lenin, en la coyuntura revolucionaria de la Rusia en esta fecha, a plantear con tanta insistencia un problema menor a primera vista? De hecho, la cuestión de la representación del POSDR en el BSI,

era un episodio de la lucha entre Bolcheviques y Mencheviques. Si conseguía participar de pleno derecho en el BSI, cuyo prestigio y autoridad moral eran grandes, Lenin evitaba el aislamiento: imponía el reconocimiento de su fracción ante la Internacional. Además, lo animaban otros motivos más especiales que encontramos expuestos en sus cartas al Comité Central. Muy en primer lugar, motivos financieros: el reparto de los fondos recolectados por el socialismo internacional a favor de la revolución rusa provocaba vivas discusiones entre los socialistas rusos y polacos pertenecientes a las diversas fracciones y agrupamientos. Después, motivos políticos: Lenin contaba con ejercer una influencia en el BSI sobre los “asuntos rusos”, sobre la orientación y el espíritu de los manifiestos y circulares que el BSI lanzaba en nombre de la Rusia revolucionaria y respecto de la revolución rusa. Finalmente contaba, en el caso en que se reuniese la conferencia convocada por el BSI para resolver la cuestión de la unidad de la S-D rusa, con trabajar para preparar la fusión sobre una base favorable a los Bolcheviques. Por lo demás, él había elaborado ya a finales de julio de 1905 un plan táctico detallado a este respecto; siendo la única condición que planteó al secretariado del BSI la de que la conferencia proyectada tuviese “el carácter de una deliberación preliminar”. El comité ejecutivo del BSI y su secretario Camille Huysmans ignoraron sin duda las dificultades que Lenin tuvo que resolver con su Comité Central. Lo consideraban como el representante autorizado de éste y, a principios de noviembre de 1905, aceptan sin ninguna reticencia el nombramiento oficial de Lenin como delegado en el BSI, nombramiento firmado por el Comité Central del POSDR.” (cf. Correspondencia entre Lenin y Camille Huysmans, 1905-1914).

Durante la guerra, en 1916, para agrupar a la izquierda socialdemócrata frente a la derecha (revisionistas) y el centro (“ortodoxos”) de la II Internacional que habían enviado al proletariado para servir de carne de cañón en los diferentes frentes militares, Lenin (cuyo “derrotismo revolucionario” encubría de hecho una política anti-zarista tendente a instaurar el capitalismo de Estado en Rusia) planteó como una de las exigencias de este agrupamiento la ruptura con el BSI. Después de Zimmerwald, con la caída de la autocracia y el desencadenamiento de la revolución de febrero de 1917 en Rusia, “radicalizó” todavía más sus posiciones, incluso frente a la mayoría de “su” Partido bolchevique (cf. Las tesis de abril de 1917), para “pegarse” mejor al movimiento. Fue el período del slogan “Todo el poder a los Soviets”, de los que finalmente había comprendido la importancia en relación con 1905. Pero tras esta radicalización aparente continuaba estando la óptica de una toma del poder por el Partido de Vanguardia. Esto se trasluce incluso en el libro “El Estado y la Revolución” (agosto de 1917) en que Lenin quería aparecer, no obstante, como el que estaba más en “la escuela de las masas” (!):

*“Al educar al partido obrero, el marxismo educa una vanguardia del proletariado capaz de tomar el poder y de **llevar a todo el pueblo al socialismo**, de dirigir y de organizar un régimen nuevo, de ser el educador, el guía y el jefe de todos los trabajadores y explotados para la organización de su vida social, sin la burguesía y contra la burguesía. Por el contrario, el oportunismo reinante educa, en el partido obrero, a representantes de los trabajadores mejor retribuidos que se desligan de la masa, que “se acomodan” bastante bien en el régimen capitalista y venden por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, es decir, que abdican de su papel de jefes revolucionarios del pueblo en la lucha contra la burguesía”.*

Para la toma del poder en octubre de 1917, Lenin teorizará y pondrá en práctica un verdadero **golpe de Estado** tomando la decisión de la insurrección contra el gobierno de Kerensky **sin tener en cuenta la organización de los Soviets**. Una vez en el poder, el substitutismo del Partido bolchevique no hizo más que afirmarse, siguiendo la lógica de la instauración de un capitalismo de Estado. Octubre desencadenó un proceso de

contrarrevolución que, con la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk (8), significó “un frenazo” dado a la revolución proletaria no sólo en Rusia, sino también a escala mundial. La creación de la III Internacional para reforzar la defensa del Estado ruso contribuyó a ahogar todas las luchas autónomas del proletariado en Europa occidental y, más particularmente, en Alemania. Lenin emprendió entonces la tarea de justificar su política haciendo callar todas las veleidades de oposición en el

(8) Cf. “Tratado de Brest-Litovsk de 1918: frenazo a la revolución”, Ed. Spartacus, serie B, nº 77.

seno de los diferentes PC y de la III Internacional. En primer lugar llevó una lucha feroz contra la izquierda germano-holandesa, cuyas tesis habían desembocado en una escisión **mayoritaria** en el PC alemán (KPD) y en la formación de un Partido Comunista **Obrero** de Alemania (KAPD). Así, escribió “La enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo”, 1920, en que precisa netamente sus concepciones sobre el Partido:

*“Negar la necesidad del partido y de la disciplina del partido, he ahí adonde ha llegado la oposición. Ahora bien, esto equivale a desarmar enteramente al proletariado en provecho de la burguesía. Esto equivale precisamente a hacer suyos esos defectos de la pequeña burguesía que son la dispersión, la inestabilidad, la incapacidad para la firmeza, para la unión, para la acción conjugada, defectos que causarán inevitablemente la pérdida de todo movimiento revolucionario del proletariado, por poco que se les aliente. Negar, desde el punto de vista del comunismo, la necesidad del partido es saltar de la víspera de la caída del capitalismo (en Alemania), no a la fase inferior o media del comunismo, sino a su fase superior. En Rusia estamos todavía (más de dos años después del derrocamiento de la burguesía) dando los primeros pasos en la vía de la transición del capitalismo al socialismo, o estadio inferior del comunismo. Las clases subsisten, y subsistirán por todas partes, durante años después de la conquista del poder por el proletariado. Quizá este plazo sea menor en Inglaterra, donde no hay campesinos ¡(pero donde hay, no obstante, pequeños patronos)! Suprimir las clases no es solamente echar a los grandes propietarios terratenientes y a los capitalistas, lo que nos ha sido relativamente fácil, es también suprimir a los pequeños productores de mercancías; ahora bien, a éstos no se les puede echar, no se les puede aplastar, hay que arreglarse con ellos. Se les puede (y se les debe) transformar, reeducar, pero sólo por un trabajo de organización muy prolongado, muy lento y muy prudente. Ellos rodean por todas partes al proletariado de un ambiente pequeñoburgués, lo penetran de éste, lo corrompen con él; suscitan constantemente en el seno del proletariado reincidencias de defectos propios de la pequeña burguesía: falta de carácter, dispersión, individualismo, paso del entusiasmo al abatimiento. Para resistir a ello, para permitir al proletariado ejercer como es debido, con éxito y victoriosamente, su papel de **organizador** (que es su papel **principal**), el partido político del proletariado debe hacer reinar en su seno una centralización y una disciplina rigurosas. La dictadura del proletariado es una lucha porfiada, sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre en millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido de hierro templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que hay de honesto en la clase en cuestión, sin un partido que sepa observar el estado de espíritu de la masa e influir en él, es imposible sostener esta lucha con éxito. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que “vencer” a millones y millones de pequeños patronos; ahora bien, éstos realizan, por su actividad cotidiana, habitual, invisible, inaprensible, disolvente, los mismos resultados que son necesarios a la burguesía. Aquel*

que debilita, por poco que sea, la disciplina de hierro en el partido del proletariado (sobre todo durante su dictadura), ayuda en realidad a la burguesía contra el proletariado”.

De la justificación del Partido a la de la dictadura en su seno para asegurar la dictadura del Partido sobre el proletariado... ¡¡¡Todo estaba dicho!!!

4. TROTSKY: DE LA CRÍTICA DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE A SU APOLOGÍA

A. UN CRÍTICO DE LA CONCEPCIÓN “LENINISTA” DEL PARTIDO

Como las leninistas, las corrientes trotskistas de todas clases han intentado siempre justificar la imagen de un Trotsky “fiel” a las tesis de Lenin, convertido desde el principio a los dogmas del bolchevismo. Fueron comprometidas en esta vía por Trotsky mismo que, por las necesidades de su causa en su oposición a Stalin, no hizo más que minimizar las divergencias que lo habían opuesto a Lenin antes de su adhesión tardía al Partido bolchevique (agosto de 1917), y principalmente las que se habían expresado con fuerza antes de 1905. La reanudación de las luchas de clase a escala mundial desde 1968, por ejemplo, el movimiento de mayo-junio del mismo año en Francia, ha permitido la publicación y la discusión en torno a los textos en los que Trotsky se oponía a Lenin y al bolchevismo (textos que los diversos partidos trotskistas o diferente cuartas internacionales tenían bajo llaves).

Así, delegado de la Unión Siberiana del POSDR en el II congreso de este Partido que se acabó en Londres con la escisión entre Bolcheviques y Mencheviques, Trotsky se encontró en el lado de los “minoritarios” y tuvo, por tanto, un corto período “menchevique” que duró desde el final del congreso en agosto de 1903 hasta la publicación de “Nuestras Tareas políticas” en agosto de 1904 (9). Comenzó a denunciar a Lenin por sus ambiciones de querer apoderarse de la dirección del POSDR y por sus posiciones dictatoriales. En septiembre de 1903 redactó la resolución menchevique que confirmaba el boicot de los órganos centrales del Partido controlados por los Bolcheviques. Pero sobre todo fue con la publicación del “Informe de la delegación siberiana” a comienzos de 1904 (10) cuando sus ataques contra Lenin tomarán importancia. Como explica Denis Authier, traductor de este texto, en su interesante **prefacio**:

“El pretexto de este folleto era la necesidad, para el delegado, de hacer un informe a sus poderdantes sobre su actividad en el congreso. Pero este folleto es ante todo una defensa de las posiciones y de las actitudes de la “minoría” y un ataque contra Lenin. Este texto muestra lo ocurrido en el II congreso mejor que “Un paso adelante, dos pasos atrás”, publicado cuatro meses más tarde. El “Informe” contiene ya en estado embrionario las ideas que serán desarrolladas en “Nuestras Tareas políticas”: en particular, la crítica del “robepierrismo” de Lenin y la idea de que la “substitución” de la clase por el Partido significa a corto plazo la substitución del Partido por la organización, de la organización por el Comité Central y, finalmente, del Comité Central por el dictador”.

Júzguese de ello por dos citas extraídas de la última parte del “Informe...” en las que Trotsky reprocha a Lenin haber forjado su dictadura gracias a antiguos “economicistas arrepentidos” que no han hecho más que

(9) Cf. Ed. Belfond, col. “Cambiar la vida”.

(10) Cf. Ed. Spartacus, serie B, nº 31.

seguirle por oportunismo para pertenecer a la mayoría y ocupar puestos:

*“El Comité central, creado por el II congreso, no es ninguna otra cosa más que una agencia, colocada bajo la administración del Consejo que, a su vez, no es más que la segunda hipóstasis de la Redacción. Evidentemente, un tal Comité Central no corre el peligro de convertirse en una dirección política. No hay que esperar de él que se ponga a actuar y a pensar de modo independiente. El trabajo creador supone la libre iniciativa; ésta puede llevar a la “insumisión”. El papel del Comité Central, según Lenin, es totalmente diferente. Debe ser el centinela del centralismo. Disuelve las oposiciones y cierra las puertas del Partido. Para expresar, ante el congreso, el significado del Comité central, el camarada Lenin mostró... el puño (hablamos sin **metáfora**) como símbolo político del Comité central. No sabemos si esta mímica centralista está registrada en las actas. Deseémoslo, pues este puño corona todo el edificio.”*

“...el camarada Lenin transformó el modesto Consejo en un Comité de Salvación Pública todopoderoso, a fin de ejercer sobre él el papel del Incorruptible. Todo lo que se encontraba atravesado en su camino debía ser barrido. La perspectiva de la destrucción de la montaña iskrista no detuvo al camarada Lenin. Se trataba simplemente de instituir sin resistencia, por intermedio del Consejo, una “República de la Virtud y del Terror”. La dictadura de Robespierre por intermedio del Comité de Salvación Pública no podía sostenerse más que si se seleccionaba a gentes “fieles” en el Comité mismo, y si se colocaba, en todas las funciones importantes del Estado, a criaturas del Incorruptible. Si no, el dictador todo-poderoso hubiese quedado suspendido en el aire. La primera condición fue dada, en nuestra robespierrada de caricatura, por la liquidación de la antigua Redacción. Una segunda condición fue igualmente asegurada: selección apropiada de los miembros del Comité central y, por otra parte, institución del filtro de la “unanimitad” y de la “cooptación mutua”. El nombramiento de todos los otros “dignatarios” depende del Comité central; el trabajo de este último está colocado bajo el control vigilante del Consejo. He ahí, camaradas, el aparato administrativo que debe gobernar la República de la “Virtud” ortodoxa y del “Terror” centralista.”

En abril de 1904 Trotsky comienza a tener divergencias con la fracción menchevique. Pero, en su prefacio a “Nuestras Tareas políticas”, que escribe en agosto del mismo año, todavía reivindica su pertenencia a ésta. En relación con la escisión en el seno del POSDR, Trotsky quiere esforzarse en ampliar el debate encontrando las razones profundas que expliquen la ruptura. En este sentido, su libro, elaborado entre abril y agosto de 1904, se acerca mucho al artículo de Rosa Luxemburgo: “Problemas de organización en la S-D rusa” (cf. parte siguiente). Además se inspira con bastante frecuencia en textos escritos por Martov, Plejanov y Axelrod, quienes criticaban el burocratismo, el jacobinismo, etc., de la “mayoría” y de Lenin, especialmente en “¿Qué hacer?” o en “Un paso adelante, dos pasos atrás”. Así, numerosos pasajes de “Nuestras Tareas políticas” no son más que desarrollos de un artículo de Axelrod (11) titulado: “La unificación de la S-D rusa y sus tareas”, y publicado en los números 55 y 57 de la Iskra

(11) Por lo demás, Trotsky dedica “Nuestras Tareas políticas” a éste, a quien llama “mi querido maestro, Pavel Borisovitch Axelrod”.

(fin de 1903). En efecto, este artículo prevé la política burguesa a la que los bolcheviques van a arrastrar al Partido. Sin embargo, Trotsky se diferencia de estos literatos mencheviques por el anuncio de un proceso revolucionario inminente cuyo contenido no sería únicamente burgués. Es, por lo demás, en la cuestión de la autodeterminación del proletariado y de su política de clase autónoma donde ve ¡“la fuente de todas las divergencias, el foco de todos los trastornos internos que han desgarrado al Partido hasta ahora”! Y condena, iniciando así su ruptura con los mencheviques, tanto a los

bolcheviques calificados de “políticos” como a los ortodoxos a la Plejanov, llamados “economicistas” (las comillas son de Trotsky mismo) pues ni los unos ni los otros comprenden **la necesidad del desarrollo de la auto-actividad revolucionaria de las masas**:

*“Cuanto más grande es la distancia que separa los factores objetivos y subjetivos, es decir, cuanto más débil es la cultura política del proletariado, más natural es la aparición en el Partido de estos métodos que, bajo una forma u otra, no manifiestan más que una especie de **pasividad** ante las dificultades colosales de la tarea que nos incumbe. Tanto la renuncia política de los “economicistas” como el “substitucionismo” político de sus antípodas, no son nada más que una tentativa del joven Partido socialdemócrata para “usar ardidés” con la historia”.*

*“Si los “economicistas” no dirigen al proletariado porque marchan a su **remolque**, los “políticos” no lo hacen mejor, por la buena razón de que **ellos mismos hacen los deberes de aquél**, en su lugar. Si los “economicistas” han escurrido el bulto ante la enormidad de su tarea, contentándose con el humilde papel de **marchar a la cola de la historia**, los “políticos”, por el contrario, han resuelto el problema esforzándose en **transformar la historia en su propia cola**”.*

Así, Trotsky rechaza la concepción organizativa que comprende la relación intelligentsia/proletariado sólo bajo la forma de relaciones maestro/alumnos y que llega, por tanto, a substituir la clase obrera por el Partido. Concentra particularmente sus críticas contra las tesis de los “políticos”, es decir, contra la fracción de Lenin:

*“El grupo de los “revolucionarios profesionales” marchaba, **no a la cabeza del proletariado, actuaba (en la medida en que actuaba) en lugar del proletariado.**”*

“El proletariado, ese mismo proletariado del que se os decía ayer que “tiende espontáneamente al sindicalismo”, es invitado desde hoy ¡a dar lecciones de disciplina política! ¿Y a quién? a esa misma intelligentsia a la que, según el esquema de ayer, era impartido el papel ¡de aportar desde el exterior al proletariado la conciencia política proletaria! Ayer, el proletariado se arrastraba en el polvo; hoy, ¡helo aquí elevado a cumbres insospechadas! Ayer todavía la intelligentsia era portadora de la conciencia socialista, hoy ¡se la quiere hacer pasar por los azotes de la disciplina de fábrica!” (Trotsky subraya aquí las contradicciones de Lenin entre sus análisis de “¿Qué hacer?” y los de “Un paso adelante, dos pasos atrás”).

“...si se quiere transferir los métodos jacobinos del pensamiento y de la táctica al dominio de la lucha de clase del proletariado, no se llega más que a una lamentable caricatura del jacobinismo, pero no a la socialdemocracia: la socialdemocracia no es el jacobinismo y menos aún una caricatura de este último.”

*“No es una casualidad, sino un hecho característico, si el jefe del ala reaccionaria de nuestro Partido, el camarada Lenin (volviendo a hacer la comparación con Robespierre – cf. Informe de la delegación siberiana -, Trotsky lo llama también: “Maximilien Lenin”, nota de Joven Topo) se ha creído psicológicamente obligado, manteniendo los métodos tácticos de un jacobinismo caricaturesco, a dar una definición de la socialdemocracia que no es más que **un atentado teórico contra el carácter de clase de nuestro Partido**. Sí, un atentado teórico, no menos peligroso que las ideas “críticas” de un cualquiera Bernstein”* (alusión a la definición de Lenin sobre el socialdemócrata jacobino).

*“En todo caso, los autores de este documento tienen el coraje de afirmar bien alto que la dictadura del proletariado se les aparece bajo los rasgos de la dictadura **sobre el proletariado**: no es la clase obrera la que, por su acción autónoma, ha tomado en sus manos el destino de la sociedad, sino una “organización fuerte y potente” la que, reinando sobre el proletariado y a través de él sobre la sociedad, asegura el paso al socialismo.*

*Para preparar la clase obrera a la dominación política es indispensable desarrollar y cultivar su auto-actividad, la costumbre de controlar activamente, permanentemente, a todo el personal ejecutivo de la Revolución. He ahí la gran tarea **política** que se ha fijado la socialdemocracia internacional. Pero para los “jacobinos social-demócratas”, para los intrépidos representantes del substitucionismo político, la enorme tarea **social y política** que es la preparación de una clase para el poder de Estado, es reemplazada por una tarea **organizativa-táctica**: la fabricación de un aparato de poder”* (Trotsky apunta a tres comités de los Urales cuyos miembros, partidarios de Lenin, habían elaborado un documento aparecido en el suplemento del nº 63 de la Iskra).

Las divergencias con los mencheviques se hicieron profundas. Primeramente, la tendencia de Plejanov acusó a Trotsky de ser demasiado violento en sus ataques contra Lenin y los bolcheviques. Un cierto número de Comités reaccionaron contra uno de sus artículos polémicos respecto de estos últimos y la redacción de la Iskra llegó a excluirlo pues Plejanov amenazaba con dimitir. Pero, más fundamentalmente, fueron las posiciones de una fracción de los mencheviques, Dan y Vera Zazulich, predicando una alianza con las corrientes liberales rusas, las que empujaron a Trotsky a romper todo contacto con los círculos mencheviques. Así, apenas un mes después de la publicación de “Nuestras Tareas políticas” (septiembre de 1904), envió a la Iskra una “Carta abierta a los camaradas” en la que explicaba las razones de su ruptura (12). Esta carta no fue publicada jamás y Trotsky conservó una posición intermedia, llamada “por encima de las fracciones”, hasta el verano de 1917.

Desde el punto de vista de su crítica, anterior a 1905, del concepto leninista de Partido, Trotsky representa efectivamente una tendencia revolucionaria, con el mismo título que Rosa Luxemburgo. Pero, como en ella, sus posiciones implican **grandes límites** pues el peso de los errores del concepto marxista y de su herencia social-demócrata se hace sentir cuando se trata de definir positivamente lo que puede ser una organización de revolucionarios y sus relaciones con el proletariado. Se conserva la noción de Partido e incluso cuando es concebi-

(12) Trotsky desarrollará más sus críticas en relación con el libro de uno de los principales teóricos mencheviques, Tcherevanin: “El Proletariado y la revolución rusa” (1907). Cf. texto crítico reproducido en el libro “1905” (Ed. de Minuit, p. 364-74).

do como que no ha de ser el substituto de la auto-actividad de las masas, sigue siendo una **vanguardia**, más o menos amplia en función del período, que debe iniciar a las capas atrasadas del proletariado a la conciencia de clase, gracias al marxismo:

*“Podemos definir las fronteras **formales** del Partido de modo más estrecho o más amplio, más “blando” o más “duro” (13), depende de toda una serie de causas objetivas, de consideraciones de tacto y de racionalidad política. Pero cualesquiera que sean las dimensiones que le fijemos, está claro que nuestro Partido representará siempre, yendo del centro a la periferia, toda una serie de círculos concéntricos que aumentan en número pero disminuyen en nivel de conciencia. Los elementos más conscientes y, por eso, los más revolucionarios, estarán siempre “en minoría” en nuestro Partido. Y si “admitimos” esta situación (y nos hacemos a ella), esto no puede explicarse más que por nuestra fe en el “destino” social-revolucionario de la clase obrera, o dicho de otro modo, por nuestra fe en la “recepción” inevitable de las ideas revolucionarias, como aquéllas que “convienen” mejor al movimiento histórico del proletariado. Creemos que la práctica de clase elevará, gracias a la luz del marxismo, el nivel de los elementos menos conscientes y atraerá a su órbita a los elementos totalmente inconscientes todavía.”* (cf. “Nuestras Tareas políticas”).

Además, Trotsky se sitúa **ya** en la lógica de una “buena” dirección, de un “buen” centralismo, para preser-

(13) Alusión a las dos definiciones del párrafo 1 de los estatutos del POSDR en relación con las cuales se produjo la escisión entre bolcheviques y mencheviques en el II congreso en Londres en 1903.

var el Partido de vanguardia del oportunismo y para salvaguardar el principio mismo de la necesidad de un Partido. Así, el último párrafo del **Informe de la delegación siberiana** contiene observaciones que anuncian los análisis ulteriores de “La Revolución traicionada” o del “Programa de transición”:

*“Un grave peligro nos amenaza en la hora actual; el hundimiento inevitable, y al mismo tiempo próximo, del “centralismo” leninista corre el riesgo de comprometer, a los ojos de muchos camaradas rusos, la idea del centralismo en general. Las esperanzas puestas en el “gobierno” del Partido eran demasiado grandes, infinitamente demasiado grandes. Los Comités estaban seguros de que les daría hombres, literatura, órdenes, medios materiales. Ahora bien, un régimen que, **para subsistir**, comienza por expulsar a los mejores militantes en los dominios teórico y práctico, un tal régimen promete demasiadas ejecuciones y demasiado poco pan. Suscitará inevitablemente una decepción que puede revelarse fatal no sólo para los Robespierre y los ilotas del centralismo, sino también para la idea de una organización de combate única en general. Los “termidorianos” del oportunismo socialista permanecerán entonces dueños de la situación, y las puertas del Partido se abrirán efectivamente de par en par. Ojalá que no suceda.”*

La evolución de Trotsky a una posición “por encima de las fracciones” (1904-1917) se situó primero en una perspectiva de “enderezar” el Partido llamando a la reunificación de sus diversas fracciones (principalmente bolcheviques y mencheviques); después se orientó a una colaboración-crítica con la “mayoría” de Lenin a partir de Zimmerwald.

B. DEL CONCEPTO DE “REVOLUCIÓN PERMANENTE” A LA APOLOGÍA DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Cuando la revolución de 1905, a diferencia de los bolcheviques, Trotsky comprendió perfectamente la importancia de la aparición y del papel de los Soviets. No sólo participó en el movimiento, pues fue elegido presidente del Soviet de Petrogrado, sino que también sacó lecciones interesantes de esta experiencia revolucionaria a la que calificó de “ensayo general”. En los textos escritos a continuación, como “1905” o “Balance y Perspectivas” (14), subrayó con más fuerza todavía que antes la dinámica de la auto-actividad de las masas que, gracias a su espontaneidad revolucionaria, daban un carácter proletario al proceso democrático en origen. De este modo recuperó los temas y, a veces incluso, las formulaciones de Marx.

Intentando sintetizar las lecciones del movimiento, desarrolló el concepto de “**revolución permanente**” (15).

(14) Balance y Perspectivas, aparecido como artículo en la colección “Nuestra Revolución” (1906) y fue publicado en el periódico de la Izquierda Polaca (SDKPIL) en 1909.

(15) Trotsky, en efecto, recuperó por su cuenta este concepto que fue elaborado por Parvus, con quien colaboró a partir del otoño de 1904 pues éste había adoptado, ante el POSDR, una posición “por encima de las fracciones” parecida a la suya. Parvus, cuyo nombre verdadero era A.L. Helfand, era un judío ruso establecido en Alemania que escribía en la Neue Zeit y en la Iskra, en la que hizo aparecer una larga serie de artículos titulada “Rusia y la revolución”. Después evolucionó

de la izquierda a la derecha de la S-D pues llegó a ser consejero político de Ebert, jefe del Partido alemán y presidente de la república de Weimar.

Al ser la burguesía rusa demasiado débil para hacer su revolución, era el proletariado el que debía llevar a cabo las tareas democráticas (derrocamiento del zarismo, toma del poder político), apoyándose en el campesinado y dirigiéndolo para después instaurar el socialismo en Rusia con ayuda de la internacionalización de la revolución en los países capitalistas avanzados. Trotsky habló de “**transformación**” de la revolución burguesa en revolución proletaria. Da la explicación de ello en su introducción al libro “La Revolución Permanente” (1928-31) en que defiende sus tesis contra Stalin y sus aliados Radek, Bujarin, Zinoviev, Kamenev, etc. cuando acaba de ser exiliado:

“La revolución permanente, en el sentido que Marx había atribuido a esta concepción, significa una revolución que no quiere transigir con ninguna forma de dominación de clase, que no se detiene en el estadio democrático sino que pasa a las medidas socialistas y a la guerra contra la reacción exterior, una revolución de la que cada etapa está contenida en germen en la etapa precedente, una revolución que no acaba más que con la liquidación total de la sociedad de clase.”

...“Plejanov, ese fundador brillante del marxismo ruso (16) consideraba loca la idea de la posibilidad de una dictadura proletaria en la Rusia contemporánea. Este punto de vista era compartido no sólo por los mencheviques, sino también por la aplastante mayoría de los dirigentes bolcheviques, en especial, por los dirigentes actuales del partido. Entonces eran demócratas revolucio-

(16) Se puede ver, a juzgar por esta fórmula, como en “Nuestras Tareas políticas”, que Trotsky, a pesar de sus lados positivos, se anegaba en la ideología marxista tal como había sido introducida en Rusia según el modelo alemán.

narios resueltos, pero los problemas de la revolución socialista les parecían, tanto en 1905 como en la víspera de 1917, el preludio confuso de un futuro todavía lejano. La teoría de la revolución permanente renaciente en 1905 declaró la guerra a este orden de ideas y a estas disposiciones de espíritu. Demostraba que en nuestra época, la realización de las tareas democráticas que se proponen los países burgueses atrasados, los lleva directamente a la dictadura del proletariado y que ésta pone a la orden del día las tareas socialistas.

Toda la idea fundamental de la teoría estaba ahí. Mientras que la opinión tradicional estimaba que el camino hacia la dictadura del proletariado pasa por un largo período de democracia, la teoría de la revolución permanente proclamaba que, para los países atrasados, el camino hacia la democracia pasa por la dictadura del proletariado. Por consiguiente, la democracia era considerada no como un fin en sí que debía durar decenas de años, sino como el prólogo inmediato de la revolución socialista, a la cual la ligaba un lazo indisoluble. De esta manera, se hacía permanente el desarrollo revolucionario que iba de la revolución democrática hasta la transformación socialista de la sociedad.”

Lenin, por su parte, lo hemos visto anteriormente, había elaborado el eslogan “Dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado” (cf. “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”). Permaneciendo en la problemática de una solución burguesa a la cuestión agraria (de hecho, él volvía a tomar el programa de los Socialistas-revolucionarios: “¡la tierra a los campesinos!”), tendía a mantener al proletariado en un proceso político estrictamente democrático por la alianza indispensable con el campesinado. Lenin admitía incluso que el partido campesino, los S.R., pudiese tener la mayoría en el gobierno de una eventual dictadura democrática.

Pero actuando, como de costumbre, con oportunismo frente al movimiento que había derrocado al zarismo en febrero de 1917, se adhirió al concepto de “revolución

permanente”. En efecto, con sus “tesis de Abril”, se pronunció a favor de una toma del poder político por el proletariado bajo la dirección del Partido Bolchevique, y esto a pesar de la oposición de su propia “mayoría”.

Trotsky, que hasta entonces había animado el grupo **Intersecciones**, independiente del Partido Bolchevique, decidió adherirse a éste en agosto de 1917. Con la adhesión de Lenin a su tesis, él veía desde ahora a este Partido como la herramienta adecuada para realizar la “revolución permanente”. A pesar de una apariencia de oposición sobre la forma de la insurrección en octubre de 1917, y después cuando las negociaciones para la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk, se iba a convertir de hecho en un agente de la generalización de la explotación capitalista en Rusia. Como explica justamente D. Authier en su “Prefacio” (ya citado) al **Informe de la Delegación Siberiana**:

“...por su segundo y tercer momento (paso a la revolución socialista en Rusia por la internacionalización del proceso revolucionario), la “teoría de la revolución permanente” jugó para Trotsky y para los revolucionarios rusos que la adoptaron un papel de ideología: les permitió ocultarse el “carácter burguesamente limitado” de su movimiento, y a este movimiento le permitió encontrar los jefes que no podía encontrar en la burguesía misma.”

Su justificación del capitalismo de Estado, bautizado como “consolidación y defensa de la revolución en Rusia” a expensas de la internacionalización del proceso proletario, iba a desembocar en una verdadera apología del Partido Bolchevique. En 1920, Trotsky es “comisario del pueblo para la guerra”, ha organizado “el ejército rojo” utilizando a antiguos oficiales zaristas. Para defender la militarización del trabajo y todas las medidas de “Terror” tomadas por los bolcheviques, ataca a su vez al “renegado” Kautsky escribiendo el libro “Terrorismo y Comunismo”, que lleva por subtítulo “El Anti-Kautsky”, pues vuelve a tomar el mismo título de un texto publicado anteriormente por éste. Reduce a la nada el papel de los Soviets en sí mismos y exalta **la dictadura del Partido Bolchevique**:

“La dirección general de los asuntos está concentrada en las manos del Partido. No es que el Partido gobierne de una manera inmediata, pues su aparato no está adaptado a este género de funciones. Pero tiene voto decisivo sobre todas las cuestiones de principio que se presenten. Mucho más, la experiencia nos ha llevado a decidir que, en todas las cuestiones litigiosas, en todos los conflictos que pueden presentarse entre las administraciones y en los conflictos personales en el interior de las administraciones, la última palabra correspondía al Comité Central del Partido. Esto ahorra mucho tiempo y energías, y en las circunstancias más difíciles, en las situaciones embarazosas, esto garantiza la indispensable unidad de acción. Un régimen semejante no es posible más que si la autoridad del Partido permanece absolutamente incontestada, si la disciplina del Partido no deja absolutamente nada que objetar. Muy afortunadamente para la revolución, nuestro Partido satisface igualmente estas dos condiciones. En cuanto a saber si en otros países en los que su pasado no les haya legado una fuerte organización revolucionaria, templada en los combates, se podrá disponer de un Partido comunista tan autorizado como el nuestro cuando suene la hora de la revolución proletaria, es difícil decirlo por adelantado. Pero es totalmente evidente que la solución de esta cuestión tendrá una influencia considerable sobre la marcha de la revolución socialista en cada país. El papel excepcional que juega el Partido comunista cuando la revolución proletaria ha conseguido la victoria es bien comprensible. Se trata de la dictadura de una clase. La clase se compone de diferentes capas, las opiniones y los sentimientos no son unánimes en ellas, los niveles intelectuales varían. Ahora bien, la dictadura presupone unidad de voluntad, unidad de tendencia, unidad de acción. ¿Por qué otra vía se podría realizar? La dominación

revolucionaria del proletariado supone en el proletariado mismo la dominación de un Partido provisto de un programa de acción bien definido, y fortalecido por una disciplina interior indiscutida.”

(...) “Se nos ha acusado más de una vez de haber substituido la dictadura de los Soviets por la del Partido. Y sin embargo, se puede afirmar sin temor a equivocarse que la dictadura de los Soviets sólo ha sido posible gracias a la dictadura del Partido: gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el Partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse, de informes parlamentos obreros que eran, en un aparato de dominación del trabajo. En esta substitución del poder de la clase obrera por el poder del Partido, no hay nada de fortuito e, incluso, en el fondo, no hay ninguna substitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase obrera. Es completamente natural que en una época en que la Historia pone a la orden del día la discusión de estos intereses en toda su extensión, los comunistas se conviertan en los representantes declarados de la clase obrera en su totalidad.”

Con estas líneas, Trotsky reniega completamente de la auto-actividad de las masas cuyos méritos tanto había ponderado antes de 1905 y en los años siguientes. Se diferencia incluso de sus dos tomos sobre la “Historia de la revolución rusa” (febrero/octubre), escritos entre 1929 y 1932, pues en éstos subraya el papel importante jugado por la espontaneidad de las masas e indica las numerosas veces en que el Partido estuvo retrasado con respecto a las iniciativas del proletariado, es decir, los momentos en que fue obligado a “coger el tren en marcha” (!).

C. “TROTSKY, EL STALIN FALLIDO” (17)

En “Terrorismo y Comunismo”, además de la apología del Partido y de su dictadura sobre el proletariado, se puede encontrar ya expresado todo lo que será calificado después como “acentos estalinistas”: obligación y militarización del trabajo, necesidad de la disciplina, emulación “socialista”, intensificación de la producción, utilización de los “especialistas”, etc. Así, Trotsky escribe:

“El principio mismo de la obligación del trabajo es, para los comunistas, indiscutible: “El que no trabaja no come”. Y como todos deben comer, todos están obligados, por consiguiente, a trabajar.”

(...) “Toda la historia de la humanidad es la historia de la organización y de la educación del hombre

(17) Volvemos a tomar aquí el título de un texto de Willy Huhn (21/27 de enero de 1952) que debe aparecer en las Ed. Spartacus. D. Saint-James, que es el traductor, ha redactado asimismo una nota final: “Ni Dios, ni César, ni Tribuno”.

social para el trabajo, con miras a obtener de él una mayor productividad. El hombre, como ya me he permitido expresar, es perezoso, es decir, que instintivamente se esfuerza en obtener con el mínimo de trabajo el máximo de productos. Sin esta tendencia, no habría desarrollo económico. El desarrollo de la civilización se mide por la productividad del hombre, y toda nueva forma de relaciones sociales debe pasar por la prueba de esta piedra de toque.”

(...) “Como consecuencia de la socialización de la producción, el trabajo por piezas, a destajo, la puesta en vigor del sistema Taylor, etc., tienen por fin el acrecentamiento de la producción socialista y, por consiguiente, un aumento del bienestar común. Los trabajadores que concurren más que los otros al bienestar común, adquieren

el derecho a recibir una parte más grande del producto social que los holgazanes, los indolentes y los desorganizadores.”

De estas frases “edificantes” (Stalin hablará, a su vez, de ¡“el hombre, el capital más precioso”!) a la represión de un movimiento obrero autónomo que reclamaba “Todo el poder a los Soviets”, no había más que un paso (18). Trotsky lo franqueará conduciendo el asalto contra los insurrectos de Cronstadt, a los que hizo “disparar como a perdices” (!).

A continuación, toda la trayectoria política de este “mariscal de campo”, ya sea en Rusia hasta 1927 o en el exilio hasta 1940 (oposición de izquierda, fundación de la IV Internacional), se resumirá en reforzar su apología del

(18) La dictadura del capital no puede sino reprimir la tendencia real al comunismo que, más allá de las reivindicaciones económicas (como en Cronstadt), quiere destruir el Estado y extender el proceso de revolución proletaria.

“verdadero” Partido bolchevique y en sostener al régimen capitalista de estado/imperialista de la URSS, calificado como “Estado obrero degenerado” (es una “casta burocrática” la que detenta el poder político y no una clase, pues la “revolución de octubre” ha realizado las “bases del socialismo”: nacionalización, monopolio sobre el comercio exterior, etc.). En efecto, para construir su oposición al estalinismo, Trotsky se reivindicará de la “única y verdadera” línea **bolchevique-leninista**, como Lenin se había reclamado de la continuidad “exclusiva” con el marxismo en relación con Kautsky. Bien entendido, se esforzará en camuflar sus críticas a Lenin. Así, en su autobiografía, “Mi vida”, no dirá nada de sus textos de oposición al bolchevismo antes de 1905. Impedirá siempre que se traduzcan o se publiquen de nuevo “Nuestras tareas políticas” y el “Informe de la Delegación siberiana”. En algunos textos, en sus últimos años antes de su asesinato, hará referencia a estos escritos (19) pero será para condenar sus análisis de entonces haciendo “autocríticas” de factura muy religiosa:

“En 1904 escribí un folleto, “Nuestras tareas políticas”, que en el plano de la organización desarrollaba puntos de vista muy próximos a los de Rosa Luxemburgo (Suvarin cita con complacencia este folleto en su biografía de Stalin). Sin embargo, toda mi experiencia ulterior me ha probado que, en esta cuestión, Lenin tenía razón contra Rosa Luxemburgo así como contra mí. Marceau Pivert opone el “trotskismo” de 1939

(19) Especialmente para responder a Boris Suvarin, que citaba “Nuestras Tareas políticas” en su libro: “Stalin, esbozo histórico del bolchevismo” (1935, reedición 1977 en las Ed. Champ libre) y al líder del PSOP (Partido socialista obrero y campesino), que era Marceau Pivert.

al trotskismo de 1904. Pero desde esa época ha habido, nada más que en Rusia, tres revoluciones. ¿Es posible que en el curso de estos treinta y cinco años no hayamos aprendido nada?” (cf. “El trotskismo” y el Partido socialista obrero y campesino”, 25 de julio de 1939).

“Cuando los bolcheviques y los mencheviques eran aún miembros del mismo partido, el período pre-congresista y el congreso mismo fueron testigos invariablemente de una lucha severa a propósito del orden del día, y yo podría añadir que, personalmente, cometí no pocos pecados a este respecto. Pero desde entonces he aprendido muchas cosas.” (cf. “En defensa del marxismo”, EDI).

En su último libro, titulado “Stalin” (1940), si concede que ciertas de sus tesis expresadas antes de 1905 conservan el interés, es para mejor incensar a Lenin, que supo recogerlas por su cuenta:

“En un folleto titulado “Nuestras tareas políticas” que escribí en 1904 y cuyas críticas dirigidas contra Lenin carecían con frecuencia de madurez y de justeza, hay, no obstante, páginas que dan una idea completamente justa de la manera de pensar de los

“comitistas” de aquel tiempo, los cuales habían dejado de sentir la necesidad de apoyarse en los obreros después que “habían encontrado apoyo en los principios de la centralización”. La lucha que Lenin debía sostener un año después en el Congreso contra los comitistas altaneros confirmó plenamente este análisis. El fetichismo de la organización le era extraño; percibió enseguida, en el III Congreso, el espíritu de casta de los comitistas y entabló una lucha cerrada contra ellos.”

Reduciendo a la realización de una revolución “política” el problema del paso a un verdadero socialismo en la URSS, el trotskismo ha revelado que no era más que **la ideología de una fracción de la burocracia eliminada por otra**. Además, según él, con una “buena” dirección, un “buen” partido de vanguardia para el proletariado, habría podido cambiar la situación no sólo en la URSS, sino en el mundo. Es lo que afirmaba el “Programa de transición” titulado “La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional” en septiembre de 1938:

“La situación política mundial en su conjunto se caracteriza ante todo por la crisis histórica de la dirección del proletariado.”

Para Trotsky, el éxito del proletariado dependía totalmente de la existencia de un Partido fuerte, construido previamente y autoproclamándose revolucionario. Aplicará mecánicamente esta regla a todas las situaciones históricas (20).

5. BORDIGA Y LA “IZQUIERDA ITALIANA”: DEL ABSTENCIONISMO AL LENINISMO DE IZQUIERDA, DESPUÉS AL ULTRA- LENINISMO

Mientras que las sectas bordiguistas “oficiales” subrayan la continuidad “marxista-leninista” de la izquier-

(20) cf. el prefacio de Trotsky a la 1ª edición (1921) del libro de Talès: “La Comuna de 1871”. Escribe, por ejemplo:

“Si en septiembre de 1870, a la cabeza del proletariado de Francia se hubiese encontrado el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella, toda la historia de la humanidad, habría tomado otra dirección”.

“Así podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: hace falta una fuerte dirección de partido.”

Este prefacio es reproducido en la edición de Spartacus, serie B, nº38. La izquierda italiana (temas de la Invariación y del Hilo histórico), otras más “vergonzosas”, que se reivindican en general de Bilan (revista de la fracción de exiliados de la Izquierda Italiana en Bélgica, 1933/39), se esfuerzan en poner de relieve lo que llaman los aspectos “originales”, y no estrictamente dogmáticos, de ésta. Así, la Corriente Comunista Internacional continúa queriendo acreditar la idea de aportaciones “comunes”, reunidas bajo el vocablo “ultra-izquierda”, entre la Fracción “abstencionista” y la izquierda germano-holandesa (los anatemas de Lenin contra el conjunto de las izquierdas europeas, acusadas del pecado de “izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo”, ¿serían una prueba suficiente!). Algunas tendencias alrededor de individuos (J. Camatte, J. Barrot) o de una revista como “La Guerra social”, aun refiriéndose igualmente a Bilan, intentan presentar los escritos teóricos del Bordiga posterior a la 2ª guerra (1946-1970) como que son de un interés revolucionario con relación a su política anterior de tipo estrictamente leninista, la cual habría sido continuada y asumida esencialmente por el Partido comunista internacionalista (convertido después en PC “Internacional”) (21):

“De 1944 a 1970: es el período menos conocido de

la vida de Bordiga. Toda su obra apareció de manera anónima en los periódicos “Battaglia Comunista” (1948-1952), después “Il Programma comunista” y en las revistas “Prometeo” (1946-1952) y “Sul filo del

(21) La presentación de un Bordiga que tiene una aportación independiente de la existencia del PCI después de la segunda guerra, tiene su fuente en la actitud que adoptó éste a partir de 1926: no mantuvo ningún contacto con la corriente que se reclama de él, la fracción italiana constituida en Pantín en 1927, y esto hasta 1944.

tempo” (un número único en mayo de 1953). Sin embargo, es quizá entonces cuando fue más fecundo y, sobre todo, más original. Aun manteniendo su vieja posición pro-leninista, rompió con el esquema riguroso del leninismo, así como con el cientificismo; de igual modo, si glorificó hasta el final al proletariado, esbozó una crítica virulenta, acerba, a la manera profética, de esta misma clase. Si al final aceptó y reconoció, por así decir, oficialmente la existencia de un partido formal, el PCI, no estuvo presente en su fundación y lo consideró durante mucho tiempo sólo como una organización de trabajo. Su preocupación central fue transmitir “la experiencia” del mundo revolucionario de los años 20 y restaurar el marxismo...” (cf. J. Camatte. “Algunos hitos biográficos”, p. 225, en “Bordiga y la pasión del comunismo” Ed. Spartacus, serie B, nº 58).

“Bilan es una de las mejores expresiones de la izquierda italiana. Pero hablar de “izquierda italiana” es una simplificación que equivale, en la mayoría de los comentaristas, a una deformación, de igual manera que la “izquierda alemana” encubre realidades complejas, incluso en la época en que este término designa un movimiento social vivo, que reúne concepciones y actividades tan diversas como las de Gorter, Rühle, Pannekoek. La “izquierda italiana” es aplastada con frecuencia tras la persona de Bordiga, por cuanto es conocida en Francia sobre todo a través de su representante “oficial”, el Partido comunista inter-nacional, que a su vez es ante todo “bordiguista”: éste se reclama de la izquierda italiana pero disimula lo que no está en la línea de Bordiga, así como una buena parte de Bordiga mismo. Le Réveil Communiste observaba ya en febrero de 1929 que “ocurre que los bordiguistas caen en contradicción con Bordiga...”. Bordiga no es más que un aspecto, el más rico pero también el más contradictorio y a veces el más equivocado, de la izquierda italiana. Los dos elementos más profundos de Bordiga son, de un lado, su anti-educacionismo y su materialismo, que recorren toda su obra a pesar de fuertes tendencias contrarias (que culminan en la idealización del Partido); y, por otro lado, su perspectiva del comunismo expuesta a partir de los años cincuenta. El movimiento revolucionario renaciente desde hace algunos años bebe ampliamente en esta parte de su obra. Pero esta “reanudación” teórica es también una crítica de los errores de Bordiga, que pasa, entre otras cosas, por el conocimiento de las otras corrientes de la izquierda italiana.” (22) (cf. J. Barrot, “¿Izquierda italiana?”, p. 79-80 de su presentación a los textos de Bilan: “Contrarrevolución en España 1936-1939”, col. 10/18).

“Bordiga ha tenido el mérito inmenso de mantenerse en posiciones antiproduccionistas, anti-consumistas y antitecnicistas en los años cincuenta. Sin embargo, tiene tendencia a poner el acento en el mercantilismo, la carrera tras la ganancia, de los mecanismos económicos y sus efectos inmediatos, la tendencia a economizar a toda costa que provoca catástrofes, antes que a desenmascarar la naturaleza anti-ecológica del fenómeno mismo, así como los problemas que esto acaba por suscitar para la expansión capitalis-

(22) En una nota del mismo libro, p. 410, es donde Barrot precisa lo que él llama “la aportación” de Bordiga después de 1950: “Visión del comunismo como movimiento social y no como programa;

concepción del proletariado superando la noción sociológica de los “obreros”; aprehensión de la dimensión de la revolución a la vez como clasista y colectiva o humana.”

ta...” (cf. “La Guerre sociale”, nº 3: “El regreso de un iguanodonte. Ecología y comunismo, 1ª parte”; artículo que utiliza citas de una serie de textos de Bordiga publicados bajo el título “Especie humana y corteza terrestre”, Ed. Payot).

A. LA FRACCIÓN “ABSTENCIONISTA” EN EL PARTIDO SOCIALISTA ITALIANO

Hasta enero de 1921, fecha del congreso de Liorna en que se produjo la escisión que iba a formar el Partido comunista italiano, Bordiga milita en la socialdemocracia. Es miembro del Partido socialista en Nápoles, donde lucha contra las consecuencias del reformismo, en primer lugar, el electoralismo (23). En los congresos anteriores a 1914 se codea con un tal Benito Mussolini (!) que interviene también en nombre de la fracción de izquierda. El objetivo de Bordiga es enderezar, regenerar este Partido.

A partir de 1910 tiene lugar la aparición de una tendencia “radical” en el PSI, el cual había sido fundado en 1892. Se desarrolla con ocasión de las manifestaciones contra la guerra colonial en Tripolitania, especialmente en la organización de las juventudes socialistas. En 1912 Bordiga forma parte de esta tendencia, funda el “círculo Karl Marx” y colabora en diversos periódicos y revistas: “La Voce”, “Utopia”, “L’Avanguardia”. **Desde esta época, comienza a defender su tesis particular sobre la concepción del Partido:** es una organización de clase no inmediateista, pues sus posiciones teóricas garantizan su

(23) Esta lucha contra el electoralismo pasa entonces por una denuncia del “frentismo”, es decir, de la táctica consistente en formar frentes con otras formaciones políticas para conseguir votos. intransigencia, protegiéndola de las presiones ideológicas del capital. Así, pone el acento en lo que será hasta el final la piedra de toque de su definición del Partido: **la noción de programa**; en una intervención en el congreso del PSI en Ancona (26/29 de abril de 1914), declaraba:

“El Partido socialista no puede detenerse ante el cadáver de una burguesía impotente que se presenta inerte atravesada en nuestro camino. El Partido socialista tiene funciones y directivas precisas a partir del momento en que surge hasta su triunfo final, sin lo cual fallaría a su razón de ser.”

(...) “La revolución de 1848 tuvo un eco inmediato en toda Europa. La propaganda del Partido socialista por la internacional proletaria se universaliza hoy cada vez más, extendiéndose a todo el mundo habitado a pesar de la disparidad de las condiciones del medio ambiente; y si renunciásemos a esta simultaneidad histórica del proceso revolucionario, renunciaríamos a la principal razón de ser de nuestro Partido.”

Durante la guerra Bordiga insiste en el papel dirigente del Partido en las acciones a llevar a cabo contra ella. Así, en una conferencia del PSI en Bolonia (mayo de 1915), preconiza la conducción por el Partido, y no por los sindicatos o el grupo parlamentario, de la huelga general contra la movilización (al entrar Italia en guerra al lado de la Triple Entente: Francia/Inglaterra/Rusia, después de haber formado parte de la Triple Alianza con Alemania y Austria-Hungría... ¡aun permaneciendo “neutra” durante el año 1914!).

En octubre de 1917, en un artículo titulado “Por una discusión exhaustiva” y aparecido en “Avanti!”, pone el acento en el carácter invariable del programa del que es portador el Partido:

“Un Partido de vanguardia debe “observar los hechos”, pero no puede decir: yo espero mi programa de los acontecimientos. Los acontecimientos sólo pueden sugerirle la posibilidad de actuar más o menos intensa-mente para la realización del programa que es su razón misma de existir.”

Sobre la victoria de la revolución rusa escribe una serie de artículos en “L’Avanguardia” (oct./dic. de 1917). Proclama su acuerdo con las posiciones bolcheviques y exalta el papel personal de Lenin:

“Y previmos que llegaría un día en que el consejo supremo de los delegados de los soldados y de los obreros de toda Rusia, desembarazándose del generalísimo y primer ministro para el cambio de velocidades, pondría en su lugar un hombre capaz de hacerse verdaderamente el intérprete de los sentimientos y de la voluntad del proletariado triunfante.” (“Mientras que Lenin triunfa”, 2-12-1917).

En lo sucesivo, la selección programática para el Partido se acentuará en referencia a las tesis “que han pasado la prueba” en Rusia:

“La nueva internacional será, por tanto, el Partido socialista mundial, organización colectiva de la clase trabajadora para la conquista violenta del poder y el ejercicio de éste, para la transformación de la economía capitalista en economía socialista. Un partido semejante aspira a una “disciplina” colectiva y consciente y será el medio adecuado en el que se hará la administración proletaria universal futura.” (“Las Directivas marxistas de la nueva internacional”, mayo de 1918).

Sobre tales bases se refuerza, en efecto, la fracción “abstencionista” y sobre ellas producirá la plataforma de la izquierda italiana. La lucha contra el reformismo del PSI se desarrolla:

- fundación del periódico “Il Soviet”, que substituye a “Il Socialista” (22 de dic. de 1918)
- la dirección del Partido vota la adhesión a la III Internacional (22 de marzo de 1919)
- las tesis de la fracción de izquierda son aceptadas por varias secciones del Partido: Florencia, Turín, en Apulia, en Calabria, etc. (abril de 1919)
- congreso de la fracción en Roma (6 de julio de 1919): su programa es publicado en “Il Soviet”
- congreso del PSI en Bolonia (4 de oct. de 1919): la fracción pide que el Partido entero cambie su programa y se llame “comunista”. Por el afán de la unidad, las otras corrientes de izquierda no le siguen: los reformistas no son expulsados y no hay escisión del Partido.

En una carta que no llegó al comité de Moscú de la I. C. pues fue interceptada por la policía (10 de oct. de 1919), **la fracción criticaba las tesis de “l’Ordine Nuovo” de Gramsci:**

“A propósito de la táctica, y especialmente en lo concerniente a la constitución de soviets, nos parece que se están cometiendo errores, incluso entre nuestros amigos. Hay peligro de que se limite todo a una modificación reformista de los sindicatos. De hecho se trabaja, como en Turín, en la constitución de comités de fábrica reuniendo a todos los delegados de una industria dada (metalurgia), los cuales toman la dirección del sindicato profesional, designando al comité ejecutivo. De este modo se permanece fuera de las funciones políticas de los consejos obreros para los que habría que preparar al proletariado, aunque, a nuestro parecer, el problema más importante es el de organizar un poderoso partido de clase (Partido comunista) que prepare la conquista insurreccional del poder de manos del gobierno burgués.”

En el momento de las ocupaciones de fábricas en Turín (marzo/abril de 1920), que reflejan la existencia de un importante movimiento social en la Italia de la postguerra, Bordiga acentuará sus críticas contra Gramsci diciendo que los dirigentes del movimiento habían tomado “un camino equivocado: plantear la cuestión del poder en la empresa en lugar de plantear la cuestión del poder político central” (“La huelga de Turín” en “Il Soviet” del 2 de mayo de 1920).

Más allá de las observaciones interesantes sobre la confusión entre comité de fábrica y sindicato, que obstaculiza la formación de verdaderos consejos obreros, está sobre todo **la afirmación del papel primordial atribuido al Partido...** ¡lo que reduce a la nada la función de los soviets! La visión de un “control obrero” de la producción no es, de

hecho, puesta en tela de juicio más que en la medida en que precede a la “conquista del poder político” por el Partido:

“Se ha sobrestimado en Turín el problema del control, concibiéndolo como una conquista directa que el proletariado puede arrancar a la clase industrial gracias al nuevo tipo de organización, realizando así un postulado económico comunista, una etapa revolucionaria antes incluso de la conquista política del poder cuyo órgano específico es el Partido” (ídem).

Si Bordiga rompe con ciertas ilusiones democráticas sobre las que se había construido la Social-democracia, permanece – invariación obliga – en la línea recta de la herencia marxista en lo concerniente al lugar central reservado al Partido como condición imperativa del cambio. Por lo demás, la lección principal de la Comuna (destrucción del Estado) es escamoteada detrás de la reivindicación de la consigna democrática de 1848: ¡conquista del poder político!

Las tesis “abstencionistas” de la fracción (no-participación en el Parlamento...) fueron condenadas por Lenin en “La Enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo” (mayo de 1920):

“... el camarada Bordiga y sus amigos “izquierdistas” sacan de su justa crítica de los Sres. Turati y Cía la falsa conclusión de que, en principio, toda participación en el parlamento es dañina. Los “izquierdistas” italianos no pueden aportar ni sombra de argumento serio a favor de esta tesis. Simplemente ignoran (o se esfuerzan en olvidar) los ejemplos internacionales de utilización realmente revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, utilización incontestablemente útil para la preparación de la revolución proletaria. Incapaces simplemente de representarse esta utilización “nueva”, murmuran, repitiéndose sin fin, contra la utilización “antigua”, no bolchevique, del parlamentarismo. Ahí precisamente está todo su error. No sólo en el dominio parlamentario sino en todos los dominios de actividad el comunismo debe aportar un principio nuevo que debería romper a fondo con las tradiciones de la II Internacional, aun conservando y desarrollando lo que esta última ha dado de bueno (y será incapaz de hacerlo sin un trabajo prolongado, perseverante, pertinaz).”

Pero antes había afirmado **su apoyo a su lucha contra ciertos reformistas**, es decir, esencialmente la derecha del PSI (la fracción de Turati).

“El Soviet y su Fracción tienen razón cuando atacan a Turati y sus partidarios que, permaneciendo en un partido que ha reconocido el poder de los soviets y la dictadura del proletariado, siguen también como miembros del parlamento y continúan su vieja política oportunista tan dañina.”

(...) “Bordiga y sus amigos del periódico Il Soviet tienen razón al exigir que el Partido socialista italiano, si efectivamente quiere estar por la III Internacional, estigmatice y expulse de sus filas a los Sres. Turati y Cía., y se convierta en partido comunista de nombre y de hecho.”

Por eso, fortalecido con este reconocimiento oficial, la izquierda italiana no dejará **de afirmar la identidad esencial de sus posiciones con las de los bolcheviques y de desmarcarse de la corriente ultra-izquierda:**

“Hoy ha llegado a ser una moda el decretar con altivez profesoral y satisfecha que en 1920, la Internacional comunista se había convertido en presa del oportunismo; pretender encontrar la prueba de ello precisamente en sus desviaciones tácticas, reflejo, se dice, de una desviación de principio, y deplorar, por tanto, que la izquierda italiana haya esperado hasta 1926 para romper con ella. Paralelamente, es de buen tono en ciertos ambientes el revalorizar a los tribunistas, consejistas, kaapedistas y otros “marxistas europeos” u “occidentales” (leyenda del “Linkskommunismus” o comunismo de izquierda) que habrían tenido el mérito de ver enseguida lo que nosotros habríamos

tardado demasiado en reconocer, y haber actuado en consecuencia saliendo del Komintern desde 1921. Hay que decir con la mayor energía que nosotros no tenemos nada que “revisar” de nuestra actitud de aquella época, por la simple razón de que la Internacional era efectivamente la conquista más grande de que fue capaz entonces el movimiento proletario comunista, la única premisa de adquisiciones más completas en el futuro, y que lo siguió siendo durante algunos años más. Esta premisa estaba dada por el hecho de que se había fundado sobre una restauración integral de la teoría, de los principios y del programa comunistas, y no había que descuidar nada para corregir sus insuficiencias tácticas (que habría sido antidialéctico identificar en lo inmediato con desviaciones de principio bajo el pretexto de que quizá revelaban su comienzo y podían engendrarlas a la larga), puesto que la sólida base teórica sobre la que se colocaban los bolcheviques hacía la cosa posible.” (cf. “La Izquierda marxista de Italia y el movimiento comunista internacional” en la revista “Programme communiste”, nº 58, abril de 1973).

Al reducir sus divergencias con los bolcheviques a simples debates de táctica – incluso si esto iba a engendrar más tarde problemas de principio (¡milagros de la dialéctica!) – la izquierda italiana proclama que su polémica con Lenin entra en la categoría de los “diálogos entre marxistas”. Se reivindica, pues, de las otras condenas proferidas en el libro de éste (cf. “La Enfermedad infantil, condena de los futuros renegados”, artículo aparecido en “Programme communiste”, en 1972, según una traducción de un texto italiano de 1964).

Sin embargo, en julio de 1920, para llevar su lucha de oposición en el seno de la IC (Bordiga participó en su IIº congreso), la izquierda italiana había tomado contacto **con todos lo grupos de izquierda en Europa occidental**. El periódico “Il Soviet” publicó así artículos de Lukács, Sylvia Pankhurst, Gorter y Pannekoek (24).

Si Bordiga tenía necesidad de apoyos para imponer su táctica antiparlamentaria frente a los bolcheviques, tuvo cuidado de desmarcarse del KAPD a propósito de la cues-

(24) Estos artículos han sido reproducidos en el nº 7 (serie I) de la revista “Invariance” (julio-septiembre de 1969). Dirección: J. Camatte, B. P. 133, 83 – Brignoles.
tión sindical en su discurso más importante en el IIº congreso:

“Y ahora dos palabras sobre los argumentos presentados por Lenin en el folleto sobre el “Comunismo de izquierda”. Creo que no se puede juzgar nuestra táctica antiparlamentaria de la misma manera que la que preconiza la salida de los sindicatos. El sindicato, aun cuando está corrompido, es siempre un centro obrero...” (sic).

Para orientarse hacia la formación de un Partido comunista en Italia, la fracción “abstencionista” inaugura compromisos con las otras corrientes de izquierda del PSI, como por ejemplo, “L’Ordine Nuovo” de Gramsci. Es el caso con la publicación de un manifiesto-programa a la salida de una reunión en Milán en octubre de 1920. Esto desemboca en una conferencia nacional de la “fracción comunista” del PSI en Imola (fin de noviembre del mismo año).

La unión no fue efectiva más que al precio del abandono previo del abstencionismo frente al conjunto de las corrientes favorables a la participación en las elecciones. Condujo a la escisión en el congreso de Liorna del PSI en enero de 1921.

B. LA FRACCIÓN “ABSTENCIONISTA” EN EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO Y EN LA I. C.

Bordiga intentó primeramente justificar la escisión que tuvo lugar sobre la base de un compromiso:

“La centralización es la base de nuestro método teórico y práctico: en cuanto marxista, yo soy primero centralista, y sólo después abstencionista” (“Il Comunista”, 14 de abril de 1921).

Después defiende esta escisión realizada en Italia en relación con varias propuestas que, provenientes de la I.C., quieren desembocar en un Partido de masas que agrupe al PC salido de Liorna y las fracciones “maximalistas” del PSI. De hecho, se trataría de hacer la misma operación que en Alemania, donde el KPD se ha unificado con los Independientes. Contra una óptica así, Bordiga reafirma lo que a sus ojos distingue a un verdadero Partido comunista y le permite evitar las “desviaciones oportunistas”, a saber, las reglas organizativas, un programa y tácticas provenientes de la experiencia histórica:

“Nosotros no tenemos que ser partidos “grandes” o “pequeños”. No tenemos que trastornar todas las bases sobre las cuales algunos partidos están fundados, so pretexto de que no son “partidos de masas”. Muy al contrario, los partidos comunistas deben constituirse en todas partes sobre bases organizativas, programáticas y tácticas sanas, es decir, sobre los resultados de las experiencias más relevantes de la lucha internacional” (artículo titulado “Partido y acción de clase” y aparecido en la revista “Rassegna Comunista”, 31 de mayo de 1921).

En el curso del III congreso de la I.C., en el que el PCI está representado por Terracini y no por Bordiga, el KAPD va a romper al denunciar las tácticas que los bolcheviques imponen en Alemania: parlamentarismo, sindicalismo, frente único, gobierno obrero, etc. A pesar de sus divergencias sobre la concepción del Partido, que explican las de los problemas de la participación en las elecciones y del frente único (¡Bordiga no aceptaba la puesta en práctica de éste más que a nivel de los sindicatos!), la izquierda italiana se plegó a la disciplina y continuó debatiendo en la I. C. hasta 1926.

Sin embargo, la polémica central en torno a la concepción del Partido se desarrolló a continuación. Así, en ligazón con la noción de Programa, Bordiga criticó el principio democrático aplicado a las reglas de organización de un Partido comunista. Rechazando el funcionamiento basado en el centralismo democrático, forjó el concepto de **centralismo orgánico**:

“Hasta ahora, el criterio democrático es, para nosotros, un elemento material accidental para la construcción de nuestra organización interna y para la formulación de los estatutos del partido. No es su plataforma indispensable. He ahí por qué nosotros no erigiremos en principio la fórmula organizativa conocida como “centralismo democrático”. La democracia no puede ser un principio para nosotros. El centralismo lo es, indudablemente, puesto que los caracteres esenciales de la organización del partido deben ser la unidad de estructura y de movimiento. Para indicar la continuidad de la estructura del partido en el espacio, el término centralismo es suficiente. Para introducir el concepto esencial de continuidad en el tiempo, es decir, en el objetivo al que se tiende y en la dirección en la que se deben remontar los obstáculos sucesivos, y para unir así los dos conceptos de unidad, propondremos decir que el partido comunista funda su organización en el “centralismo orgánico” (cf. “El Principio democrático” en “Rassegna comunista”, 28 de febrero de 1922).

Con las “tesis de Roma” (presentadas en el II congreso del PCI, que se celebró en la capital italiana), Bordiga enunció claramente **que todas las tácticas debían depender del Programa**, por tanto, no ser “variables” sino determinadas previamente en función del período histórico.

A pesar de todo esto, en el IV congreso de la I. C. (nov. dic. de 1922), la izquierda italiana se somete una vez más a las condiciones de los bolcheviques, aceptando la

perspectiva de una fusión con el PSI, que acababa de expulsar a su fracción de derecha (esta fusión será rechazada por los socialistas).

Tras haber sido detenido en febrero de 1923, después juzgado y absuelto en octubre del mismo año, Bordiga no regresó al comité ejecutivo del PCI (en 1924, rechazará igualmente la oferta de convertirse en vicepresidente de la I.C.). Durante su detención, la dirección del Partido ha sido tomada por Togliatti con la ayuda de Terracini. Además, Gramsci ha creado una fracción llamada “centrista” que predica las posiciones de la I.C. Habiendo fundado la revista “Prometeo” en 1924, Bordiga defiende sus posiciones críticas a lo largo de los números, pero las sitúa **en una continuidad “marxista-leninista”**, haciendo, por ejemplo, la apología de Lenin que acaba de morir:

“En primer lugar consideramos su obra como restaurador de la doctrina filosófica del marxismo o, por mejor decir, de la concepción general de la naturaleza y de la sociedad perteneciente al sistema de conocimientos teóricos del proletariado revolucionario: éste no solo tiene necesidad de una opinión sobre los problemas de la economía y de la política, también necesita tomar posición sobre un conjunto de cuestiones más vastas” (“Lenin en el camino de la revolución”, Prometeo nº 3).

En el seno del PCI, las posiciones de la fracción “abstencionista” son cada vez más combatidas. En una conferencia en Como (mayo de 1924), las fracciones centrista y de derecha atacan violentamente las “tesis de Roma” como el principal obstáculo para la transformación del PCI en partido de masas. Pero en el momento de la votación, estas tesis de la izquierda siguen siendo ampliamente mayoritarias todavía.

De igual modo, a partir del V congreso de la I.C. (junio de 1924), en el cual él participa (25), Bordiga amplía sus críticas referentes a la consigna de “bolchevización” que debía servir para organizar los PC occidentales sobre la base de las células de empresa.

El conflicto, tanto en el PCI como en la I.C., va a precipitarse entonces. En efecto, Bordiga asume la defensa de Trotsky, aun cuando marque sus distancias con éste en el plano de las posiciones. Escribe un artículo, “La Cuestión Trotsky”, que no fue publicado en “L’Unità” más que el 4 de julio de 1925 como consecuencia de un bloqueo de la dirección del PCI durante varios meses. En otro artículo que apareció el mismo día, sintetiza su oposición a la I.C. **reclamándose de una fidelidad programática, y no táctica, con Lenin:**

“Consideramos el método táctico de Lenin incompletamente exacto, en cuanto no comporta garantías contra las posibilidades de aplicación que, siendo fieles superficialmente, pierden la finalidad revolucionaria profunda que anima siempre todo lo que Lenin sostuvo e hizo” (cf. “El Peligro de oportunismo y la Internacional”).

Finalmente, las tesis de la fracción “abstencionista”

(25) En el momento en que Bordiga está en Moscú, se produce el asesinato del diputado socialista Matteoti. Contrariamente a la dirección del PCI, él preconiza entonces que los diputados comunistas permanezcan en la cámara para hacer “parlamentarismo revolucionario”, llamando a la lucha armada contra el fascismo (!). Como se puede ver, Bordiga, a imagen de Lenin, no reculaba ante los compromisos necesarios (formación del PCI, disciplina en la I.C.), ni tampoco ante los cambios de tácticas ocasionadas por las circunstancias. Los caminos de la Invariación son impenetrables.

son puestas en minoría en el III congreso del PCI que tiene lugar en el exilio, en Lyon, los días 20/26 de enero de 1926.

En el VI pleno del ejecutivo de la I.C. en Moscú (febrero-marzo de 1926), Bordiga se opone primero a Stalin a propósito de la “construcción del socialismo en un solo país”. Después, en un discurso final, recapitula sus críticas frente al conjunto de las posiciones tomadas por la III Internacional, **especialmente sobre la concepción del Partido:**

“Se practica estos últimos tiempos, en los partidos, un deporte que consiste en golpear, intervenir, romper, servir y, en este caso, son frecuentemente revolucionarios muy buenos los golpeados (...). Es necesario que las sanciones sean excepcionales y no una regla, un deporte, un ideal para los dirigentes del partido. He ahí lo que hay que cambiar si queremos formar un bloque sólido.”

“¿Hay un ejemplo histórico que pruebe que un camarada haya formado una fracción para divertirse? Esto no ha ocurrido nunca. La experiencia nos demuestra que el oportunismo penetra entre nosotros, siempre bajo el aspecto de la unidad. Por lo demás, la historia de las fracciones nos prueba que si las fracciones no hacen honor a los partidos en los que se han formado, sí honran a aquéllos que las han formado. La historia de las fracciones es la historia de Lenin.”

“Se nos dice que la buena solución está confiada al papel dirigente del partido ruso. Pero hay reservas que hacer sobre ello. ¿Cuál es el factor dirigente en el partido ruso? ¿Es la vieja guardia leninista? Pero después de los últimos acontecimientos está claro que esta vieja guardia puede dividirse; mientras que, desde distintos lados, se invoca con el mismo vigor el derecho a hablar en nombre del bolchevismo, se acusa a los contradictores de alejarse del leninismo (...) La buena solución está en otro lado. Hay que fundamentarse en toda la Internacional, en toda la vanguardia proletaria mundial. Nuestra organización es parecida a una pirámide, y debe serlo porque desde todos lados se debe confluir en un vértice único. Pero esta pirámide reposa sobre su cima y su equilibrio es demasiado inestable. Hay que invertirla.”

Está claro que, en aquella época, Bordiga esperaba todavía enderezar la I. C. a pesar del peso del partido ruso. Así, propuso convocar un congreso internacional para el verano de 1926. **Sobre la base de una filiación de izquierda con Lenin**, la fracción “abstencionista” quería constituir una oposición “crítica pero disciplinada” en el interior de la I.C.

Cuando fue excluido, incluso del PCI (en 1930, por haber tomado una vez más la defensa de Trotsky), Bordiga se retiró completamente de la vida política hasta 1944 y rehusó contribuir a formar otra Internacional (26). Ni siquiera tuvo ninguna relación con las corrientes que se reclamaban de él, ya sea la fracción de izquierda que se constituyó en el PCI (en Pantin en 1927), después de modo independiente (en 1935), ya sean las diversas fracciones de exiliados, como “Bilan” en Bélgica.

C. LA LEYENDA DE LA IZQUIERDA ITALIANA O LA TENTATIVA DE MINIMIZAR LAS POSICIONES ULTRA-LENINISTAS SOBRE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO

(26) Por ejemplo, en su “Carta a Karl Korsch” (28 de octubre de 1926), que le pedía tomar la iniciativa para echar las bases de una oposición internacional de izquierda, Bordiga respondía: “no creo que haga falta hacer una declaración internacional como proponéis, y ni siquiera pienso que la cosa sería realizable en la práctica” (cf. el nº 68 de la revista “Programme Communiste”, 1975).

Entre 1926 y 1945, el conjunto de las fracciones que se reivindicaron de la corriente de la izquierda italiana fueron reducidas al estado de sectas. Se diferenciaron del trotskismo en la medida en que, haciendo el análisis de un proceso de contrarrevolución, y no de simple degeneración burocrática, consideraban **que la construcción del nuevo Partido mundial no estaba a la orden del día**. Así, al final de los años treinta, teorizando que la situación, por el hecho de la profunda derrota del proletariado en la mayoría de los países, era la del “curso a la guerra”, las fracciones “bordiguistas” criticaron el voluntarismo que presidió la fundación de la IV Internacional (1938) por el “profeta” Trotsky y sus discípulos. Bordiga, por su parte, había llevado la lógica hasta el final: no

siendo ya posible la existencia formal del Partido, se había retirado a su torre de marfil y, a pesar de algunos ruegos, guardó silencio.

La fracción de los exiliados en Bélgica, que publicaba la revista “Bilan” (27) y que es presentada hoy por algunos como el “non plus ultra” de los grupos de entreguerras, se encontró confrontada a “la prueba de los hechos” con el levantamiento de los proletarios en España. Para hacer entrar por la fuerza una realidad molesta en sus esquemas salidos de una visión partidista de la historia, negó el proceso revolucionario que se desarrolló entre julio de 1936 y mayo de 1937, resistiendo hasta esta fecha los intentos de alistamiento antifascista (28). Puesto que el

(27) Este título de revista justificaba la única tarea a tener en consideración, para esta fracción, en aquella época: sacar las lecciones del pasado, especialmente del período de los años veinte.

(28) A propósito de la reedición de los textos de Bilan (ver el libro de J. Barrot en 10/18), y de la Union communiste (ver “Crónica de la revolución española” introducida por Chazé en Partido no existía, no podía haber un desarrollo autónomo de la lucha de clase en ninguna parte del mundo. Esta tesis encuentra algunos ecos a posteriori, pues se mantiene una confusión entre un análisis global del período de entonces, por un lado, y por otro, la prolongación de una concepción “marxista-leninista” del Partido que sería justificada por este análisis. La teorización de una contrarrevolución en marcha y de la apertura de un curso hacia la guerra era efectivamente una lectura de los hechos que se imponía, pues la realidad tal cual existía entonces hipotecaba seriamente las posibilidades de una extensión de las luchas obreras. Pero la negación de todo movimiento proletario, incluso aislado, y el rechazo a enfocar una intervención revolucionaria, no hacían más que reflejar **la reducción de todo proceso real a la posibilidad (o no) de emergencia (formal) del Partido histórico**. El Partido es la clase; sin él, ésta no tiene existencia propia!

Otros grupos que procedían al mismo tipo de análisis sobre este período (contrarrevolución, marcha a la guerra), iniciaron, por el contrario, evoluciones interesantes sobre la concepción del Partido, pues se inspiraron en la experiencia de la izquierda germano-holandesa. Así, hubo la Union Communiste (1933-39) que recogió a los escisionistas de la fracción bordiguista tras las posiciones tomadas por Bilan frente a las luchas obreras en España. Pero respecto de su evolución de conjunto (crítica de la URSS, de los frentes populares, de las liberaciones nacionales, etc.), la referente al Partido fue muy lenta e insuficiente: se operó esencialmente gracias a sus contactos con el Grupo de los Comunistas internacionalis-

las Ed. Spartacus, serie B, nº 110), la respuesta del PIC a la Guerre Sociale ha abordado ampliamente este problema. Cf. el nº 33 de “Jeune Taupe”.

tas de Holanda (GIK), cuyas tesis seguían siendo a su vez ampliamente “vanguardistas” (29). De hecho, fue sobre todo el grupo de l’Ouvrier Communiste (1929-31) el que publicó antes 13 números de una revista del mismo nombre después de haber roto con la fracción de izquierda del PCI en Francia. En contacto con los elementos que continuaban el KAPD y la AAUD en Alemania, pero también con la corriente en torno a Miasnikov (Grupo obrero del Partido comunista ruso), comenzó a profundizar el problema de las relaciones entre grupos revolucionarios/clase obrera. Por ahí mismo, emprendió una superación de la noción de Partido sin por ello rechazar, al nivel de la toma de conciencia, un cierto número de referencias propias del antiguo movimiento obrero, como por ejemplo, la de “élites proletarias” (30).

Durante la II guerra mundial, las fracciones “bordiguistas” evitaron, a diferencia de las trotskistas, hundirse en la resistencia, y esto, a pesar de algunas “vacilaciones” notables, como el episodio del “comité antifascista” lanzado en Bruselas por Vercesi. Al acabar la

guerra surgió la polémica para saber si la situación era favorable o no para la constitución del Partido. La izquierda comunista de Francia, que publicaba “Internationalisme”, se opuso a esta constitución al hacer

(29) Cf. el texto “Los Movimientos de masas y ‘la vanguardia’”, aparecido en “L’Internationale”, nº 31, órgano de L’Union communiste (3 de octubre de 1937). Será publicado en anejo a la edición completa de este trabajo del PIC sobre la organización.

(30) El texto: “Sobre el papel de las élites proletarias en la revolución de clase”, aparecido en l’Ouvrier communiste nº 7-8 (marzo de 1930) puede encontrarse reproducido en el nº 35 de “Jeune taupe”. Figurará también en la lista de los anejos a la edición completa.

el análisis de una coyuntura desfavorable, mientras que la fracción de Damen, que había proclamado el Partido comunista internacionalista desde 1943 en Italia, fue apoyado por Bordiga en 1945. Todos los grupos de exiliados debieron disolverse entonces y sus elementos adherirse individualmente para constituir fracciones oficiales de este Partido en los otros países. El debate sobre las posibilidades ofrecidas por este período no ponía en tela de juicio la concepción “marxista-leninista” del Partido. De hecho, los hermanos enemigos estaban de acuerdo en reafirmar la necesidad imperativa de éste. En unos años (1945-49), Bordiga iba a restablecer una estricta ortodoxia contra los elementos que tendían a poner en tela de juicio “la intangibilidad del criterio Partido” (31). No sólo esto, se reivindicaba también de la continuidad con la I.C., ligando el Partido comunista internacionalista a la escisión de Liorna, **y no a la fracción “abstencionista” propiamente dicha que se había afirmado antes en el PSI** (especialmente, en el congreso de Bolonia), pero además desarrolló un ultra-leninismo furioso.

Hasta el final de su vida en 1970, Bordiga se ocupó esencialmente de teoría. Quería “restaurar el marxismo” (!): se aplicó a ello a través de numerosos textos leídos en el curso de las reuniones que tuvo entre 1951 y 1966; además, escribió una gran cantidad de artículos sobre los temas más diversos: la especie humana, el deporte, la

(31) Sobre la 2ª posguerra, ver:

- el artículo: “Sobre el agrupamiento de los revolucionarios: carta de ruptura con el bordiguismo 1949” (Carta de Lastérade a Chazé). cf. J. T. nº 18.

- el texto: “La prueba de los hechos tras la 2ª guerra mundial” publicado en J.T. nº 35 y que tendrá cabida en la 3ª parte de la edición completa sobre la organización.

religión, la conquista del espacio, la obra de Einstein, etc. Basándose en esta producción literaria **de Partido**, elementos como J. Camatte o J. Barrot y un “grupo” como “La guerre sociale” atribuyen un carácter revolucionario a la aportación teórica del Bordiga de posguerra. Ahora bien, si es cierto que en algunos puntos este último emite análisis originales (críticas con relación a una “fe racional” en la ciencia, la técnica... incluso en el proletariado, del que subraya los límites de clase sociológica, “obrera”, es decir, definida exclusivamente por el capital), se queda más que nunca en la “continuidad del marxismo”. Sus constantes teóricas, muchas veces remachadas, son: el Partido, el Programa... y, por vía de consecuencia, la apología de los bolcheviques y de Lenin por haber encarnado victoriosamente lo que el marxismo había predicho (!). Aun cuando guardó algunas distancias respecto del Partido formal que se había constituido, no por eso dejó de ser su dirigente oculto que guiaba todas sus actividades. El centralismo orgánico había santificado una especie de Papa del marxismo cuya bendición se venía a buscar en peregrinajes organizados a Nápoles.

Habría múltiples extractos a citar para ilustrar el ultra-leninismo de Bordiga y del Partido comunista internacionalista (Programme communiste) después de la segunda guerra, sin hablar de los otros Partidos, escisiones de este último, que continúan

proclamándose los únicos y verdaderos herederos de la izquierda comunista de Italia (32). Nos contentaremos con citar un pasaje largo, pero

(32) – La escisión en torno a Damen, que constituyó el Partido comunista internacionalista, en 1952, y que aún hoy publica el periódico “Battaglia Comunista”;

- La que desembocó en otro Partido comunista internacionalista, en 1964, y que continúa haciendo aparecer el

muy significativo, del párrafo titulado “Tablas programáticas de Partido”, que forma parte del acta de la reunión celebrada en La Spezia en abril de 1960 (título de la 3ª parte publicada en el libro de J. Camatte, ya citado, de Ed. Spartacus: “Comentarios de los manuscritos de 1844”):

“Nuestra tesis conclusiva, que no tiene solamente un alcance cognitivo y teórico, sino práctico, organizativo, es que el partido comunista no puede llevar su lucha en el curso de la historia (como tampoco podría el proletariado sin su organización en partido, que el Manifiesto de los comunistas postuló de una vez por todas en 1848) si no subordina su acción, que se desarrolla en un recorrido secular, a claras tablas programáticas. Éstas, al concentrar lo que la teoría y la praxis del Partido presentan de fundamental, pueden ser consideradas como condensadas en tesis precisas desde esta época de la que nos ocupamos y en que, de modo evidente, aparecieron el fin y el contenido de la lucha histórica de la clase obrera contra el capitalismo moderno.

La estructura de estas tablas fundamentales está incluida en gran parte en el texto del Manifiesto. Pero éste constituye una norma de acción precisa para el mundo de una época dada, y no sólo el bagaje de acción y de doctrina común a todos los tiempos y, además, a todos los países.

El programa de base de todo el movimiento debe ser construido, por tanto, uniendo las tesis centrales que

periódico “Rivoluzione Comunista”. Por lo demás, y según J. Camatte, es esta 2ª escisión la que provocó el cambio de nombre del Partido de origen: se convirtió en el Partido comunista internacional (cf. en Francia el periódico “Le Prolétaire” y la revista “Programme communiste”).

el Manifiesto enunció abiertamente a mitad del siglo XIX, y las que figuran en nuestros textos clásicos como visión general de la historia pasada y futura de la especie en todas sus manifestaciones y, por tanto, con esta primera solución de los enigmas eternos que fue enunciada en estos “Manuscritos” con una audacia incomparable (posible sólo en un ser que había menospreciado la fuerza de los gestos reveladores de un hombre de pensamiento y de acción). Su contenido esencial es la descripción programática de los caracteres propios de una sociedad comunista, objeto de nuestra previsión y fin supremo de nuestra lucha.

A través de una prolongada obra que abarca muchos años, hemos demostrado que tal descripción, rigurosa y esencial, es el objeto de las obras clásicas de Marx y de Engels, y que los diferentes marxistas, cuyo prototipo es Lenin, la han tenido siempre por definitiva e inmutable. Si definir la sociedad a la que llegaremos mañana de la potencia de nuestro método, otro tanto ocurre con lo concerniente a la caracterización, en líneas inviolables, de la ruta luminosa que conduce a ella.

La importancia de la acción tendente a una tal “reconstrucción de las tablas” del movimiento es evidente. La historia de este último, de sus desviaciones y de sus crisis, será utilizada para demostrar hasta qué punto hubo siempre utilización de un camino diferente al trazado en las teorías fundamentales, en el curso de estas prolongadas desviaciones, cuyas causas determinantes, a veces irresistibles, nuestra crítica sabe bien individualizar e indicar. Durante la vida de Marx y después, la reacción a estas desbandadas degeneradas consistió siempre en un firme retorno a las directivas iniciales. Todo esto ha tenido un

amplio desarrollo en nuestro trabajo de quince años. Se sabe de qué modo hemos puesto en evidencia la guerra del bolchevismo leninista, en tiempos de la revolución, contra la traición odiosa de los socialpatriotas y socialdemócratas, como el ejemplo más elevado de restauración totalitaria del marxismo integral, en la cual reside el más grande resultado de la victoria de octubre, no destruida por la tercera oleada de los corruptores que, por el contrario, han dado al traste con el resultado social, es decir, el Estado socialista de Rusia, y el resultado organizativo, es decir, la Internacional comunista.

La tradición Lenin-partido bolchevique-dictadura del proletariado en 1917 sigue siendo, pues, aunque sólo sea en el dominio de la teoría, la más grande de las victorias del comunismo revolucionario integral tal como surgió hacia 1850, como bloque incandescente, de la forja de la historia humana. Una tradición ininterrumpida hasta este punto jamás podrá ser borrada, y los nombres de Stalin y de los Kruchev con sus hueros aduladores, no harán más que añadirse a la serie sórdida de los revisionistas y de los inmediatistas cuyas primeras carroñas fueron clavadas en la plancha anatómica de la mano misma de Karl Marx.

Nuestra obra actual tiene por objetivo volver a poner en orden las tesis documentales tantas veces arrumbadas, y exponerlas a la luz de su integridad, aun cuando en la fase histórica actual una tercera restauración semejante no ha encontrado todavía el movimiento real de insurrección revolucionaria que deberá revestir en el futuro.”

Por tanto, se trata de romper con la leyenda construida en torno a las “aportaciones revolucionarias” de la izquierda italiana, pues es una operación tendente a minimizar sus posiciones ultra-leninistas sobre la concepción del Partido. Que sea después de la segunda guerra o antes, en la época de la fundación del PCI y de su oposición disciplinada en el interior de la I. C., y después durante los años treinta, Bordiga y sus diversas fracciones de izquierda, y en primer lugar Bilan, no han hecho más que pasar del estadio de una expresión real “leninista de izquierda” al de una logomaquia “ultra-bolchevique” próxima al lenguaje totalitario típico de la ideología estalinista y de las sectas izquierdistas (trotskistas, maoístas). Además, como hemos indicado, la puesta de relieve de la función central del Partido caracterizó a la fracción “abstencionista” desde su origen. Sin embargo, si aparte del Partido, se quiere subrayar aspectos interesantes (33) de la izquierda italiana sin alimentar una leyenda, éstos se encuentran mucho más en aquel período en que la fracción “abstencionista” representaba una oposición de izquierda en el seno de la S.D. que en aquel en que, después de haberse sometido a la disciplina del Komintern tras el congreso de Liorna, **¡pasó el tiempo desgranando el rosario “marxista-leninista”!**

(33) Estos aspectos son, por ejemplo, partes del análisis crítico del parlamentarismo, de la democracia, del control obrero (autogestión), del fundamento mercantilista de la sociedad capitalista.

CONCEPTO “ULTRA-IZQUIERDA”

En referencia al libro de Lenin “La Enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo” (1921), pero también a causa de la mitología desarrollada por ciertos grupos después de Mayo de 1968, se ha instaurado la costumbre de reunir bajo la etiqueta “ultra-izquierda” lo que es llamado “las aportaciones de las izquierdas alemana, holandesa e italiana”. Pues bien, hay que romper ante todo con esta clase de costumbre. En efecto, por un lado, como hemos demostrado ya (cf.: Concepto “leninista” y emparentados: trotskista, bordiguista...), la llamada izquierda italiana, excepto algunos análisis interesantes (críticas de la democracia, del antifascismo, de la autogestión), no tiene un aporte de conjunto que la distinga del bolchevismo. Muy al contrario, aparece como un ala izquierda del leninismo y de la III Internacional, emparentándose con la corriente trotskista y con los otros discípulos de los bolcheviques por su logomaquia furiosa sobre el tema del Partido. Por otro lado, los consejistas holandeses, desde el GIK (Grupo de los comunistas internacionales), se esfuerzan en borrar los aspectos partidistas de la época del KAPD (Partido comunista obrero alemán) sin remontarse, sin embargo, a las tesis de Marx mismo. En todo el movimiento teórico-práctico que, desde antes de 1905 hasta después del proceso revolucionario de 1917 a 1923, va a restablecer **la preeminencia del movimiento real** contra la ideología socialdemócrata y su filial, el bolchevismo, eluden el lugar fundamental ocupado por Rosa Luxemburgo intentando operar un “retorno a Marx” más allá de su crítica de la II Internacional y de todas sus fracciones.

Sólo unos pocos, a imagen de Paul Mattick (sobre el que volveremos a continuación), subrayaron el interés de las posiciones elaboradas por ésta:

“Tal como acaban de ser descritas, las divergencias de principio entre Luxemburgo y Lenin han sido más o menos superadas por la historia: muchos hechos o ideas que alimentaron la polémica otras veces, han perdido después toda actualidad. Pero de ninguna manera ocurre lo mismo con la cuestión que se hallaba en la base de la controversia: del movimiento obrero organizado o del movimiento espontáneo del proletariado, ¿cuál es el factor revolucionario fundamental? Ahora bien, en este plano también, la Historia ha dado la razón a Rosa Luxemburgo. El leninismo está enterrado en lo sucesivo bajo los escombros de la III Internacional. Un nuevo movimiento obrero, completamente desembarazado de los rasgos socialdemócratas (de los que ni Luxemburgo ni Lenin estuvieron exentos) pero resuelto, no obstante, a sacar provecho de las lecciones del pasado, deberá romper con las tradiciones del antiguo movimiento obrero y su influencia deletérea. Y el pensamiento de Rosa Luxemburgo sigue siendo a este respecto tan vivificante como nefasto ha sido el leninismo. Sí, este nuevo movimiento obrero, y el núcleo de revolucionarios conscientes que necesariamente comprenderá, podrá sacar más de la teoría revolucionaria de Rosa Luxemburgo y beber en ella más razones de esperanza, que de todas las “hazañas” de la Internacional leninista. A imagen de Rosa Luxemburgo en plena guerra mundial y frente a la bancarrota de la II Internacional, los revolucionarios de hoy pueden decir, frente al hundimiento de la III Internacional: No estamos perdidos y venceremos si no hemos olvidado aprender.”

Las divergencias de principio entre Rosa Luxemburgo y Lenin (1935). Cf. la selección de textos de Paul Mattick reunidos bajo el título “Integración capitalista y ruptura obrera” (EDI).

1. EN LOS ORÍGENES DEL CONCEPTO “ULTRA-IZQUIERDA”

EL “RETORNO A MARX” DE ROSA LUXEMBURGO

Rosa Luxemburgo había comenzado a enlazar con los aspectos **positivos** de la concepción de Marx sobre la organización antes de la experiencia del proceso revolucionario de 1905 en Rusia. El texto más conocido a este respecto se titula: “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa”, aparecido en la Iskra y la Neue Zeit en 1904 (1).

Contra las teorías de la fracción bolchevique en el seno del POSDR que ella califica con el término de “jacobina-blanquista”, Rosa Luxemburgo desarrolla ya el punto de vista según el cual la organización/Partido es **el producto del “movimiento propio de la clase obrera”**:

“El movimiento socialista es, en la historia de las sociedades basadas en el antagonismo de las clases, el primero que cuenta, en todas sus fases y en toda su marcha, con la organización y con la acción directa y

(1) Cf. Ed. Spartacus, serie B, nº 56. Selección de textos bajo el título general de Lucien Laurat: “Marxismo contra Dictadura”.

autónoma de la masa.

Bajo este aspecto, la democracia socialista crea un tipo de organización totalmente diferente del de los movimientos socialistas anteriores, por ejemplo, los movimientos de tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece subestimar este hecho cuando, en el libro citado (p. 140) (2) expresa la opinión de que el socialdemócrata revolucionario no sería otra cosa que un jacobino indisolublemente ligado a la organización del proletariado que ha tomado conciencia de sus intereses de clase...”

En realidad, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, es el movimiento propio de la clase obrera.”

De igual modo, saca el máximo de lecciones sobre la base de esta diferencia afirmada frente a los movimientos anteriores. Para la crítica clarividente de las taras del leninismo que fue Rosa Luxemburgo, “esto implica una revisión completa de las ideas sobre la organización y, por consiguiente, una concepción completamente diferente de la idea del centralismo, así como de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha”.

Así, defiende el principio de un **“auto-centralismo” que nace como expresión organizada de la espontaneidad obrera** y condena “el ultra-centralismo” de Lenin, basado en una concepción de la disciplina propia del sistema capitalista:

“La disciplina que Lenin tiene a la vista es incul-

(2) El libro citado de Lenin es: “Un paso adelante, dos pasos atrás”; para Rosa Luxemburgo representa ¡“la exposición sistemática de los puntos de vista de la tendencia ultra-centralista del Partido ruso”!

cada al proletariado no sólo por la fábrica, sino también por el cuartel y por el burocratismo actual, en una palabra, por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.

Es abusar de las palabras, y es engañarse, designar con el mismo término de “disciplina” dos nociones tan diferentes como, por un lado, la ausencia de pensamiento y de voluntad en un cuerpo con mil manos y mil piernas, ejecutando movimientos

automáticos y, de otro, la coordinación espontánea de actos conscientes, políticos, de una colectividad. ¿Qué puede tener de común la docilidad bien regulada de una clase oprimida y el levantamiento organizado de una clase que lucha por su emancipación integral?

No es partiendo de la disciplina impuesta por el Estado capitalista (después de haber substituido simple-mente la autoridad de la burguesía por la de un Comité central socialista), no es sino extirpando hasta la última raíz de las costumbres de obediencia y de servilismo como la clase obrera podrá adquirir el sentido de una disciplina nueva, de la auto-disciplina libremente consentida de la socialdemocracia.”

“El ultra-centralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado, no de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del centinela.”

En cuanto a las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha, Rosa Luxemburgo las concibe de una manera muy cercana a la enunciada por Marx cuando se inspiraba en la experiencia del proletariado (1848, 1871), y no en sus cálculos ante el tablero político de su época (cf. el concepto de “revolución permanente”). No sólo esto, ella comprende la organización como un producto de la lucha, antes de poder ser, eventualmente, su “factor activo”, pero además subraya **el carácter conservador de toda organización de masas construida previamente a la lucha y, por tanto, su papel de freno, pero también de oposición, frente a todo movimiento espontáneo.** Habiendo observado y analizado los movimientos de 1896, 1901 y 1903 en Rusia, como lo hará más tarde para la revolución de 1905, escribe:

“En todos los casos, nuestra causa ha hecho progresos inmensos. La iniciativa y la dirección consciente de las organizaciones socialdemócratas, sin embargo, no ha jugado en ellos más que un papel insignificante. Esto no se explica por el hecho de que estas organizaciones no estuviesen especialmente preparadas para tales acontecimientos (aunque esta circunstancia haya podido contar también algo), y menos aún por la ausencia de un aparato central todopoderoso como lo preconiza Lenin. Por el contrario, es muy probable que la existencia de un centro de dirección semejante no hubiese podido más que aumentar el desconcierto de los comités locales, acentuando el contraste entre el asalto impetuoso de la masa y la posición prudente de la socialdemocracia. Por otro lado, se puede afirmar que este mismo fenómeno – el papel insignificante de la iniciativa consciente de los órganos centrales en la elaboración de la táctica – se observa en Alemania tanto como en todas partes. En sus grandes líneas, la táctica de lucha de la socialdemocracia, no hay, en general, que “inventarla”; es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clase, frecuentemente espontánea, que busca su camino.

Lo inconsciente precede a lo consciente y la lógica del proceso histórico objetivo precede a la lógica subjetiva de sus protagonistas. El papel de los órganos directores del Partido socialista reviste en gran medida un carácter conservador: como demuestra la experiencia, cada vez que el movimiento obrero conquista un territorio nuevo, estos órganos lo labran hasta sus límites más extremos, pero al mismo tiempo lo transforman en un bastión contra los progresos ulteriores de más amplia envergadura.”

Sometiendo toda teoría a “la prueba de los hechos” y apoyándose cada vez más en las lecciones extraídas de las diversas experiencias, que evolucionan en función de las condiciones objetivas, Rosa Luxemburgo determina la comprensión del movimiento real de las luchas como siendo necesariamente la de un **proceso** en que todos los fenómenos, comprendido el de la organización, están ligados los unos a los otros y contribuyen a hacer surgir las condiciones futuras de su superación:

“...es dudoso que un estatuto (3), cualquiera que sea, pueda aspirar de antemano a la infalibilidad: se necesita que primero pase la prueba de fuego”

“...nada es más contrario al espíritu del marxismo, a su método de pensamiento histórico-dialéctico, que separar los fenómenos del suelo histórico en que surgen y hacer de ellos esquemas abstractos de un alcance absoluto y general.”

En consecuencia, condena **toda pretensión a una visión programática del movimiento obrero:**

“He ahí por qué es una ilusión contraria a las enseñanzas de la Historia querer fijar, de una vez por todas, la dirección revolucionaria de la lucha socialista y garantizar para siempre el movimiento obrero de toda desviación oportunista. Sin duda, la doctrina de Marx nos provee de medios infalibles para denunciar y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero al ser el

(3) Proyecto de estatuto para la organización del Partido ruso, POSDR.

movimiento socialista un movimiento de masas, y al ser los escollos que le acechan productos no de artificios insidiosos sino de condiciones sociales ineluctables, es imposible precaverse de antemano contra la posibilidad de oscilaciones oportunistas. Sólo por el movimiento mismo se les puede remontar ayudándose, sin duda, con los recursos que ofrece la doctrina marxista, y sólo después que las desviaciones en cuestión hayan tomado una forma tangible en la acción práctica.”

Contra todos los poseedores de la Verdad que, a imagen del Comité central del POSDR, afirman encarnar el Programa Histórico del proletariado, poniéndose en el lugar de éste, Rosa Luxemburgo restablece la preeminencia del movimiento real. Como Marx, antes de que éste le hiciese la cama a la socialdemocracia respaldando el programa de Gotha (1875), a pesar de sus críticas guardadas en secreto, ella insiste en el hecho – al final de su texto, **en uno de los pasajes más antireligiosos y más antiideológicos de toda la historia del movimiento revolucionario** – de que “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” (artículo 1º de la 1ª Internacional):

“Finalmente, se ve aparecer en la escena a un hijo aún más “legítimo” del proceso histórico: el movimiento obrero ruso; por primera vez en la historia rusa, echa exitosamente las bases de la formación de una verdadera voluntad popular. Pero he aquí que el yo del revolucionario ruso se apresura a dar una voltereta y, una vez más, se proclama dirigente todopoderoso de la historia, esta vez en la persona de su alteza el Comité central del movimiento obrero socialdemócrata. El hábil acróbata ni siquiera se da cuenta de que el único “sujeto” al que incumbe hoy el papel del dirigente es el “yo” colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho a cometer faltas por sí misma y aprender ella sola la dialéctica de la historia. Y, finalmente, digámoslo sin rodeos: los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son infinitamente más fecundos y valiosos, desde el punto de vista de la historia, que la infalibilidad del mejor “Comité central”.”

Habiendo restablecido el único y verdadero sujeto histórico: el proletariado mismo, Rosa Luxemburgo había apuntado, por lo demás, con extrema lucidez las consecuencias de una visión elitista del proceso revolucionario:

“Si, colocándonos desde el punto de vista de Lenin, temiésemos por encima de todo la influencia de los intelectuales en el movimiento proletario (4) no podríamos concebir peligro más grande para el Partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. Nada podría sojuzgar un movimiento obrero, todavía tan joven, a una élite intelectual, sedienta de poder, que esa coraza burocrática en que se le inmoviliza para hacer de él el autómatas maniobrado por un “comité”.

Y, por el contrario, no hay garantía más eficaz contra los manejos oportunistas y las ambiciones personales, que la actividad revolucionaria autónoma del proletariado, gracias a la cual adquiere el sentido de las responsabilidades políticas.”

Con un artículo aparecido en la “Neue Zeit” (año XII, 1903-04, nº 2) bajo el título “Esperanzas frustradas”

(4) Siempre en el mismo libro – cf. nota 2 -, Lenin criticaba a los intelectuales por su inclinación al individualismo y al anarquismo, por tanto, por su aversión hacia la disciplina y la autoridad absoluta del Comité Central.

(5), había insistido igualmente en el carácter **inmanente** de la conciencia de clase propia del movimiento proletario:

“Por esta razón, la inteligencia propia de la masa en cuanto a sus tareas y medios es para la acción socialista una condición histórica indispensable, de la misma manera que la inconsciencia de la masa fue en otros tiempos la condición de las acciones de las clases dominantes.”

Se puede medir aquí toda la diferencia fundamental que separa una tal concepción de la conciencia de clase de la expuesta por Lenin en “¿Qué hacer?” sobre la base de la ideología marxista propagada por Engels y Kautsky (cf. la parte precedente).

En su crítica de los jefes, Rosa Luxemburgo denunció el papel jugado **por los secretos de aparato**. Así, no dudó en hacer pública la correspondencia que le dirigían varios dirigentes socialdemócratas (Molkenburg, Kautsky, Bebel). Furioso por no poder filtrar a su gusto las informaciones destinadas a sus “tropas”, este último, en pleno Congreso de Jena, 1911, acusó a Rosa Luxemburgo de cometer “una seria indiscreción” y declaró: “...Me he jurado, no tanto que no escribiré más a la camarada Luxemburgo, lo que no sería posible, sino de jamás escribirle cualquier cosa de la que pudiese servirse más tarde” (!) añadiendo: “Esto concuerda con la opinión que el Buró socialista internacional tiene de usted” (citado por J-P. Netti en “La Vida y la obra de Rosa Luxemburgo”, Ed. Maspéro, Protokoll, p. 216-17 en el Congreso de Jena). En la tribuna de dicho Congreso, Rosa Luxemburgo replicó justificando su exigencia de la transparencia de

(5) Artículo recogido, con el título “Masa y jefes”, en la edición Spartacus ya citada; cf. nota 1.

toda correspondencia contra la política del secreto instaurada por la élite dirigente de los jefes de la S-D alemana:

“No niego el hecho que es una indiscreción, por parte de un miembro del Partido, discutir en público las actividades de la dirección del Partido, en interés de todo el Partido (...) pero voy más lejos y declaro: la dirección del Partido es culpable de haber descuidado su deber, de no haber expuesto todo el caso. Era su deber publicar la correspondencia y someterla a las críticas del Partido. Honestamente, no se trata de simples formalidades, sino de una cuestión muy importante...” (cf. Netti, ídem).

Incluso si jamás puso en tela de juicio la existencia de una “dirección”, por el hecho de su persistencia en mantener el concepto de Partido, su práctica de **la claridad política como condición fundamental de la eficacia revolucionaria** la condujo a romper con uno de los aspectos típicos del funcionamiento socialdemócrata del que Marx había sido precursor (recordemos el carácter “privado” mantenido estrictamente por éste en su correspondencia con los jefes del partido de Eisenach y en algunos de sus textos críticos, como el escrito contra las condiciones de la fusión con los lasalleanos cuando el Congreso de Gotha. Cf.: concepto “socialdemócrata”).

De hecho, en el origen de esta práctica de Rosa Luxemburgo había siempre la experiencia adquirida **en la izquierda polaca** (6), desde los años 1880 (partido

“Proletariado”), y en particular, al lado de Leo Jogiches. La SDKPIL (Social democracia del reino de Polonia y de

(6) Para un historial de ésta, remitirse a la última parte del folleto: “Lecciones de la revolución rusa: I – Las raíces de octubre de 1917” editado por el PIC – Jeune taupe y por Spartacus, serie A, nº 50.

Lituania) funcionaba, en efecto, de manera mucho menos “centralista” que el partido socialdemócrata alemán o el partido socialdemócrata ruso (bajo el impulso de su fracción bolchevique). Las relaciones en su seno estaban basadas en un modo **igualitario** que reinaban permanente-mente y no en una disciplina que impusiese el pasar a través de la mediación de las “vías oficiales” (conferencias, comités). La cohesión de la organización polaca no vedaba la posibilidad, para los militantes o las secciones, de tomar iniciativas. Como dice Nettl:

“...Este método de acción muy flexible y libre no debe ser atribuido a un defecto de organización: por el contrario, era querido y se le respetaba celosamente” (p. 257); “Mientras que los Rusos y los Alemanes hablaban siempre de su “partido”, los dirigentes polacos preferían el término de “sociedad cooperativa”, al menos en sus relaciones privadas entre ellos” (p.258).

Sin embargo, la experiencia de 1905 en Rusia iba a llevar a Rosa Luxemburgo a desarrollar y a confirmar sus tesis sobre la espontaneidad obrera, la conciencia de clase y la organización revolucionaria.

Hay que saber que Rosa Luxemburgo participó efectivamente en la 1ª revolución rusa. El 28 de diciembre de 1905, provista de papeles falsos, se dirigió a Varsovia. A la caída de los movimientos, fue detenida (marzo de 1906) y, tras unos meses en prisión, recobró la libertad en julio del mismo año.

A observar también que sus tesis sobre la espontaneidad revolucionaria del proletariado y la organización de masas que se deriva de ello fueron elaboradas a continuación de las huelgas de masas de 1902 y 1913 en Bélgica. Rosa Luxemburgo criticó a este respecto la práctica y las concepciones de los dirigentes del Partido S-D belga y, en particular, de su jefe de filas, el llamado E. Vandervelde:

“La historia de todas las revoluciones precedentes nos muestra que los amplios movimientos populares, lejos de ser un producto arbitrario y consciente de los supuestos “jefes” o de los “partidos”, como se lo figuran el policía y el historiador burgués oficial, son más bien fenómenos sociales elementales producidos por una fuerza natural que tiene su fuente en el carácter de clase de la sociedad moderna. El desarrollo de la socialdemocracia no ha cambiado nada a este estado de cosas, y su papel no consiste, por lo demás, en prescribir leyes a la evolución histórica de la lucha de clases sino, por el contrario, en ponerse al servicio de estas leyes, en plegarlas de este modo a su voluntad. Si la socialdemocracia se opusiese a revoluciones que se presentan como una necesidad histórica, el único resultado sería haber transformado la socialdemocracia de vanguardia en retaguardia, en obstáculo impotente ante la lucha de clases que, a fin de cuentas, triunfaría más o menos bien sin ella y, si fuese necesario, contra ella” (“Respuesta a la carta dirigida por Vandervelde a la Neue Zeit”, 14 de mayo de 1902).

“La energía revolucionaria de las masas no se deja embotellar, y una gran lucha popular no se deja conducir como una parada militar. De dos cosas, una: o bien se provoca un asalto político de las masas o, más exactamente, como un tal asalto no se provoca artificialmente, se deja a las masas excitadas que vayan al asalto, y les hace falta hacer todo para volver este asalto todavía más impetuoso, más formidable, más concentrado, pero entonces no se tiene derecho, justo en el momento en que se desencadena el asalto, a retrasarlo durante nueve meses a fin de prepararle, en el

intermedio, su orden de marcha. O bien no se quiere asalto general, pero entonces una huelga de la masa es una partida perdida de antemano.” (“Artículo en el Leipziger Volkszeitung”, nº 112, 19 de mayo de 1913) (7).

Contra la oposición manifestada en la social-democracia alemana a considerar una huelga como “una forma elemental de revolución” (Carta a Henriette Roland-Holst, 2 de octubre de 1905), decidió redactar lo que debía ser el folleto: “Huelga de masas, Partido y Sindicatos” (8). Más allá de una descripción siempre fuertemente evocadora de los acontecimientos que conmocionaron a Rusia, se esfuerza en poner en evidencia las enseñanzas fundamentales que justifican el combate revolucionario que ya ha entablado y que quiere ampliar contra la política mayoritaria y “ortodoxa” (Kautsky) en la social-democracia de todos los países (II Internacional):

“...Si el elemento espontáneo juega en las huelgas de masas de Rusia un papel tan preponderante, no es porque el proletariado ruso esté “insuficientemente educado”, sino porque las revoluciones no se dejan dirigir como por un maestro de escuela”

“Con la sicología de un afiliado al sindicato que no consiente en hacer huelga el primero de Mayo más que una vez asegurado de antemano por un subsidio fijado con precisión, en el caso de que fuese despedido, no se puede hacer ni Revolución, ni huelga general. Pero justamente, en la tormenta del período revolucionario, el proletario se transforma de padre de familia prudente que

(7) Estos textos han aparecido en las Ed. Spartacus bajo el título “La experiencia belga de huelga general”, serie C nº 5.

(8) Fue en Finlandia, donde se refugió tras su liberación (agosto de 1906) y donde discutió con Lenin, Zinoviev y Bogdanov, donde Rosa Luxemburgo compuso este folleto, disponible en las Ed. Spartacus, serie B, nº 55.

exige un subsidio, en un “revolucionario romántico” para quien el bien supremo, la vida, y con mayor razón, el bienestar material, no tiene sino poco valor en comparación con el objetivo ideal de la lucha”

“La concepción estereotipada, burocrática y mecánica, pretende que la lucha sea solamente un producto de la organización a un cierto nivel de su fuerza. La evolución dialéctica viviente, por el contrario, hace nacer la organización como un producto de la lucha. Hemos visto ya un ejemplo grandioso de este hecho en Rusia, donde un proletariado casi sin organizar ha creado, en un año y medio de luchas revolucionarias tempestuosas, una vasta red de organizaciones”

“Seis meses de período revolucionario acabarán, en estas masas actualmente desorganizadas, la obra de educación que no pueden llevar a cabo diez años de reuniones públicas y de distribuciones de carteles. Y cuando las circunstancias hayan alcanzado en Alemania el punto de madurez necesario a un tal período, estas capas, hoy atrasadas y sin organización, constituirán naturalmente en la lucha el elemento más radical, el más temible, y no el elemento llevado a remolque. Si en Alemania se producen huelgas de masas, casi con seguridad que no serán los trabajadores mejor organizados – con seguridad que no los trabajadores de artes gráficas – sino los obreros peor organizados o no organizados en absoluto: los mineros, los textiles, quizá incluso los obreros agrícolas, los que desplegarán la mayor capacidad de acción.”

Con su apropiación nuevamente de los aspectos positivos de la concepción de Marx sobre la organización, Rosa Luxemburgo no sólo rompía con la visión anarcosindicalista de la huelga general, sino que también ponía los jalones de una superación de la ideología social-demócrata y de su filiación bolchevique:

- toda organización revolucionaria de masas no puede ser más que **una consecuencia y no una premisa** de la acción y del movimiento propios de la clase obrera;

- este tipo de organización, producto de la lucha, representa, por tanto, **el movimiento autónomo real del conjunto del proletariado**, lo que Marx llamaba todavía el “Partido político de la clase obrera”, pero en sentido histórico puesto que “nacido espontáneamente del suelo de la sociedad moderna” (Carta a Freiligrath, 1860) en los grandes períodos en que estalla, en enfrentamiento generalizado, el antagonismo fundamental entre el proletariado y el capital.

Pero este “retorno a Marx” no era suficiente. El nuevo período que se abría necesitaba proceder a una profundización crítica de las tesis de éste, bajo pena de seguir envascado en los aspectos negativos, es decir, aquellos que habían contribuido a hacer la cama a la socialdemocracia. Contrariamente a la cuestión nacional (así como a sus consecuencias sobre el proceso revolucionario en Rusia y en el mundo entero) en que no había dudado en poner en tela de juicio las “viejas ideas” de Marx-Engels contra “el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos” reivindicado por la fracción Lenin... y por el presidente Wilson de los Estados Unidos en sus 14 puntos para la paz en enero de 1918, pero también a diferencia de la Acumulación del capital (problema de la realización de la plusvalía) en que había sabido criticar las insuficiencias de las explicaciones económicas de Marx en relación con las raíces de la crisis en período imperialista (saturación de los mercados, exacerbación de la competencia), Rosa Luxemburgo se mostró incapaz, en gran medida, de ir más allá a propósito de la organización.

EL PESO DE LOS ERRORES DEL “CONCEPTO MARXISTA” SOBRE ROSA LUXEMBURGO

A pesar de la aparición de los **Soviets** (Consejos obreros) en 1905, fenómeno que no analiza en su folleto sobre la huelga de masas, Rosa Luxemburgo continúa atribuyendo el término de “Partido” al movimiento de conjunto del proletariado que tendía a organizarse gracias a su espontaneidad revolucionaria:

“Por lo demás, llegamos así, en Alemania, en lo concerniente a la tarea propia de la “dirección”, el papel de la socialdemocracia respecto de las huelgas generales, a las mismas conclusiones que en el análisis de los acontecimientos en Rusia. Dejemos de lado el esquema pedantesco de una huelga de demostración de masas ejecutada por la minoría organizada, bajo el mando del Partido y de los Sindicatos; consideremos el cuadro viviente de un movimiento popular que surge con la fuerza de un fenómeno natural, de una oposición de clase y de una situación política llevada al extremo, y que hace explosión en tormentosas luchas de masas, tanto políticas como económicas: la misión de la democracia socialista consistirá evidentemente, no en la preparación y la dirección técnica de la huelga, sino ante todo en la dirección política del movimiento en su conjunto.” (Cf. “Huelga de masas, Partido y Sindicatos”).

En efecto, su concepción del proceso revolucionario ponía ante todo el acento en la insuficiencia de los medios utilizados por la S-D en el período precedente (parlamentarismo y sindicalismo), frente a las necesidades de la revolución proletaria a venir y en relación con el arma esencial de ésta: la huelga de masas. Rosa Luxemburgo persistía por ahí mismo en sus ilusiones de “izquierda de la socialdemocracia” que quería arrancar el “centro ortodoxo” (Bebel, Kautsky) a la influencia de las tesis “revisionistas” emitidas especialmente por E. Bernstein. Así, no criticaba en sus cimientos la política socialdemócrata y sus tácticas: participación en las elecciones y en el parlamento, desarrollo de los sindicatos como correas de transmisión del Partido. Desde su punto de vista, quedaban tareas democráticas que la clase obrera debía continuar realizando en lugar de las burguesías que se mostraban incapaces para ello, en primer lugar, la alemana y la rusa (fase democrática). El tema de la huelga de masas tendía también, si era recogido

mayoritariamente por la II Internacional (fin de las mociones de la corriente de izquierda en los congresos) a enderezar a los partidos socialdemócratas de todos los países contra las desviaciones surgidas de la práctica parlamentaria y de sus corolarios: reformismo, legalismo, revisionismo.

Por eso, a pesar de una notable lucidez que le hace decir:

“La revolución de hoy realiza (...) en el caso particular de la Rusia absolutista los resultados generales de la evolución capitalista internacional: aparece menos como una última ramificación de las viejas revoluciones burguesas que como un primer signo precursor de la nueva serie de revoluciones proletarias en Occidente” (cf. “Huelga de masas...”), Rosa Luxemburgo mantiene el “concepto marxista” de **“revolución permanente”** que Trotsky calificará de “transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria” (!).

Aun cuando mostraba la unidad de las luchas económicas y políticas contra la separación anterior cristalizada bajo la forma Partido/Sindicatos, continuaba poniendo su visión del proceso de las luchas de masas en el marco de **reivindicaciones democráticas** a realizar para acabar con los restos de feudalismo:

“La contradicción de estos datos se manifiesta en que, en esta Revolución formalmente burguesa, la oposición de la sociedad burguesa al absolutismo está dominada por la oposición del proletariado a la sociedad burguesa; que la lucha del proletariado está dirigida al mismo tiempo, con la misma energía contra el absolutismo y contra la explotación capitalista; que el programa de las luchas revolucionarias está orientado con la misma fuerza hacia la libertad política y hacia la conquista de la jornada de ocho horas, así como de una existencia material humana para el proletariado. Este carácter doble de la Revolución rusa se muestra en esa unión íntima y esa reacción recíproca de la lucha económica con la lucha política, que los acontecimientos de Rusia nos han hecho conocer y que encuentran precisamente su expresión en la huelga de masas.” (Ídem)

El estallido de la 1ª guerra mundial imperialista en 1914 y la quiebra claramente probada de la social-democracia, que arrastró a la clase obrera a esta carnicería al haberla integrado en el capitalismo y encadenado a la defensa del Estado nacional (tras los campos imperialistas presentes), tampoco llevaron a Rosa Luxemburgo a tomar conciencia de los errores del “concepto marxista”.

Sobre la base de la evolución histórica que había conducido a la industrialización de Rusia y, por tanto, a la lucha de clase predominante entre el proletariado y la burguesía, denunció perfectamente la utilización por la S-D del análisis anterior de Marx que consideraba en 1848, y después, al zarismo ruso bajo la forma del “escudo de la Reacción europea” que había que minar por el apoyo a las luchas de liberación nacional, especialmente por la reivindicación de la independencia polaca:

“El grupo socialdemócrata había prestado a la guerra el carácter de una defensa de la nación y de la civilización alemanas; la prensa socialdemócrata, a su vez, la proclamó liberadora de los pueblos extranjeros. Hindenburg se convertía en el ejecutor testamentario de Marx y Engels.” (9).

Pero al lado de esta denuncia de la operación S-D consistente en poner el “testamento de Marx” al servicio del militarismo prusiano, se aferró a la visión “marxista” de 1848 de un **programa nacional** (la concepción internacional imponía aún al proceso proletario la necesidad de adoptar la vía capitalista y burguesa de “toma del poder político” o de “conquista del poder de Estado” en el interior de las fronteras de cada país):

“Si, los socialdemócratas deben defender su país en las grandes crisis históricas. Y la grave falta del grupo S-D del Reichstag es haber proclamado solemnemente en su declaración del 4 de agosto de 1914: “En la hora del peligro, no dejaremos nuestra patria

sin defensa”, y haber renegado de sus palabras al mismo tiempo. Ha dejado la patria sin defensa a la hora del mayor peligro. Pues su primer deber hacia la patria era, en ese momento, mostrarle las verdaderas interioridades de esta guerra imperialista, romper la red de mentiras patrióticas y diplomáticas que camuflaba este atentado contra la patria; declarar alto y claro que, en esta guerra, la victoria y la derrota eran igualmente funestas para el

(9) Cf. “Folleto de Junius o la crisis de la socialdemocracia”, Ed. La Taupe, Bruselas, 1970. Se puede encontrar una presentación crítica de este texto, con amplios extractos, en el Cuaderno Spartacus “Rosa Luxemburgo y su doctrina”, serie B, nº 80.

pueblo alemán; resistir hasta el extremo al estrangulamiento de la patria por el estado de sitio; proclamar la necesidad de armar inmediatamente al pueblo y dejarlo decidir él mismo la cuestión de la guerra o la paz; exigir con toda la energía que la representación popular esté en sesión permanente durante toda la duración de la guerra para asegurar el control vigilante de la representación popular sobre el gobierno, y del pueblo sobre la representación popular; exigir la abolición inmediata de todas las limitaciones de los derechos políticos, pues sólo un pueblo libre puede defender con éxito su país; oponer, finalmente, al programa imperialista de guerra, que tiende a la conservación de Austria y Turquía, es decir, de la reacción en Europa y en Alemania, el viejo programa verdaderamente nacional de los patriotas y de los demócratas de 1848, el programa de Marx, Engels y Lasalle: la consigna de República alemana grande e indivisible. Tal es la bandera que había que desplegar ante el país, que habría sido verdaderamente nacional, verdaderamente liberadora, y que habría respondido a las mejores tradiciones de Alemania y de la política de clase internacional del proletariado.” (cf. Folleto de Junius, ídem).

Este tipo de ilusiones seguirá profundamente enraizado hasta el final en Rosa Luxemburgo, a pesar de su posición, por lo demás radical, sobre la cuestión nacional propiamente dicha. Así, en su folleto sobre “La Revolución rusa” (1918), publicado de manera póstuma por Lévi (10), aun desarrollando una serie de críticas radicales contra los bolcheviques y sus consignas, calificadas de “pequeñoburguesas” (derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la tierra para los campe-

(10) Cf. Ed. Spartacus, serie A, nº 4.

sinos...), persistirá en **su defensa de la democracia burguesa** a través de su adhesión a las elecciones y a la Asamblea constituyente:

“La revolución crea precisamente, por la llama que la anima, esa atmósfera política vibrante, impresio-ble, en que las oleadas de la opinión pública, el pulso de la vida popular actúan instantáneamente y del modo más admirable sobre los cuerpos representativos. Es lo que explica las escenas conmovedoras bien conocidas al comienzo de todas las revoluciones, en que se ve a parlamentos reaccionarios o muy moderados, elegidos bajo el antiguo régimen por un sufragio restringido, transformarse repentinamente en portavoces heroicos de la revolución, en órganos de la insurrección.” (!).

A observar, no obstante, que en comparación con 1905, reconoció la importancia de los soviets como **estructuras de la dictadura del proletariado**, señalando el marchitamiento de toda vida política en su seno por el hecho de la confiscación del poder por el Partido bolchevique:

“...Los que gobiernan en realidad son una docena de cabezas eminentes, mientras que una élite de la clase obrera es convocada de vez en cuando a reuniones para aplaudir los discursos de los jefes, votar por unanimidad las resoluciones que se le presentan; en el

fondo, por tanto, un gobierno de camarilla, una dictadura, es cierto, pero la de un puñado de politicastos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación jacobina (el aplazamiento de los congresos de los soviets, ¡¡¡de tres a seis meses!!!).” (Cf. “La Revolución rusa”, ídem).

Además, desmarcándose de las tesis S-D, insistió en la necesidad absoluta de una dictadura efectiva del proletariado **para realizar el socialismo**, lo cual entra en contradicción total, a pesar de sus negativas, con su adhesión anticuada a las formas de la democracia formal:

“El proletariado, una vez en el poder, no puede renunciar, según el buen consejo de Kautsky, a la transformación socialista so pretexto de que “el país no está maduro” y dedicarse únicamente a la democracia, sin traicionarse a sí mismo y sin traicionar al mismo tiempo a la Internacional y a la revolución. Tiene el deber y la obligación, precisamente, de aplicar inmediatamente del modo más enérgico, más inexorable, más brutal, medidas socialistas y, por consiguiente, ejercer la dictadura, pero una dictadura de clase, no la de un partido o una camarilla, dictadura de clase, es decir, con la publicidad más amplia, la participación más activa, más ilimitada de las masas populares, en una democracia completa.” (ídem).

Anegándose en los errores del “concepto marxista” sobre el Partido sin poder superarlo gracias a la sucesión de los acontecimientos considerables que iban, no obstante, a trastocar los datos objetivos (guerra mundial, revolución rusa), Rosa Luxemburgo se aferró a la idea de **regenerar el Partido proletario existente** (S-D y II Internacional). A pesar de sus críticas acerbas contra Kautsky, cuya famosa “ortodoxia” había comprendido mucho antes de 1914 que servía de hecho como pantalla ideológica al “revisionismo” de Bernstein, encaró la fusión del grupo de “La Internacional”, después, de “Espartaco” con los S-D independientes que habían roto con la S-D oficial en enero de 1917 y se habían constituido en Partido (USPD) en abril del mismo año. Se necesitó la irrupción del movimiento de masas en Alemania (otoño de 1918) para que Rosa Luxemburgo aplicase por fin los aspectos positivos del “concepto marxista”. Hizo pasar en la práctica su “retorno a Marx” denunciando la política socialdemócrata en su **Discurso sobre el programa de la Liga Espartaco o Partido comunista alemán** (KPD), que fue creado del 30 de dic. de 1918 al 1º de enero de 1919 por la fusión principalmente de los espartaquistas y de los IKD (Comunistas internacionalistas de Alemania):

“En manos de un Kautsky, el “marxismo” sirvió para denunciar y romper toda resistencia contra el parlamentarismo... Toda resistencia de esta clase era excomulgada como anarquismo, como anarcosindicalismo o antimarxismo. El marxismo oficial sirvió de cobertura a todas las desviaciones y a todos los abandonos de la verdadera lucha de clase revolucionaria, a toda esa política de oposición a medias que condenaba a la socialdemocracia alemana, y al movimiento obrero en general, comprendido el movimiento sindical, a encerrarse voluntariamente en los límites y sobre el terreno de la sociedad capitalista, sin voluntad seria de socavarla y hacerla saltar de sus goznes... Ahora se puede ver qué es ese sucedáneo del “marxismo” en el cual se revolcó durante tanto tiempo la socialdemocracia alemana. No hay más que mirar a los David, Ebert y consortes... ¡No, el marxismo no conduce a las filas de aquellos que, con los Scheidemann, hacen una política contra-revolucionaria! El marxismo verdadero lucha contra aquellos que intentan falsificarlo.”

“Hoy, las circunstancias nos permiten finalmente decir en nuestro programa: “¡La tarea inmediata del proletariado no es otra que hacer del socialismo una verdad y un hecho y destruir el capitalismo de arriba abajo!” Nos colocamos en el terreno en que estaban Marx y Engels en 1848. La dialéctica histórica nos devuelve al punto en que se

encontraban Marx y Engels cuando desplegaron por primera vez el estandarte del socialismo internacional.”

“He ahí, camaradas, la base general del programa que adoptamos hoy oficialmente y cuyo proyecto habéis tenido en el folleto “¿Qué quiere Espartaco?”. Está en oposición consciente con el punto de vista definido en el programa de Erfurt, en oposición consciente con toda separación de las exigencias inmediatas y el objetivo final, en oposición consciente con un programa mínimo por una lucha política y económica que borraría el objetivo final socialista presentado como el programa máximo. Para nosotros no hay programa mínimo y programa máximo: el socialismo es uno e indivisible, y eso es lo “mínimo” que tenemos que realizar” (cf. “Rosa Luxemburgo y su doctrina”, ídem).

Pero mientras que la preeminencia del movimiento real reclamaba una superación del “concepto marxista” en el plano de la organización, comprendidos los aspectos positivos pero limitados de éste, la concepción de la Liga Espartaco KPD siguió siendo **partidista**. Sin embargo, contrariamente a 1905 y en conexión con las lecciones de 1917 en Rusia, **había sido afirmado el papel central de los Consejos obreros**:

“Estas diversas consideraciones nos dictan nuestra línea de conducta para asegurar las bases del éxito de la revolución. Es necesario ante todo perfeccionar y extender en todos los sentidos el sistema de los consejos de obreros. Sabéis que la contrarrevolución ha emprendido un trabajo encarnizado para demoler el sistema de los consejos de obreros y de soldados: ella sabe lo que hace...”

...La revolución es la escuela práctica de los proletarios: educa actuando. Es el momento de decirlo: al comienzo se coloca la acción; y la acción debe consistir en que los consejos de obreros y de soldados se sientan llamados, y aprendan a ser, el único poder público de todo el país. Pienso que la historia no nos hace la tarea tan fácil como era para las revoluciones burguesas; no basta con derrocar el poder oficial en el centro y reemplazarlo por algunas decenas o algunos miles de hombres nuevos. Es necesario que trabajemos de abajo arriba, y esto corresponde precisamente al carácter de masa de nuestra revolución, cuyos fines apuntan al fondo de la constitución social; esto corresponde al carácter de la revolución proletaria actual: debemos efectuar la conquista del poder político no por arriba, sino por abajo. Lo que queda por hacer ahora es dirigir con plena conciencia la fuerza entera del proletariado contra los fundamentos de la sociedad capitalista. ¡En la base, donde el empresario particular está frente a su esclavo asalariado! ¡En la base, donde todos los órganos de ejecución de la dominación de clase están frente a los objetos de esta dominación, frente a las masas! Es ahí donde debemos arrancar a los dueños sus medios de poder sobre las masas.” (cf. Discurso de Rosa Luxemburgo sobre el Programa, ídem).

Se puede juzgar así que Rosa Luxemburgo comenzaba a entrever la organización de conjunto del proletariado **como algo distinto a un Partido, incluso que un Partido-producto del movimiento real**. Pero seguía tratándose de un “objetivo final” que pasaba por la “conquista del poder político”. La revolución social a la orden del día y el comunismo visto como la obra de las masas mismas, tenían, pues, necesidad todavía de la “dirección política” de una Fracción-Conciencia, de un **Partido-élite** que detentaba las llaves de la historia gracias a la posesión del “Credo”, es decir, del Programa comunista. La filosofía de las Luces continuaba causando estragos: la concepción de la organización revolucionaria, incluso comprendida como un producto del movimiento real, no llegaba aún a romper totalmente con la Lógica de la Razón introducida en la Historia.

“La Liga Espartaco no es un partido que quisiese llegar por encima de las masas obreras, o a través de estas masas mismas, a establecer su dominación; la Liga Espartaco sólo quiere ser en toda ocasión la parte del proletariado más consciente del objetivo común: aquella que, a cada paso del camino recorrido por toda la amplia masa obrera,

recuerda a ésta la conciencia de sus tareas históricas; la que representa en cada estadio particular de la revolución su desenlace final, y en cada problema local o nacional, los intereses de la revolución mundial de los proletarios.

(...) Si Espartaco se apodera del poder, será bajo la forma de la voluntad clara, indudable de la gran mayoría de las masas proletarias en toda Alemania, y no de otra manera que como la fuerza de su consciente adhesión a las perspectivas, a los fines y a los métodos de lucha propagados por la Liga Espartaco.

(...) La victoria de Espartaco no se sitúa en el comienzo, sino al final de la revolución; es idéntica a la victoria definitiva de las masas que por millones no hacen más que comprometerse hoy en el camino del socialismo.” (Cf. “¿Qué quiere la Liga Espartaco?”)

La contrarrevolución fomentada por el gobierno socialdemócrata y asumida por su “perro sangriento” Noske a la cabeza de los destacamentos de sicarios reprimió el levantamiento de Berlín en enero de 1919. Asesinada como Carlos Liebknecht, miles de obreros y otros revolucionarios, Rosa Luxemburgo no pudo contribuir a la clarificación que tuvo lugar a continuación en la izquierda alemana sobre el problema de la organización, pero los jalones que había puesto estuvieron en el origen del desarrollo de esta clarificación.

II. – EL DESARROLLO DEL CONCEPTO “ULTRA-IZQUIERDA”

“Nuestra tarea es llevar a las masas al punto en que ya no tienen necesidad del ejemplo y de la dirección de un grupo organizado separadamente, de una aristocracia político-intelectual. Hacerse a sí mismo superfluo. Los comunistas trabajan en la preparación de su propio fin.” (Henriette Roland-Holst: “Las Resoluciones del 2º Congreso de la I.C. y los grupos comunistas de izquierda”, texto aparecido en 1921 en “Kommunismus”, órgano de la I.C. para Europa central y meridional; publicó hasta esta fecha los textos de las corrientes comunistas de izquierda).

“En la medida en que la Unión, en tanto que organización de la clase del proletariado, se refuerza tras la victoria de la revolución y llega a ser capaz de consolidar los fundamentos económicos de la dictadura bajo la forma del sistema de los consejos, ganará en importancia frente al partido. En la medida en que, ulteriormente, la dictadura del proletariado esté asegurada gracias a su anclaje en la conciencia de amplias masas, el partido perderá su significado, en provecho de los consejos obreros. Finalmente, en la medida en que la consolidación de la revolución política gracias a la violencia proletaria se hace superflua, transformándose entonces la dictadura en sociedad comunista, el partido desaparece.” (Tesis nº 16 del KAPD sobre el papel del Partido en la revolución proletaria (1).)

(1) El texto de Henriette Roland-Holst está reproducido en parte en: “La Izquierda comunista en Alemania, 1918-1921”, de Denis Authier y Jean Barrot, ed. Payot, col. “Crítica de la polí-

Afirmando la preeminencia del movimiento real del proletariado es como se desarrolló el concepto “ultra-izquierda” sobre el Partido. En efecto, superando los límites de un simple “retorno a Marx” tal como lo había realizado Rosa Luxemburgo, la izquierda germano-holandesa va a teorizar claramente que **el movimiento de conjunto de la clase se organiza en Consejos obreros, productos espontáneos de su lucha revolucionaria, y no en Partido político.** Incluso si conserva la denominación de “Partido” (aparte Otto Rühle y

la AAUDE) para designar la agrupación de los revolucionarios, el aporte de éste comienza a ser ampliamente relativizado:

“El Partido comunista obrero de Alemania no es un partido en el sentido tradicional del término. No es un partido de jefes. Su trabajo principal consistirá en apoyar, en la medida de sus fuerzas, al proletariado alemán en el camino que le conduce a liberarse de toda dominación de jefes.” (Llamamiento del Congreso de fundación del KAPD, 4 y 5 de abril de 1920, Berlín (2).)

A. Del semanario “De Tribune” a los IKD (Comunistas internacionalistas de Alemania)

Las divergencias que iban a desembocar en las primeras rupturas organizativas en relación con la social-

tica”, p. 315-20. El conjunto de las tesis del KAPD será publicado en anejo a la edición completa de este trabajo sobre la Organización; ha aparecido en el nº 8, serie I, de la revista Invariance (ya citada anteriormente).

(2) Llamamiento publicado en: “La Izquierda alemana: textos del KAPD, de la AAUD, de la AAUE y de la KAI (1920-22)”, suplemento al nº 2 de la revista Invariance (año V, serie 2, 1973).
democracia, se desarrollaron en Holanda, a partir de las grandes huelgas de los portuarios y de los ferroviarios en 1903. La tendencia de izquierda que se oponía a la dirección del Partido (SADP), especialmente a su jefe, el abogado Troelstra, preconizó el apoyo a “la energía revolucionaria de las masas”, y en 1905 hizo adoptar una resolución que prohibía todo apoyo parlamentario al gobierno burgués liberal. Habiendo sido violada ésta por la dirección, se precipitaron los acontecimientos. Los dos principales teóricos de izquierda, Anton Pannekoek (1873-1960) y Hermann Gorter (1864-1927), llevaron su crítica del “oportunismo” en “De Nieuwe Tijd”, el órgano teórico del Partido, del que controlaban entonces su publicación. Después, en 1907, los “minoritarios” sacaron un órgano independiente, el semanario “De Tribune” (de donde el nombre de “tribunistas” con el que fueron designados) y, dos años más tarde, se produjo la escisión organizativa. Pero el “nuevo Partido” (SDP) continuaba situándose en el terreno de las elecciones (así, en 1913 obtuvo diez veces menos de votos que el SDAP) e intentaba actuar en común con una organización sindical: el NAS (Secretariado nacional de los trabajadores), central de tendencia sindicalista revolucionaria fundada en 1893 por el anarquista C. Cornelissen (ver anejo sobre el anarquismo y sobre F. Domela Nieuwenhuis). Además, se reivindicaba todavía del “marxismo ortodoxo” (!). Por eso, Lenin tomó por su cuenta los argumentos de la izquierda holandesa en el seno del Buró socialista internacional (cf. su artículo de dic. de 1909 en “Social democate”). En cuanto a Rosa Luxemburgo, había escrito a su amiga Henriette Roland-Holst (agosto de 1908):

“Nada más funesto que un estallido de los marxistas (...) ¡No se puede permanecer fuera de la organización, perder el contacto con las masas! ¡El peor de los partidos obreros vale más que ninguno!” (Carta citada por J-P. Netti en “La Vida y la obra de Rosa Luxemburgo”, ed. Maspéro).

H. Roland-Holst tuvo entonces una actitud parecida a la adoptada por Trotsky a partir de 1904: constituyó un “grupo autónomo” en torno al periódico “De Tribune” y no volvió a unirse al SDP más que después de Zimmerwald, en 1916.

Habiendo llegado a Alemania en 1906 para enseñar la historia del materialismo y de las teorías sociales en la escuela del Partido, Anton Pannekoek, fijando su residencia en Bremen a partir de 1909, iba poco a poco a representar un polo teórico de referencia para todas las fracciones de izquierda. Así, en un texto titulado “Las divergencias tácticas en el seno del movimiento obrero” (3) analizó los fundamentos de la corriente reformista en la

socialdemocracia y resaltó la necesidad de recurrir a la acción de masas para desarrollar la conciencia de clase contra el oportunismo. En 1910, numerosas luchas “de calle” consolidaron la audiencia de las izquierdas en los grandes centros industriales y, a partir del mes de marzo del mismo año, Pannekoek comenzó a publicar una crónica semanal en el periódico S-D de Bremen: “Bremer Bürger-Zeitung” (abreviado, B.B-Z). Entra entonces en contacto con Karl Radek, Johann Knief y Paul Frölich. Como Rosa Luxemburgo, emprende una polémica contra Kautsky que desembocará en mostrar que el “marxismo ortodoxo” de éste sirve de hecho para tapar el revisionismo que se ha desarrollado en el Partido S-D. No sólo esto, redactó artículos en el diario de Bremen pero también en

(3) Este texto, como los que son citados a continuación, pueden encontrarse en el libro de Serge Bricianer: “Pannekoek y los Consejos obreros”, aparecido en EDI.

la “Neue Zeit”, el órgano teórico de la S-D tanto alemana como Internacional. En particular, la polémica se amplificó en julio de 1912 con “Acción de masas y revolución”. Pannekoek atacó el fetichismo organizativo propio de los partidos de masas construidos previamente a la revolución en el seno del sistema capitalista:

“La organización del proletariado, del que acabamos de decir que es el más importante de sus elementos de fuerza, no debe ser confundida con la forma de sus organizaciones y de sus asociaciones en el tiempo presente, en que se expresa en el marco de un orden burgués todavía vigoroso. La naturaleza de esta organización es algo espiritual, es la transformación total de la mentalidad del proletario. Puede ocurrir que la clase dominante, dando la vuelta a la ley y empleando la fuerza policiaca, llegue a destruir aparentemente las organizaciones: no por eso los obreros se habrán despojado menos del viejo hombre individualista, movido sólo por el egoísmo, el interés personal. En lo sucesivo, el mismo espíritu – la disciplina, la cooperación, la solidaridad, la costumbre de la acción organizada – habitará en ellos de modo más vivo que anteriormente, y este espíritu creará nuevas formas de intervención” (Cf. Bricianer, p. 109).

A pesar de esto, no hace referencia todavía a la nueva forma de organización, los Soviets, tal como había aparecido durante la revolución rusa de 1905. Pero, en otro artículo, “Teoría marxista y táctica revolucionaria”, publicado también en la “Neue Zeit”, en que respondía a las críticas de Kautsky, precisó, no obstante, **en qué sería de un tipo nuevo la organización que él intentaba definir:**

“El objetivo de la organización es engendrar, a través de la acción, hombres de un tipo nuevo. Al encontrarse así reunidas las fuerzas hasta ahora dispersas, estos hombres serán capaces desde entonces de crear ellos mismos un orden nacido de su acción propia. Ya no se trata, como en otros tiempos, de asociarse sobre la base de intereses comunes e inmediatos de tales o cuales sectores separados del salariado” (cf. Bricianer, p. 115).

Hemos abordado anteriormente el uso que hizo Lenin de esta polémica en “El Estado y la revolución” (cf. c) Concepto leninista y emparentados); es inútil, por tanto, volver a hablar de ello.

En 1913, en el contexto de la carrera armamentística y de la oleada nacionalista que se desataba por toda Europa, Pannekoek concentró evidentemente sus esfuerzos teóricos en la denuncia del imperialismo y de la guerra. Había criticado igualmente desde hacía varios años los progresos de la ideología nacionalista en el seno del movimiento obrero (4).

Frente a la guerra, todas las corrientes de la S-D opuestas a la política contrarrevolucionaria de la II Internacional se encuentran en la conferencia de Zimmerwald. Las izquierdas “radicales” de Holanda y Alemania votan una resolución con los bolcheviques: es la escisión inmediata con la S-D para “transformar la guerra imperialista en guerra civil” y para crear una nueva internacional. Al acabar la conferencia,

los grupos de Bremen, de Brunswick y de Berlín deciden formar los ISD, “Socialistas internacionalistas de Alemania”.

A través de sus escritos teóricos, la influencia de Pannekoek se había ejercido directamente en el seno del

(4) Cf. por ejemplo el folleto “Lucha de clase y Nación” publicado en 1912 y dirigido contra las tesis “autonomistas” de los austro-marxistas, UGE, col. 10/18, nº 1135.

grupo de Bremen, mientras que la de Radek se hacía sentir en el grupo de Brunswick. En Berlín, la izquierda se había organizado en torno a la revista “Lichtstrahlen” (Rayos de luz) creada por Julian Borchardt en 1913.

En Hamburgo, existía igualmente un grupo de izquierda que estaba en relación continua con los grupos precedentes, pero no participó en Zimmerwald y no se adhirió a los ISD (pasará directamente a los IKD en noviembre de 1918). De hecho, se inspiraba mucho en el movimiento de tipo sindicalista revolucionario en los Estados Unidos: los IWW, Industrial Workers of the World. Wolffheim, uno de los dos teóricos de este grupo de Hamburgo con Laufenberg, había militado varios años en la organización de los IWW de California.

Con la fundación de los ISD, el periódico común es primeramente “Lichtstrahlen”, después, tras la prohibición de éste en abril de 1916, llegó a ser el “Arbeiter-politik” (Política obrera), que se publicó en Bremen pues el Partido S-D había recuperado el control del B.B-Z en el mes de junio del mismo año.

Este agrupamiento de las izquierdas radicales se desarrollará entonces hasta noviembre de 1918, momento en que tomará la sigla IKD, “Comunistas internacionalistas de Alemania” y en que llegará a ser mayoritario con relación a los espartaquistas cuando la creación del KPD, “Partido comunista alemán”:

“Numerosos miembros y secciones enteras de la Liga Espartaco están de acuerdo con los puntos de vista de los ISD sobre la necesidad de crear una organización radical de izquierda, totalmente independiente de la socialdemocracia: por ejemplo, las secciones de Dresde (Rühle), Frankfurt, Duisburg. Se comprende así que, menos importantes durante la guerra que Espartaco, los ISD, al menos sus tesis, tengan la mayoría en la fundación del PC alemán.

Los dos puntos de encuentro de la izquierda en este congreso serán, en efecto, el absentismo electoral y el sabotaje de los sindicatos. Ahora bien, son dos posiciones a las que los ISD llegan en el curso de su evolución teórica, ampliamente influenciada por el movimiento obrero durante la guerra. Es en el “Arbeiterpolitik” donde aparece por primera vez la consigna de la revolución alemana: ¡Heraus den Gewerkschaften! (¡Salid de los sindicatos!), primero para ser criticada, después, recogida. Lo mismo ocurre con la organización unitaria expresada por primera vez en 1917 en esta revista. Es recogida y desarrollada igualmente bajo la influencia de Wolffheim y Laufenberg, proporcionando los primeros fundamentos teóricos de la AAU. Pero la izquierda alemana va más lejos que los IWW: en lugar de basarse en organizaciones económicas que rechazan la política, querrá superar positivamente el corte organizaciones política/económica. Finalmente, la crítica de la socialdemocracia y de sus métodos conduce a los ISD al rechazo del parlamentarismo, como táctica que conlleva fatalmente la dominación de la fracción parlamentaria sobre el conjunto del Partido, transformado así en instrumento con fines puramente electorales. Evidentemente, las elaboraciones teóricas ulteriores de esta corriente son hoy más interesantes: “Revolución mundial y táctica del comunismo” de Pannekoek, así como los tres textos de Rühle: “¡La Revolución no es un asunto de partido!”, “Las Cuestiones fundamentales de la organización” y “De la revolución burguesa a la revolución proletaria.” (5).

(5) Extracto de “La Izquierda comunista en Alemania, 1918-21” de Authier y Barrot, ver nota precedente.

Pannekoek y Gorter no habían podido participar en Zimmerwald, pero con H. Roland-Holst, se encargaron de la publicación de un órgano común para las izquierdas y los bolcheviques. De este modo salieron dos números de una revista internacional en lengua alemana: “Vorbote” (El Precursor). Pannekoek redactó la introducción para el primer número (enero de 1916) y escribió un artículo, “El Imperialismo y las tareas del proletariado”, que apareció también, anteriormente, en la revista rusa “Kommunist”. Preconizando nuevas tácticas de acción y la formación de una nueva internacional, profundizaba sus críticas hacia el aparato socialdemócrata en comparación con las contenidas en sus textos publicados antes de la guerra:

“Se trata de una organización gigantesca y fuertemente articulada, casi un Estado dentro del Estado, con sus funcionarios, sus finanzas, su prensa propia, con su universo espiritual, su ideología específica (el marxismo). Por su carácter general, está adaptada a la pacífica fase preimperialista; los funcionarios, secretarios, agitadores, parlamentarios, los teóricos y los publicistas que, por millares, forman ya una casta determinada, un grupo con intereses muy particulares, regentan la organización tanto en el plano material como en el espiritual; son la expresión misma de su carácter general. De ninguna manera es una casualidad si, tantos como son, con Kautsky a la cabeza, no quieren ni oír hablar de lucha real, encarnizada, contra el imperialismo. Sus intereses vitales se oponen a la nueva táctica, la cual pondría en peligro su existencia de funcionarios. Su trabajo tranquilo, en las oficinas y las salas de redacción, en las conferencias y los comités cuando no se implican en escribir un artículo, erudito o no, está amenazado por las tempestades de la era imperialista.

La teoría y la táctica de Kautsky representan un intento de garantizar todo este aparato burocrático contra los riesgos de revolución social. De hecho, no busca más que sobrevivir, manteniéndose alejado del barullo, alejado del combate revolucionario y, por tanto, de la verdadera vida real. Si el partido y su dirección adoptasen la táctica de acción de masas, el poder de Estado no dejaría de golpear las organizaciones – las bases de toda su existencia y de sus actividades esenciales – destruyéndolas quizás, confiscaría sus fondos, encarcelaría a sus dirigentes. Bien entendido, el poder se equivocaría si creía llegar así a deslomar al proletariado: la potencia organizativa de los obreros no reside, efectivamente, en la forma exterior de las asociaciones políticas sino en el espíritu del codo con codo, la disciplina y la unidad que les permite crear formas de organizaciones nuevas y mejores. Sin embargo, para los funcionarios del partido sería el fin de todo, dado que la organización constituye todo su mundo, que no pueden vivir ni actuar fuera de ella. El instinto de conservación, el interés de grupo específico les constriñe, pues, a la táctica consistente en doblegarse ante el imperialismo y hacerle concesiones. Lo que ocurrió antes del conflicto mundial y cuando la declaración de guerra no es, por consiguiente, de ninguna manera un accidente extraordinario. ¿Cuántas veces han proclamado estos funcionarios que luchas de masas tan peligrosas arruinarían la organización y que por tanto había que guardarse de provocarlas? He ahí por qué la organización que dirigen no se ha resuelto a combatir al imperialismo con todas sus fuerzas. Su lucha se ha quedado en el estadio de las palabras, de las acusaciones y de las súplicas, una lucha ficticia que evita todo lo que hubiese podido parecerse a una lucha bien real (...).

La tarea de mostrar a los obreros el significado de las acciones de masas y, en toda ocasión, instruirlos, ayudarlos y arrastrarlos a la lucha, incumbe a los socialdemócratas revolucionarios. Si, no obstante, esta nueva táctica no es propagada más que por minorías o pequeños grupos que las masas no siguen, mientras que los grandes partidos no quieren oír hablar de ella ¿acaso una acción de masas, inconcebible por

definición sin la participación de las masas, no se volvería a partir de entonces una utopía? Esta contradicción no prueba más que una cosa, a saber: que las acciones de masas son imposibles bajo una forma conscientemente planificada, preparada y dirigida por el partido socialdemócrata, como preconizaba la izquierda radical de Alemania antes de la guerra. Aquéllas tendrán el carácter de acciones espontáneas que estallan de golpe en el momento en que la miseria y la revuelta empujan a las masas a reaccionar. Estas acciones pueden, o bien ser la consecuencia involuntaria de un pequeño enfrentamiento decidido por el partido pero cuyo curso se lleva de repente los diques, o bien revestir la forma de acciones contrarias a la voluntad afirmada de los dirigentes, “violando la disciplina”, pero susceptibles, en el caso de que tomen vientos, de arrastrar a la organización misma y obligarla a marchar momentáneamente al lado de los elementos revolucionarios. No está excluido que al cabo de un cierto tiempo de guerra se produzca algo de este género; sus síntomas ya aparecen.

Se puede, pues, prever que en un futuro próximo las organizaciones existentes (partidos y sindicatos) jueguen un papel de freno conforme a su naturaleza, pero contrariamente a los objetivos y a las tareas de las masas proletarias. Sin embargo, si la nueva táctica es aplicada de manera creciente y si la potencia del proletariado se agranda progresivamente a través de las luchas de masas, partidos y sindicatos se verán en la incapacidad de jugar este papel. Desde ese momento, sus rígidos órganos dirigentes formarán cada vez más un sector subordinado en el seno de un movimiento de clase más amplio y de organizaciones de clase más grandes, soldando las masas en una potente colectividad de combate, no gracias a la tarjeta de afiliado, sino gracias al objetivo común” (cf. Bricianer, p. 123 a 126).

En este largo extracto se expresan ya **las principales características de lo que será después el concepto ultra-izquierda sobre la organización:**

- relevancia de la espontaneidad de las masas y del papel de la conciencia de clase;
- surgimiento de los órganos de conjunto del proletariado como productos de las luchas revolucionarias de éste;
- tarea de “dirección espiritual” para las minorías, que deben contribuir a la autoorganización de la clase obrera.

Al leer este pasaje se puede observar igualmente **la conexión del concepto ultra-izquierda con los elementos teóricos positivos despejados por Marx y Rosa Luxemburgo.** La ruptura fundamental realizada por la izquierda germano-holandesa con relación a los errores de éstos se sitúa, pues, esencialmente **en el proceso de relativización del papel de las minorías revolucionarias.** Si estas últimas se ven atribuir todavía una función de “dirección”, sólo es en el ámbito de la conciencia de clase: la organización de la masa del proletariado en lucha **¡ya no tiene nada que ver con la forma partido!**

Además de la polémica sobre la cuestión nacional y el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos que se desarrollará enseguida y que provocará el fin del trabajo en común con los bolcheviques (no habrá más que dos números de “Vorbote”), el conflicto con Lenin sobre la concepción del Partido está contenido en germen aquí.

B. De la formación del KPD (Partido comunista alemán) a la formación de la AAUD (Unión general de los obreros de Alemania) y del KAPD (Partido obrero comunista alemán)

Bajo la presión de los acontecimientos de la revolución democrática de noviembre de 1918, los ISD se han convertido en los IKD en una conferencia nacional el 24 de este mismo mes. Al igual que los espartaquistas, propagan la consigna “Todo el poder a los Consejos”, pero desconfiando de los Consejos de obreros y de soldados tal como han

aparecido. En efecto, los IKD subrayan de entrada las diferencias entre revolución burguesa y revolución proletaria. Denuncian de este modo los intentos de recuperación de los organismos de masas no sólo por parte del partido socialdemócrata (SPD), sino también por los “excluidos” de este partido que han formado el USPD (Independientes). Los hombres revolucionarios de confianza (RO) se han esparcido a escala de todo el país: representan las organizaciones de empresa que no han seguido las consignas sindicales durante la guerra (prohibición de las huelgas). Sin embargo, estos delegados de empresa están controlados por los “Independientes”, aparte de algunas ciudades como Berlín y Hamburgo donde los comités de acción se encuentran en posiciones radicales de izquierda. Poco a poco, en el curso de las luchas de 1919, es cuando surgirán las verdaderas organizaciones autónomas de empresas que darán nacimiento a las Uniones y a su agrupamiento: la AAUD.

Los IKD, aceptando las presiones de Radek, que después del tratado de Brest-Litovsk se encarga de la diplomacia bolchevique, proyectan fundar el Partido comunista alemán con la Liga Espartaco, pero a condición de que ésta se separe definitivamente de los “Independientes”. El congreso de constitución es fijado para el 30 de diciembre de 1918, fecha en la que Espartaco debe celebrar su 2ª conferencia nacional (la 1ª había tenido lugar en octubre y había desembocado, de hecho, en la separación del USPD). Se adoptan por unanimidad el programa “¿Qué quiere Espartaco?” y la nueva sigla: KPD (S). Sobre la no-participación en las elecciones y sobre la destrucción de los sindicatos, las izquierdas obtienen una muy amplia mayoría. La organización del Partido intenta calcarse sobre la del movimiento de masas, contra el centralismo propio de la S-D, pero todavía hay una gran confusión a propósito de lo que debe ser la autonomía organizativa de la clase. En efecto, el KPD se concibe aún como un Partido dirigente que debe tomar el poder (cf. “El peso de los errores del concepto marxista sobre Rosa Luxemburgo”) y además se hace ilusiones sobre los Consejos tal como existen entonces. Así, Hugo Eberlein, que será delegado del Partido en el congreso de fundación de la III Internacional (se le había ordenado votar en contra de esta fundación, pero sólo se abstendrá), declaraba:

“Las organizaciones del viejo SPD estaban inertes y vacías, salvo en período electoral... Hay que construir nuestra organización sobre bases totalmente diferentes. Exigimos que los consejos de obreros y de soldados ejerzan la totalidad del poder político. Los consejos de fábrica están en la base del poder. Hay que adaptar nuestra organización a esta situación. Lo mejor es, pues, probablemente poner en pie grupos comunistas en las fábricas. No es tolerable que se impongan órdenes desde arriba. Las organizaciones industriales deben gozar de una autonomía completa. La tarea del órgano central es, ante todo, sintetizar los movimientos que se desarrollan fuera de él y asegurar una dirección política e ideológica.” (citado en Authier y Barrot, p. 92).

La clarificación sobre todas las cuestiones planteadas por la revolución alemana y, en particular, sobre el papel de la organización de los revolucionarios en relación con los órganos de lucha del proletariado, no se realizará más que al precio de la represión sangrienta de los movimientos de masas entre enero y mayo de 1919. Durante el mismo período tiene lugar una reflexión teórica sobre el unionismo, en el “Periódico obrero comunista” de Hamburgo, donde existía la izquierda radical ya señalada, con la tendencia Wolffheim-Lauffenberg. Comienza a expresarse netamente la idea de la necesidad de la disolución del Partido en las organizaciones de masas, del tipo Uniones, que él debe contribuir a generalizar. En cuanto a las Uniones, son comprendidas como bases indispensables para el surgimiento de los futuros consejos revolucionarios, por eso el criterio de adhesión a la AAU es reconocer la necesidad de la dictadura del proletariado. Es el 14 de febrero de 1920, en Hannover, cuando las Uniones deciden agruparse; fundan la AAUD, que cuenta con 80.000 adherentes.

La deriva derechista del KPD es querida por la III Internacional que, para reforzar la defensa del Estado ruso, intenta constituir en Occidente partidos “comunistas” de masas capaces de hacer presión sobre los gobiernos burgueses a favor de una política de “neutralidad” o de negociaciones con la URSS. Esta deriva se organiza primero alrededor de Lévi, con la ayuda de Radek: se trata de excluir a todos los elementos radicales que, al ser mayoría, impiden el retorno a las viejas tácticas socialdemócratas más o menos “parcheadas” (participación en las elecciones, apoyo a los sindicatos, etc.). En la conferencia de Frankfurt del KPD (a mitad de agosto de 1919), Lévi lanza su ofensiva contra las teorías unionistas y contra los que propugnan la disolución inmediata o progresiva del Partido. Pero es en el congreso de Heidelberg, reunido en la clandestinidad entre el 20 y el 24 de octubre de 1919, cuando gracias a una representación amañada, la dirección consiguió la exclusión de las izquierdas. En un texto llamado “Tesis directrices sobre los fundamentos de la táctica del comunismo”, que Lévi hizo circular en el último momento, camuflando su maniobra tras las condiciones de clandestinidad, se afirma netamente la posición derechista sobre la concepción del Partido:

“La idea de que el Partido debería abandonar su papel de dirección en las acciones revolucionarias en provecho de las organizaciones de empresa y que el partido debería limitarse a la propaganda, esta idea es contrarrevolucionaria porque pretende reemplazar la clara visión de la vanguardia de la clase obrera por el poder caótico de las masas entradas en fermentación” (citado por Authier y Barrot, p. 126).

Lévi y Radek comienzan los preparativos de una fusión del KPD desembarazado de los “radicales”, con el ala izquierda del USPD pues los “Independientes” representan varios cientos de miles de miembros (el congreso de unificación, creando el VKPD, tendrá lugar el 5 de diciembre de 1920). La mayoría del ex-KPD que es excluida como consecuencia de las marrullerías (¿?) de la fracción pro-bolchevique, no se organiza inmediatamente en Partido: se expresa en diversas revistas como “Die Aktion”, “Kommunistische-Arbeiter-Zeitung” de Hamburgo (citada anteriormente en francés), “Der Kommunist” de Bremen, etc.

Es la prueba de los hechos: actitud legalista del KPD cuando el “putsch de Kapp” (13-17 de marzo de 1920), su condena de las acciones armadas y de la insurrección en el Ruhr (fin de marzo/principio de abril), que va a decidir a la oposición mayoritaria a formar un nuevo Partido. Antes, ésta se ilusionaba con el apoyo de la IC a favor suyo e incluso había enviado delegados al 3er congreso del KPD (febrero de 1920) para proponer enmiendas a las tesis de Heidelberg y para hacer valer los derechos de la oposición cerca de la dirección.

Abandonando la esperanza de volver al partido, las izquierdas, bajo el impulso del distrito de Berlín con Gorter y Schröder, van a celebrar entonces una conferencia del conjunto de la oposición. Es de este congreso, en que los delegados representan a más 30.000 militantes, del que saldrá el KAPD, Partido obrero comunista de Alemania (3, 4 y 5 de abril de 1920). La mayoría de los delegados (Berlín) rechaza las tesis del “bolchevismo nacional” expresadas por los teóricos de Hamburgo, Wolffheim y Laufenberg (para ellos, ¡la defensa nacional de Alemania contra las consecuencias del tratado de Versalles es una tarea que debe ser tomada a su cargo por el proletariado en alianza con la burguesía!). Esta mayoría hace un compromiso con la tendencia de Otto Rühle (Dresde), que quiere la disolución inmediata de la forma partido y propugna “la organización unitaria”. Esto explica la afirmación que figura en “el llamamiento del KAPD al proletariado alemán”: “El KAPD no es un partido en el sentido tradicional del término” y el hecho de que Rühle pueda escribir su texto “¡La Revolución no es un asunto de partido!” (6) mientras que todavía es miembro del KAPD.

(6) Este texto de Otto Rühle aparecerá en anejo a la edición completa, después de las tesis del KAPD. Se lo puede encontrar en el suplemento al nº 2, serie II, de la revista Invariance (ver nota 2).

En mayo de 1920 se redacta un programa y es adoptado en el 2º congreso en el mes de agosto. El concepto ultra-izquierda sobre la organización no sólo es formulado entonces teóricamente, sino aplicado en la práctica: **preeminencia de la organización de las masas proletarias (Uniones, Consejos), relativización del papel de la minoría revolucionaria.**

“Por su naturaleza y su tendencia, la organización de empresa sirve al comunismo y conduce a la sociedad comunista. Su núcleo será siempre expresamente comunista, su lucha empuja a todo el mundo en la misma dirección. Pero, mientras que un programa de partido sirve y debe servir en mayor medida a la actualidad (en sentido amplio, naturalmente), al tiempo que a los miembros del partido se les exigen serias cualidades intelectuales y un partido político como el Partido obrero comunista (KAPD), progresando y modificándose rápidamente en conexión con el proceso revolucionario mundial no puede tener jamás una gran importancia cuantitativa (a menos que retroceda y se corrompa), las masas revolucionarias, por el contrario, están unidas en las organizaciones de empresas por la conciencia de su solidaridad de clase, la conciencia de pertenecer al proletariado; mientras que, sobre la base de un programa de partido, esta unión jamás es posible. La organización de empresa es el principio de la forma comunista y se convierte en el fundamento de la sociedad comunista futura.

La organización de empresa resuelve sus tareas en unión estrecha con el KAPD (Partido obrero comunista).

La organización política tiene como tarea reunir a los elementos avanzados de la clase obrera sobre la base del programa del partido.

La relación del partido con la organización de empresa resulta de la naturaleza de la organización de empresa. El trabajo del KAPD en el interior de estas organizaciones será el de una propaganda incansable. Los cuadros revolucionarios en la empresa se convierten en el arma móvil del partido. Además, es necesario naturalmente que el partido, a su vez, tome un carácter cada vez más proletario, una expresión de clase proletaria, que satisfaga a la dictadura por abajo. De ese modo, se amplía el círculo de sus tareas pero al mismo tiempo adquiere el más poderoso de los apoyos. Lo que hay que conseguir es que la victoria (la toma del poder por el proletariado) desemboque en la dictadura de la clase y no en la dictadura de algunos jefes de partido y de su camarilla. La organización de empresa es la garantía de ello.

La fase de la toma del poder político por el proletariado exige la represión más encarnizada de los movimientos capitalistas burgueses. Esto se conseguirá con la puesta en marcha de una organización de consejos que ejerza la totalidad del poder político y económico. La organización de empresa misma se convierte en esta fase en un elemento de la dictadura proletaria, ejercida en la empresa por el consejo de empresa, que tiene como base la organización de empresa. Además, ésta tiene por tarea en esta fase el tender a transformarse en fundamento del sistema económico de los Consejos.

La organización de empresa es una condición económica de la construcción de la comunidad (Gemeinwesen) comunista. La forma política de la organización de la comunidad comunista es el sistema de los Consejos. La organización de empresa interviene para que el poder político no sea ejercido más que por el ejecutivo de los consejos.” (7).

La preeminencia de la organización de masas va a ser puesta de relieve tanto más cuanto que el movimiento por las Uniones se desarrolla cualitativa y cuantitativa-mente en las empresas después de la fundación de la AAUD. Este movimiento expresa un rechazo del sindicalismo, y por tanto, del reformismo, e incluso del anarcosindicalismo (FAUD),

que mantenían la división de la clase obrera basando la organización en las ramas de oficios. Llegó a alcanzar hasta 150.000 miembros durante el invierno de 1920-21: implantaciones principales en Hamburgo, Berlín (30.000 militantes en diciembre de 1920) y en Alemania central.

En su segunda conferencia, justo después del putsch de Kapp (9-10 de marzo de 1920), la AAUD adopta las tesis de la tendencia de Rühle: nada de Partido, estatutos muy simples, federalismo. Pero al ser excluida esta tendencia del KAPD a continuación (octubre de 1920), son las posiciones mayoritarias del grupo de Berlín (Schröder, Gorter, Reichenbach, Jung, Schwab, etc.) las que van a influir y dominar la 3ª conferencia de la AAUD, que tiene lugar en noviembre del mismo año en Leipzig. El programa muy sucinto y las “líneas de orientación” que son discutidas y admitidas, recogen análisis casi idénticos a los contenidos en los textos esenciales del KAPD de este período. Así, se reconoce y afirma la necesidad de un Partido distinto a las Uniones, no sólo durante la revolución sino también después de ésta, al principio de la dictadura del proletariado:

“La organización unitaria es el fin de la AAU. Todos sus esfuerzos serán orientados a fin de conseguir

(7) Cf. Programa del “Partido obrero comunista de Alemania” (KAPD), mayo de 1920, p. 11, 12 y 13 del libro ya citado en las notas 2 y 6.

este objetivo. Sin reconocer la justificación de la existencia de los partidos políticos (pues la evolución histórica empuja a su disolución), la AAU no lucha contra la organización política del KAPD, cuyos fines y métodos de combate son comunes a los de la AAU, y se esfuerza en progresar con él en el combate revolucionario.” (8).

Sin embargo, se enuncia claramente **el rechazo de todos los partidos “tradicionales”**, de igual modo que se subraya **el predominio de la organización de empresa** “preliminar a la formación de la organización proletaria específica u organización en consejos”:

“La formación de partidos políticos está ligada al parlamentarismo. Tanto y tan bien, que los partidos tienen exactamente el carácter de la organización capitalista y están contruidos, por tanto, según el principio siguiente: jefe y masa; estando el jefe por encima de la masa, la organización va de arriba hacia abajo. El jefe manda y la masa obedece. Arriba, un líder o un grupo de gobernantes, abajo, un ejército de gobernados, algunos zorros y millones de burros. Es el principio de: donde va Vicente, va la gente. La masa es el objeto de la política, es un objeto que los “jefes” manipulan según sus necesidades. El instrumento de un partido semejante es la táctica, más exactamente la táctica de los empresarios capitalistas: pura estafa. El jefe es el empresario, el partido su propiedad. El empresario vecino es su competidor. La táctica,

(8) 9ª tesis del programa de la AAU adoptado en la 3ª conferencia los días 12-14 de diciembre de 1920. Ver “La Izquierda alemana...”, p. 89.

Acciones comunes con el KAPD se habían desarrollado efectivamente, en especial en agosto de 1920 con los sabotajes a las entregas de armas a Polonia, que participaba en el apoyo a los ejércitos blancos contra el gobierno bolchevique.

tica, los medios y los métodos cada vez más refinados de la experiencia de los asuntos capitalistas permiten lograrlo. No se retrocede ante nada. Ser un hombre de partido significa: valorizar la estrechez de espíritu, la frase charlatanesca, ahogar lo que hay de humano en el hombre.” (cf. extractos de las líneas de orientación de la AAUD en “La Izquierda alemana...”, suplemento a Invariance, p. 92-93).

“Las organizaciones de empresa son ante todo organizaciones de lucha de clase. Agrupadas en la AAU (Unión general de los trabajadores), no son ni un partido político, ni un sindicato. Estando atrapadas estas dos palabras en el significado que han tenido

hasta el presente, es decir, organismos tales como cada uno puede ver de qué se trata en los partidos y los sindicatos actuales.

En su seno es donde el proletariado comienza a organizarse conscientemente para el derrocamiento completo de la vieja sociedad y para su unificación como clase. En las organizaciones de empresa, las grandes masas estarán unidas por la conciencia de su solidaridad de clase, de su solidaridad de clase proletaria: es aquí donde se prepara orgánicamente (es decir, como proceso natural, de un modo natural, de acuerdo con las circunstancias) la unificación del proletariado...” (ídem, p. 100-101).

Finalmente hay que subrayar que uno de los grandes intereses de la AAUD es **no caer en el “fetichismo de la forma Consejo”**. En efecto, aun cuando consideraba la organización de los Consejos como uno de los elementos esenciales del proyecto proletario, había sacado las lecciones de la primera fase de la revolución alemana (1918-19), en el curso de la cual los Consejos habían sido recuperados – hasta incluso creados en algunos casos – por las fuerzas contrarrevolucionarias en cuyas primeras filas se encontraban los socialdemócratas gubernamentales e “independientes”:

“Es igualmente evidente que los consejos obreros no son una palabra huera sino que son completamente la expresión de la nueva organización proletaria. Ocurre que al evolucionar, auténticos consejos se corrompen y se petrifican en una nueva burocracia. Habrá que combatirlos, pues, con tanto vigor como a las organizaciones capitalistas. Pero la evolución no se detendrá y el proletariado no descansará hasta que no haya dado a la nueva organización, el sistema de los consejos, su expresión históricamente realizable en la sociedad sin clases, más allá de la “dictadura del proletariado.” (ídem, p. 98).

Frente a todos estos acontecimientos y a la evolución de las diferentes organizaciones, Pannekoek comienza a adoptar una actitud de retirada crítica, incluso respecto del KAPD, aun cuando sus textos teóricos continúan influyendo la izquierda germano-holandesa. Así, un extracto de “Revolución mundial y táctica comunista” (9) contra los sindicatos es citado en las “líneas de orientación de la AAUD” de que acabamos de hablar. Sin embargo, desde 1921 se mantuvo apartado de la vida organizativa y no participó en ella más que para poner de relieve: “la necesidad de una propaganda intensiva, basada en la realidad y las tareas nuevas” (cf. “Marxismo e idealismo”, bajo el seudónimo de K. Horner en “Proletarier”, el órgano teórico del KAPD, I, 4, febrero

(9) Este texto es reproducido en la revista *Invariance*, nº 7, 1ª serie, julio-sept. de 1969, p. 51-80. Se lo encuentra también en el libro de Bricianer “Pannekoek y los Consejos obreros” (EDI), p. 163-201.

marzo de 1921). Condenando “la acción de marzo” y la política de la III Internacional, se acercó a las posiciones críticas de Otto Rühle y de la AAU-E. Por otro lado, había tomado sus distancias respecto de la “Carta abierta al camarada Lenin” (10) redactada por H. Gorter, pues juzgaba superflua una respuesta a la “Enfermedad infantil”, considerando que no tenía ningún argumento nuevo en relación con las posiciones desarrolladas en “Revolución mundial y táctica comunista”. Pannekoek llegó a **relativizar** cada vez más la función de las minorías revolucionarias en el seno de los movimientos de masas:

“El movimiento de marzo ha sido el fiasco de la política planificada por Moscú y de la táctica fijada por el II congreso. Ésa es la razón por la que hay que poner fin a la dictadura de Rusia sobre la revolución de Europa occidental (...). En Europa occidental, el comunismo jamás llegará a progresar bajo la forma de un nuevo partido, con cuadros, consignas y un programa sin duda nuevos, pero análogo en su naturaleza interna a los viejos partidos, con los mismos chanchullos políticos, la misma táctica tunante de jefes y la misma publicidad a bombo y platillo. Sin duda, Rusia ha sido una gran luz en las tinieblas y ha despertado la esperanza de modo duradero; únicamente que esta luz no

podía atravesar más que débil-mente la espesa capa de humo que constituían las mentiras de la prensa, y los que se presentaban aquí como sus anunciadores estaban animados con demasiada frecuencia del viejo espíritu de la II Internacional como

(10) Ver “Respuesta a Lenin”, ed. Spartacus, serie B, nº109, introducción y notas de S. Bricianer. La “carta abierta” de H. Gorter fue publicada como folletín en el órgano berlinés del KAPD: “Kommunistische Arbeiter Zeitung” (agosto-sept. de 1920), después en forma de folleto (nov. de 1920).

para poder contribuir eficazmente a suscitar el entusiasmo necesario. No basta con reemplazar a Scheidemann por Lévi para dar a los obreros el ánimo de afrontar la muerte y la miseria.”

(...) Resalta la táctica basada en *“las organizaciones de fábricas, de Alemania y de Inglaterra, surgidas espontáneamente, de modo más o menos consciente entre los obreros más avanzados (...). Esta táctica consiste en edificar, por medio de la propaganda teórica y de la lucha práctica, formas de organización que excluyan toda posibilidad de dominación por dirigentes profesionales y que aúnen, sobre la base de la fábrica, todas las voluntades de combate que existen en el seno del proletariado, de manera que se las pueda transformar en fuerzas para la acción. Que esta táctica, sola, pueda conducir al fin, es lo que la experiencia de marzo acaba de mostrar.”* (cf. el artículo “Sovjet-Rusland en het West-Europeesche Kommunisme” aparecido en la revista “De Nieuwe Tijd”, 1921, citado por Bricianer, P. 220-21).

Reanudará su contribución en 1927. Durante algunos años, se consagra a la astronomía, sin romper, no obstante, con el movimiento, pero teniendo un compromiso menos directo y apartado de las organizaciones existentes.

C. LA OPOSICIÓN ENTRE H. GORTER Y O. RÜHLE EN EL SENO DEL K.A.P.D. DESPUÉS, LA POLÉMICA PARTIDO U ORGANIZACIÓN UNITARIA (K.A.P.D./A.A.U.D-E)

En 1920, la oposición entre las tendencias en el seno del KAPD se cristaliza alrededor de dos temas principales:

- disolución inmediata, o no, del Partido en las organizaciones de empresa (Uniones);
- actitud a adoptar frente a Rusia y la IC.

Sobre el primer tema, desde la fundación del KAPD, la influencia de Otto Rühle se había hecho sentir, como ya hemos mostrado:

“La revolución no es un asunto de partido. Los tres partidos socialdemócratas (SPD, USPD y KPD) tienen la locura de considerar la revolución como su propio asunto de partido y proclamar la victoria de la revolución como su fin de partido.

La revolución es el asunto político y económico de la totalidad de la clase proletaria.

Sólo el proletariado, en tanto que clase, puede llevar la revolución a la victoria.

Todo lo demás es superstición, demagogia, charlatanería política.

De lo que se trata es de concebir al proletariado como clase y desencadenar su actividad por la lucha revolucionaria. Sobre la base más amplia, en el marco más vasto.

Por esta razón, todos los proletarios listos para el combate revolucionario, sin preocuparse de la procedencia ni de la base sobre la que se contratan, deben ser reunidos en los talleres y las empresas en organizaciones revolucionarias de empresas, y ser agrupados en el marco de la unión general de los trabajadores (AAU).

La Unión general de los trabajadores no es “cualquiera”, no es una ensalada, ni una formación fortuita. Es el agrupamiento de todos los elementos proletarios dispuestos a

una actividad revolucionaria, que se declaran por la lucha de clase, por el sistema de los consejos y por la dictadura.

Es el ejército revolucionario del proletariado.

Esta Unión general de los trabajadores tiene su raíz en las empresas, y se edifica según las ramas de industria, de abajo arriba, federativamente en la base y organizada en la cima por el sistema de los hombres de confianza revolucionarios. Crece de abajo arriba, a partir de las masas obreras. Se eleva de conformidad con ellas: es la carne y la sangre del proletariado; la fuerza que la empuja es la acción de las masas; su alma, es el soplo ardiente de la revolución.

No es una creación de jefes.

No es una construcción sutilmente dispuesta.

No un partido político con charlatanería parlamentaria y bonzos pagados. Tampoco un sindicato.

Es el proletariado revolucionario.” (cf. “La Revolución no es el asunto de un partido”, ver notas precedentes).

Ya Rühle insistía en la importancia primordial de las Uniones, y a lo largo de los meses durante el año 1920 se orientó hacia la concepción de “**la organización unitaria**”. Negando la necesidad de todo partido, incluso del género KAPD, reclamó la disolución inmediata de éste en la AAUD.

La mayoría del KAPD, con Schröder y Gorter, preconizaba, por el contrario, **el mantenimiento del partido obrero comunista como órgano distinto de las Uniones...** aun teniendo como perspectiva la organización unitaria en una fase avanzada de la revolución. H. Gorter había expresado sus posiciones sobre el partido en un texto redactado en agosto de 1919, pero sólo publicado en 1920:

“¿Cuál es la gran transformación que conlleva la revolución? Es que las masas deben hacerlo todo. Entonces sólo las masas pueden producir el comunismo si llegan a la unidad nacional e internacional.

Pero en esta lucha necesitan de una vanguardia. Esta vanguardia es el partido comunista internacional. Esta vanguardia debe ser absolutamente pura y permanecer en los principios. Pura en sus medios y en sus intenciones. Si no, las masas son desconcertadas y extraviadas.

Así fue en todas las revoluciones. Hubo siempre un núcleo, una vanguardia, una minoría que finalmente se convirtió en mayoría. Pero ese núcleo era puro y veía claro. Así el núcleo de los Bandoleros (Gueux), las bandas de Cromwell, los diversos agrupamientos de clase de la Revolución francesa. Igual ocurrió en la Comuna de París y en las revoluciones rusas de 1905 y 1917. Es un núcleo parecido el que querían formar Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fundando el partido comunista alemán.

Como las masas no pueden vencer al capital y edificar el socialismo más que cuando se han convertido en una, el fin al que hay que consagrarlo todo es hacer que las masas estén listas. La preparación de las masas debe ser el único objetivo.

El compromiso, el oportunismo, la represión de la libertad de palabra, el engaño de las masas, el disimulo de sus intenciones, la aspiración al poder del partido o de los jefes, todo esto es ahora el mal absoluto. Todo esto lleva al proletariado a la ruina, como lo han mostrado Alemania, Hungría y Baviera.” (cf. “El Oportunismo en el partido comunista holandés”, texto publicado en anejo en Authier-Barrot).

La concepción de Gorter sobre el partido, considerado como agrupamiento de los “puros” frente al oportunismo, estaba todavía ampliamente mancillada de una visión inspirada por el proceso de las revoluciones burguesas (filosofía de las luces). Esto puede explicar su actitud de “búsqueda de la discusión” con Lenin y los bolcheviques.

En efecto, sobre el segundo tema enunciado al principio, persistió largo tiempo en sus ilusiones respecto de la naturaleza del régimen en Rusia y del papel de la IC. Escribió a Lenin porque creía que era posible la colaboración con el bolchevismo. Para eso, Gorter quería hacerle comprender, de un lado, que estaba mal informado sobre las izquierdas y, de otro, que si sus tácticas de compromiso habían sido justas en el marco de Rusia, se revelaban falsas en Europa occidental.

“Si se quiere triunfar, como ustedes, con siete u ocho millones de proletarios en un país de ciento sesenta millones de habitantes, entonces sí, ¡la importancia de los jefes es enorme! Pues conseguir la victoria con tan poco sobre tanta gente es, ante todo, cuestión de táctica. Para triunfar como ustedes, camarada, en un país tan grande con una tropa tan pequeña, pero con una ayuda externa a la clase, lo que importa en primer lugar es la táctica del jefe. Cuando ustedes han comenzado el combate, camarada Lenin, con esta pequeña tropa de proletarios, fue vuestra táctica la que, en el momento propicio, ha permitido dar la batalla y ganarse a los campesinos pobres.

¿Pero en Alemania? Ahí, la táctica más hábil, la claridad más grande, el genio mismo del jefe no es lo esencial, lo principal. Ahí no hay nada que hacer: las clases se enfrentan, una contra todas. Ahí, la clase proletaria debe decidir por sí misma. Por su potencia, por su número. Pero al ser el enemigo tan formidable, infinitamente mejor organizado y armado, su potencia es ante todo cuestión de calidad.” (cf. “Carta abierta al camarada Lenin”).

El congreso de fundación del KAPD había votado, por otra parte, unánimemente una resolución proclamando que: “El KAPD se mantiene sin reservas en el terreno de la III Internacional” (1). En la línea de los espartaquistas, con los cuales había luchado durante la guerra, O. Rühle tomará una posición crítica respecto del poder bolchevique y de la IC (11). Al final de un viaje de varias semanas por Rusia, a donde había sido enviado por el KAPD (mayo de 1920) con vistas al 2º congreso de la III Internacional (12), redacta un informe que es la condena, no sólo de las prácticas del poder bolchevique en Rusia, sino también de la concepción del Partido que conduce a ello. Se constata, pues, que la posición de Rühle sobre la relativización del KAPD en relación con el movimiento de masas **estaba estrechamente ligada** al balance crítico que hizo de la acción de los bolcheviques en Rusia:

“Lo que aparece en Rusia como una caricatura es la consecuencia de un sistema equivocado, porque está históricamente superado. El centralismo es el principio de

(11) Por su conocimiento de los bolcheviques en el marco del POSDR antes de 1914, los espartaquistas que venían de la izquierda polaca (SDKPIL), especialmente Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches, tuvieron siempre una actitud crítica con relación a éstos. Por el contrario, los IKD, que constituirían la mayoría del KPD, y después del KAPD, se hicieron muchas más ilusiones sobre los bolcheviques, sin duda a causa de su colaboración en el marco de la izquierda zimmerwaldiana (“Vorbote”). Hubo incluso, a veces, textos apologeticos sobre el poder “soviético” en Rusia.

(12) Sin noticias de una delegación compuesta por Jan Appel y Franz Jung que había sido enviada a Moscú para presentar las tesis del KAPD, éste decidió enviar a O. Rühle, y después a August Merges, ex-presidente de la “república socialista de Braunschweig” (fin de 1918- principio de 1919).

organización de la era capitalista burguesa. Se puede construir según este principio el Estado burgués y la economía capitalista. Pero no el Estado proletario y la economía socialista. Éstos exigen el sistema de los Consejos. Ahora bien, en Rusia los Consejos no son más que sombras. Una hoja de parra para la burocracia de la dictadura de partido. Pero al apoyarse Rusia en la burocracia, se llega a una caricatura del comunismo, político y económico; a un comunismo de Estado bárbaro, estéril e insoportable, a una esclavitud de Estado bárbaro, estéril e insoportable.

¿De qué manera han llegado los camaradas rusos a este error? Porque son prisioneros de la creencia en el partido. Porque ven en el partido el medio de la revolución y de la edificación socialista. Ahora bien, el partido es, como forma de organización, la encarnación del principio centralista. Ahí está la fuente del error (...).

Para el KAPD, en oposición a Moscú, la revolución no es un asunto de partido, el partido no es una organización autoritaria, de arriba abajo, el jefe no es un superior militar, la masa no es un ejército condenado a una disciplina pasiva, la dictadura no es el despotismo de una camarilla de jefes, el comunismo no sirve de trampolín a una nueva burguesía soviética. Para el KAPD, la revolución es el asunto de toda la clase proletaria; en el interior de esta clase, el partido comunista no constituye más que la vanguardia más madura y más decidida. Las masas deben elevarse hasta la madurez política de esta vanguardia, pero el KAPD no espera este resultado de la tutela de los jefes, de la disciplina y de la reglamentación. Por el contrario: con un proletariado avanzado, como es el proletariado alemán, estos métodos desembocan en el resultado exactamente opuesto. Ahogan la iniciativa, paralizan la actividad revolucionaria, causan daño a la persuasión, aminoran el sentimiento de responsabilidad. Aquí se trata de dejar curso libre a la iniciativa de las masas, liberarlas de la autoridad, desarrollar su conciencia de sí mismo, formar su autonomía de acción y acrecentar así su participación en la revolución.” (cf. “Informe sobre Moscú”, extractos en Authier-Barrot, p. 180-81).

Habiendo abandonado Rusia antes del comienzo del 2º congreso de la IC (julio de 1920), Rühle se pronuncia contra la adhesión del KAPD a ésta y considera que no hay ninguna comunidad de principios entre los bolcheviques y la izquierda europea. Es seguido por los distritos de Sajonia oriental, Hamburgo y por la revista “Die Aktion”, pero la mayoría del partido califica su actitud de “grave falta”, y la oposición entre tendencias se refuerza. Decidida a enviar una nueva delegación a Moscú para adherirse a la IC y crear una oposición revolucionaria en el interior, esta mayoría del KAPD se une a las ilusiones de H. Gorter y de su “carta abierta”. Rühle y sus partidarios son excluidos en la sesión del Comité central del partido los días 30-31 de octubre de 1920 y una delegación, compuesta por Gorter, Schröder y Rasch se dirige a Moscú. El KAPD es admitido finalmente en la IC “provisionalmente, a título de simpatizante con voz consultiva”, pues los bolcheviques exigen que regrese al KPD a corto plazo. El 3er congreso del KAPD (febrero de 1921) aprobará esta adhesión a la IC.

En el curso del año 1921 crecerá la polémica entre los partidarios de la organización unitaria y el KAPD. Se desarrolla siempre alrededor de los dos mismos temas: la cuestión del Partido y el papel de la IC bolchevique.

En diciembre de 1920, el KAPD de Sajonia oriental se había disuelto en la AAUD, mientras que la AAUD de Hamburgo excluía de sus filas a todos aquellos que querían permanecer en el KAPD. En todas partes de Alemania, desde el comienzo de 1921, una fracción importante de las izquierdas se ha orientado hacia la organización unitaria. Aquélla criticará vivamente la política del KAPD cuando “la acción de marzo”. En efecto, a partir de luchas proletarias violentas en Alemania central y en Sajonia (Halle, Mansfeld, Leuna), el VKPD (13), que ha tomado una orientación “ultra-izquierdista” (Lévi ha sido excluido de su dirección), en conexión con ciertas corrientes de oposición en el partido bolchevique y la IC (es la época de los movimientos obreros en Petrogrado y en Cronstadt, del movimiento campesino en Ucrania), empujó abiertamente a la insurrección armada contra el gobierno en todo el país. El KAPD creyó que el VKPD se había adherido a sus posiciones favorables a la ofensiva autónoma de clase: “*El proletariado habla por sí mismo. Las masas del VKPD actúan según nuestras consignas. Han empujado a sus jefes a ello.*” (Periódico obrero comunista, órgano del distrito de Berlín). Se comprometió en la insurrección a su lado (cf. por ejemplo los atentados organizados por Max Hölz y sus

grupos de combate) y llamó, en conexión con él, a una huelga general ilimitada en toda Alemania (24 de marzo). La extensión del movimiento es ampliamente insuficiente. Es el fracaso, con los últimos combates que tienen lugar el 1º de abril.

La corriente por la organización unitaria en la AAUD denunció la política de la IC en Alemania:

“El poder bolchevique se ha servido de la revolución alemana hasta que su situación interna se ha estabilizado totalmente.”

(13) Es el KPD unificado con los “Independientes” desde finales del año 1920.

La tendencia de Rühle subrayaba que los bolcheviques habían querido camuflar las represiones sangrientas de Cronstadt, de Petrogrado, de la Makno-vichna, tras acciones ofensivas totalmente espectaculares y suicidas. Rühle escribió:

“Los trabajadores deben saber que la Acción de Alemania central era una locura y un crimen cuya responsabilidad total incumbe al VKPD.”

Gorter y el KAPD denunciaron el “putschismo” del VKPD, que había abandonado brutalmente su línea “legalista”, pero consideraban que “la acción de marzo” no podía resumirse en un putsch. Para ellos, ésta era un momento importante del movimiento real del proletariado en Alemania: “La primera acción ofensiva consciente de los proletarios alemanes” (!). Así, el KAPD defendió incondicionalmente esta tentativa de insurrección de las masas con ocasión del III congreso de la IC, y en una carta a Lenin, Gorter declaró:

“Las jornadas de marzo del proletariado alemán en 1921 han mostrado quién de nosotros tenía razón, usted, camarada Lenin, con el Comité ejecutivo y la III Internacional, o bien el KAPD con los marxistas holandeses que lo han apoyado. Las jornadas de marzo han dado la respuesta y han probado que los izquierdistas tenían razón.”

(...) En el caso que nos ocupa, el KAPD no ha seguido la táctica putschista. Su táctica está basada en el hecho de que un partido, o la dirección de un partido, no pueden tomar la decisión de una revolución o de una gran acción insurreccional, sino que es la situación, es decir, la voluntad de combate en las masas, la que debe decidir. La táctica del KAPD quiere fortalecer al proletariado desarrollando su conciencia, y hacer más grande su fuerza revolucionaria constituyendo organizaciones eficaces de combate. Ahora bien, esto no puede realizarse más que en el combate mismo, no substrayéndose nunca al combate impuesto por el enemigo o surgido espontánea-mente de las masas.” (14).

Desde el mes de mayo, el KAPD había enviado, en efecto, una delegación a Moscú para dar a conocer sus posiciones e intentar ver si era posible crear una fracción de izquierda en la IC. Esta delegación comprendía a Meyer (seudónimo: Bergmann), un obrero metalúrgico de Leipzig que había participado en las luchas de Leuna en marzo, Jan Appel (seudónimo: Hempel), Schwab (Sachs) y Reichenbach (Seeman), representante permanente del partido en el ejecutivo de la Internacional. El congreso tuvo lugar del 22 de junio al 12 de julio de 1921: fue un diálogo de sordos a todos los niveles, y los delegados del KAPD se vieron amenazados de exclusión si su partido no se adhería al VKPD. Por eso, ante el “Informe sobre el III congreso de la IC” que fue hecho por la delegación en la sesión del Comité central del 31 de julio de 1921, éste se pronunció por la ruptura con la IC y por la formación de una nueva Internacional:

“...El KAPD debe separarse definitivamente de la III Internacional porque ésta se ha convertido en un factor de la política del Estado ruso, y debe, por consiguiente, adaptarse a la transformación acaecida en el carácter del gobierno soviético. Después del III congreso, la III Internacional se ha declarado abiertamente enemiga de la revolución mundial proletaria, en la medida en que el

(14) “Las Lecciones de las jornadas de marzo”, 1921, última carta de H. Gorter a Lenin. Fue publicada en el nº 9/10 del Obrero comunista (órgano mensual de los grupos obreros comunistas), mayo de 1930. Recogida en anejo en el libro Authier-Barrot, p. 321-27.

KAPD ha sido excluido de ella. Pero no se puede permanecer fuera de una Internacional comunista proletaria; el KAPD debe, a partir de ahora, echar las bases de una nueva Internacional comunista obrera verdaderamente revolucionaria.” (Cf. Authier-Barrot, p. 340).

Habiendo constatado que existen oposiciones a la IC en numerosos países, el KAPD se orientó hacia la creación de una IV Internacional, pero la preparación de ésta conllevó la descomposición del partido. Una tendencia mayoritaria, considerando prematura esta creación, estaba más preocupada por el desarrollo del KAPD en Alemania misma y, con el retroceso del movimiento después de la acción de marzo, se mostraba favorable a las luchas reivindicativas. La otra tendencia, muy minoritaria, que agrupaba a la mayoría de los intelectuales, entre ellos Gorter y la dirección del C.C. con Schröder, quería llevar a cabo la constitución inmediata de una nueva Internacional y rechazaba el compromiso sobre las luchas salariales y económicas en general. Habiendo intentado maniobrar para hacer adoptar su línea gracias a estatutos que centralizaban las decisiones en Berlín, los minoritarios fueron excluidos en una sesión del C.C. en marzo de 1922. Los ex-dirigentes se instalaron entonces en Essen y su actividad esencial fue la animación de la KAI (Internacional comunista obrera), fundada en abril de 1922. Adhirieron a ella principalmente las izquierdas de Holanda, de Rusia y de Bulgaria.

Después del III congreso de la IC, el KAPD y después la KAI se unen a los partidarios de la organización unitaria en su condena del bolchevismo, pero estas organizaciones siguen proclamando **la necesidad de un Partido revolucionario mundial distinto a los movimientos/organizaciones de masas y que tenga un papel de dirección espiritual:**

“Reconociendo que se dan las condiciones objetivas para el derrocamiento de la burguesía y la dominación del proletariado, (la KAI) pone en primer plano de su actividad el principio del desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, es decir, que quiere llevar al proletariado a reconocer que es históricamente necesario eliminar inmediatamente el capitalismo; por ahí mismo, quiere despertar en él la voluntad efectiva de hacer la revolución proletaria.” (15).

“La Internacional obrera comunista quiere despertar al proletariado a un espíritu nuevo, el espíritu comunista, y por ahí mismo dirigir la revolución y conducirla a la victoria.” (16).

Durante este tiempo, la corriente para la organización unitaria se había estructurado; primero como oposición en la AAUD, en la que había propuesto tesis de orientación en la 4ª conferencia de ésta (junio de 1921); después reuniendo su 1ª conferencia autónoma en que había tomado el nombre de AAUD-E (“E” por Unitaria) y adoptado como líneas de orientación definitivas las que habían sido presentadas en la AAUD. Agrupando 13 distritos económicos y contando varias decenas de miles de miembros, esta corriente se expresaba teóricamente en “Die Aktion”. Frente al KAPD, propugnaba “la organización unitaria política y económica del proletariado”:

(15) Cf. “Líneas directrices de la KAI”, extractos en “La Izquierda alemana...”, p. 127.

(16) Cf. “La Internacional obrera comunista” de H. Gorter, 1923, texto reproducido en el nº 5, serie II, de la revista Invariance.

“Las tareas más urgentes de la AAU son: a) la destrucción de los sindicatos y de los partidos políticos, obstáculos principales para la unificación de la clase proletaria y

para el desarrollo ulterior de la revolución social, la cual no puede ser ni un asunto de partido ni un asunto de sindicatos; b) la unión del proletariado revolucionario en las empresas, células de la producción, fundamento de la sociedad futura. La forma de toda unión es la organización de empresa; c) el desarrollo de la conciencia de sí mismo y de la solidaridad de los trabajadores; d) la preparación de todas las medidas que serán necesarias para la edificación política y económica.” (17).

Con el declive del movimiento real, acentuado por una represión brutal, las escisiones van a suceder a las escisiones y las organizaciones de la izquierda alemana se convierten en múltiples sectas, tanto del lado de aquellos que quieren mantener un Partido como del lado de los partidarios de la organización unitaria. Como dice Paul Mattick en “Otto Rühle y el movimiento obrero alemán”:

“ Ninguno de los dos grupos pudo verificar su teoría. La historia los sobrepasó a los dos, ellos argumentaban en el vacío. Ni el Partido obrero comunista ni las dos Uniones obreras generales superaron su situación de sectas “ultra-izquierda”. Sus problemas interiores se hicieron completamente artificiales, pues de hecho no había diferencia entre el Partido obrero comunista y la Unión obrera general. A pesar de sus teorías, los partidarios de Rühle tampoco ejercieron sus funciones en las fábricas. Las dos uniones se entregaron a las mismas

(17) Cf. “Líneas de orientación para la AAU-E” extraídas de la revista “Die Aktion”, n.º 41/42 (1921) y reproducidas en “La Izquierda alemana...”, p. 110-11.

actividades. A partir de ahí, todas las divergencias teóricas no tuvieron ningún sentido práctico.

Estas organizaciones, residuos de las tentativas proletarias de jugar un papel en los levantamientos de 1918, intentaron aplicar sus experiencias en el seno de un desarrollo que se orientaba de modo consecuente en el sentido opuesto a aquel en que estas experiencias habían nacido realmente.

(...) Después de 1923, el movimiento “ultra-izquierda” alemán dejó de ser un factor político serio en el movimiento obrero alemán (...) Aunque organizativa-mente los grupos “ultra-izquierda” hayan continuado existiendo hasta el inicio de la dictadura hitleriana, su actividad se redujo a la de clubes de discusión intentando comprender sus propios fracasos y los de la Revolución alemana.” (18).

III.-DEL CONCEPTO “ULTRA-IZQUIERDA” AL CONSEJISMO: LA EVOLUCIÓN DE ANTON PANNEKOEK

Con un artículo titulado “Principio y táctica” – siempre bajo el seudónimo de K. Horner – en “Proletarier” números 7 y 8, 1927, Anton Pannekoek interviene de nuevo tras una retirada de unos años. Mientras que anteriormente se había acercado a las posiciones de Rühle, aquí afirma la necesidad de un Partido del tipo KAPD, es decir, que no substituya a la clase obrera **pero que asuma la “dirección espiritual” de los movimientos de masas:**

(18) Este texto de Paul Mattick está publicado a continuación de “Fascismo Pardo, Fascismo Rojo”, escrito por Otto Rühle en 1939, ed. Spartacus, serie B, n.º 63.

“No es el partido el que hace la revolución, sino la clase como un todo. A partir de ese momento, el partido tiene una función muy distinta de la que tenía en la antigua

concepción socialdemócrata. No puede absorber dentro de sí al conjunto de la clase y actuar en su lugar; muy al contrario, no puede ser más que su vanguardia y dedicarse a su orientación espiritual. Los comunistas son, en su ambiente de trabajo, los que ven más lejos, tienen las ideas más claras y son los más dedicados a la causa; por esta razón son capaces de ponerse al frente en todo momento, proponer las mejores medidas a tomar, analizar la situación, disipar los miedos de los vacilantes, apartar todo proyecto que corra el riesgo de extraviar al movimiento. Este papel, el partido lo juega también respecto de las asambleas generales de los delegados, encargadas de tomar las grandes decisiones, por cuanto les indica la vía correcta y presenta el programa de acción. Es el partido el que por adelantado, durante el período de crecimiento, y después, durante el del desarrollo impetuoso, lanza a las masas las consignas necesarias, precisamente para mostrar el camino, aclarar la situación y evitar los errores.

Toda acción exige permanentemente una lucha espiritual de las masas con el fin de llegar a la claridad, una lucha llevada bajo la forma de un combate que opone a partidos y tendencias los unos a los otros, y esta lucha el partido comunista debe proseguirla por los obreros y ante sus ojos. Así pues, el partido constituye en cada etapa de la lucha de clase un órgano primordial, el alma de la revolución, en alguna medida.” (cf. Bricianer, p. 231-32).

Sin embargo, frente a la situación de declive del movimiento, este partido no puede ser más que un “núcleo” de militantes muy escogidos, es decir, **que defienden los principios revolucionarios al rechazar adaptarse a las circunstancias:**

“...la fuerza de atracción no viene de ningún modo del partido en sí, viene de sus principios. Y cuando los obreros no quieren saber nada, es decir, cuando el mundo está hecho todavía de tal manera que no parece ofrecer salida revolucionaria, son otros principios los que predominan; en estas condiciones, es inútil para el partido intentar vencer a toda costa, pues esto significaría abandonar el terreno de los principios para adaptarse a ese mundo. Y tampoco sirve acomodar los principios de manera que parezcan aceptables a la mayoría; desde el punto de vista del futuro, los elementos que cuentan no son los adherentes dispuestos a encontrar los principios aceptables; son los comunistas que los comprenden y los adoptan en lo más profundo de ellos mismos.”(idem, p. 232-33).

A través de su participación en el GIK, Grupo de los comunistas internacionalistas en Holanda (19), es como Pannekoek va a evolucionar hacia una posición de cuestionamiento de la función y de la forma Partido. En efecto, este grupo ya no se preocupa de polemizar sobre los medios organizativos para provocar la revolución, se esfuerza en sacar las lecciones del período precedente (20) y orientarse hacia un trabajo de elaboración teórica, de propaganda y de informaciones. En contacto con la AAUD-Berlín desde 1927 (cuyas tesis de la VIII conferen-

(19) Sobre la historia de este grupo, ver “Bosquejo sobre la historia de los comunistas de Consejos en Holanda” en el n° 30 de “Informations et liaisons ouvrières” (6-5-1959).

(20) Cf., por ejemplo, “El Movimiento por los Consejos en Alemania, 1918-1933” de H. Canne Meijer, aparecido en el n° 101 de “Informations Correspondance Ouvrières” (feb. 1971).

cia habían dejado de hablar de la necesidad de un partido distinto de las Uniones), empuja a ésta a la fusión con el resto de la AAU-E. Es la fundación de la KAUD (Unión obrera comunista de Alemania) a finales del año 1931, que va a difundir el boletín “Rätekorrespondenz” (periódico del GIK en lengua alemana). Es rechazada toda idea de Partido, incluso del tipo KAPD, que pretendía ser el polo del proceso de autoorganización. Sin embargo, el GIK conserva una posición “vanguardista” en el plano de la conciencia: la misión de los “grupos de trabajo” que quiere formar es definida como la “de órganos generales de pensamiento” para la clase obrera. Es esta concepción de una “organización

comunista-laboratorio” (¡todavía utilizará a veces el término partido en textos posteriores!) la que Pannekoek desarrolla con el artículo titulado “Partido y clase obrera” y aparecido en “Rätekorrespondenz” (nº 15, marzo de 1936):

“No estamos más que en los mismísimos principios de un nuevo movimiento obrero. El antiguo movimiento se encarna en partidos, y la creencia en el partido constituye hoy el freno más poderoso para la capacidad de acción de la clase obrera. Por esta razón no intentamos crear otro nuevo, y no porque seamos demasiado poco numerosos – cualquier partido es pequeño al principio – sino porque en nuestros días un partido no puede ser más que una organización que tiende a dirigir y dominar al proletaria-do. A este tipo de organización, nosotros oponemos el principio siguiente: la clase obrera no podrá afirmarse y vencer sino a condición de tomar ella misma su destino en sus manos. Los obreros no tienen que adoptar religiosamente las consignas de un grupo cualquiera, ni siquiera las nuestras, sino pensar por sí mismos, decidir y actuar ellos mismos. Por esto, en este período de transición, consideramos como sus órganos de clarificación naturales los grupos de trabajo, los círculos de estudio y de discusión que se han formado por sí mismos y buscan ellos mismos su camino.

Este modo de ver se encuentra en contradicción flagrante con las ideas tradicionales sobre el papel del partido como órgano de clarificación esencial del proletariado. De esto se sigue que choca con una resistencia y una inadmisibilidad en numerosos ambientes en que, sin embargo, ya no se quiere saber nada ni del Partido socialista, ni del Partido comunista...” (cf. Bricianer, p. 260).

El GIK mantuvo relaciones con el pequeño grupo americano de los IWW (21) de Chicago, que estaba animado por Paul Mattick, un antiguo miembro del KAPD. Los intercambios iban a hacerse a través de artículos en “Rätekorrespondenz” y en revistas como “International Council Correspondence”, y después “Living Marxism” y “News Essays”, publicadas en los Estados Unidos. Pannekoek escribió en ellas numerosos artículos, lo mismo que Otto Rühle y Karl Korsch (22),

(21) IWW: Industrial Workers of the World es un movimiento “sindicalista revolucionario” fundado en 1905 y que se pretende independiente de todos los partidos y grupos políticos. Los teóricos del unionismo en Hamburgo habían sido influidos por las teorías de los IWW (Wolffheim había pasado varios años en esta organización en California). Habiendo emigrado a los Estados Unidos, P. Mattick se adhirió a los IWW en 1926.

(22) Karl Korsch ha tenido una aportación considerable en el plano teórico, pues al criticar el marxismo, se remontó hasta las raíces políticas que han contribuido al desarrollo de la contrarrevolución: cf., especialmente, “Marxismo y Filosofía” (ed. de Minuit), “Marxismo y contrarrevolución” (ed. du Seuil) y “El anti-Kautsky o la concepción materialista de la historia” (ed. Champ Libre). Sin embargo, en el ámbito organizativo, su para criticar el bolchevismo y sus concepciones (23). Todos estos teóricos se situaron entonces en un terreno que se puede llamar “consejista”, y Pannekoek acabó su evolución haciendo aparecer, después de la segunda guerra, la voluminosa obra que había redactado entre 1942 y 1947: “Los Consejos obreros” (24). Se puso el acento esencial, y casi exclusivamente, en los “principios de organización del conjunto del proletariado”.

Pero en 1939, P. Mattick había intentado todavía definir el papel de las minorías comunistas en relación con la clase obrera. En un artículo titulado “Los Grupos comunistas de Consejos” (25), relativizaba de este modo

reflexión sobre el concepto de Partido no aporta nada original en relación con la de la corriente ultra-izquierda. Por otro lado, su itinerario “militante” había sido muy diferente puesto que participó en el USPD, después en el KPD: fue ministro de Justicia en Turingia (unas semanas, en octubre de 1923, mientras duró la efímera república “obrera”), diputado en el Reichstag (1924-28),

dirigente del órgano teórico del KPD (La Internacional, 1924-25). Habiendo fundado “cuadernos de discusión de la izquierda” bajo el título de “Política Comunista”, es excluido del KPD, con E. Schwach, el 3 de mayo de 1926. Este último va a crear el grupo “Izquierda resuelta”, que se fusionará con el KAPD-Berlín en 1927, mientras que Korsch mantiene relaciones con la oposición de izquierda del KPD: Maslow-Fischer y con la fracción de la izquierda italiana de Bordiga. Después de 1928, ejerce sus actividades fuera de toda organización y emigrará a los Estados Unidos en 1936.

(23) Cf. “La Contrarrevolución burocrática”, selección de artículos en la colección 10/18, nº 760, UGE.

(24) Cf. ed. Bélibaste, 1974. Traducción hecha por un colectivo de ICO.

(25) Artículo publicado en “The Social Frontier” nº 45 (mayo de 1939) y recogido en el libro “Integración capitalista y ruptura obrera”, EDI.

la función de estas minorías:

“Lejos de pretender actuar por los obreros, se consideran como miembros de la clase obrera que han tomado conciencia de la tendencia del capitalismo a declinar e intentan coordinar en esta perspectiva las actividades de los trabajadores. Tienen conciencia igualmente de no ser más que grupos de propaganda, capaces ciertamente de proponer vías y medios de acción, pero de ninguna manera emprender estas acciones “en interés de la clase”. Esto le corresponde a la clase hacerlo ella misma. En cierto sentido, las funciones de los grupos se vinculan a sus perspectivas, pero en el presente los grupos intentan basarse únicamente en las necesidades actuales de los trabajadores. En toda ocasión, se esfuerzan en estimular la iniciativa y la acción autónoma de los obreros. Desde el momento en que surge la posibilidad, participan en todas las actividades de la población laboriosa, no tanto preconizando un programa distinto, sino adoptando el programa de estos trabajadores y haciendo todo lo posible por acrecentar la participación de éstos en todas las decisiones...”

Sin embargo, en la práctica, el fracaso del consejoismo fue impulsar grupos que se contentaron con ser, o bien sectas-laboratorios (círculos de discusión y de trabajo teórico), o bien minorías activistas e informales (simple organización de las tareas). Su intervención se limitó a producir revistas confidenciales y a hacer seguidismo en relación con los movimientos de masas que, en su mayoría, no iban más allá del terreno reivindicativo.

Más allá del rechazo de la función y de la forma Partido, el consejoismo no contribuyó a clarificar la cuestión de la organización de los revolucionarios. Se hundió poco a poco en el encantamiento a propósito de los Consejos obreros.

SOBRE LA ORGANIZACIÓN

LOS ARTÍCULOS QUE SIGUEN SON UNA PRIMERA REDACCIÓN DE TEXTOS PERTENECIENTES A LA TERCERA PARTE DEL TRABAJO “SOBRE LA ORGANIZACIÓN” EN CURSO EN EL P.I.C.

LA PRIMERA PARTE DE ÉSTE DEBERÍA APARECER, EN FORMA DE FOLLETO, DURANTE EL PRIMER SEMESTRE DE 1981.

EL PLAN GLOBAL DEL CONJUNTO DE LOS TEXTOS A APARECER ES EL SIGUIENTE:

I. EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE “PARTIDO” DESDE MARX

CONCEPTO “MARXISTA”

CONCEPTO SOCIALDEMÓCRATA

CONCEPTO LENINISTA Y EMPARENTADOS

CONCEPTO ULTRA-IZQUIERDA

II. LOS PARTIDOS EN LA PRUEBA DE LOS HECHOS DE 1848 A 1914.

REVOLUCIONES Y CONTRARREVOLUCIONES MUNDIALES

FRACASO DE LAS IDEOLOGÍAS DE LA ORGANIZACIÓN DE MASAS: ANARQUISTAS Y MARXISTAS CONTRA EL PROLETARIADO. ESPAÑA 1936-37.

- III. PERSPECTIVAS ORGANIZATIVAS ACTUALES
PAPEL DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS.
SU FORMACIÓN.
EL FUNCIONAMIENTO DE LA ORGANIZACIÓN Y EL COMPROMISO MILITANTE.
LA PRUEBA DE LOS HECHOS TRAS LA II GUERRA MUNDIAL.

IV. TEXTOS ANEJOS

El Funcionamiento de la Organización y el Compromiso Militante

Hay que superar el debate estéril entre “centralismo democrático” y “centralismo orgánico”, o entre “centralismo” y “federalismo”, pues el funcionamiento interno de una organización de revolucionarios no puede definirse por expresiones que no han encubierto, desde sus orígenes (Cf. la 1ª Internacional), más que prácticas incompatibles con la perspectiva comunista. Conciliar la necesaria centralización de las tareas y decisiones con la expresión de las tendencias es la única realidad que impone el proceso.

1- Rechazo del centralismo democrático y del centralismo orgánico:

El centralismo democrático no ha sido nunca más que una caricatura del funcionamiento democrático de una organización. Su realidad ha sido la sumisión de la base al centro, expresándose la minoría en congreso, cuando tenía la posibilidad, y regresando enseguida a su lugar. De hecho, lo que hay que poner en entredicho, más allá del término “centralismo democrático”, es lo que ha encubierto y encubre todavía en las organizaciones que se reclaman de él: la separación entre las diversas células de la organización, separación calcada sobre la división capitalista del trabajo. Este modo de funcionamiento ha sido la realidad tanto de la II como de la III Internacional. Está profundamente ligado a un contenido político que no rompe abiertamente con el terreno capitalista.

En cuanto al centralismo orgánico, está basado en la concepción del “Programa Comunista”, característico de la corriente bordiguista. La vida de la organización se parece a una colmena. El Programa reemplaza a la reina. De este programa se derivan los principios y las tácticas que las tropas aplican. De este modo, el fraccionismo se convierte en una necesidad cuando la mayoría se desvía del Programa, o en una desviación cuando es una minoría la que se aleja de él. La existencia de un cierto funcionamiento democrático se convierte entonces, en el mejor de los casos, en un remedio para salir del paso y en el peor, en una traición de los principios intangibles, siendo únicamente una minoría de individuos, o incluso uno solo, capaz de saber lo que puede entrar en el Programa y lo que se aleja de él.¹

¹ De esta manera es como en 1952 el P.C.I. de Italia (el partido bordiguista) cambió completamente su posición sobre los sindicatos por la simple exhortación de Bordiga y sin ninguna clase de discusión: “...se debe rechazar categóricamente toda perspectiva de rectificación del sindicato, toda táctica tendente a la “conquista” de sus órganos centrales o locales, toda participación en la dirección de las comisiones internas y organismos sindicales en general. La clase obrera, en el transcurso de su ataque revolucionario, deberá destruir el sindicato como uno de los mecanismos más sensibles de la dominación de clase del capitalismo”. (Declaración del C.E. del P.C.I., Battaglia Comunista nº 19, 3-10 de junio de 1948).

Más generalmente, el culto del “centralismo” no ha sido nunca, en el seno de las organizaciones que lo practican, más que un medio de disimular el contenido contrarrevolucionario de sus posiciones y de hacer tragar toda la quina a sus militantes.

En esto, está ligado íntimamente a las concepciones más generales sobre la forma Partido. Estando llamado el Partido a tomar en el futuro el poder en un primer momento y a administrar el Estado después, se necesita una preparación de las tropas, un control político de los militantes que sólo el centralismo es capaz de operar.

2- Rechazo del federalismo

El federalismo, predicado por los anarquistas y ciertos “ultra-izquierdas”, desemboca, paralelamente al abandono de todo rigor político, en un tipo de funcionamiento que no tiene nada que envidiar al de los hipercentralistas. A las direcciones confirmadas de los centralistas, sean elegidas o autoproclamadas, corresponden aquí las direcciones ocultas en que pululan toda suerte de arribistas.²

La ausencia de tomas de posición imperativas por la organización como la inconsecuencia de las relaciones entre tendencias, desemboca en una irresponsabilidad generalizada en que los más mañosos (los pocos individuos que controlan la prensa³ y los contactos con el exterior) salen del apuro.

En cuanto a aquellos que llevan más allá la lógica antiorganizativa, se encierran en los “grupos-no-grupos” y otros “grupos-anhelantes”, se cortan de toda posibilidad de llegar a posiciones teóricas sólidas y a una intervención revolucionaria concertada y responsable.

“...desde el momento en que, en un organismo sindical dado, la relación numérica concreta entre los miembros del partido y sus simpatizantes, por un lado, y los sindicatos, del otro, sea favorable, y si en este organismo existe una última posibilidad, virtual o estatutaria, de actividad autónoma de clase, el partido desarrollará la penetración e intentará la conquista de la dirección de este organismo”. (Bases para la organización, Bordiga, 1952).

² “La prohibición teórica se expresa, en el plano organizativo, por la presencia de una burocracia, a escala de la federación y a escala de los grupos. La legalidad no encubre jamás más que un poder establecido. Esta “cobertura legal” se ha descubierto así como el instrumento de un poder oculto cuando éste ha sido atacado por una verdad “ilegal”... Se llega a la paradoja, en el seno de un movimiento “anarquista”, de una federación de jefecillos en que cualquiera que se sienta apto para ejercer una autoridad en el marco de una burocracia de hecho, puede desarrollarse libremente. Los jefecillos tienen sus hombres de confianza. El reclutamiento en ambiente anarquista se diferencia de manera muy clara: los que no se quedan y aquellos cuya naturaleza individualista autoritaria, exasperada por un anarquismo mal digerido, encuentra “por casualidad” y a breve plazo materia de autoridad. Hombres de confianza primero (burocracia a escala de los grupos), jefecillos después (burocracia a escala de la federación). El plazo es tanto más breve cuanto que se trata a lo sumo de coger una silla”. (Prolegómenos a un primer manifiesto para una internacional anarquista, Grupo Libertario de Ménilmontant, mayo de 1967).

³ “El periódico... es el garante del equilibrio deseado por el Congreso de fundación de la Federación Anarquista. Por tanto, debe conservar su carácter de representación de las tres corrientes de pensamiento del Movimiento.

Se trata entonces de una dosificación que sólo los militantes sagaces pueden realizar. Por otro lado, esto necesita un trabajo práctico y un trabajo de redacción que requiere gente competente. Por tanto, hay que tocar su armadura con precaución...

La anarquía consiste precisamente en elegir para los militantes las tareas que son capaces de realizar, a condición de que estas tareas sean puestas en pie de igualdad para todos.

Pegar un cartel, distribuir una octavilla, hacer un artículo o pronunciar un discurso son tareas de igual valor. A partir del momento en que ya no existe la competencia es cuando cada uno hace aquello para lo que la naturaleza le destina mejor...

En verdad, el hombre, por sus caracteres biológicos, es apto para ciertos trabajos inadecuados para otros y la anarquía consiste justamente en encontrarle un lugar en la colectividad que le permita desarrollarse al máximo...

Pero ¿a qué obedece el hecho de que tan pronto han entrado en nuestros ambientes, algunos jóvenes reclamen como un derecho puestos “nobles”, funciones “nobles”?

(Maurice Joyeux, La Hidra de Lerna, 1967).

Esto no puede conducir finalmente más que al repliegue en el “basismo” y las “luchas parciales”, que llevan al oportunismo y al frentismo en todas sus formas, o bien simplemente, a la desaparición.

Globalmente, la experiencia ha demostrado que “centralismo” (democrático u orgánico) o “federalismo” acaban en las mismas posibilidades de dirigismo y de substitutismo (oculto o reconocido en la persona de un Comité Central o de un Secretario General) por parte de los intelectuales y/o de los “teóricos”. Son, pues, tipos de funcionamiento en contradicción con las aspiraciones de una organización comunista⁴. De esta constatación se deriva la necesidad de la “expresión permanente de las tendencias y centralización de las decisiones”⁵. A partir de ahí conviene ahora ir más lejos.

3- Centralización y expresión de tendencias

Hoy, antes de que el desarrollo de reacciones revolucionarias frente a la crisis sea suficientemente significativo en el seno de la clase obrera, está fuera de lugar lanzarse a “menús” organizativos (estatutos u otros) equivalentes, en el ámbito de la “organización”, a lo que es el “Programa” en el ámbito de los principios. Sin embargo, esta relativización de los grupos revolucionarios actuales no implica en absoluto la ausencia de compromiso militante y de responsabilidad organizativa. Muy al contrario, el hecho de poder asumir las tareas de una organización revolucionaria en el futuro se prepara desde hoy. A este propósito, se pueden trazar algunas grandes líneas:

a) la expresión de las tendencias que, como productos inevitables de la complejidad del proceso revolucionario, son participaciones en el esfuerzo de clarificación política en el seno de la organización, incluso si a veces se revelan como trabas. La tendencia debe ser concebida de manera política y organizada, y no en términos de reflejo individualista. Puede tener divergencias sobre las perspectivas y las situaciones concretas, pero su existencia debe ser conciliable con la plataforma de la organización. Las posiciones de principio contenidas en ésta no constituyen un Programa y por tanto pueden ser discutidas, criticadas o puestas en tela de juicio si se considera que el movimiento del proletariado y situaciones nuevas hacen necesaria su superación. Estas posiciones no dejan de constituir

⁴ “El crecimiento de la organización en esta dirección rechazará cada vez más a un segundo plano la lucha entre lo que se llama el centralismo y el federalismo. Desde el punto de vista de la A.A.U. (Unión General de los Trabajadores), la polémica en torno a estos dos principios, de estas dos formas de organización, se convertirá en una disputa de palabras huecas. Evidentemente, hay que comprender estos términos según el significado que han tenido hasta el presente y no darles ningún sentido nuevo.

Nosotros entendemos por centralismo la forma que, por voluntad de unos pocos, maneja las masas a su antojo y las sojuzga. Para la A.A.U., se trata del demonio que hay que exterminar. Es antisocial. El federalismo es su antagonista, pero su antagonista sobre la base del mismo sistema económico. Es la soberanía, la cabezonería obstinada del individuo (o de la empresa, o de la región, o de la nación) tomado en sí mismo. Es igualmente antisocial y se le debe combatir otro tanto.

Estas dos formas se desarrollaron progresivamente en los siglos pasados. El federalismo venció en la Edad Media, el centralismo durante el período del capitalismo avanzado.

La simpatía por el federalismo reposa simplemente en el hecho de que, viendo en él la negación del centralismo, se supone que aportaría la liberación y el paraíso. Este deseo de federalismo conduce a una caricatura de autonomía (derecho de autodeterminación). Se cree actuar de modo social y proletario cuando se atribuye a cada región, a cada lugar (se debería hacerlo también para cada persona) la autonomía en todos los dominios.

De hecho, no se hace más que abolir el imperio para reemplazarlo por una cantidad de pequeños principados. Por todas partes surgen reyezuelos (funcionarios) que gobiernan, por su parte, de modo “centralizado” a una fracción de los adherentes como si fuesen su propiedad: de ello se sigue una dislocación y una ruina general.

El centralismo y el federalismo son ambas formas de expresión burguesas. Siendo el centralismo más de carácter gran burgués y el federalismo, pequeño burgués. Ambos son antiproletarios y obstaculizan la pureza de la lucha de clase”. (Líneas de orientación de la A.A.U.D. Tesis presentadas en la 3ª conferencia de la A.A.U.D., diciembre de 1920).

⁵ Cf. Plataforma por una INTERVENCIÓN COMUNISTA.

la base de unificación teórica y práctica de todos los militantes en tanto no se juzgue necesaria esta superación.

Una tendencia puede exigir que se hagan públicas sus divergencias si lo considera necesario políticamente.

Toda concepción relativa al derecho de tendencia implica que éste es un derecho permanente. Es inseparable, por tanto, del rechazo de los “Congresos”, tales como pueden existir en los partidos, único momento de la vida de estas organizaciones en que las tendencias se expresan efectivamente.

En el caso de desacuerdos graves, que ponen en entredicho la unidad teórico-práctica de la organización, la tendencia puede convertirse en fracción (bases organizativas y de propaganda propias) si el análisis de las condiciones concretas reclama perspectivas de acción inmediatas que la mayoría de la organización no quiere tomar, y le impone hacer pasar directamente sus consignas en el seno de la organización y del proletariado. Entonces se convierte en una fracción distinta de una organización a la cual continúa adherida. La existencia de una fracción, que encubre una grave crisis, termina lógicamente ya sea en una superación de esta crisis, ya sea en una ruptura organizativa.

b) La organización no es ni simple “organización de las tareas” de intervención, ni simple suma de las conciencias políticas de sus miembros (¡o de los considerados como más avanzados...!). Si la coherencia relativa de estas conciencias individuales encuentra su expresión principal en una plataforma política, implica igualmente evitar al máximo la especialización por medio de medidas prácticas tales como la rotación de las tareas. Asimismo, si la responsabilidad de ciertas actividades puede ser delegada, por un tiempo determinado, en uno o varios militantes (comisión), es siempre bajo el control de la colectividad. Especialmente hay que rechazar toda división entre tareas teóricas y prácticas, entre “decisión” y “ejecución”, etc. Hay que rechazar de igual modo toda estructura que se coloque por encima de la colectividad organizada: comité central o ejecutivo, buró político, etc., que son del dominio exclusivo de la contrarrevolución. Esto implica una verdadera centralización de las decisiones, es decir, la toma de éstas por mayoría después de un debate del conjunto de los militantes. La armonía entre la centralización y la expresión de tendencias debe plasmarse en la difusión más amplia posible, tanto en el seno del proletariado como de la organización, de los debates y resoluciones contradictorias votadas por ésta.

c) El compromiso militante, conciencia clara y voluntad de la necesidad de la intervención política, no tiene nada que ver con el ultraactivismo izquierdista o el diletantismo espontaneísta. Está ligado a la comprensión de un proceso social que se sitúa de una vez a escala histórica. Implica:

- que cada militante se comprometa a participar, en función de sus posibilidades, en el conjunto de las actividades de la organización, teóricas y prácticas. Esta participación no constituye sino un mínimo, conduciéndole el comportamiento consciente del militante de un modo natural a iniciativas, proposiciones y a la búsqueda de una clarificación política cada vez más acrecentada;

- que defienda, en todas partes donde pueda, las posiciones elaboradas colectivamente;

- que no comprometa a la organización independientemente de las decisiones tomadas colectivamente por el conjunto de los militantes.

Más allá de las necesidades formales definidas anteriormente, es, ante todo, gracias al nivel de compromiso de cada militante como puede llevarse a cabo la responsabilidad organizativa. En efecto, ninguna regla, ni siquiera la más discutida y elaborada, podrá reemplazar jamás la pasión revolucionaria, que es la única que puede establecer una

coherencia, a prueba de las presiones del sistema, entre lo individual y lo colectivo, entre el militante y la organización.

“Evidentemente, si en una organización se deja a unos pocos todo el trabajo y todas las responsabilidades, si se aguanta lo que hacen algunos sin poner manos a la obra e intentar hacerlo mejor, estos “pocos” acabarán por sustituir la voluntad de la colectividad por la suya propia, aun cuando no quieran. Si en una organización no se preocupan todos los miembros de pensar, de querer comprender, de hacerse explicar lo que no entienden, de ejercer sobre todo y sobre todos sus facultades críticas, y dejan a unos pocos la responsabilidad de pensar por todos, estos “pocos” serán los jefes, las cabezas pensantes y dirigentes”.

MALATESTA L'Agitazione de Ancona, 11-7-1897 (Artículos políticos, 10-18)

LA PRUEBA DE LOS HECHOS tras la 2ª guerra mundial

Está claro que la reactivación de mayo del 68 y las luchas que aparecieron después a escala internacional (Italia, España, Bélgica, Polonia, Inglaterra...) influyeron en la voluntad de clarificación de los revolucionarios sobre el problema de la organización y sobre las posibilidades mismas de esta clarificación. La multiplicación de los grupos que se colocaban en un “territorio consejista” podía aparecer como un campo fértil para ella. Desgraciada-mente, el peso de las ideas del pasado sobre el cerebro de los vivos iba generalmente a ser más eficaz que la aptitud para efectuar una crítica radical de éstas. Por esta razón es necesario un breve retorno al pasado para comprender los estragos que todavía pueden hacer algunas de estas viejas ideas en lo sucesivo. Para esto, nos limitaremos a una ojeada sobre los grupos franceses, pues las mismas corrientes se encuentran en otras partes, a excepción de algunos particularismos locales. Podrán aparecer algunas lagunas, ya sea por olvido de nuestra parte, o bien a causa de la dificultad de acceso a ciertos textos de posguerra (por ejemplo, falta un análisis de las posiciones de la Unión de los Comunistas Internacionalistas). Precisemos, por otro lado, que no se encontrará aquí un estudio histórico de estos grupos, ya que queda fuera de nuestro propósito. Nos limitaremos a delinear las grandes corrientes presentes sobre la cuestión de la organización y a intentar extraer la influencia que hayan podido tener.

1- VIAJE AL PAÍS DEL HILO HISTÓRICO

Toda búsqueda de una estricta filiación entre los grupos de antes y después de la guerra y aquellos que aparecerán a partir del 68, pertenece al dominio de la pura fantasía. Entre los militantes de los grupos anteriores a la IIª guerra mundial (Unión Comunista, Bilan...), al menos entre aquellos que no habrán sido desmoralizados ni liquidados, política o físicamente, algunos se encontrarán en la Fracción Francesa de la Izquierda Comunista (F.F.G.C., que publicaba l'Étincelle – la Chispa – y después l'Internationaliste) de la que sale en el 45 la Izquierda Comunista de Francia (G.C.F., que publicaba Internationalisme). Militantes salidos de estas dos “matrices” se encontrarán a continuación en “Socialisme ou Barbarie”, etc. La misma “filiación” inicial conducirá ¡tanto al ultra-leninismo del Partido

Comunista Internacional (Programa Comunista) como al obrerismo de Información y Correspondencia Obreras! Nos contentaremos, pues, con extraer los aportes, positivos o negativos, de las principales corrientes anteriores al 68, sin buscar en ellas una pseudocontinuidad

1.1. La “Izquierda Comunista”

En el difícil período posterior a la “liberación”, se encuentran posiciones que rompen con la contra-revolución tanto en l’Internationaliste (F.F.G.C.) como en Internationalisme (G.C.F.)¹: antisindicalismo, anti-electoralismo, análisis de la decadencia capitalista, etc. Esta clarificación teórica va acompañada de una voluntad de acción práctica que se plasmará en la intervención de estas tendencias cuando la huelga de Renault en 1947². Se puede observar, a este propósito, los esfuerzos de l’Inter-nationaliste en el sentido de la organización autónoma del proletariado: llamamiento a la constitución de grupos de trabajadores fuera y contra los sindicatos, crítica radical de los “enderezadores de la C.G.T.” y otros “sindicalistas revolucionarios”... Pero en lo concerniente a las formas y funciones de la organización de los revolucionarios, tanto la F.F.G.C. como la G.C.F. siguen estando totalmente ligadas a las visiones partidistas del antiguo movimiento obrero. Su divergencia se resumirá finalmente en saber si había que constituir “el Partido” enseguida o más tarde. Efectivamente, si la G.C.F. critica el intento voluntarista de la F.F.G.C. tendente a constituirse en partido en plena contrarrevolución, es la oportunidad de tal intento lo que es rechazado, y no su principio. La incapacidad de estos dos grupos para llegar a una ruptura revolucionaria sobre esta cuestión, se confirmará por sus tristes finales: L’Internationaliste, después de haberse fundido en el P.C.I. de Italia, realizará, bajo la presión de Bordiga, una involución contrarrevolucionaria que le conduce a abandonar todas sus experiencias anteriores³, mientras que Internationalisme, frente a la guerra de Corea teorizada como anuncio de la III guerra mundial, ¡se disolverá para poner los “cuadros del proletariado” a salvo!

1.2. Los hijos rebeldes del profeta

De la Internacional trotskista es de donde saldrán una buena parte de los militantes que iban a influir en la “nueva ola” ultra-izquierda de los años 60.

Tras la guerra, está primeramente el grupo “Fomento Obrero Revolucionario”⁴, salido de la sección española de la IV Internacional (bolchevique-leninistas, a no confundir con el POUM, que jamás fue reconocido por Trotsky) ennoblecida durante la guerra por su apoyo a los insurrectos de mayo del 37 junto a los Amigos de Durruti. El grupo tuvo una cierta influencia en Francia, sobre todo gracias a la presencia en su seno del poeta Benjamin Perret. Su aporte político puede compararse al de las dos corrientes de la “izquierda”. Si fue notable en puntos como los sindicatos o la naturaleza de la URSS⁵, sigue siendo poco más o menos nulo en lo concerniente a la organización, en relación con

¹ Cf. Sobre el reagrupamiento de los revolucionarios, Joven Topo nº 18.

² Internationalisme nº 22 (consagrado a la huelga de Renault), reedición por el ex-Viejo Topo. “Después de la huelga de Renault. Una gran experiencia de la que hay que sacar lecciones” en L’Internationaliste, junio-julio de 1947, reproducido en Joven Topo nº 22.

³ “Todos los documentos que se pueden esperar del PCI de Italia no tendrán por objetivo más que demostrar la intangibilidad del criterio Partido; todos los juicios sobre los movimientos obreros, todas las perspectivas-programas tendrán un solo eje, el partido; donde está el partido, allí está la revolución y el socialismo.

Nuestra perspectiva propia no es esperar la progresión de este lado, ni el esclarecimiento de los problemas que todos se plantean, incluso si a veces condenan su manera de plantearlos. Los bordiguistas preferirán hacer un revisionismo retrógrado o renegar el pasado de su propio movimiento”.

P. Lastéade, Carta de ruptura con el bordiguismo (1949), Joven Topo nº 18.

⁴ Cf. “Por un segundo manifiesto comunista” (Ed. Losfeld, 1965). J. Roussel: “Los hijos del profeta” (Spartacus, B 44, 1972). El F.O.R. tiene hoy una sección francesa que publica la revista “Alarme”.

⁵ Ver: G. Munis, “Partido-Estado, Estalinismo, Revolución” (Spartacus, B 62, 1975).

la cual jamás fue roto verdaderamente el cordón umbilical del leninismo⁶. Más aún, este grupo continúa reclamándose de una filiación, no sólo de las “tres internacionales”, sino igualmente de la IV Internacional trotskista, a la que simplemente reprocha el renegar “ostensiblemente de la tarea revolucionaria que estuvo en el origen de su fundación” (Por un segundo manifiesto comunista, p. 58).

Igualmente, es de la IV Internacional de donde se desgaja el grupo Socialismo o Barbarie en 1948, aunque en sus filas se encuentren militantes salidos de L’Internationaliste y de Internationalisme. Al principio, el grupo cuestionaba principalmente el carácter “obrero” del Estado ruso (sobre posiciones menos claras que las anteriores del F.O.R.) y, por tanto, la defensa incondicional de éste.

Es difícil presentar una exposición de las tesis de S o B (Socialismo o Barbarie) sobre la organización teniendo en cuenta, por un lado, la evolución del grupo desde su nacimiento en el PCI hasta su desaparición en 1965 y, por otro, las divergencias, importantes a veces, sobre esta cuestión, yendo de posiciones neo-leninistas a la negación del partido, y esto, desde los primeros años de la revista⁷. Si para una buena parte de S o B es necesaria una nueva organización revolucionaria cuya tarea no es dirigir la lucha sino ayudar a los trabajadores en sus luchas autónomas, por medio del análisis y la información, esta posición no aparece siempre evidente para una parte de los miembros del grupo. La crítica de los viejos partidos está limitada de hecho muy frecuentemente al “fenómeno burocrático”, sin caer, no obstante, en la visión trotskista de los “malos dirigentes”: “Nosotros descubríamos en éstas (las organizaciones francesas, Nota de Joven Topo) algo distinto a malas direcciones cuyos errores habría habido que corregir o cuyas traiciones denunciar; descubríamos que participaban en el sistema de explotación en tanto que formas de encuadramiento de la fuerza de trabajo” (C. Lefort, S o B nº 26).

Esto no impidió la persistencia de tendencias substitutionistas en S o B. Éstas se transparentan especialmente en los textos de Chaulieu-Cardan-Castoriadis. Así, en su correspondencia con A. Pannekoek, escribe: “¿...qué deberá hacer (una vanguardia minoritaria, NDJT) si, representado el 45% de los Consejos, se entera de que un partido neo-estalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No deberá procurar apoderarse de él inmediatamente?”. Cómo asombrarse entonces del juicio que hacía Pannekoek sobre S o B: “no se han liberado del “virus” bolchevique inoculado por Trotsky, de “la vanguardia” y del partido revolucionario que debe hacer la revolución o tomar su dirección...”⁸. Las contradicciones internas del grupo, entre otras cosas sobre la organización, así como su confusión creciente, debían conducir a varias escisiones antes de su disolución final.

En 1958, el ala consejista del grupo abandona S o B para participar en ILO (Informations et Liaisons Ouvrières) (Informaciones y Conexiones Obreras). Consideran, como C. Lefort, que todo partido es un organismo artificial, “es decir, fabricado fuera del

⁶ “Más que nunca, “la crisis de la humanidad es una crisis de dirección revolucionaria”, como decía León Trotsky”. Por un segundo manifiesto comunista, página 9.

⁷ Cf. especialmente:

- el partido revolucionario (S o B nº 2, 1949)
- Chaulieu: La dirección proletaria (S o B nº 10, 1952)
- Montal (Lefort): El proletariado y el problema de la dirección revolucionaria (S o B nº 10, 1952)
- Lefort: Organización y partido (S o B nº 26, 1958)
- Cardan: Proletariado y organización (S o B nº 27 y 28, 1959)

Los textos de Chaulieu-Cardan-Castoriadis están recogidos en “La experiencia del movimiento obrero” (10/18)

Los de Lefort en “Elementos de una crítica de la burocracia” (Droz).

⁸ Una correspondencia entre A. Pannekoek y P. Chaulieu, en Cuadernos del Comunismo de Consejos nº 8 (mayo de 1971), introducida por Cajo Brendel. La correspondencia está recogida en “La experiencia del movimiento obrero” (10/18).

proletariado”, y preconizan un trabajo de conexión entre “los múltiples núcleos de militantes que organizan libremente su actividad”. En 1960 ILO se transforma en ICO (Informations et Correspondances Ouvrières). El “grupo” se caracteriza desde el primer momento por una actitud que entra en contradicción con toda posibilidad de una intervención revolucionaria. Aun queriendo esforzarse en dar a conocer las luchas espontáneas de los trabajadores, ICO se abstiene de toda intervención organizada, contentándose los participantes en la revista con informarse mutuamente, y eventualmente intervenir de modo individual en su lugar de trabajo. Las consecuencias de esta concepción aparecerán rápidamente durante y después del 68.

En 1959 es Poder Obrero el que se escinde de S o B (Socialismo o Barbarie). Si esta tendencia, que se volverá a encontrar después en los Cuadernos de Mayo, en la Izquierda Marxista y en cierta medida en Combate Por la Autonomía Obrera, representa entonces un reflejo sano en relación con las elucubraciones modernistas de un Cardan, sigue siendo muy tradicional en lo concerniente al partido.

1.3. La Internacional situacionista

Orientada sobre todo hacia la crítica artística en el momento de su fundación en 1957, la I.S. presenta un interés esencialmente en los años que preceden al 68 (tras la exclusión de los “artistas”). En este período, la I.S. mantiene una posición sobre la organización muy marxista, de un partido teórico que representa el más alto nivel de conciencia revolucionaria (en cierta manera, el “partido Debord” en lugar del “partido Marx”). La teorización de esta cuestión no será efectuada de hecho sino bastante tardíamente en la Definición Minimum de las Organizaciones Revolucionarias (I.S. nº 11), adoptada por la 7ª Conferencia de la I.S. y que será una de las biblias del consejismo después de mayo del 68 y en los Preliminares sobre los consejos y la organización consejista (I.S. nº 12). Ahí se encuentra una visión general próxima a la de Otto Rühle y de la A.A.U.E. (E por Unitaria): perspectiva general justa (“el único fin de una organización revolucionaria es la abolición de las clases existentes por una vía que no entrañe una nueva división de la sociedad, nosotros calificamos de revolucionaria toda organización que persigue consecuentemente la realización internacional del poder absoluto de los Consejos Obreros tal como ha sido esbozado por la experiencia de las revoluciones proletarias de este siglo...”), pero confusión entre la organización de los revolucionarios y los primeros jalones hacia la organización autónoma de la clase. Esta confusión se encuentra, por ejemplo, en la voluntad de exigir que los grupos revolucionarios comprendan un mínimo “estatutario” de obreros⁹. Esta voluntad, que desplazaba totalmente el problema, no conocerá ciertamente su puesta en aplicación.

1.4. Los “anarquistas críticos”

En el ámbito de las rupturas frente al anarquismo tradicional, es decir, hasta el 68, el grupo Noir et Rouge (Negro y Rojo) principalmente, se asiste a la misma dificultad de romper con el antiguo movimiento que entre los marxistas. Si se critica y rechaza el funcionamiento y el fetichismo organizativo de la Federación Anarquista, no se establece la conexión entre este funcionamiento burocrático y la concepción federalista a la que estos compañeros seguirán ligados: “Hay que ir a la búsqueda y a la práctica de la organización revolucionaria flexible, no exclusiva, en la que efectivamente serán practicados y estarán vivos la autonomía de los grupos y el agrupamiento de los esfuerzos de tipo federalista, la

⁹ René Riesel: Preliminares sobre los consejos y la organización consejista, Internacional Situacionista nº 12, página 64.

formación de los individuos y la responsabilidad y el control colectivo” (N et R nº 41, mayo de 1968). No comprenderán, por tanto, que la ausencia de responsabilidades y de control colectivo no es el producto de una mala aplicación del federalismo, sino muy al contrario, de la aplicación de éste.

LA PRUEBA DE LOS HECHOS tras la 2ª guerra mundial (continuación)

Se ha convertido en banal decir que todos los aparatos políticos fueron superados por la erupción de mayo del 68. Lo mismo ocurrió de hecho con los mini-aparatos de la ultra-izquierda... ¡o lo que quedaba de ellos!

2. 1968 Y LOS AÑOS SIGUIENTES

Algunas cabezas pensantes de los grupos de la posguerra desembarcaron, con algunos retrasos, en un Barrio Latino poco ávido de sus preciosos consejos. Su “contribución” apenas superó el nivel de la pequeña historia más o menos folklórica. Se vio a aquellos que pretenderán más tarde haber sido los únicos en “comprender mayo” intentar hacerse reconocer por los situacionistas o buscar la compañía de D. Cohn Bendit. Globalmente, los grupos de ultra-izquierda jugarán en el 68 un papel directo muy flojo, incluso si algunos elementos influidos por ellos pudieron influir a su vez en el contenido “ideológico” del movimiento. Basta volver a leer los textos de la época para darse cuenta de estos límites (Cf., por ejemplo, la octavilla de la I.S.-C.M.D.O. del 22 de mayo reproducida aquí, con su llamamiento al “control obrero” y cuya ideología autogestionaria salta a la vista).

POR EL PODER DE LOS CONSEJOS OBREROS

En diez días, no sólo cientos de fábricas han sido ocupadas por los obreros y una huelga general espontánea ha interrumpido casi totalmente la actividad del país, sino que también diferentes edificios pertenecientes al Estado son ocupados por comités de hecho que se han adueñado de su gestión. Ante semejante situación, que en ningún caso puede durar, sino que tiene la alternativa de extenderse o desaparecer (represión o negociación liquidadora), todas las viejas ideas son barridas, todas las hipótesis radicales sobre el retorno del movimiento revolucionario proletario son confirmadas. El hecho de que todo el movimiento haya sido desencadenado realmente, hace unos cinco meses, por media docena de revolucionarios del grupo de los “rabiosos”, indica tanto mejor hasta qué punto estaban ya presentes las condiciones objetivas. A partir de ahora el ejemplo francés ha resonado más allá de las fronteras y hace resurgir el inter-nacionalismo, indisociable de las revoluciones de nuestro siglo.

La lucha fundamental hoy está entre la masa de los trabajadores, que no tiene directamente la palabra, por un lado, y por el otro, las burocracias políticas y sindicales de izquierda que controlan las puertas de las fábricas y el derecho a tratar en nombre de los ocupantes, aun cuando lo hacen partiendo sólo del 14% de afiliados con que cuenta la población activa. Estas burocracias no eran organizaciones obreras venidas a menos y traidoras, sino un mecanismo de integración en la sociedad capitalista. En la crisis actual son la protección principal del capitalismo conmocionado.

El gaullismo puede tratar, esencialmente con el P.C.-C.G.T. (aunque sea indirectamente) sobre la desmovilización de los obreros, a cambio de ventajas económicas: en este caso se reprimiría a las corrientes radicales. El poder puede pasar a “la izquierda”, que hará la misma política, aunque a partir de una posición más debilitada. Se puede también

intentar la represión por la fuerza. Finalmente, los obreros pueden rehacerse, hablando por sí mismos, y tomando conciencia de reivindicaciones que estén al nivel del radicalismo de las formas de lucha que ya han puesto en práctica. Un proceso así conduciría a la formación de Consejos de trabajadores que deciden democráticamente por la base, se federan a través de delegados revocables en todo momento, y que se convierten en el único poder deliberativo y ejecutivo en todo el país.

¿En que medida la prolongación de la situación actual contiene una perspectiva semejante? Quizá dentro de unos días la obligación de volver a poner en marcha ciertos sectores de la economía, bajo el control obrero, puede echar las bases de este nuevo poder, que todo lleva a desbordar a los sindicatos y partidos existentes. Habrá que poner otra vez en marcha los ferrocarriles y las imprentas, para las necesidades de la lucha obrera. Será necesario que las nuevas autoridades de hecho requisen y distribuyan los víveres. Quizá se necesite que la moneda que se debilita sea reemplazada por bonos que empeñan el futuro de estas nuevas autoridades. En un proceso práctico así es donde puede imponerse la conciencia de la voluntad profunda del proletariado, la conciencia de clase que se apodera de la historia y que realiza para todos los trabajadores la dominación de todos los aspectos de su propia vida.

París, 22 de mayo de 1968

CONSEJO PARA EL MANTENIMIENTO DE LAS OCUPACIONES

Frente a las exigencias del movimiento, toda clarificación sobre el problema de la organización pasaba entonces por la capacidad de la débil minoría revolucionaria para contribuir a la autoorganización de la clase obrera contra los partidos y los sindicatos. En este marco, el hecho más interesante fue la intervención de elementos comunistas (G.L.A.T., El Viejo Topo...) en el Comité de Acción Trabajadores-Estudiantes del Centro Censier y el Comité Inter-Empresas que agrupaba a los Comités de acción o de Base de varias empresas, a imagen de los Comités de Base de Rhône-Poulenc en Vitry¹.

Con la recaída del movimiento (especialmente en Francia), la desaparición de los Comités de Acción como resultado, la proliferación de los confusionismos políticos de toda especie (encarnándose en el izquierdismo), se imponía a los revolucionarios la necesidad de una clarificación teórica, en particular sobre la organización. De hecho, frente al sentimiento de aislamiento que sucedió a este período de lucha intensa, la mayoría de los grupos se encontraron en I.C.O., sin que esto implique por su parte una concepción del agrupamiento de los revolucionarios en un proceso que incluyese clarificación teórica y colaboración práctica. Las pocas aportaciones de este período son las del grupo Revolución Internacional (salido del Comité de Acción estudiante de Tolosa), que teorizaba la necesidad de una organización propia de los revolucionarios, aun rechazando la denominación partido² y las del G.L.A.T. (uno de los pocos grupos anteriores al 68 que

¹ Cf. Actualidad de Mayo del 68 (Joven Topo 20 y 21).

² Aunque este rechazo parece haber tenido, en parte, un aspecto táctico de adaptación a la ola consejista de la época. Otros textos muestran que si los teóricos de este grupo habían leído ciertamente a Pannekoek, era con las gafas de Lenin. Así, en la crítica hecha por R.I. en 1970 al G.L.A.T.: “Por otro lado, si consideramos que la tarea esencial de la organización revolucionaria es favorecer la toma de conciencia del proletariado, creemos que aquella será llamada a jugar un papel decisivo en el momento del ataque armado contra el Estado burgués: especialmente, deberán ser objeto de un cuidado muy particular por parte de los revolucionarios la elección del momento en que deberá llevarse a cabo este ataque y la solución a los diferentes problemas de táctica que conllevará, aun si es evidente que su apreciación de la situación deberá someterse a la aprobación de los órganos del doble poder proletario para que puedan llevarse efectivamente a la acción (...)

Si el término “directivista” nos parece discutible es porque pensamos que la organización revolucionaria ejercerá una cierta forma de dirección de carácter ideológico (aunque lo niegue)... La aprobación por éstos (los consejos obreros, NDJT) de las propuestas presentadas por la organización revolucionaria permitirá,

“aguantó el golpe”). La crítica de la “inexistencia de I.C.O.” acompañando al apaciguamiento de la euforia unitaria posterior a mayo, va a conducir al desgajamiento de varias corrientes.

2.1. La organización de las tareas, o la cabeza y las piernas

En esta concepción no existe verdadera base política de unificación (plataforma), imponiéndose progresivamente los problemas estrictamente técnicos (o “militares”) a los problemas políticos. Así, aparte de las actividades puntuales que se suceden mecánicamente, la organización, o lo que hace las veces, es percibida de manera “exterior a sí misma”, es una “cosa” a la que uno se suma de vez en cuando. Esta concepción, que reposa sobre la separación entre la teoría y la intervención, es la pareja “activista” de las concepciones estilo ICO que no se manifiestan más que a través de análisis o informaciones. La organización se asimila finalmente a “una multicopista, una cabeza y piernas”. Esta visión se encuentra en ciertos grupos después del 68 (El Viejo Topo, El Movimiento Comunista...) en grados diversos. Si el fracaso de esta concepción es patente, hay que precisar que sus defensores estuvieron entre los únicos que llevaron a cabo una intervención revolucionaria al final de los años 60 y principios de los 70.

Por otro lado, esta intervención va acompañada de críticas radicales de “la teoría leninista del partido” que “se deriva lógicamente de su concepción de la teoría y de sus relaciones con el movimiento espontáneo de la clase”. “Así, toda teoría que deja de ser la teoría del movimiento real de la historia, por tanto, en nuestra época, del desarrollo de la sociedad capitalista y de la lucha de la clase obrera contra el Capital, degenera ipso facto en ideología y expresa intereses opuestos, o cuando menos extraños, al proletariado” (...) “este análisis es la piedra de toque que permitirá descubrir el oro de la teoría revolucionaria entre las diversas mercancías ideológicas `propuestas para el consumo de las masas”³.

Por el contrario, hay que añadir al pasivo de esta corriente el que estuviese marcada frecuentemente por tendencias notables al programismo, marcando éste su dificultad para romper realmente con el bordiguismo y su concepción del “Partido de Clase”. Su influencia se encontrará mezclada con otras (por ejemplo, situacionistas) en grupos (?) como “Los amigos de 4 millones de Jóvenes trabajadores”, “La Guerra Social”...

2.2. La organización de teóricos o “el esqueleto del futuro partido”

Esta concepción podía parecer, a primera vista, que presentaba la ventaja de no trazar un rasgo sobre la necesaria clarificación teórica y sobre la homogeneización de la organización. De hecho, tras ella se disimula la ideología de “la organización-laboratorio” u “organización memoria”, proponiéndose como meta efectuar – exteriormente a toda lucha real - la síntesis de las experiencias proletarias. Esta visión idealista fue típica de la agrupación realizada a principios de los años 70 entre Revolución Internacional, los Cuadernos del Comunismo de Consejos y la Organización Consejista, desembocando rápidamente en la desaparición del aporte inicial ya señalado (no figurando, por lo demás, re-introducción del Partido en la plataforma de unificación del 72, y de todas sus consecuencias contrarrevolucionarias), para caer al fin en una variante ultra-izquierda del izquierdismo.

pues, decir que ésta constituye una “dirección espiritual de la clase”, aun cuando no disponga de ningún medio de coerción para imponer sus concepciones”.

Reproducido en Lucha de Clase, noviembre de 1970.

³ Pierre Guillaume: “Ideología y lucha de clases”, apéndice a Karl Kautsky: “Las tres fuentes del marxismo” (Spartacus). En la misma obra, el texto de Jean Barrot “El “renegado” Kautsky y su discípulo Lenin, aunque interesante, introduce de nuevo parcialmente por la ventana el bolchevismo que había expulsado anteriormente por la puerta.

Una visión que se puede ligar a la misma concepción general puede encontrarse igualmente en el grupo F.O.R. ya citado⁴.

3. LA EVOLUCIÓN PROPIA DEL P.I.C. (1974-8...)

Por lo que precede se comprende que la incapacidad de la ultra-izquierda para profundizar de modo duradero, tras el 68, en una concepción revolucionaria de la organización, estaba ligada profundamente a la visión que tenía del contenido y de los límites de su contribución a las luchas de clase o, en otros términos, a la intervención de los revolucionarios. Esto explica por qué fue sobre todo como reacción a esta carencia en materia de intervención como iba a constituirse el PIC (Por una Intervención Comunista) en enero de 1974. Igualmente, haciendo la conexión entre estas dos cuestiones es como iba a desarrollar una “estrategia de intervención” en torno a dos grandes ejes⁵: la contribución a la constitución de núcleos obreros revolucionarios, la organización de campañas revolucionarias. Esta voluntad de ir en pos del desarrollo de polos autónomos de intervención y de clarificación en el seno del proletariado, representaba ya una ruptura práctica con todos los “constructores de Partido”, así como con los diferentes cenáculos de enciclopedistas fervorosos de elucubraciones sobre el comunismo integral. Pero sobre todo, a través de la incapacidad cada vez más flagrante de todo trabajo común con estos diferentes tipos de sectas, iba a aparecer que ésta se basaba en posiciones políticas precisas: en efecto, construir el Partido o Programar el comunismo significa negar el proceso de maduración de la conciencia inmanente al proletariado y situar la sede de esta conciencia en el exterior de éste. Esta constatación no implicaba el desarrollo de un espíritu de capilla cualquiera, sino, muy al contrario, una intransigencia creciente en lo tocante a las relaciones entre diferentes fracciones políticas, que reposaba:

- sobre la seriedad en el debate, excluyendo todo uso de métodos contrarrevolucionarios (mentiras, calumnias...);

- la necesidad de una clarificación acrecentada sobre el concepto de autonomía obrera y el papel propio de la organización de los revolucionarios en ésta. Si esto iba a llevarnos a la ruptura con tendencias que se situaban abiertamente en un terreno capitalista⁶, el PIC, que no pretendía detentar él solo toda la verdad, no rechazó nunca la posibilidad de un debate con otros grupos, así como la puesta en práctica de acciones comunes. Así, iban a ser esbozados los primeros intentos en esta dirección a propósito de la campaña sobre las luchas de clase en Portugal en 1974-75⁷, de nuestro llamamiento a

⁴ “En resumen, en ausencia de inspiración revolucionaria justa, y por muy lejos que puedan llegar, los consejos u órganos obreros de poder no son más que un episodio importante de la lucha de clase, pero circunscrito al capitalismo o traído de nuevo hacia él, como lo demuestra el caso de España y aun el de Rusia, de otra manera. Por su naturaleza misma, la existencia de los consejos y, por ahí mismo, su experiencia, no puede prolongarse durante mucho tiempo sin alcanzar el primer objetivo revolucionario: arrancar el capitalismo de raíz. La relación clase-teoría revolucionaria (en su aspecto activo, consejos-partido) no es un injerto artificial de dos factores de orígenes distintos, sino la manifestación dialéctica, la unidad de la dualidad de un solo devenir histórico... De los dos términos de la unidad dialéctica: consejos-partido (proletariado-teoría revolucionaria en su forma más general), uno es perecedero, mientras que el otro será revivificado y diversificado en contenido y en número, a medida que se profundice y se expanda el conocimiento de la humanidad, en tanto que término antitético complementario del mundo exterior”.

Clase revolucionaria, organización política, dictadura del proletariado, F.O.R.

⁵ Cf. modificaciones aportadas a la plataforma entre el nº 1 y el nº 7 de Joven Topo y “Puesta a punto sobre la intervención comunista” (J.T. nº 4, enero del 75).

⁶ Cf. por ejemplo la correspondencia con R.I. y C.P.A.O. en J.T. nº 21.

⁷ Cf.:

- circular-llamamiento (J.T. nº 3)
- a propósito de Portugal (J.T. nº 4)
- folleto “Chile ayer, Portugal hoy...”

Unión Obrera⁸, después, con ocasión de los contactos establecidos y las discusiones mantenidas a medida que aparecieron un cierto número de “Grupos Autónomos Obreros”⁹. La clarificación iba a ser favorecida por el hecho de que chocamos con ciertas prácticas. Sin entrar en la pequeña historia, se puede citar a título de ejemplo:

- el bloqueo de las relaciones con los militantes parisinos de Unión Obrera, constreñidos a esperar el aviso de su dirección de Burdeos antes de poder comprometerse en prácticas precisas... ilustración típica del funcionamiento centralista;

- la ausencia de seriedad y de coherencia política de la Organización Comunista Libertaria. Ésta, tras haber efectuado una serie de rupturas con su izquierdismo original, que permitió la puesta en marcha de una práctica común limitada¹⁰, iba a volver a sus primeros amores. Lejos de responder políticamente a las críticas que le habíamos formulado¹¹, lo que habría podido desembocar en un debate constructivo, la OCL prefería volver a chapotear en los residuos de la descomposición del izquierdismo, de la ecología de frentes anti-represión con neo-estalinistas de la OCT... ;

- la actitud de las fracciones políticas presentes cuando la aparición de los “Grupos Autónomos Obreros”: condena por parte de “Revolución Internacional”, que se transformó en una relativización de su papel cuando aparecieron como un ambiente donde era posible la pesca con caña; intento de “Combate Por la Autonomía Obrera” de federarlos por arriba;

...

Estas diversas experiencias, añadidas a la intervención cotidiana de los militantes del PIC y a la reflexión sobre ésta, permitieron una clarificación progresiva en el interior del grupo.

Se puede observar que, originalmente, la plataforma del PIC no contiene ningún punto particular sobre la organización, sino una denuncia “tradicional” del substitutismo¹². No es sino un año después cuando el texto “Puesta a punto sobre la intervención comunista”¹³ critica el elitismo y el academicismo de las organizaciones programistas y las concepciones antiorganizativas, la otra cara de la misma medalla. En conclusión, “lo que nos distingue del izquierdismo y de toda la contrarrevolución en general son, primeramente, las posiciones sobre las que intervenimos y, después, son estas posiciones las que diferencian, en el seno de la clase, nuestro modo de intervención de todos los de la contrarrevolución”. Lo que hay que observar especialmente es, entre las posiciones que guían esta intervención, un primer comienzo de teorización de lo que podrán ser los “grupos autónomos obreros”, enunciando lo esencial de lo que será desarrollado ulteriormente por el grupo.

La cuestión de las tareas y del funcionamiento de la organización es reemprendida meses más tarde en “Puesta a punto sobre la Organización”¹⁴. Después de una crítica del “Partido de masas” en sus diferentes variantes, la parte más “nueva” concierne al agrupamiento de los revolucionarios. Junto al rechazo del centralismo democrático y orgánico, junto a la necesidad de la centralización y de la expresión de las tendencias, puntos desarrollados más ampliamente después¹⁵, se encuentra una concepción de la organización definida todavía como un partido. Esto hay que ponerlo cerca de lo que se dijo de las “tareas y funciones de la organización de los revolucionarios”. Éstas son las “que Marx ponía en el Manifiesto: la organización de los revolucionarios es “una fracción

⁸ J.T. n5

⁹ Cf. los textos de tales grupos en J.T. n° 12-16, 18-19, 27.

¹⁰ Al pie de la Gran Muralla es donde se ve al Franc-Maçon (J.T. n° 29).

¹¹ ¿Diálogo con la O.C.L.? (J.T. n° 28).

¹² J.T. N° 1.

¹³ Cf. el capítulo “Las formas de la intervención” (J.T. n° 4).

¹⁴ J.T. n° 6, julio del 75.

¹⁵ El Funcionamiento de la Organización y el Compromiso Militante (J.T. n° 35).

del proletariado... que tiene sobre el resto del movimiento la ventaja de una comprensión clara de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario”, por tanto, un producto del movimiento obrero”. La puesta en tela de juicio de este “principio marxista” no se hará sino progresivamente, en conexión con la práctica del grupo. El tema de la organización reaparece en 1977, en “Puesta a punto sobre la Autonomía Obrera”¹⁶, insistiendo particularmente sobre la complementariedad entre grupos de trabajadores comunistas (o grupos autónomos obreros) y grupos de revolucionarios y, por consiguiente, la posibilidad de una doble pertenencia. La noción de partido no es rechazada ahí, sino relativizada: “para ser recuperada, la denominación de “Partido” deberá aparecer como completamente extraña al significado de “Partido de Masas” propio de la socialdemocracia y del leninismo”. Esta relativización desembocaba, a medida que progresaba la clarificación, en un cuestionamiento cada vez más neto¹⁷, como atestigua la crítica del grupo “Combate Comunista” aparecida en *Joven Topo* n° 23 (nov.-dic. del 78): “...que este grupo defina con más precisión el papel que atribuye al partido y reflexione sobre la cuestión de saber si la conciencia es aportada desde el exterior por un partido, ¿o si nace del movimiento social mismo!” En efecto, en el primer caso, la fórmula sobre los consejos es vana, pues es al partido-conciencia a quien corresponde ejercer el poder; en el segundo caso, el partido es inútil pues, por muy “buenas” que sean sus intenciones, no puede más que convertirse en un instrumento de explotación, es decir, el brazo de la burguesía capitalista de Estado contra el movimiento social. “El fin del partido es llevar al poder, utilizando a los obreros como fuerzas de combate, a una categoría de jefes que enseguida podrán poner en pie una producción planificada, por medio del poder de Estado” (Anton Pannekoek en “Pannekoek y los Consejos Obreros” de Serge Bricianer, E.D.I.)”.

Esta posición no implicaba de ninguna manera el rechazo de la necesidad de una organización de revolucionarios, sino la necesidad de ver a ésta jugar plenamente su papel de contribución al movimiento, todo este papel, pero nada más que él.

La interacción entre las concepciones organizativas y las bases de intervención comunista se verificó con ocasión de los movimientos de Longwy y Denain en 1979. Sólo la acción de minorías revolucionarias relativizando su papel en relación con el movimiento autónomo de la clase obrera, pero sin caer en su negación, podía permitir contribuir a las luchas en curso, sin caer en las actitudes características de la ultra-izquierda: triunfalismo izquierdista, o desprecio del proletariado¹⁸. En el mismo período, nuestras relaciones con otras fracciones políticas nos empujaban de nuevo a la clarificación. Desde 1978 nos habíamos esforzado en relanzar el debate entre grupos o colectivos internacionales que se reclamaban de la autonomía obrera¹⁹. A continuación, al poner la profundización de la crisis a los revolucionarios ante sus responsabilidades, así como la aparición de nuevos grupos, conducían a la puesta en marcha de una intervención coordinada de los revolucionarios en torno a la octavilla “Tras el chantaje de la 3ª guerra mundial, el fortalecimiento de la explotación capitalista²⁰”. A partir del proceso así emprendido, se entabló un debate de clarificación inter-grupos. Antes que entrar en los detalles de estas reuniones, nos parece más interesante intentar hacer un balance provisional de ellas, precisando el papel que atribuimos a este tipo de confrontaciones:

¹⁶ párrafo “La organización de los revolucionarios” en “Puesta a punto sobre la Autonomía Obrera”, suplemento a J.T. n° 17 (octubre del 77).

¹⁷ Reunión anual de Bilan et Perspectives, J.T. n° 22 (agosto del 78).

¹⁸ Sobre nuestra intervención en relación con esta lucha, cf. J.T. n° 25, 26.

¹⁹ Cf. Boletín de Discusiones Internacionales n° 1 y 2.

²⁰ cf. J.T. N° 30, 32.

Muy en primer lugar, conviene precisar las razones que condujeron al PIC a proponer un tal debate. Jamás hemos disimulado que nosotros nos situábamos en una perspectiva de agrupamiento de los comunistas. No simplemente porque la unión hace la fuerza, sino porque no creemos que exista un centro, un grupo portador de la verdad a cuyo alrededor bastaría congregarse. Una organización de revolucionarios es el producto de enriquecimientos múltiples, de aportes diferentes a la colectividad. En eso no hay ningún eclecticismo, sino la simple constatación de la complejidad del proceso de maduración de la conciencia revolucionaria.

Sin embargo, no creemos que sea posible un agrupamiento a corto plazo. Éste no podrá ser más que el producto de un prolongado trabajo de clarificación, no excluyendo prácticas unitarias, sino todo lo contrario. Si algunas “readaptaciones” han podido tener lugar estos últimos meses (participación de compañeros del ex-grupo Comuna de Cronstadt en las actividades del PIC, de compañeros de la ex-Acción Comunista y del ex-Boletín Crítico en Tribuna), no se puede hablar, a este propósito, de un agrupamiento real de los revolucionarios. Aun defendiendo esta perspectiva fundamental, no podemos prestarnos a ningún bluff. El estado de los grupos existentes muestra los límites de las posibilidades inmediatas. Por ejemplo:

- Le Frondeur no está caracterizado, de salida, por su voluntad de un debate serio en su contenido y en sus perspectivas. Pero su evolución sinusoidal (fase materialista, fase hiper-anhelante, nueva fase “materialista”...), especialmente visible en estos compañeros, sin que por ello les caracterice, constituye un freno para la clarificación colectiva.

- Tribune se sitúa en una posición reservada respecto de las “confrontaciones de algunos grupos bastante heterogéneos programáticamente y las relaciones muy obligadas con el proletariado” (carta del 26 .1.81 reproducida en el Boletín de Discusiones Internacionales nº 3). Sin negar la seriedad del comportamiento político de estos compañeros, nosotros no podemos sino desear que su evolución les conduzca a conceder una importancia creciente a una confrontación en el interior de la corriente que lucha por la autonomía de la clase obrera.

- La importancia de nuestras divergencias con los elementos que animan la revista Guerra Social ha aparecido mucho más claramente de lo que hacía suponer la simple lectura de sus textos públicos. Esto nos ha conducido a efectuar una crítica de los resabios lenino-bordiguistas que atraviesan sus posiciones, que será publicada en otra parte.

Nosotros no estamos abiertos a un agrupamiento en cualesquiera condiciones. Después de siete años de existencia, el PIC representa, a nuestro parecer, una cierta aportación que no estamos dispuestos a negar en la euforia unitaria. No se trata de salvaguardar nuestro pequeño grupo sólo para nosotros, o afirmar que no cometemos errores, pero rechazamos retornos al pasado que no podrían acabar globalmente más que en una regresión de los principios y numérica. Nosotros nos inscribimos en la perspectiva de un agrupamiento que represente un progreso cualitativo y cuantitativo en relación con nuestras prácticas actuales.

La importancia que atribuimos al debate inter-grupos no va en detrimento de lo que constituye la razón de ser del PIC: la intervención en unión con la clarificación. Todos estos aspectos forman un todo y deben ser llevados conjuntamente. Así como quedaría excluido el abandonar nuestra práctica de intervención para consagrarnos exclusivamente al debate, éste no tiene significado más que si se fija desde hoy tareas prácticas y tiene como perspectiva poder intervenir más y mejor en el futuro.

El 2 de marzo de 1974 era muerto a garrote Salvador PUIG ANTICH, ex-miembro del Movimiento Ibérico de Liberación (MIL), autodisuelto en 1973. Nacidos con la reanudación de las luchas obreras y sociales en España, los grupos que debían constituir el MIL difundían textos revolucionarios y apoyaban las luchas obreras radicales. Para ir hasta el final en su apoyo, fueron llevados a efectuar expropiaciones para ayudar financieramente a los huelguistas. Estas acciones conllevaron la detención y la condena de miembros del MIL, entre ellos Puig Antich, que fue ejecutado por el régimen franquista. La calle, que había sido tomada por asalto cuando los procesos de Burgos tres años antes, había quedado vacía. Puig Antich era un radical revolucionario, demasiado anarquista para la izquierda y la extrema izquierda, demasiado comunista para el movimiento anarquista. Los intentos de ayuda por el minúsculo movimiento revolucionario (Ver Joven Topo nº 1, feb. del 74), no hicieron más que desvelar su impotencia. Una de las manifestaciones de esta impotencia fue la creación y la acción de los GARI en 1974. Siete años después, los miembros del Gari son juzgados por sus actos de solidaridad revolucionaria. Que se esté de acuerdo o que se desapruebe la acción y los métodos de los GARI, no se puede dejar de pensar que se celebra también el proceso de la impotencia de la solidaridad de los revolucionarios. En el momento en que se desarrolla ante nuestros ojos, en Polonia, uno de los movimientos de masas proletarios más importantes de la segunda posguerra, este ejemplo de la impotencia de la solidaridad de los revolucionarios es para meditar.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL MOVIMIENTO DE LOS CONSEJOS OBREROS

- OSKAR ANWEILER, *Les Soviets en Russie 1905-1921*, Paris, éd. Gallimard, 1972, 351p.
- MARC FERRO, *Des Soviets au Communisme bureaucratique*, Paris, éd. Gallimard, Collection Archives, 1980, 264p.
- ANTON PANNEKOEK, *Les Conseils Ouvriers*, Paris, éd. Spartacus, 1982, tome I: 224p., tome II: 179p. (éd. présentée et annotée par I.C.O.).
- SERGE BRICIANER, *Pannekoek et les Conseils Ouvriers*, Paris, EDI, (Etudes et Documentation Internationales), 1969, 301p.
- KORSCH / MATTICK / PANNEKOEK / RÜHLE / WAGNER, *La Contre-Révolution bureaucratique*, UGE (Union Générale d'Éditions), Paris, 1973, 312p.
- DANIEL GUERIN, *Rosa Luxembourg et la spontanéité révolutionnaire*, Paris, éd. Flammarion, collection questions d'histoire, 1971, 185p.
- PAUL MATTICK, "Les Soviets et le Parti", *Revue Autogestion et Socialisme*, numéros 37-38, Paris, avril 1977, p. 127-158.
- PAUL MATTICK, *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*, Paris, EDI, 1972, 271p.
- PAUL MATTICK, "Otto Rühle et le Mouvement Ouvrier Allemand" dans OTTO RÜHLE, *Fascisme Brun, Fascisme Rouge*, Paris, éd. Spartacus, 1975, p. 67-95.
- DENIS AUTHIER / JEAN BARROT, *La Gauche Communiste en Allemagne 1918-1921*, éd. Payot, collection critique de la politique, 1976, 388 p.

-OTTO RÜHLE, “La Révolution n’est pas une affaire de Parti” dans *La Gauche Allemande*, présentation de DENIS AUTHIER, Paris / Naples / Brignoles, La Vecchia Talpa, 1973, p. 112-122.

-PHILIPPE BOURRINET, *La Gauche Hollandaise. Aux origines du Courant Communiste International des Conseils*, Zoetermeer (Países Bajos), éd. Spéciale, 1998, 420 p.

-*Documentos de la Revolución mundial – I – Democracia de Trabajadores o dictadura de Partido*, Introducción de OSKAR ANWEILER, Biblioteca “Promoción del Pueblo”, serie P., nº 29, Madrid, 1971, 259 p.

-MAXIMILIEN RUBEL, *Marx critique du marxisme*, Paris, éd. Payot, Collection critique de la politique, 1974, 451 p.

-VOLINE, *La Révolution Inconnue – Russie 1917-1921*, Paris, éd. Belfond, 1969, 696 p.

-*Kronstadt Izvestia* du COMITÉ REVOLUTIONNAIRE DES MATELOTS, SOLDATS ROUGES ET OUVRIERS DE LA VILLE DE KRONSTADT, Paris, éd. Ressouvenances, collection les Réfractaires, 1988, 142 p.

(Nota: todos los libros en francés, menos “Documentos”)

Colectivo Junius

MÁS ALLÁ DEL PARTIDO

(Evolución del concepto de partido desde Marx)

En el viejo movimiento obrero, el concepto de partido era teorizado como el elemento-clave que debía permitir prácticamente pasar del capitalismo al comunismo: organización del proletariado en partido, toma del poder por el partido, dictadura del partido durante el período de transición, etc.

Desde el siglo XIX, la evolución política no ha dejado de privilegiar y hacer tabú este concepto y sus diferentes encarnaciones institucionalizadas como “modelos”: el partido socialdemócrata alemán y la II Internacional, el partido bolchevique ruso y la III Internacional. Marx mismo, a pesar de un cierto número de contradicciones interesantes en sus tesis, ha estado en el origen de este tipo de evolución.

El texto del Colectivo Junius es un análisis histórico del concepto de partido y de las principales etapas de su evolución. Mostrando el carácter anti-proletario, cada vez más acentuado, de este concepto, expone también las críticas más pertinentes que ya han sido realizadas de él: las de las diferentes tendencias de la izquierda alemana. Frente a la crisis del capitalismo y a las fuerzas contrarrevolucionarias que no apuntan más que al arreglo y a la conservación de este sistema bárbaro (la instauración de capitalismo de Estado falsamente llamados “comunistas”), el texto toma posición claramente por la organización autónoma del proletariado (Consejos Obreros) y por una contribución organizada de las minorías revolucionarias a este proceso de lucha radical contra el capital (abolición del salariado, de la producción mercantil y destrucción de todos los Estados), única posibilidad para instaurar un comunismo verdadero.